



ALFRED DÖBLIN

Wadzek contra la turbina de vapor

Traducción y prólogo de Belén Santana



Lectulandia

Wadzek contra la turbina de vapor (1918), para muchos la clara predecesora de la obra maestra de Alfred Döblin, *Berlin Alexanderplatz*, constituye una magistral y divertidísima sátira del capitalismo salvaje. Wadzek y Rommel, los protagonistas de la novela, son dos industriales cuya única razón para vivir es la de superarse entre ellos y, de paso, aniquilarse el uno al otro. Rommel, un personaje ambicioso, extremado, actúa de manera sibilina contra su más firme competidor, Wadzek, quien, de este modo, se convertirá en víctima del sistema o, al menos, así lo percibe él, lo que hace que se vea obligado a arrastrar a toda su familia en una huida desaforada de un Berlín desproporcionado, caótico y tremendo.

Obra desmesurada, estridente, irónica y grotesca, todo en ella está deformado hasta alcanzar casi la caricatura, haciendo de esta una novela tragicómica, que oscila entre los dos polos del humor: la gravedad y el divertimento.

Lectulandia

Alfred Döblin

Wadzek contra la turbina de vapor

ePub r1.0

AINoah 04.03.14

Título original: *Wadzeks Kampf mit der Dampfturbine*

Alfred Döblin, 1918

Traducción: Belén Santana

Ilustración de portada: Karl Arnold

Diseño de portada: Editorial

Editor digital: AlNoah

Escaneo y ePub original: Blok

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

Un escritor incómodo

por Belén Santana

«Nunca le vi, así que lo imagino: pequeño nervioso, inconstante, corto de vista y por tanto hiperpróximo a la realidad; un visionario mecanografiante al que la acumulación de ideas no deja tiempo para construir cuidadosos periodos verbales.»^[1] Así describe a Alfred Döblin (Stettin, 1878-Emmendingen, 1957) Günter Grass, uno de sus máximos defensores, discípulo confeso y fundador de un prestigioso premio literario que lleva su nombre. Decimos defensores porque Döblin fue siempre una figura controvertida y, todavía hoy, es considerado un escritor semimaldito e incómodo que no acaba de encontrar su lugar en la historia de la literatura. Esta incomodidad se debe principalmente al carácter en apariencia contradictorio del autor y de su obra, al que sin duda contribuyeron las circunstancias históricas que marcaron su biografía.

Pocos datos bastan para entender por qué Döblin es un autor difícilmente clasificable. Nacido en el seno de una familia judía, mantiene una relación fluctuante con la religión. Tras estudiar Medicina y especializarse en Psiquiatría, ejerce como médico de la Seguridad Social en Berlín, época en la que escribe *Wadzek contra la turbina de vapor* (1914), se alista como médico militar voluntario y se convierte en uno de los representantes más destacados de la literatura expresionista alemana. También trabaja como periodista político, y en 1921 se hace miembro del Partido Socialdemócrata. En 1929 se publica la que se considera su obra maestra, *Berlín Alexanderplatz*. En 1933 Döblin tiene que emigrar primero a París, donde adquiere la nacionalidad francesa, y después a Estados Unidos, donde se convierte al catolicismo. En 1946 regresa a Alemania como oficial del ejército francés dedicado a tareas culturales. Decepcionado por la Alemania de posguerra, donde se siente incomprendido, Döblin vuelve a Francia en 1953. A partir de entonces su vida transcurre entre ambos países, marcada por una situación económica que, si bien nunca fue boyante, se vuelve desesperada. También la salud de Döblin comienza a flaquear hasta que en 1957 fallece en un hospital de Emmendingen (Alemania).

Estamos pues ante un autor con fama de difícil, que nunca terminó de encajar en ningún sitio. Esa incomodidad se refleja en el desconocimiento o escasa acogida de su obra más allá de *Berlín Alexanderplatz*, aunque se trate de uno de los grandes maestros de la literatura universal. En este sentido, *Wadzek contra la turbina de vapor* supone una vuelta de tuerca más, ya que es una de las obras menos conocidas de Döblin y no ha sido traducida hasta la fecha. La novela fue publicada en 1918 e inaugura un ciclo dedicado a Berlín; tanto es así que algunos expertos la consideran

una precursora (fallida o no) de *Berlín Alexanderplatz*, si bien es mucho menos sórdida, más transparente y cercana que la novela *döblinesa* por antonomasia. Cuenta la historia de Franz Wadzek, un empresario que se arruina, pierde la cabeza y los nervios, y comete toda serie de disparates porque, además, vive en un mundo de especulación y valores huecos dentro de un círculo familiar muy cerrado, pero muy falto de autenticidad. El argumento es sin duda atractivo, sobre todo en tiempos de crisis económica; sin embargo, podemos decir que en esta novela de Döblin la trama no es lo principal, pues su brillantez se trasluce en los detalles, ya sean descripciones de personajes o de la ciudad de Berlín (un personaje más), escenas grotescas, diálogos absurdos, etc.

Es importante destacar que la novela fue escrita de un tirón entre agosto y diciembre de 1914, pero no vio la luz hasta cuatro años después, una vez finalizada la Primera Guerra Mundial. Esto se debió no solo al alistamiento de Döblin como médico voluntario, sino a las duras críticas que en 1915 recibió el manuscrito enviado por el propio autor a Martin Buber, amigo y crítico de cabecera, que llevaron a Döblin a realizar numerosos cambios y correcciones. El propio autor reconoce que, si bien su intención primigenia era escribir un libro sobre la lucha del hombre contra la máquina, tal y como anticipa el título, al final le salió un libro muy humano, una obra tragicómica que oscila entre los dos polos del humor: la gravedad y el divertimento.

Los primeros críticos tuvieron grandes dificultades para clasificar el estilo de *Wadzek contra la turbina de vapor*. La mayoría recurrió a adjetivos como «cubista», «copia expresionista», «repugnante», «de mal gusto» y «grotesca». Entre las escasas valoraciones positivas destaca el juicio entusiasta de un joven Brecht, que más adelante elogiaría a Döblin calificándolo de «padre ilegítimo». En lo que respecta a la recepción más reciente podemos afirmar que, al poco de ser publicada, la novela cae en el olvido hasta que es rescatada en los años sesenta y setenta. Surgen entonces voces que reivindicaban a Wadzek como un «precursor de la literatura contemporánea» aún por descubrir, y proponen diversas líneas interpretativas. A pesar del paso del tiempo, las opiniones sobre la obra siguen divididas entre la extrañeza y el reconocimiento, lo cual significa que estamos ante un libro que no deja indiferente.

No cabe duda de que es una obra compleja, rica en matices, estrechamente vinculada al contexto histórico y programa estético según el cual fue concebida, que no obstante sorprende por su modernidad. Por lo tanto, presenta características que resultarán fácilmente identificables a un lector familiarizado con la obra de Döblin. En cumplimiento estricto del programa expresionista y del movimiento conocido como la *Nueva Objetividad*, el autor reniega de la novela psicológica heredada del siglo XIX y ofrece prolijas descripciones de personajes cosificados y objetos personificados, que contribuyen a articular ese humor negro y grotesco que entrevera la obra y recuerda inevitablemente a los cuadros de pintores como Otto Dix o Georg

Grosz. La ironía también interviene en su sentido más alemán, es decir, como mecanismo de distanciamiento crítico. Asimismo, es importante destacar el uso de la técnica de montaje, que combina todos los medios estilísticos (repetición, monólogo interior, cambios de perspectiva, etc.) y del lenguaje cinematográfico, reflejado en las descripciones de personas, lugares y acciones ya a cámara lenta, ya a cámara rápida, como en una película de cine mudo. Con todo, y como ya han señalado varios expertos, la objetividad de Döblin es solo presunta, pues, aunque utiliza un tono a priori desapasionado, la forma en la que describe a los personajes y las palabras que elige para hacerlo no son fruto del azar. Así, los personajes de Döblin cacarean y graznan, olisquean y trotan a la vez que citan o aluden a autores clásicos como Heine, Goethe o Schiller. Esta complejidad formal requiere cierto esfuerzo por parte de un lector al que, una vez sumergido en el microcosmos literario de Döblin, nada o casi nada resultará contradictorio, pero sí divertido. Dicho de otro modo: *Wadzek contra la turbina de vapor* es una obra coherente en su incoherencia.

Reflejar lo más fielmente posible esta circunstancia ha sido uno de los retos principales de la traducción, que cuenta con algunas notas sobre referencias culturales y de la época sin las que difícilmente se podrían aprehender las connotaciones del texto original. Esperamos que el eco de Döblin resuene en escenas tan extraordinarias como la descripción del señor y la señora Wadzek, la preparación del café o la fiesta de cumpleaños africana. En la medida en que haya logrado su objetivo, esta traducción distará de ser una «bella infiel», pues de nuevo en palabras de Grass: «[Döblin] Les inquietará; perturbará sus sueños; les hará tragar saliva; no les resultará sabroso; es indigesto, y malo para la salud. Cambiará al lector. Quien esté satisfecho consigo mismo que no se acerque a Döblin».

BELÉN SANTANA

LIBRO PRIMERO

LA CONSPIRACIÓN

Gabriele recorrió la Schöneberger Ufer. Cruzó el puente sobre el canal hasta la otra orilla del Spree. Se apeó ante un viejo edificio de la calle Am Blumeshof. Se adentró en la penumbra del comedor hasta encontrarse bajo la lámpara, que arrojaba sobre la mesa una mancha de luz de gas redonda y tenue. La puerta del recibidor crujió. Un buqué de flores salió a su encuentro desde la penumbra. Wadzek dijo con su voz habitual:

—Buenas tardes, buenas tardes, mi querida señorita.

Una criada vieja y encorvada ayudó a Gabriele a quitarse el abrigo.

Wadzek deambulaba por la habitación. Basculó sobre sus pies. Rodeó presuroso todos los muebles de la estancia. Aclaró la voz. Cacareó. Tenía el rostro infantil y alargado, con una barba hirsuta y rubicunda. Se acercaba a las sillas y los estantes, los olisqueaba, siempre amable, familiar, emparentado con todo. Correteaba vestido con sus mejores trapos, con las manos metidas hasta los codos en los pantalones para evitar cualquier signo de celebración. Solo parecía sentirse bien al amparo de algún objeto, y rara vez ocupaba el centro de la estancia. Si de pronto se sentía a descubierto, regresaba a su sitio con un movimiento escurridizo y sigiloso. Cuando Gabriele logró que se sentara, él se giró sobre el asiento y buscó el contacto con los flecos del mantel. Como colgaban demasiado, tironeó de un pequeño tapete sobre el que reposaba un jarrón.

—Deje ya el jarrón —dijo Gabriele.

Molesto, él retiró el brazo:

—Estoy nervioso. Eso a nadie le incumbe. Un jarrón no puede ponerme nervioso. Un jarrón tiene que estar en su sitio.

Wadzek miró inseguro más allá de la mesa, entre las patas de la silla. Se dirigió al aparador sorteando dos cenefas de la alfombra. Había abandonado la isla.

—Señor Wadzek, ¿acaso ha venido a entretenerme con sus nervios?

—No me malinterprete por costumbre, querida señorita. Un jarrón no es irrelevante. Ocurre lo mismo con los vestidos. Si toma este jarrón... Disculpe que me aferre a este objeto. Una explicación detallada no puede más que tranquilizar, tranquilizarnos a todos, digo bien, a todos.

—Estaba hablando de mi jarrón.

—Lo mismo que con los vestidos. No se asientan, cuelgan. Se balancean. Unas veces se sube el hombro, otras se ve el corsé, otras la falda arrastra y queda demasiado corta por delante. En los de Gerson^[2] todo estaba en su sitio.

—Pero señor Wadzek, no se referirá usted a mis vestidos.

—Por supuesto que no. ¿Por qué habría de hacerlo? Por supuesto que no, todo lo contrario. Es un comentario de índole general, cuya excepción usted etcétera, etcétera. Es más, en la fiesta benéfica del Hotel Bellevue yo mismo pude ver...

—¿A qué viene hablar ahora de la fiesta benéfica?

—Un comentario algo errático por mi parte. Bien mirado, dicho de pasada, en absoluto pensado de pasada. No me culparé injustamente. El primo de Schneemann me lo contó con todo detalle; es cartelista, un decorador de primera. Me lo contó con tanto detalle que puedo imaginármelo a la perfección: cómo usted, al pasar junto a la hornacina azul o verde azulado que representaba el fondo del mar, miró dentro y dijo: «¡Qué cantidad de humo!». El fondo del mar humeaba demasiado para usted. Cómo conversaba con Stawinski...

Gabriele se rio con ganas:

—¿De modo que también le habló de él?

Wadzek se detuvo, indignado:

—¿De qué me acusa? Tiene usted una forma extremadamente ofensiva de hacer preguntas. —Era asustadizo, y trató de desarmarla fingiéndose agraviado. Ella intentó que abandonara su zona de sombra; él prosiguió, inseguro—: No me entretenga con nimiedades. No logrará hacerme perder el hilo.

Gabriele permaneció en silencio.

—Niñerías —soltó él de repente—, eso son niñerías. Podría hablarle de su paso, de sus andares, de...

—¿De qué más? ¿Y qué ocurre con mis andares?

—Pero no lo haré.

—Qué nobleza de espíritu.

—Llámelo como quiera. Es una cuestión de psicología, tacto, consideración, pero no viene al caso... Ya no sé ni hablar.

Wadzek se sentó junto a la mesa, en silencio.

—¿Acaso lo he ofendido, señor Wadzek?

Él peroró con aparente frialdad y tono de cronista de periódico:

—Sin duda alguna sus andares tienen algo que hace a los hombres perder los nervios. En Lombardía, donde estuve la pasada primavera, caminan de otra manera; Milán, Turín, alrededores. Usted adelanta el pie izquierdo con parsimonia, con demasiada lentitud para lo que acostumbramos nosotros; luego le sigue el derecho y, mientras, su tronco se inclina hacia delante de un modo especial, no en línea recta, como hace ahora mi mano, cuyos dedos imitan a sus piernas. Como un fruto maduro o una fuente de fruta. Como si fuera a derramarse. También podría decir: como un recipiente lleno de agua, un acuario con peces de colores que usted balanceara al punto de hacerlo rebosar.

—Quite las manos de la mesa. Resulta usted ridículo.

Él las retiró rápidamente y las escondió bajo el mantel:

—Discúlpeme. Por supuesto. El símil ha sido algo osado; traído por los dedos, digamos.

Ella se puso en pie seria, apagada:

—Dios mío, ¡qué insulso! ¿A qué ha venido en realidad?

Wadzek se mantuvo en sus trece. Al verse derrotado recurrió al descaro:

—Seguro que Rommel está de acuerdo con la imagen de la fuente de fruta. Su cuerpo se mece como si llevase manzanas en la parte de arriba. O como si estuviera lleno de agua.

—Ahora habla con acierto de mi tripa.

—Su tripa no es un tema de conversación, señorita. Yo mismo sé que una conversación debe girar alrededor de cosas, por así decirlo, más serias. La redondez de la conversación, eso que quede claro, exige que pasemos a...

—Mi tripa.

Ambos rieron.

—Preciso de su ayuda, señorita.

—Soy toda oídos.

Él volvió a desaparecer junto a la pared:

—Así no. Con un «soy toda oídos» no puedo hablar. No quiero ofender a nadie, pero son expresiones que acaban conmigo. Me hacen perder el norte, el hilo.

—Debo pedirle algo a Rommel.

—¡Vaya maneras asesinas! —exclamó Wadzek; se detuvo junto a la estantería de libros, hinchó el rostro y sacó pecho—. No debe pedirle nada en absoluto. No de mi parte. No necesito favores. Favor por aquí, favor por allá. ¿Cómo se atreve?

Wadzek sacudió el brazo en dirección a ella. Gabriele respondió enojada:

—Le prohíbo que grite. Maldiga, sea cruel, pero no grite.

Él prosiguió, sarcástico:

—No me hará perder la calma. La calma es un regalo divino de mi difunto padre, su único legado... Necesito un favor relacionado con su amigo... Decir favor tal vez sea exagerado. Que conste que me ataca en vano con sus insultos.

—Así que un favor.

Wadzek suspiró y puso los ojos en blanco:

—¡Por el amor de Dios! ¿A qué clase de cueva he venido a parar?

Gabriele se acercó a él:

—Como se le ocurra decir una sola palabra más... —Se dejó caer sobre la mecedora—: Se presenta por sorpresa, con unos botines sin lustre y ni siquiera se pone un cuello limpio. En casa se besuquea con su mujer. ¿Qué tengo yo que ver con usted? Está abusando de mí. No se haga el sorprendido. Rommel me mantiene, usted me divierte, a veces; no soy más que la amante de Rommel. Yo me lo he buscado. Pero que me ladren como hace usted con su «¡Por el amor de Dios!», eso sí que no me lo he buscado.

Wadzek abrió de pronto la boca y los brazos de par en par:

—¡Qué terrible error! Si supiera el afecto que le tengo. Todos quienes le hemos

facilitado las cosas en Berlín. Y cómo hemos aprendido a estimarla profundamente, a venerarla, querida señorita Gabriele.

Ella lo observó detenidamente:

—¿Cuántos hijos tiene?

Wadzek dio unos saltitos y se puso a manotear por lo bajo:

—A estimarla profundamente.

—Que cuántos hijos tiene.

—¿Hijos? ¿Por qué? Una.

—¿Tiene usted una hija?

—Hija, sí; una hija. Herta tiene diecinueve años; no es que sea hermosa precisamente. Ha salido a su madre.

Los ojos de Gabriele centellearon:

—Quiero conocer a su hija. ¿O tiene algo en contra?

—Herta es hija de Berlín. Así que quiere conocer a mi Herta. Esto..., naturalmente, una de esas ocurrencias repentinas. Se lo diré a ella; tengo que pensarlo, por supuesto, señorita.

—Quiero conocer a su hija.

Wadzek gritó más fuerte que ella; Gabriele debía informarle a tiempo, con tiempo, antes de tiempo, de una transacción que Rommel planeaba. La contuvo con grandilocuencia.

—Nada de compasión. Nada de limosnas. Nada de agobios.

Gabriele se mantuvo impassible, mirándose las uñas. Wadzek, en medio de la habitación, se tiraba de la barba rubia. Ella alzó la mirada.

—Naturalmente, nadie ha hablado de limosnas. Nos hacemos un encargo mutuo que ambos nos esforcemos por cumplir con la mejor de las disposiciones.

Ya en la puerta, el hombre bajito se giró y revolvió las manos en los bolsillos del pantalón.

—En realidad se trata de...

Se pisó a sí mismo; acongojado, frunció el ceño y alzó una mirada torva hacia Gabriele.

Ella ladeó la cabeza, irónica.

—Las mujeres tienen extrañas ideas sobre algunas cosas, ¿verdad?

—Algo hay de cierto en ello. Es difícil opinar —miradas furiosas, mano en la puerta—, no se debe opinar, no se debe. Se trata del intelecto de la mujer, ese intelecto indiscriminado con el que siempre tengo que lidiar. Una cosa son los negocios, otra los negocios familiares y otra las relaciones familiares. Pero no pienso explicarlo. —Wadzek permaneció tembloroso ante ella—: ¿O sí?

Gabriele dijo:

—No sé si pedirle que me presente también a su señora esposa.

—Bueno, lo dicho... —Wadzek dio un portazo.

Schneemann era un holgazán. Wadzek lo había conocido durante una visita a la fundición de Rommel. En la ciudad había muchos como él; se costeaban pequeñas oficinas, hacían como que criticaban las sentencias del Reichsgericht en opúsculos y artículos de periódico; como médicos, eran incapaces de abrir una consulta; pero destacaban como bacteriólogos, y descubrían un nuevo bacilo tifoideo con el que figurar en el volumen 2, página 617, apartado B del registro general. Como ingeniero, Schneemann padecía ideas. Al igual que el resto de hombres de su especie, tenía una mujer inteligente y sufridora, y varios hijos. Siendo aún muy joven, en Stettin, intentó extraer del carbón un determinado gas con un nombre difícilmente pronunciable, cosa que logró después de haber consumido el capital de su esposa en varios experimentos. Entonces una gran fábrica sacó a la luz el mismo procedimiento en idénticas condiciones; poco antes habían robado en casa de Schneemann. El ingeniero se marchó de Stettin. La mala vigilancia de la vivienda; la culpa fue de la policía, la evolución general de aquel nido de arenques. En la plaza de la estación, donde los mozos de cuerda pasaban las horas, Schneemann renegó de aquella ciudad:

—¡Malditas sean Stettin y Gotzlow, Podejuch y Pomerania entera!

Su mujer, sollozante, tuvo que arrastrarlo hacia el interior de la estación; los mozos de cuerda tuvieron tema de conversación para toda la tarde.

En Berlín se convirtió en un simple ingeniero de Rommel; pasó algún tiempo hasta que su maquinaria se hizo a la idea. Schneemann se encortezó de resquemor. Su rabia se transformó en resquemor. Sirvió, sirvió, sirvió. Poco a poco se fue oponiendo a la política liberal, leía diarios conservadores y ensalzaba al artesano y al campesino que no se dejaban humillar por los patronos de la gran ciudad. Obsequiaba a las pequeñas asociaciones de las que era miembro con improvisadas soflamas sobre el autogobierno de las ciudades. Por lo general era taciturno, y seguía urdiendo fervorosos planes, cavilando, construyendo sobre el papel. Como no tenía dónde hacer los experimentos, lo dejaba estar y se limitaba a romperse la cabeza. Era gordo, achaparrado y calvo; tenía el rostro muy ancho, vestía con esmero, era lento, meditabundo, carecía de aguante. Sus citas venían de dentro y eran de Goethe: «Sentirá su fortaleza, se diga lo que se diga»; en realidad quería decir «bajeza» pero olvidaba mencionarlo^[3]. En Berlín descubrió su pasión por el ejército, en el que no había podido ingresar a causa de su gordura. Sueños tenía muchos y agitados; se veía por ejemplo de pie como un antiguo romano, el escudo en el brazo izquierdo, el gladio en el puño derecho, esperando la orden de ataque. A sus hijos pequeños solía prohibirles, entre susurros, que hiciesen ruido:

—¡No golpeéis tan fuerte, no tan fuerte! Un mástil demasiado alto atrae a los

rayos.

Al decirlo, Schneemann miraba a su alrededor de una forma particular.

Solía ir a jugar a los bolos con Wadzek, el director de la fábrica. Cuando surgieron los rumores de que Rommel quería absorber la empresa de Wadzek comprando poco a poco las acciones, éste confió a su amigo las medidas que tomaría para impedirlo. Aquellas conversaciones afectaron seriamente a Schneemann. Su vitalismo comenzó a remitir. Deambulaba como un conspirador; sus pasos resonaban fuertemente sobre el suelo de madera. Enterrado en su cama alta y rústica, empezó a necesitar muchas horas de sueño. A veces las discusiones le afectaban tanto que acababa sumido en un estado similar a la parálisis, completamente turulato y sentado junto a un Wadzek nervioso que no dejaba de zarandearlo, ante lo cual Schneemann gruñía:

—Déjalo ya, Franz, estoy completamente de tu parte.

Por lo demás solían tratarse de usted. Aquel Wadzek mordaz y nervioso, adversario de un Rommel sojuzgador, había sido siempre el héroe de Schneemann, quien lo apoyaría contra viento y marea, como presa de una tensión convulsiva.

Estaban sentados en el Café Stern de la Chausseestrasse. Tras varias conversaciones, decidieron que lo mejor sería disparar a Rommel en el corazón. La expresión era de Schneemann, que era gordo como un muñeco de nieve y golpeaba a Wadzek tras la mesa de mármol. Ordenaron al camarero que se retirara. Permanecieron en silencio durante varios minutos y comenzaron a pavonearse. Un día después de su encuentro con Gabriele, Wadzek susurró:

—Quiere a mi hija. Un sacrificio humano.

Schneemann preguntó:

—¿A cuál de ellas?

—Es igual. Solo tengo una. Es imposible descubrir sus intenciones. ¿Qué me aconseja?

—Prudencia, cautela: mucha cautela.

Wadzek fanfarroneó:

—Se la daré. ¿Y sabe por qué? Schneemann, ése será mi proyectil. La pequeña Herta, sí, señor. Con arco y con flecha^[4]. Si consigo que me abran la puerta, ya estoy dentro.

—Pero, Wadzek, ¿tendrá usted el valor de arrojar a su hija a esa cueva de leones?

—A la jaula de los leones, es correcto. También a usted le parece una expresión adecuada.

—Yo no sería capaz de mandar a mi hija...

—En cualquier caso, Gabriele y yo discutimos por esa expresión tan característica. Pero le entregaré a mi hija. Somos reyes, como quien dice, reyes, aunque trabajemos; todo lo demás ha de someterse a nosotros, ha de servirnos:

familia, casa, hija. A gusto o a disgusto, es indiferente. Hoy en día tenemos armas muy distintas a las de antaño.

—¿Entonces ella se irá?

—Tendrá que hacerlo. La montaré en un coche y la mandaré allí.

—Un sacrificio humano —dijo Schneemann sacudiéndose, verdaderamente admirado; luego se despegó de los labios un pedacito de papel dorado que se había desprendido del cigarrillo.

Wadzek siguió hablando mientras se ponían el sombrero y el juego de café tintineaba en manos del camarero:

—Lo decido en este mismo instante. Y lo digo en serio, muy en serio. No me dejaré convencer por mi mujer. El punto de vista patriarcal es el correcto. Se monta a la niña en el coche y va para allá.

—¿Responde usted de la moralidad de sus actos?

—Así es. Por cierto —dijo Wadzek mientras agarraba al gordo de Schneemann por el brazo y lo arrastraba hacia la calle—, ¿dudaría usted de la moral de sus hijas? ¿Cuando están en juego cosas como éstas? Quiero decir, cuando se trata de cosas de semejante trascendencia. ¿Dudaría usted de la moral de sus hijas?

—La mayor tiene siete años...

—Pongamos ocho, dieciocho o veintiocho. Con la mano en el corazón, Schneemann: así, en general, ¿dudaría de la moral de sus hijas? —Wadzek lo miró y sonrió victorioso—: ¿Dudaríamos nosotros de la moral de nuestras hijas? ¿Usted y yo? ¿Qué me dice, Schneemann?

Después de que Wadzek explicase a su mujer que había retomado —en el buen sentido— el contacto con la empresa de Jakob Rommel, y que Herta era en cierto modo una prenda a cambio de mantener buenas relaciones, la señora Pauline acabó cediendo; Herta estaba de pie, junto a la puerta, y pensó: «Me habría ido de todos modos». Llevaba mucho tiempo enviando cartas de admiración al Blumeshof, fruto de su entusiasmo de colegiala.

* * *

A mediados de enero la bolsa anunció: Fábrica de Locomotoras y Máquinas de Vapor de Heinersdorf (Wadzek), 95 1/2; a comienzos de mayo, 74. En la junta general de accionistas hubo caras encendidas; nadie permaneció sentado; la junta directiva no lograba hacerse con el control. Cuando alguien gritó: «¡Abran las ventanas!» —era un día oscuro, y la reunión tenía lugar en uno de los salones traseros del Bavaria—, otro exclamó: «¡Eso, más luz entre tanta maquinación!». Las razones para justificar el descenso en el número de encargos eran infinitas: «Una propaganda deficiente», «La dirección no se adapta a los tiempos que corren», «Ya no estamos a la altura».

Wadzek recurrió al sarcasmo, interrogó a los presentes acerca de la procedencia de sus conocimientos sobre el sector, y preguntó si es que en la bolsa había una cátedra de Cinética del calor. La atronadora demanda de introducir la máquina de expansión, un determinado modelo de Rommel, y de crear un departamento para construir turbinas fue rechazada por Wadzek, quien la calificó de absurda desfachatez.

Explicó que él desarrollaba sus propias ideas, las suyas y las de nadie más; no se dedicaba a robar, no tenía ninguna necesidad de hacerlo. Dos directores sentados junto a él lo apremiaron a que, como experto en la materia, pusiese orden recurriendo a su antigua y muy eficaz tendencia megalómana. Wadzek hizo una mueca; se inclinó hacia donde estaba uno de los apoderados de la fábrica por encima de una silla vacía.

—Le aseguro que autorizarán nuevos fondos para luego vender todo lo habido y por haber en cuanto las acciones remonten. Es un placer trabajar con esta panda.

—¡Pues dígalo, dígalo en alto!

Wadzek siguió hablando; sus ojillos astutos recorrían las primeras filas de asientos; una y otra vez era interrumpido por las carcajadas y resoplidos de un accionista que ocupaba dos sillas y que, cebado cual experto matarife, con un sombrero verde tirolés ladeado sobre una cabeza rapada al cero, hablaba sin complejos a diestro y siniestro, con una voz alta y aflautada surgida de su gznate barrigudo y, de vez en cuando, señalaba a Wadzek con el pulgar izquierdo. Wadzek dijo:

—La fábrica es buena, los productos son de calidad. Perfeccionando mis prototipos llegaremos más lejos que con esas chapuzas modernas. Todo eso no es más que una trampa de Rommel en la que no deben caer. ¡Toda esa historia de cómo deshacerse de un competidor incómodo! ¡Sabe de sobra lo que puede esperar de mí! Menuda novedad para principiantes, la difusión de ideas modernas. Acabaré con Rommel de un plumazo. Es un tipo listo, conoce los trucos para embaucar al personal. Eso es evidente. Sus turbos y el modelo 65 hoy son rentables, pero mañana vendrán los fallos: su ámbito de aplicación es limitado. Y, entonces, toda la instalación al garete. Nuestros productos han sido probados y son buenos, muy buenos...

—Lo han sido —chilló el matarife.

—Un hombre inteligente está por encima de las carcajadas. Su dinero, señores míos, está muerto sin nosotros, los constructores. No se inmiscuyan en nuestra discusión, la discusión de las ideas. No entienden nada de este asunto. Sus carcajadas me resbalan completamente; no me afectan en absoluto. Aquí se trata de cosas en las que ustedes no pueden participar. Es totalmente superfluo que me digan que los necesito. Su dinero ha tenido la desgracia de caer en sus manos. Lo siento por él, es un pueblo gobernado sin estrategia. Yo tendré mis propias tropas.

Un señor mayor, de atuendo distinguido y con impertinentes de concha, seguía a

Wadzek, que danzaba de un lado a otro.

—Es encantador, muchachos. Realmente encantador.

—No se hable más. Lo siento por el tiempo perdido.

—Y yo lo siento por mi dinero —espetó el matarife, que se giró hacia atrás sobre su silla, abriendo el hocico. El público se contagió.

—Ya lo ve... —dijo Wadzek, febril, con una leve sonrisa.

Wadzek echaba chispas. En su casa cogió una horma de guantes que estaba sobre la repisa de la chimenea, y la arrojó estrepitosamente contra el entarimado.

—¡Me están acosando, me ultrajan!

—¿Qué ocurre? —imploró la oronda señora Wadzek junto a la ventana.

—¿Que qué ocurre? Me han vendido para demolición. Trabajaré de instalador a domicilio, enroscaré bombillas, me haré deshollinador. —Wadzek hizo unos movimientos rápidos y fulminantes, se pasó una mano por encima de la otra como si mudase de piel, aserró el brazo derecho con el izquierdo, hizo una reverencia—. Ha llegado mi hora. Rommel se acerca.

Wadzek estiró el cuello.

—No hace falta que le ofrezcas el pescuezo —dijo la mujer levantando los brazos.

—Si no lo hago, me agarra por los pelos y me lo retuerce él mismo.

Ella se quedó mirándolo boquiabierta. Él espetó con mordacidad:

—Me cortará las orejas. —Lo dijo enseñando los dientes.

—Fränzel, yo solo preguntaba. No se puede hablar contigo.

Wadzek estaba sentado a horcajadas, aferrado al respaldo de la silla, como un jinete al que se le escapa el caballo.

—Estoy como Schneemann, bajo la manta que nos han echado encima. Pero no conseguirán que ceda. Ya verán lo que es bueno. ¡Una sola vez! ¡Pauline! —gritó Wadzek amenazante y con el rostro totalmente ensombrecido—. No lo conseguirán. Durante años he lidiado con ellos de forma sincera. ¿O no he sido sincero?

—Pues claro, Fränzel.

Me llamo Franz. No se me puede quitar el trabajo de las manos y mandarme a la calle. Por dinero. Por dinero. Desplumarme como a un pavo. Son inhumanos, inhumanos. No lo soporto.

—Pero, Franz, aún no hemos llegado a eso. No lo hagas todo tan difícil.

La señora Wadzek no dejaba de moverse pasando junto a su marido; por lo general nunca hablaban de trabajo, ella no tenía respuestas. Él habló con miedo y en voz baja, soltó al caballo, abrió los brazos y paseó por la habitación una mirada ausente y azul.

—Necesito dinero, Pauline. Tengo que hablar con Rommel, tengo que

mendigarle.

Wadzek suspiró y meneó la cabeza, atormentado. Recorrió su chaleco rojo con una mirada inexpresiva, reparó en cómo estaba sentado, se levantó lentamente y pasó la pierna izquierda por encima de la silla.

—Así que has caminado por el lodo —susurró ella espantada; el botín de charol izquierdo parecía hecho de barro.

—Puede ser. —La miró encolerizado, lleno de resquemor. Agitado e inseguro, comenzó a moverse junto a la chimenea blanca, se puso el fular de seda azul y rebuscó entre los periódicos que había sobre la mesa; sus manos trabajaban ausentes mientras él guiñaba los ojos con viveza y movía los labios en silencio. Mientras arrebujaba bajo el brazo el ligero paleta de verano y cogía el paraguas, dijo cohibido —: Tengo una conversación pendiente con ese hombre. No tenemos por qué evitarnos. Ya verás que era necesaria.

Ya en la puerta, ella estuvo a punto de preguntarle si no quería que le limpiase el botín izquierdo, pero no se atrevió. Él se giró para ver si su mujer lo retenía, si no le dejaba ir a ver a Rommel. Ella se puso a ordenar los periódicos.

La fábrica de turbinas de Rommel estaba al norte. El tranvía dejó atrás el centro de Berlín atravesando largas calles principales, plazas bulliciosas y anchas calzadas. La vida de la ciudad no tenía fin; tras los solares vacíos se erigían nuevas casetas, restaurantes, muelles donde cargar carbón, hierro; la urbe crecía como un arrecife de coral. Los árboles acorralados se disponían en grupos o en filas. Y luego, de pronto, un suave zumbido. Un zumbido, un sonido de esos que hacen primero rascarse la oreja y luego fruncir el ceño porque no se detiene. Estaba disuelto en el aire en forma de polvo.

Tras reanudar la marcha, cada cinco segundos se producía una brusca sacudida, como si a lo lejos arrojasen bloques de piedra contra el suelo. Al doblar una esquina desaparecieron las vallas de las obras y los barracones; ante un muro largo y rojo humeaba una locomotora con vagones de mercancías. Fachadas de cristal con costillas de acero, fachadas rojas, inabarcables, un sinfín de tejados negros, chimeneas. Vías estrechas bajo un portón.

A la entrada, fría y resonante, cajas de llaves, tabloneros de anuncios.

A la derecha, al final del camino enrejado que conducía a los jardines, un edificio pequeño, gris, aislado: la casa de Rommel. Planta inferior: habitaciones de techo bajo, paredes ajadas; primero un espacio alargado para la oficina con un mostrador independiente; bancos pegados a la pared. Escritorios macizos donde se sientan cuatro hombres frente a frente y de dos en dos.

En la parte de atrás, una habitación pequeña, desgastada, nada limpia; el papel, arrancado. Al fondo, una pequeña caja fuerte; en la pared derecha un plano de Berlín,

un mapa de Alemania; al lado, una mesita con un globo terráqueo. Junto a la ventana de la izquierda, la mesa. Sobre ella, a la altura de los ojos, una pizarra blanca con logaritmos de cinco cifras y números enormes, aptos para ciegos.

Rommel estaba sentado en su sillón; miró a Wadzek por encima de las gafas. A aquel hombre gigantesco y ancho de espaldas las greñas le caían frente abajo. Chasqueaba la lengua y movía la mandíbula como una vieja desdentada. Ante él, sobre la mesa, había un vasito azul con un cepillo de dientes roto, con el que de vez en cuando se frotaba la dentadura.

—Ya me ha vuelto a doler... —le dijo a Wadzek tras saludarlo con un «Vaya, qué gran honor. Está usted en lo más alto».

Rommel apretó tanto los dientes que rechinaron. Después lo dejó tranquilo. Silencio. Ruidos, susurros en la habitación contigua.

—¿Cómo está su mujer? ¿Y los niños? Pero por favor, siéntese. Esa silla está coja, espere.

Rommel golpeó con su bastón la pared trasera, que daba a la oficina, de la cual salió un señor mayor y patizambo, vestido con una librea azul y descolorida.

—Otra silla.

El hombre de nariz roja colocó la silla, y sonrió a la visita con familiaridad.

—¡El señor Wadzek en persona!

Cuando Rommel se llevó las gafas desde la nariz gorda y granujenta a la frente, miró absorto a la visita con sus cristalinos ojos azules y bramó:

—Usted venía por algo.

La conversación estuvo decidida; no acabaría más que en ruido o en palabras huecas.

Tras el respaldo de la silla y con voz temblorosa, Wadzek habló de la historia de la industria, del espíritu. Utilizó con frecuencia la expresión «Aquí, entre nosotros». En realidad era ridículo hablar de todo eso.

Rommel gruñó.

—Está usted en apuros, la situación económica es mala para sus productos, sí sí.

Como Rommel permanecía sentado, impenetrable, toqueteándose la mandíbula inferior, Wadzek arremetió nervioso y comenzó a hablar. Las modas cambian, esto es un carrusel, hoy arriba, mañana abajo, tradición sí, tradición no, uno debería hacerse responsable del otro, «entre nosotros». Habló del cementerio de la Potsdamer Platz, que estaba allí desde hacía ya cien años, en mitad de la Potsdamer Platz, delante de la estación, a pesar del tráfico. El viejo refunfuñó mientras recolocaba la silla y le vibraban los ollares; no quería saber nada de enfermedades ni de cementerios.

Tras este triunfo, Wadzek apoyó satisfecho la espalda contra la silla, hizo crujir sus dedos. Rommel acercó enérgicamente la silla a la ventana y, acariciándose la barba desaseada, dijo:

—Tiene usted toda la razón, pero no es a mí a quien debe recurrir, sino más bien al dueño de un circo. O a alguien que tenga una caseta y grite: «¡Diez pfennig por ver al enano más pequeño de la marca de Brandemburgo!». No soy tan rico como para permitirme un gabinete de curiosidades.

Cuando Rommel, mirando por la ventana, murmuró «su momento llegará más adelante, aguante, trate de aguantar», a Wadzek se le subió la bilis y, con ojos encendidos, despotricó:

—¡Son unos canallas, señor Rommel, quieren aniquilarme! Están por todas partes, es imposible atraparlos porque se esconden. Están a diestro y siniestro.

—¿Y a qué me viene con canallas, cementerios y bromas circenses? Hable claro si es que quiere algo. ¿Quién le ha hecho daño, qué es lo quiere?

Wadzek, resentido, lo negó.

—Nadie me ha hecho nada. Nadie puede hacerme daño, aunque lo están deseando.

Con una mirada dura como el acero, Rommel lo instó a proseguir: lo tenía atrapado. Wadzek se puso a parlotear irónicamente, fingiéndose desenvuelto, distante. Se divertía y reía mientras sus ojos rebosantes de odio se dirigían hacia Rommel y se alejaban de él. El griterío aumentó. Cuando Wadzek pasó a los chistes bursátiles, el viejo, que estaba a su lado, bostezó y le forzó a iniciar una conversación desbordante sobre Herta, que había trabado amistad con la señorita Gabriele. Wadzek había perdido absolutamente el control; había renunciado a la costumbre de ensombrecerse. Con total desenvoltura rodeó el respaldo de la silla con el brazo y se quedó medio cuerpo colgando. Estiró la mano hacia el escritorio para alcanzar una cajita.

—Permita que tome un puro.

Muy concentrado en el corte y el encendido, no escuchó cómo Rommel le preguntaba si no preferiría uno más suave. El criado puso ante el viejo una botella de Fachinger.

—Deme la mano, señor Wadzek. Sea razonable.

Wadzek aceptó las felicitaciones de Rommel, que lo envidiaba por poder fumar la marca más fuerte. La visita suspiró y dijo para sí: «Para él ya estoy muerto, me está dando el pésame». Mientras hacía orgullosas muecas, Wadzek dijo en voz alta:

—Si Wilhelm fuese tan amable de darme una toalla... Estoy sudando la gota gorda.

—Es el puro, señor Wadzek; demasiado fuerte para usted, créame. Uno no debe equivocarse con los puros. Afectan al corazón. —Rommel cojeaba sin bastón alrededor de Wadzek, reía—. Pues sí que está sudando. También por la nuca. Tiene el cuello de la camisa reblandecido.

Wadzek tomó el tranvía hasta la Rosenthaler Strasse. Durante el trayecto hizo varias

señas al conductor para que se detuviera; sin embargo, desde la esquina en la que estaba Wadzek, el hombre de la plataforma no podía verlo; finalmente, Wadzek salió corriendo y saltó del tranvía en marcha:

—¡Que le he dicho que pare! —gritó mientras el vehículo se alejaba y los pasajeros sacudían la cabeza.

Recorrió con la mirada una fachada que le era desconocida en busca de algo; masculló cinco veces para sí: «¡Pero si aquí no es!». Volvió a situarse en la parada del tranvía mirando de reojo los edificios, no fuera a ser que apareciese algo; acabó por cruzar la calzada antes de que llegara el tranvía y entró en un estanco. Llamó a Schneemann por teléfono.

—Pero ¿dónde está usted?

—Pues en la fábrica, ¿dónde si no?

—Bien, Schneemann, claro, en la fábrica. Escúcheme, Schneemann, voy a llevarle unos puros. Debemos hablar de un asunto. Tiene que convencerse por usted mismo de que en modo alguno se trata de imaginaciones o fantasías mías...

Desde el otro lado:

—Hasta las seis estoy de servicio.

En el estanco:

—¡No se apure, Schneemann! Tenemos tiempo, podemos esperar tranquilamente. Yo iré a recogerle. Verá como lo entiende todo, no me cabe la menor duda.

Acto seguido, Wadzek tomó un coche de punto hasta la oficina de patentes, y subió presuroso las escaleras de la biblioteca. Cuando hubo rellenado las fichas de los dos libros y el auxiliar leyó en voz alta los títulos, Wadzek lo miró triunfante y con ojos encendidos.

Dijo con vehemencia:

—Son buenos, ¿verdad?

El auxiliar respondió:

—Dentro de diez minutos; tome asiento mientras tanto.

Wadzek continuó ilusionado. «Ahora me los traen». Cuando se quedó solo junto a una de las pequeñas mesas y puso el bastón encima del tablero reparó, para su sorpresa, en que las manos, es más, los brazos enteros le temblaban intensamente, sacudiéndose hasta los hombros. «Una historia sensacional», susurró Wadzek mirándose a lo largo; extendió los brazos separados sobre la mesa y, con notable agrado, se entregó a observar a un joven que llenaba de resúmenes una hoja tras otra. Cuantío el chico levantó la mirada y resopló, tuvo ante sí la sonrisa vacía de Wadzek. El joven recogió las revistas y los papeles y se trasladó a la mesa de al lado; sin percatarse de lo ocurrido, Wadzek giró la silla y lo siguió con la mirada. El joven le devolvía muecas nerviosas y enfurecidas. Wadzek rio con voz ronca, asintió amablemente al joven, que estaba al otro lado, y se distrajo al darse cuenta de que los

puños se le caían por los temblores. Y así, apoyando un brazo en la rodilla, se puso a observar el brillo de la pata de una mesa contigua.

De pronto se le ocurrió incorporarse, calarse el sombrero en la nuca y coger el bastón; con la punta de madera elástica marcó un pequeño redoble de compases contra el lateral de la mesa, tras asestarle un par de golpes conminatorios encima. Desde muchos puestos chistaron; el auxiliar exclamó:

—¡Usted! ¡Debe estar en silencio!

Wadzek le hizo una seña tan contento.

—Por supuesto, por supuesto, enseguida, ahora mismo me callo.

Primero sopló una supuesta mota de polvo que tenía en el chaleco pero, de pronto, se fijó en la atmósfera gris que lo rodeaba. A su alrededor había gente sentada en las mesas, personas que iban de un lado a otro, en la habitación contigua se decían en voz alta números y nombres de empresas; todos a su alrededor escribían, hojeaban, cuchicheaban entre ellos, cuchicheaban con los funcionarios. Un rumor envolvió a Wadzek; tenía que preguntar algo a alguien en aquel lugar. El fabricante forzó un gesto amable, casi tierno, y se dirigió al joven que lo miraba aún más fijamente. Tenía la penosa sensación de que las personas y los muebles se encontraban muy lejos, de que cada cual se traía algo entre manos. Justo cuando culebreaba junto a su mesa, el auxiliar le trajo los libros que había pedido.

—Señor Wadzek, dos fichas.

Wadzek lo miró sonriente, concentrado y, arrastrando las sílabas, dijo:

—Fantástico. Muy amable, muy amable por su parte. Muchas gracias.

Se quedó a solas con sus volúmenes entre las sillas. Trató de captar alguna mirada procedente de alguna parte. Después puso los libros sobre la mesa y comenzó a leer de pie. Al principio siguió mirando mucho a su alrededor; luego se sentó con el libro entre las rodillas. Los temblores remitieron. Leyó sobre Watt y Stephenson. Fue enfrascándose cada vez más en la lectura. Quedó atrapado.

Presa de la excitación, corrió al mostrador de préstamo dispuesto a llevarse los libros; firmó rápidamente los papelitos verdes. El auxiliar, que lo observaba con detenimiento, ya no percibió ningún rasgo de familiaridad en aquel hombre; Wadzek mostraba un gesto adusto, precipitado, sin ojos. Regañó al auxiliar.

—Oiga usted, ¡no borre mi firma! Bueno, tenga cuidado.

Gitschiner Strasse hacia abajo; Belleallianceplatz. Subió por la Friedrichstrasse, bocacalles, hasta la filial de la fábrica en la que trabajaba Schneemann. El gordinflón estaba delante de la portería, con gesto sombrío. Wadzek, fuera de sí.

—Schneemann, si hubiera sabido que me estaba esperando, habría venido antes. He tenido que hacer tiempo en la oficina de patentes. Tiene que leer esto, léalo usted mismo y compruebe, como persona objetiva e imparcial que es, cuál es la situación.

—Huyamos de este gentío.

—Venga, vayamos a un portal, venga, lo verá usted mismo. —Wadzek arrastró a Schneemann hasta un zaguán; se detuvo junto a una topera de vía y abrió un libro. Nada más echar un vistazo a la página, volvió a cerrar el volumen lentamente; con un movimiento casi involuntario, mientras un sollozo ascendía por su garganta, agarró a Schneemann por los hombros y se lamentó—: Schneemann, me tiemblan las manos. Escuche, lo que me está haciendo ese hombre, Rommel, es una vergüenza ante Dios y ante los hombres. Tengo el cuello reblandecido por el sudor, voy a constiparme. Es un hombre ruin; la zafiedad y la vileza personificadas. Tendría que haberlo visto allí sentado, en su oficina; como un Moloc, un corrupto y un estrangulador, y yo me he humillado hablando con él. Pero nada, nada de nada.

Schneemann miró inseguro los ojos húmedos de Wadzek.

—¿Así que ha ido a ver a Rommel? Pensé que estaba en el estanco.

—Eso ha sido después, qué vergüenza. Sujete los libros. Mi mujer también me ha permitido que fuera; uno ya no se puede fiar de las personas. Schneemann, no crea en nadie, confíe en mí.

Schneemann agarró al hombrecillo que sacudía su pecho y lo arrastró hacia la oscuridad del zaguán; en la mano izquierda llevaba el sombrero de Wadzek, que se le había caído. Wadzek refunfuñaba y chillaba colgado del pecho de Schneemann:

—¡No crea en nadie!, ¿me oye? ¡Ni siquiera en mujer e hijos, aunque sean los propios! Está claro, no tiene nada que ver con ellos. Búsquese querindangas, por docenas, viva a cuerpo de rey, a todo tren, y haga oídos sordos a las maldiciones de su mujer. Azótela, aplástela. De veras, Schneemann —y aquí Wadzek alzó el rostro enrojecido y palpitante por encima de su amigo—, aplastar, ésa es la expresión correcta. Deme el sombrero. No tenía ninguna necesidad de ir a ver a Rommel.

—Es un advenedizo —dijo Schneemann entristecido—. Vamos a tomar un vino.

Tras sacudir violentamente la cabeza y mientras avanzaban a paso lento por el borde de la acera, Wadzek fue haciéndose más y más pequeño; protestó:

—¿Y por qué vamos a beber vino? También podemos tomar una cerveza. Entremos aquí. Le diré una cosa, Schneemann... deme los libros. Aquí podrá leerlo todo. ¿Sabe lo que le ocurrió a Stephenson cuando triunfó? ¿Lo sabe? —Estaban sentados en el bar de los cocheros, en la mesa limpia de los que bebían cerveza de trigo—. No lo sabe. Sin frambuesa para mí. Tomaré un coñac, un Danziger. ¿Sabe lo que le ocurrió a Nobel, el de la dinamita, el sueco? Casi lo despedazan, casi le hacen picadillo cuando descubrió lo de la harina fósil. Se le cayó y explotó, fue así como se dio cuenta. Pero a otro, eso lo leerá usted aquí, sí que le pasó de verdad, acabó despedazado, saltó por los aires con toda la fábrica, instalaciones incluidas. Y, sin embargo, el futuro estuvo de su parte. —Wadzek se inclinó sobre la mesa y susurró —: Usted mismo es un hombre al que han querido arruinar. Ya sabe lo que quiero decir con «el futuro». Un futuro grande y tentador, tentador, tentador, ¿sabe? A quién

pertenece el futuro, Schneemann, si a Rommel o a mí o a nosotros, es lo que ha de decidirse ahora.

—Él estaba allí sentado como un Moloc y quería devorarlo.

—Como un Moloc. Usted se asusta, vaya, vaya, así que se asusta.

Schneemann se echó hacia atrás, sus ojos centelleaban enojados.

—¡Qué reproche tan ridículo! Un hombre como yo no teme a esos tipos. ¿Porque es mi jefe? ¡Ja!

Wadzek lo apremió con voz ronca.

—¿Entonces somos compañeros de armas? Sin barricadas, cuando comience el asalto estaremos allí los dos juntos, a pecho descubierto.

—Estoy de su lado —dijo Schneemann abatido, escondiendo el rostro.

Wadzek prosiguió, con las mejillas encendidas:

—De mi lado. Y si explotamos —porque puede que explotemos—, ¿de qué lado estará?

Schneemann dio un puñetazo en la mesa y gritó:

—¡Entonces saltaré por los aires, me cortaré el cuello! ¡Usted, usted es un cobarde y quiere fastidiarme! Yo no le he hecho nada, no lleve las cosas demasiado lejos.

—Usted no está de mi lado —dijo Wadzek enfadado—, confiéselo.

—Me tomaré un coñac. Tenga usted sus libros, que yo seguiré mi camino.

—¡Conque esas tenemos...! —amenazó Wadzek rebosante de ira, sacudiendo el brazo por encima de la mesa.

Mientras permanecían en silencio, Schneemann se aferró maliciosamente a la silla, y todos los músculos del rostro de Wadzek temblaban; con voz llorona y forzosamente irónica, el fabricante fue pidiendo una copa de coñac tras otra y las apuró de un trago. Leyó una página de sus libros con la mirada oscurecida; las manos empezaron a pesarle y a calentarse; le palpitaban.

Mientras su enorme cabeza se balanceaba sobre el cuello, Wadzek berreó.

—¡Tabernero, mis enemigos no tienen por qué sentarse a mi mesa!

La mujer respondió:

—El dueño no está. ¿Quiere que le pida algo mientras tanto?

Wadzek se dio la vuelta indignado y la miró fijamente, para luego darle la espalda sin mediar palabra. Gritó a Schneemann:

—Pero ¿qué estoy haciendo aquí? Yo a usted no le conozco, ¡hombre! Ya me rendirá cuentas, como corresponde a un hombre de honor. Quien abandona la bandera cuando han empezado los cañonazos no solo es un desertor en el sentido convencional, sino también mi enemigo; míreme, usted es mi enemigo.

Schneemann miró con melancolía a su acompañante, que temblaba como un flan y empezaba a manotear intensamente.

—Pago yo.

—Adelante, ahí está el tabernero... ¿dónde está?

—Ha salido un momento, señor. ¿Quiere que le pida algo?

Wadzek se levantó y contempló a la mujer durante un largo rato con ojos vacíos; después se volvió hacia Schneemann y dijo lentamente:

—Esta mujer habla como una niña.

Schneemann pagó. Pegado a la mujer, Wadzek observó cada uno de los movimientos con los que ella tomó el dinero, asintió con la cabeza y limpió la mesa con el delantal; luego preguntó a Schneemann:

—¿Tengo razón o no? Es como una niña. Se agacha, se mueve, jamás lo entenderemos. Entre el pueblo aún perdura algo que... quédese con el nombre de esta calle.

—Tenga, los libros.

Fuera caía una llovizna silenciosa. Wadzek avanzó unos pasos y apoyó la espalda en una farola; avergonzado, sonrió a su grueso acompañante.

—Schneemann, menudas cosas hemos estado haciendo; que quede entre nosotros.

Schneemann insistió tozudamente en que deberían buscar una parada; además, una cosa le había quedado clara. Wadzek entrechocó los libros alegremente:

—Lea estos libros, estos magníficos documentos. Nunca más se equivocará; sabrá qué es lo importante. Sin religión, sin convicciones.

Schneemann se subió el cuello y afirmó rotundamente, con convicción:

—He de formarme mi propio juicio. Necesito acceder a su fábrica.

—Está a su disposición día y noche.

—¿Hasta el último rincón?

—Le doy mi palabra, rey Schneemann.

—Quiero familiarizarme con sus productos.

—Entre en mi fábrica; le acogeré como a un hermano. Venga conmigo, señor de blanco, ni se imagina lo que me ha hecho Rommel hoy, ¡a mis brazos! —Wadzek se echó a llorar—. Un Moloc, un dragón, un monstruo. Pero le haremos frente. Mañana emprenderemos la lucha, dos hombres que todavía saben por dónde sale el sol. —Wadzek se encrespó—. Debo asesinar a Rommel, se lo juro, Schneemann. Lo digo muy en serio. Tengo que verlo a mis pies, sufriendo, sin corazón, con la garganta arrancada.

Schneemann lo montó en un coche de punto:

—Mañana temprano iré a su fábrica.

Encendido y solo, caminó pesadamente bajo la lluvia.

A la mañana siguiente, Schneemann volvió a llegar antes que Wadzek. Se encontraron en la Malchower Strasse, delante de la fábrica de locomotoras y

máquinas a vapor de Wadzek. El fabricante estaba contento y alabó aquella mañana tan refrescante. Tras atravesar la puerta de hierro entraron en la nave intermedia de la fábrica y, después de cruzar la galería lateral, llegaron al taller de Wadzek. Schneemann rehusó desprenderse de su ligero paletto mojado; ya había perdido demasiado tiempo. Era obvio que su intención era llevar la contraria. Sobre tableros de dibujo y largas planchas de madera apoyadas en unos caballetes que él mismo montó, Wadzek fue extendiendo con agrado y celebración contenida los planos de algunas máquinas importantes. Pidió a Schneemann que tomase asiento; no necesitaba ayuda. De su escritorio sacó cinco cuadernos mecanografiados de los que extrajo varios esquemas de construcción que clavó en la pared con chinchetas. Al no encontrar espacio para el último de ellos, Schneemann descolgó un cuadro de marco redondo; su compañero frunció el ceño, se puso detrás de Schneemann y contempló el cuadro, pensativo:

—Es Reuleaux^[5], Schneemann. Bueno, por mí puede sostenerlo mientras tanto.

Schneemann dejó el cuadro en una esquina; Wadzek le pidió que pusiese un papel debajo.

Cuando todos los planos estuvieron desplegados, el señor de la casa hizo un gesto de invitación con la mano. Ambos se inclinaron sobre una mesa, Schneemann sacó lápiz y papel, y empezaron a hacer cálculos. Schneemann se entregó apasionadamente a la tarea. No había podido dormir en toda la noche; estaba rabioso con Wadzek, que siempre andaba fastidiándolo; le enfurecía que se lo tomara todo al pie de la letra, que le obligase a manifestar de qué lado estaba. Se pusieron a discutir sobre el espacio muerto de un pistón y el desgaste por fricción. Schneemann estaba en cuclillas sobre un taburete, y examinaba a su amigo como si fuera un delincuente; disfrutaba de su papel, se crecía en el vivo combate de las ideas; se ganaba a pulso su lugar. Wadzek luchaba con saña; eran días duros para él; los amigos se conocen en la adversidad; Schneemann no quería admitir el residuo por estrangulación que él había calculado. Iban de un lado a otro con sus papeles; el zumbido de las fresadoras aumentaba. En plena liza, la voz del pequeño Wadzek se agudizaba; instó a Schneemann a realizar una comprobación in situ, bajarían a la fábrica. Los ojos del gordinflón centellearon.

—Nada de discusiones delante del personal.

Wadzek peroró más seguro, enumeró muy convencido sus sencillos cálculos, como si hiciese una profesión de fe, y no permitió que la menor vibración de su voz dejara entrever ni un atisbo de duda, se trataba de ser o no ser. Junto a la turbina marina y el modelo 65 de Rommel colocó su máquina de expansión de cuatro cilindros R4, con cilindro dividido de alta y baja presión; llegó el punto crítico; Schneemann no se enteraba de nada; a Wadzek se le cayó el papel de las manos; estaba medio inconsciente. Schneemann trazó una raya bajo una de las operaciones;

todo en orden.

Un chico entró con el desayuno. Puso la bandeja encima de la mesa, y se retiró rápidamente al ver a su jefe descompuesto resbalar por la pared. Schneemann se acarició satisfecho el bigote; estaba hambriento. Tenía suficiente. Wadzek lo miró sin verlo.

—Hay que luchar —soltó de pronto Schneemann, y añadió—: A nadie le regalan nada.

Wadzek le invitó a comer pepino; el invitado reparó en que solo había un cubierto. Wadzek tocó el timbre.

—Lo maltratan a uno —susurró temblando junto a la mesa; no probó bocado.

Schneemann sonrió complacido y abrió una botella de cerveza; ¿no iban a brindar? Nuevas perspectivas se abrían ante él; ya se veía abanderando la lucha contra Rommel: delante, en primera línea, el caballero Georg. Wadzek hizo un gesto de rechazo y permaneció sentado, molesto. Finalmente, Schneemann se animó y, mientras paladeaba la comida, lanzó la propuesta de mejorar cierta válvula; dijo que había conocido a un joven genial que luchaba sin éxito para colocar su patente. Wadzek lo seguía, fatigado; la observación de Schneemann le impresionó; se humedeció los labios con cerveza y, llevado por una emoción que crecía rápidamente y se adueñaba de todo su cuerpo, pidió a su socio que le resumiera los fundamentos de dicha mejora. Casi conmovido, exclamó:

—¿Y me viene con esto ahora?

Schneemann vivió un renacimiento glorioso. Un día llevó hasta la fábrica de Wadzek, con aparatosa pompa, al renacuajo de inventor que había patentado una mejora importante en el cierre de una válvula. Durante la conversación entre Wadzek y aquel hombre, Schneemann, orgulloso, no articuló ni palabra. Quería iniciar la gran ofensiva, la R4 contra el modelo 65.

Rommel subió la escalera de caracol de hierro que conectaba la oficina con su vivienda. Una criada gorda estaba limpiando un sillón amorfo y ligeramente elevado que ocupaba el hueco de la ventana. Rommel la miró por encima de las gafas.

—¿Qué está usted haciendo?

—La señorita Gabriele está a punto de llegar; acaba de llamar por teléfono, vendrá enseguida.

Él la siguió con la mirada, como si fuera un perro al que estuviese apuntando con una piedra; ella se retiró precipitadamente.

Ataviada con un vestido de seda negra, chaleco de encaje con armiño y agitando un enorme manguito, Gabriele atravesó la cocina, lanzó el sombrero, el manguito y el

bolso de piel sobre el sofá de terciopelo descolorido y se puso a chacharear ante un espejo alto.

—Imposible venir antes, ¿no te ha avisado Minna? Pero, querido, ¿cómo es que estás sin afeitarte?

Sus ojos rasgados, negros y acharolados recordaban al Japón; los pómulos destacaban poderosamente sobre el fino rostro; una ligera tonalidad roja sobre las mejillas tersas.

—Así que Franz ha vuelto a montar un numerito. Le dije que te trajera lomo de Sajonia, en Steinplatz, número tal. Sin esperar a que acabe la frase sale corriendo por pura deferencia, da tres vueltas a la Steinplatz a toda velocidad, vuelve y, como si fuese la operadora, va y me pregunta: «¿Qué número?». ¡Pues qué número va a ser! ¡No precisamente el de teléfono!

—Bebe mucho, solo cerveza. —Ella se aproximó a Rommel, que leía el *Vossische Zeitung* sentado en su sillón alto. Gabriele acercó la melena negra y perfumada a su rostro—: Querido, vas a echar a perder esos hermosos ojos marrones. Vamos, quítate las gafas. —Pensó—: Hoy parece terriblemente viejo, sobre todo alrededor de la boca. Pronto tendré que empezar a cuidar de él.

Rommel gruñó, vanidoso.

—Antes tenía una mirada más fresca; era conocido por eso.

Gabriele respondió acongojada; él tenía los pantalones desgastados por las rodillas:

—Yo te quiero así. Ni más joven, ni más viejo. Me apoyaría en ti una y otra vez. El olor del puro, el sillón, tu *Vossische Zeitung*... —Después prosiguió, asustada, más despacio, más cantarina—: Déjame hablar, Jakob. Tu nombre es Jakob. Es la historia del arcángel que luchó contra Jacob; lo he visto en el museo, en un cuadro de Rembrandt. Es un cuadro maravilloso. Me impresionó tanto... Y ahora yo estoy con Jakob Rommel.

—¿Algo te aflige?

La nariz se le había puesto roja; Rommel lagrimeaba.

—Déjame hablar. Quiero hacerme una idea exacta de quién eres. De todo lo que posees, de todo lo que has hecho. De qué son los demás comparados contigo. —Gabriele se sentó en sus rodillas sin mirarle a la cara, con los ojos puestos en la ventana—: Echate hacia atrás; ¿te hago daño? No estoy nada nerviosa; claro que puedo mirarte. Puedo mirar todos y cada uno de tus granos. Tienes cañones. A ver, échame el aliento; vamos, échamelo. Así. Lo digo en serio. Me tienes en el bolsillo. Estoy cosida a ti como este botón.

—Estás muy alterada, Gaby, por el amor de Dios, qué alterada estás. Venga, quédate sentadita.

—Te peso demasiado. También oigo todo lo que dices. Vamos, bésame si quieres.

Quiero mirarte de frente, aquí, bajo la luz de la ventana.

—Pues claro que te beso, Gaby. Por Dios, ¡qué cosas tienes! ¿Qué te ocurre? No te dejan tranquila.

Gaby dio un respingo y se levantó, recompuso su atuendo y se frotó el rostro.

—Disculpa, avisaré a Minna. Tengo que asearme. Comeremos enseguida.

Ambos se sentaron a la mesa redonda, Gabriele fue sirviendo. La criada trajo la ensalada. Gabriele dejó caer el tenedor sobre la alfombra.

—¿Qué son las acciones exactamente?

Él rio.

—¿Vas a comprar acciones?

—Sí. ¿Dónde se compran?

—¿Las acciones? En la sección de papelería de los almacenes Wertheim las tienes de muchos tipos. En cualquier caso, 110 en la sección de alimentación.

—Herta entiende de todo eso. Es una muchacha encantadora, tan encantadora. No imaginas lo poco limpias, interiormente, que son las chicas de su edad, las de familias decentes.

—Su padre ha venido a verme. Es un charlatán. Con independencia de lo que haya hecho por ti.

Gaby miró el salero.

—Te equivocas. Se preocupó mucho por mí cuando llegué a Berlín. No te habría conocido sin su ayuda. Es de naturaleza generosa.

Rommel se comió un panecillo.

—Eso es imposible. El empresario que no saca partido de su posición no sabe nada de este negocio.

—Pero Wadzek ayuda a tanta gente... Ahora está teniendo mala suerte.

—Porque es un burro, y por esa misma razón nunca llegará a nada. No merece la pena dedicarle ni dos palabras.

Gabriele miró a Rommel.

—¡Qué modo de hablar de las personas! —Recolocó la servilleta sobre su regazo—. ¿Recuerdas la última vez que estuvimos en Friburgo? Subimos por el valle de Hölltal hasta el lago Titisee, pasando por todas esas estaciones de nombres tan curiosos: Hirschsprung, Kirchzarten... ¿cómo se llamaban? No dejaba de maravillarme todo aquello, cómo habían logrado perforar las montañas para que pudiese pasar el tren. Y las montañas ahí están, impasibles, tan impasibles con sus serpentinas nevadas. Así yo te recorro y me sorprende del surco que dejo a mi paso. Cómo logré enterrarme. Eres un coloso... Probablemente tu mujer me allanó el camino.

Él soltó una carcajada.

—Tienes razón. Pudo ser ella. Era peor que la dinamita. No me sorprende que

fuese ella la que se enterrase, sino que yo siga vivo. Esa mujer muerta me desgarró, Gaby, me hizo jirones, como si fuera un harapo. Y mis queridos parientes, hijos e hijas, todos la ayudaron. ¿Cuánto hace que estás conmigo? Cuatro años, cinco. Pronto lograrán ablandarte. Yo no soy duro, Gaby, antes lo era más, duro como el hierro. A ti te da pena ese pelele, el tal Wadzek; otros muy distintos se han cruzado en mi camino... Y la cosa irá a mejor... ¿No quieres un plátano?

—Te prepararé uno. Deja, ya lo hago yo.

—Aún tengo cosas que hacer en esta vida; estoy retenido en Westfalia y debo seguir adelante. Pero en casa hay mucho chupasangre, gentuza de colmillos afilados que te vampiriza hasta dejarte seco. Su objetivo es paralizarte.

—Sí, Minna —dijo Gaby a la criada—, puede recoger. Abra la ventana, la de arriba. Traiga Fachinger para el señor y un poco de Burdeos para mí. Wadzek me da lástima —dijo suavemente a Rommel—. Estoy en deuda con él.

El viejo hizo un movimiento brusco con la mano. Dio un portazo tras la criada, se arrancó la servilleta de la chaqueta y la arrojó sobre la alfombra.

—¿Por qué no nos casamos? Quiero decírselo al mundo. Los malvados y los egoístas están deseando que me muera.

Desde la silla, detrás de su copa, Gaby parpadeó en silencio; dijo en voz baja:

—No quiero, Rommel. No me vengas con eso.

Él se encrespó junto al espejo.

—Eres hija de un oficial de Marina. Tu familia no es peor que la mía. El teniente Wessel era tan bueno como Jakob Rommel. ¿Qué he de ofrecerte? Tendrás lo que desees.

—Lo sé.

—¡Lo sé!, Te estás burlando de mí.

—Eres todo lo que tengo. No me burlo. Seguiré siendo como soy y lo que soy.

Él gritó con voz atronadora.

—¿Y qué es lo que eres, eh?

Tras hacer una pausa, ella respondió, cariñosa:

—Tu amante. Y quiero seguir siéndolo.

* * *

La fábrica de Wadzek sufrió un doble varapalo. La gran empresa de Elberfeld, que tenía filiales en Holanda e instalaba centrales eléctricas en Java, Centroamérica y el norte de África, comunicó a Wadzek por medio de la típica carta comercial que su nueva máquina B. T., número 278 del catálogo, había funcionado a la perfección en fábrica. Sin embargo, el balance anual arrojaba un resultado asombroso; seguro que el señor Wadzek estaba al corriente de que la empresa había instalado, a modo de

prueba, dos dínamos propulsadas por turbinas en la subestación de Barmen; el propio representante enviado por Wadzek, R., había tomado nota con interés de dicha novedad. Lo cierto era que, en comparación con las del sistema antiguo, esta subestación había funcionado con una notable diferencia de rendimiento a su favor, diferencia que ascendía a esto y lo otro, suma que se repartía como sigue. Los ingenieros jefes estaban muy sorprendidos de la seguridad y la potencia del nuevo sistema turbo; sea como fuere, por el momento no tenían previsto instalar ninguna máquina de émbolo nueva, a menos que así se desprendiera de futuros análisis efectuados en el marco del experimento. Asimismo, aprovechaban la ocasión para preguntar si los rumores acerca de una fusión de su fábrica con la de Rommel eran fundados y si podían transmitirle sus más sinceras felicitaciones por dicha operación.

Wadzek se puso furioso. Schneemann tuvo que acudir de inmediato. El bajito lo recibió a gritos.

—¡Sinceras felicitaciones!

Schneemann temblaba y trató de ocultarlo.

—¿Y qué pasará con Java?

—Pues allí es adonde emigraremos, como campesinos. Recolectaremos granos de café. No necesitaremos botas, allí van descalzos. Ahorraremos.

Schneemann, estupefacto, repitió:

—¿Y qué pasará con Java?

Wadzek apuntó hacia él con la cabeza.

—Un campamento de verano para pobres como nosotros. Claro que no tendremos dinero para el viaje, pero tal vez se compadezcan y nos transporten en una caja de arenques ahumados. A los javaneses les apasionan los arenques ahumados. ¿Por qué no?

Schneemann, mirando hacia la ventana con sonrisa elegiaca, dijo:

—Pero nosotros tenemos al renacuajo, que es un ingeniero excelente; trabaja día y noche, y está a punto de adaptar esa cosa a nuestro modelo. Entonces llegará Rommel y dirá: Ni hablar, no lo hacemos; no lo permitiré.

Wadzek preguntó:

—¿Quiere que le regale una violeta recién cortada para que pueda llorar a gusto? ¿Eh? Pero si ya tiene la nariz roja. ¡Y esto no ha hecho más que empezar! ¿Por qué no vino ayer? Estuvimos esperándole.

—No pude, no pude. Estuve con mi esposa y mi hija mayor en un parque y luego fuimos al cine.

Wadzek permaneció de pie, indignado.

—Es usted ridículo, usted y su cine. Y el renacuajo y yo, esperando; se llevó la tabla número 5. Y, en lugar de venir, ¡se dedica a pasearse por los cines con una niña pequeña! ¡Por los cines!

—Wanda tiene ya nueve años; lo entiende todo. Y además, necesito recuperarme. Tenía que volver en mí. Ayer fue un día muy duro.

—Así que le han despedido, ¿por alta traición?

El gordinflón le lanzó una mirada lastimera.

—Parece que eso es lo que usted quiere. No diré nada más.

—Que diga algo o no diga nada, eso a mí no me sirve. Esa partida no la vamos a recuperar.

Mientras Wadzek se movía sin descanso, Schneemann, que se dejaba llamar de todo, se mantuvo quieto junto a la ventana.

—Porque ayer fuese con la niña al cine no he hecho nada malo. Tuve mis motivos.

—No quería traerme la tabla.

—Por la tarde fui al banco y estuve hablando con el director de la sucursal, Blumenthal el Rojo. Me habló de muchas cosas, no precisamente de...

—¿No precisamente de qué?

Schneemann respondió a la mirada de Wadzek con un gesto amenazante.

—A usted le espera lo que ayer me sucedió a mí, por eso, en efecto, olvidé la tabla. No puede reprocharme que yo, Schneemann, incumpla una promesa. Puede...

Wadzek se dirigió hacia él de puntillas, blandiendo el índice.

—Pero usted habló hace poco de...

Schneemann le quitó la palabra, casi victorioso.

—Sí, mire, el tal Abegg. Ahí está el quid de la cuestión. El hombre interpuesto, el testaferro, a él me refería.

—¿Cuánto? —susurró Wadzek permaneciendo muy quieto, luego entrecerró los ojos y bajó la cabeza, como quien aguarda un golpe.

—No lo sé. Están comprando sus valores. Todos, casi todos. Nada más. Blumenthal tampoco lo sabía; la información procede de Blumenthal el Rojo. — Schneemann prosiguió, jactancioso—: ¿Qué vale más: lo que pone en esa carta o lo que yo le estoy contando?

Observó con satisfacción como Wadzek seguía allí, de pie, condenado, toqueteando un botón con el índice de la mano izquierda.

Sin mover la cabeza ni dejar de girar el dedo, el bajito preguntó en voz baja:

—¿Dónde vive?

Schneemann soltó una carcajada.

—No es más que un ardid. El nombre es falso, todo es falso. Ese tipo no tiene casa siquiera, o es probable que así sea. Será un recadero, alguien sin colocación o un señor mayor que se gana la vida de esa manera.

—¿Podría averiguar dónde vive?

Schneemann lo observó, sonriente.

—A ver, ¿cómo se encuentra? Podemos ir juntos al cine; puede buscar refugio en Asta Nielsen^[6]. Eso tranquiliza; al parpadeo de la imagen se acostumbra uno.

Wadzek repitió:

—Usted se encargará de averiguar dónde vive. Deletree Abegg.

—Con dos ges, nada más. Como el jefe superior de policía de 1848^[7].

El bajito tomó nota. De pronto dejó caer el lápiz y susurró, mientras su rostro flácido empalidecía profundamente, como si en ese preciso instante lo hubiese entendido todo:

—Schneemann, ¿qué va a ser de nosotros? Nos ponen de patitas en la calle. ¿Quién se atreve a hacerme esto? ¡Quieren matarme! Me arrebatan el trabajo de toda una vida. Estoy perdido.

Schneemann se acercó a él, enojado.

—A mí me ha ocurrido lo mismo. ¿Y yo? ¿Acaso es usted más que yo?

Wadzek gimoteó.

—Me están asfixiando.

Los ojos de Schneemann se salían de las órbitas de pura rabia; el gordinflón agarró del hombro a su amigo, que se había desplomado sobre un taburete.

—Oiga, si quiere que permanezca a su lado, ha de darme su palabra. No puedo verle así. Es humillante. No lo permitiré. Jure que no irá a ver a Rommel, que no pactará con él. Deme la mano. —Schneemann estrechó la mano de Wadzek, la devolvió a su lugar y proclamó—: Ahora nos toman por debiluchos. ¡Lo que faltaba! Eso se acabó.

Siguió hablando con los brazos estirados. Pálido y descompuesto, mientras revolvía el armario, Wadzek volvió a preguntarle cuánto había comprado Abegg y de qué valores se trataba. Schneemann ordenó al bajito que lo acompañara.

—Invito yo. Aquí está su sombrero.

Wadzek susurró enajenado, casi con espanto:

—Mi entrada la pago yo.

Schneemann insistió en que él invitaba. Ya de camino, el gordinflón preguntó dos veces a Wadzek si reconocía que había sido injusto con él. Wadzek asintió como un autómatas. Cuando Schneemann lo llevó ante el cartel de un cine y ambos se quedaron allí de pie, Wadzek salió súbitamente de su confusión. Que qué hacían allí. El otro lo animó con gracia a mirar primero el cartel, que hablaba de una historia conmovedora y original.

—¡Está usted loco! —gritó Wadzek al tomar conciencia de la situación, y sacudió encendido los puños—. ¡De remate! ¡Atrévase! ¡Atrévase a caer en mis manos!

Con estas palabras el fabricante se alejó a todo correr de Schneemann, que lo siguió con una mirada comprensiva y se ajustó la corbata lleno de satisfacción.

Wadzek corrió a la fábrica y escribió a Gabriele una impetuosa carta sobre su

tremenda desidia y su falta de sensibilidad; él le había entregado a Herta, pero ¿acaso no recordaba el refrán, «una mano lava la otra»? ¿Quién era Abegg? Podía mencionar el nombre delante de Rommel; entonces sabría el daño que le habían hecho.

Gabriele, que leyó la carta en la cama, sufrió un vaivén emocional. Leyó por encima la parte desagradable. «Le he entregado a Herta». Se vistió rápidamente.

—¡Dios mío, Dios mío! —susurró repetidamente; además, fuera llovía; menudo día le esperaba.

Mientras, la criada vieja y encorvada molía café en la cocina; asustada, Gaby no dejaba de merodear a su alrededor; ella nunca había entendido de dinero. La criada tenía que leer la carta; las dos se pusieron a cotorrear, el ruido del molinillo tranquilizó a la señorita; coincidieron en que Wadzek era un hombre bueno y despistado que necesitaba ayuda.

—Qué desagradable es esto de los negocios —suspiró Gaby atormentada—, no entiendo ni palabra.

Pero de pronto, después del café, ya no se sintió atormentada; mientras lamía la cucharilla de la crema, cayó en la cuenta de que lo más fácil sería ir a la oficina y conseguir lo que Wadzek quería, los números de esos valores y demás. La criada ya estaba abotonándole las botas.

Al cabo de una hora tuvo en la mano una lista, la copia que un apoderado rubio y sonriente le había prestado a la novia de su jefe.

Por la noche llegó Herta.

Llevaba puesta una blusa negra y fina; el sombrero de paja y ala estrecha tenía adornos negros. Gabriele miró sorprendida a la joven. Ésta se giró en el pasillo. Primero, seria; luego resopló, se dio un golpe en la rodilla y arrastró a Gaby hasta el salón. Gaby subió la pantalla de la lámpara colgante.

—¿Qué te ocurre? Pero ¡qué aspecto tienes!

—He estado toda la tarde sentada con el sombrero puesto; quería darte una sorpresa. Luto en la casa de Israel. Soy hija de mi familia. —Herta desfiló solemnemente junto a la otra mujer—. Le ruego que me exprese sus condolencias. Estamos de luto.

Sacó el pañuelo y fingió llorar. La otra le arrancó el pañuelo de las manos.

—Herta, compórtate; la puerta está abierta. La criada puede oírte.

Herta se desprendió de sus cosas y ambas se sentaron a la mesa. La muchacha se mantuvo digna y jugueteó grácilmente con los dedos.

—Gaby, el destino se cierne sobre nuestra casa. Agamenón no es nadie comparado con nosotros. Haré el examen de maestra de gimnasia y ayudaré a mi pobre familia con cincuenta pfennig al mes. Y luego la pensión para mi padre.

—¿Y qué va a hacer tu padre?

—Irá al sanatorio. El certificado médico ya está listo; yo también lo he firmado.

Mi más sincero pésame, Gaby; volverás a verlo en la bañera; yo ganaré el dinero para pagar sus tranquilizantes. Por cierto, ¿cuánto cuesta media libra de veronal?

—Te daré otra blusa. ¿Qué es eso que te has puesto? Es de tu madre, seguramente. Debería darte vergüenza.

—Ahora mismo. —Herta se puso en pie y citó—: Un hombre de mi edad y... ¡decapitado! ¡Decapitado! ¿Has visto, Gaby, lo que hago con el brazo? Esto sí que es un auténtico arte. Mujer, hijos. ¡Ya no hay nadie para hacer frente a lo que venga! Uno se vuelve... No sé cómo se vuelve, Gaby, pero el caso es que lo hace. Yo también. Por eso me he puesto esta blusa; repudio las tuyas porque ahora necesito ésta.

—¿Y qué va a hacer tu padre?

—¡Traición! No me molestes. ¡Abandonado por todos! ¡A izquierda y derecha! Y todavía hay más lados. Me están castrando; eso es, castrando. ¿Tienes una enciclopedia? Quiero ver qué están haciendo con mi padre. Me están castrando.

Gaby no dijo nada más; primero atravesó a la joven con la mirada, luego guiñó los ojos y compuso un gesto inaccesible. Tras una pausa, Herta se acercó, zalamera; Gaby se levantó, atrajo a la muchacha, y dijo en voz grave y baja:

—No es justo que seas así; no es justo.

—¿Verdad que no? ¡He estado a punto de ser injusta contigo!

La joven intentó atrapar un beso; Gaby continuó:

—Quería pedirte una cosa.

Enardecida, Herta se aferró a sus manos.

—¿A mí? ¡Por favor, por favor!

—No es nada de particular. ¿Qué hacéis en el internado cuando queréis asegurarnos de que la otra cumpla su promesa? A ver, di.

—Sí, pero entre tú y yo —preguntó Herta, sumisa—, ¿acaso es necesario?

—Entonces, ¿qué hacéis?

—Juramos con la mano sobre un libro...

—¿Y qué libro es?

—No lo sé. Lo tiene Paula Kolle; ninguna sabe qué libro es. Pero cumplimos lo prometido. Yo apunto todos mis juramentos.

—Enséñamelos.

Tras algún que otro remilgo, Herta sacó de su portamonedas una minúscula agenda roja, y se puso a hojearla a distancia.

—¿Eso qué significa?

—Al lado de cada juramento pone la fecha. Pero no puedes leerlo. Al dorso están las que lo han incumplido. Todas tenemos una agenda. La misma.

Gaby se frotó los ojos.

—No voy a leerlo. Yo también tengo un libro sobre el que hago jurar, a Rommel y

a quien sea; todos deben prestar juramento sobre él cuando se trata de algo importante. —Gaby se dirigió a una mesita, abrió la caja de ébano que estaba encima y sacó una pequeña biblia—. Aquí está. —Colocó el librito grueso sobre la mesa—. Has de jurarme una cosa, Herta. Pero antes ve a ver a la criada y ponte otra blusa. Sí señor, no cruzaremos ni una palabra más hasta que te quites esa blusa.

Al cabo de cinco minutos, Herta regresó con una blusa de color rojo chillón; ante las miradas inquisitivas de Gaby, imploró:

—Me la ha prestado la criada; no podía ponerme una tuya.

—¿Cómo?

Herta bajó la cabeza y suplicó avergonzada:

—Por favor, Gaby, por favor.

Se sentó lejos, en la penumbra, donde Gaby no pudiese verla. La mujer sonrió.

—Debes jurarme sobre este libro que entregarás la carta que te voy a dar. No puedo ponerla en el correo. Dentro de media hora se la darás a tu padre. Contiene información importante, muy importante para él.

—Lo juro.

—La mano sobre el libro.

—Lo juro.

—Que llevarás esta carta a tu padre inmediatamente.

—Se la llevaré inmediatamente.

—A lo largo del día de hoy.

—A lo largo del día de hoy. —Herta miró fijamente a la mujer desde abajo—.

¿De qué te ríes? ¿Te has reído?

—¡Pero Herta!

La joven susurró desconfiada:

—Me ha parecido. Puedo haberme equivocado. Pero ¿por qué he tenido que jurar?

Gaby la tranquilizó y entonces rio en voz alta; si Herta insistía, el juramento no sería válido. Herta lo rechazó de plano; parecía malhumorada, ofendida.

—Si te has reído, el juramento no sirve. Me marchó.

Cogió el sombrero de paja y borde enlutado, y arrancó el crespón. Gaby tuvo que volver a llamarla, pues había olvidado la carta.

Herta echó a correr. Sacudía y aplastaba la carta con la mano.

—No subiré más a verla. —Dos veces arrojó la misiva al suelo—. ¡Mierda! ¡Para eso sirvo! —Estaba furiosa sin saber por qué. Lo del juramento había sido muy cruel. Se echó a llorar, y tuvo que contenerse para no lanzar la carta al agua desde el Potsdamer Brücke—. ¡Menuda amiga!

Al montar en un autobús vio a un recadero apostado en el puente; se bajó en marcha y, con rictus serio, dictó a aquel hombre una dirección imposible para que la

apuntara en su cuaderno, le dio la carta y le dijo que debía entregarla allí inmediatamente. Él se alejó, calándose la gorra; ella permaneció junto a la barandilla, rebosante de ira, y lo siguió con la mirada a lo largo de la Schöneberger Ufer, hasta que lo perdió de vista. Luego recorrió el canal tras él, se topó con un guardia y se abrió paso entre el gentío que esperaba en una parada; bajo los árboles ya no se veía al hombre de la gorra roja. Herta respiraba de un modo agitado y siniestro, chasqueó el índice y echó a andar con los puños en alto. Presa de la excitación, no se atrevió a llegar a la Potsdamer Strasse, recorrió de arriba abajo la verja de la orilla unas diez veces, como si estuviera en su habitación. Avanzó lentamente hacia la calle. Cuando estuvo sentada en el siguiente autobús y el puente hubo desaparecido, Herta rio tapándose la boca con el pañuelo y sintió una felicidad indescriptible. Pensó en el recadero y en la cara que pondría. Un señor quiso entablar conversación; ella se dirigió a la plataforma, junto al conductor. De vez en cuando debía reprimir las ganas de apearse de inmediato, regresar y contarle triunfante todo a Gaby, punto por punto; pero ella ya se daría cuenta. ¡El recadero, el recadero! Todas las extremidades le temblaban. Envanecida, abrió la puerta del salón.

Wadzek estaba sentado a la mesa, frente a su mujer; cada uno estudiaba a conciencia una hoja de periódico. Durante un rato no se pronunció palabra. Herta sonreía maliciosamente mientras los observaba desde su rincón. Wadzek se giró de golpe y dijo:

—¿Gabriele no te ha dicho nada?

—¿Que si me ha dicho algo? No, nada de particular, no me ha contado nada.

—No le has preguntado; no te interesas por nada.

Él le lanzó una mirada salvaje, y volvió a apoyar la cabeza. ¿Acaso tenía alguna obligación frente a su padre? Él también era de la calaña de Gaby. Del tipo de gente que esclaviza a los demás para sus propios fines. Pero con ella se había equivocado. Lo acababa de demostrar. En ese preciso instante, el recadero llamaba a la puerta y al timbre de casas desconocidas, preguntaba en todas partes por Paul Skortzky, que no existía, llevaba en el bolsillo cierta carta. Herta sintió el impulso malvado de interrogar indirectamente a Wadzek sobre aquella carta; le gustaría haber sabido con todo lujo de detalle cuán importante era. Pero guardó silencio; le bastaba con el placer de observar a Wadzek, y estar sentada tan tranquila. Ninguno de los dos se miraba, padre ni madre: una pareja bien acoplada. Era asombroso que aquellos dos no se avergonzaran de perder tan a menudo el control delante de ella. El señor y la señora Wadzek, sus excelsos progenitores. Rommel los tenía agarrados por el cuello. Al ver a ese pelele nadie diría que se atrevería a enfrentarse a Rommel con su afectado parloteo. Llevaba los puños sucios y se pasaba la mano por el cabello de una forma repugnante. Y ése era el que pretendía seducir a Rommel... Herta se levantó de la esquina del sofá y se puso de lado, pues así podía contemplar el perfil de Wadzek.

Lo observó con una penetración fría, opresiva, vivisectora, arrugando los ojos, apretando y moliendo una muñeca contra otra sobre las rodillas. Hay que dejarlo ahí sentado, pensó muy seria; tuvo exactamente la misma sensación que hacía tres días, cuando cazaron a un ratón en la cocina y lo ahogaron; mientras todos los demás huían, ella fue capaz de sujetar a aquel animalillo bajo el agua y observar cómo moría entre espasmos. Cuanto más observaba a Wadzek, más le costaba mantener su aversión hacia él: aquella cabeza tan activa la tranquilizaba, casi se enamoró de ella.

Con cierta angustia, Herta fue resbalándose en silencio por la tapicería; sin hacer ruido, se escabulló a espaldas de ambos. En el pasillo reparó en que tenía las manos calientes y sudadas, los pies calientes y cansados. Dando un resoplido volvió a coger el sombrero de la estantería, se lo puso y, tras abrir la puerta con cuidado, salió muy despacio. Mientras se deslizaba lentamente por la barandilla de la escalera, pensó: «Necesito tomar el aire». En la calle, apenas pudo mantener la cabeza recta: de pronto se le había vuelto muy pesada y se inclinaba sobre los hombros. Se sentó en un banco de la plaza; faltó poco para que se quedase dormida. Siguió arrastrándose, y soltó una risita cuando se acordó de lo burro, lo tremendamente burro que era el recadero de la gorra roja, que a lo mejor todavía andaba buscando. Luego se despejó, olvidó de golpe el cansancio, notó las piernas ligeras, las balanceó y, de pronto, se sintió inundada por un rompiente de cólera en el pecho, brazo, dedo, boca, hacia Gaby. Solo cólera, escupía cólera. Rommel era el único bueno, el gran hombre. Herta tomó partido por él y en contra de Gaby, esa mujer mala y soberbia. Él estaba por encima de todos, Gaby no podría mancillarlo. Mientras echaba la cabeza hacia atrás a causa del enfado, Herta buscó su portamonedas ante una tienda de confección que estaba iluminada; tenía suficiente dinero, no necesitaría más de cinco marcos; montó en un coche de punto. Al norte, a la fábrica de Rommel. Ya en la esquina se apeó, llena de impaciencia; bajó la calle oscura, pasando junto al murete: allí estaba la fachada uniforme. La casa se encontraba a la derecha; no había luz; estaba durmiendo. Hizo señas hacia lo alto con ambos brazos, gimió con deleite y a media voz. Después refrescó; se quedó helada y tomó el tranvía hasta casa.

Con un rechinar de dientes, Wadzek juró a su mujer y a Herta que desenmascararía a Rommel. Lo seguiría hasta el último escondite. Evitaba la fábrica, iba y venía sin rumbo. Víctima de una total confusión, nunca expresaba lo que tenía en la punta de la lengua. Temblaba de una forma particular, con todos sus miembros, incluso en el interior de su cuerpo, aunque en los dedos no se le notaba nada. Tampoco es que le afectara en especial a los dedos, sino más bien a los pulmones y a las vías respiratorias; era una curiosa vibración continua que solo en ocasiones subía hasta la garganta. También le ocurría en el brazo, en el interior de sus gruesos músculos y delante de las rótulas. Allí abajo era como si sufriese un mareo constante.

Wadzek se dio cuenta de que la cosa era grave, no podía creerlo. Buscó distracción y se ocupó poco del asunto, solo de forma eruptiva. De vez en cuando iba a por dinero y consultaba el estado de sus valores. Obtenía evasivas. Sus accionistas ya habían viciado el ambiente. Las conversaciones solían terminar como con Rommel. Schneemann fanfarroneó.

—¿Cree que la gente va a darle cinco pfennig? Esos están de parte de la fortaleza, de la baja, como un solo hombre. Ya lo sabemos. Si ve que un ejército avanza hacia usted, ¿lo combate? Es ridículo. Es una locura ponerse en evidencia. Haremos la revolución desde dentro.

Wadzek murmuró en tono monocorde:

—No hago nada en mi propio beneficio. Nuestro producto es magnífico. Nos falla la difusión. Me niegan los fondos. No podemos ni respirar.

—Dinamita, bombas, sin eso no hay nada que hacer. Los de Elberfeld están untados. Los ingenieros, el personal, todos sobornados por Rommel.

—¿Qué vamos a hacer, Schneemann?

—Bombas. Luchar es ridículo, inútil. Es una vergüenza para la humanidad.

Schneemann, azuzado por el colapso total de Wadzek, no atendió a razones y se aventuró hasta el punto de ir a ver al segundo apoderado de Rommel, a quien conocía, para sondearlo sobre los planes de su jefe. El caballero bajito, duro de oído y vestido con una levita negra, un señor de cuarenta y tantos, estaba en su salón atándose una pajarita negra. Para ello había hincado la rodilla en un sofá de terciopelo verde, sobre el que colgaba un espejo estrecho, alto y de marco dorado, entre dos bibelots. Tras hacer un gran esfuerzo, durante el cual observó a través del espejo, temeroso, al visitante, se le paralizaron los brazos por el movimiento hacia atrás para llegar a la nuca. El caballero pidió a Schneemann, que lo juzgaba con la mirada, que comprobase qué sucedía. Schneemann constató que las tiras de la pajarita estaban completamente agujereadas; ¿cómo iba a sostenerse la hebilla? El torpe oficinista preguntó:

—¿Y qué hacemos? —Y abrió mucho el ojo derecho con aire melancólico. Toda la parte izquierda de su rostro estaba inerte, no se movía: en modo alguno debido a una apoplejía fruto de una vida disoluta, tal y como él mismo se encargaba de explicar a todo el que lo mirase, sino que su parálisis era congénita. También su nariz redondeada estaba siempre entre rojiza y violeta, lo cual provocaba igualmente malentendidos; lo cierto era que se debía a un eccema; su dueño utilizaba el nombre científico, *eccema rosacea*, para no dejar lugar a dudas. Entonces Schneemann se sacó del bolsillo del chaleco un trocito de cordón, juntó los extremos de las tiras de la pajarita que rodeaban el cuello del inquieto apoderado, las ató con el cordón, y giró al paciente tras alzarle el cuello de la levita. Alternando la mirada entre el espejo y Schneemann, el empleado de Rommel dudó si aquello había sido todo, y luego

expresó su admiración por el ingeniero; a él no se le habría ocurrido algo así. Schneemann explicó humildemente que había que tener recursos; él siempre llevaba encima un cordón.

Ya conocía la terrible historia de la niña que, sin querer y sabe Dios cómo, acabó sentada en lo alto de una chimenea; al parecer había subido por una escalera llevada por la curiosidad. Y después la escalera probablemente se cayó o se la llevaron, y las niñas de esa edad solían ser pequeñas y no pedían ayuda de inmediato.

En cualquier caso, allí estaba la criatura, que lloraba y no podía bajar. Por fortuna, la chimenea no estaba encendida; de lo contrario, la niña habría salido ahumada. Schneemann trataba de causar buena impresión, de despertar confianza, por eso hablaba sin cesar. El apoderado, quien una vez superado el percance escuchaba atentamente y con la boca abierta —al igual que muchos sordos, que sin duda abren la boca para oír mejor—, opinó que si la chimenea hubiese humeado, la niña no habría subido, argumento este que Schneemann no dio por válido y con razón, pues la niña bien podía haber ascendido por el exterior de la chimenea; no había motivo alguno para subir por dentro, como si de un deshollinador se tratara; en todo caso, era técnicamente imposible, pues se habría caído, etcétera, etcétera.

—Vaya, vaya —dijo el sordo con resignación, desviando la mirada hacia su regazo, y afirmando que claro, él no entendía nada de eso.

La cuestión era que, mientras la niña estaba allí arriba y lloraba, sus amigas, la madre y demás parientes la reconocieron por la voz, corrieron hacia ella y se pusieron a gritar a coro. Luego llegaron los bomberos, cabe pensar que debido al nerviosismo general, pues la niña apenas era visible allí donde estaba; ese día por descuido, o mejor dicho por desgracia, se había puesto un vestido gris, color humo casi; solo se la reconocía por el lazo rojo que llevaba en el pelo, pero únicamente por detrás, claro está, e incluso dada esta circunstancia, había que considerar que la pared trasera de la enorme chimenea impedía ver el lazo si uno estaba pegado al edificio. Schneemann se interrumpió varias veces, haciéndose de rogar. Desde abajo el lazo no se veía bien, solo era posible atisbarlo subiéndose al tejado de alguna casa, como hicieron muchos, o bien desde el monte vecino que, al parecer, era el Schlossberg.

—Ajá —asintió el apoderado mirándose el regazo—, así que ocurrió en Friburgo. La historia transcurre en Friburgo.

Schneemann no lograba acordarse; además fue interrumpido por otra pregunta de su anfitrión, que sonreía caridoliente: que cómo habían podido oír a la pequeña, Trude pongamos por caso, estando ella a semejante altura. Estupefacto, Schneemann aclaró que la niña se puso a gritar. El anfitrión ensanchó su sonrisa y bajó la nariz tirante todavía más; él sí que no lo habría oído, de ninguna manera. El gordinflón preguntó irritado:

—¿Y por qué no?

El anfitrión se sentó en el sofá y, con gesto serio, señaló su oído izquierdo con el mismo dedo índice.

—Si por mí fuera, no habría bajado.

Schneemann prosiguió en tono jovial: aquella vez sí que oyeron a la niña, la tal Trude; eso era un hecho. Schneemann guardó silencio antes de continuar; sabía que el apoderado quería llevarlo a su tema preferido: los antífonos. A la niña le gritaban desde abajo, y ella gritaba desde arriba; como aquel día soplaba un fuerte viento del este, no se entendieron; además, la chiquilla sollozaba mucho y ceceaba, como en sus mejores tiempos. La única persona capaz de entenderla habría sido su madre, quien, sin embargo, estaba demasiado nerviosa y enseguida había corrido al Schlossberg, desde donde veía mejor a su hija. Abajo nadie sabía qué hacer. En aquella época las escaleras de bomberos tampoco eran tan largas ni extensibles como ahora. La historia, por cierto, era auténtica, se la habían contado varias veces. La había recordado por la hebilla de la pajarita, como el apoderado comprobaría enseguida. No podían permitir que la niña pasase la noche allí sentada. Podría haberse caído; además, eran las seis de la tarde, había que encender las calderas, y el propietario de la fábrica exigía la retirada de la pequeña, por lo que armó un gran alboroto delante de la policía y amenazó con encender la calefacción a las ocho en punto; aseguró que denunciaría a esa mujer, a la madre, por todos los daños causados, aunque era una mujer pobre, eso ya lo sabía.

El apoderado expuso pensativo que, en su opinión, el problema radicaba esencialmente en cómo había subido la niña hasta allí, pues por el mismo camino tendría que bajar. Así que, ¿cómo llegó allí? Schneemann se impacientó, explicó que la niña estaba sentada allá arriba y que en una situación tan crítica no había tiempo para responder a preguntas sesudas.

—¡Póngase en el lugar de esa madre! —le reprochó al apoderado—. Sea como fuere —los ojillos de Schneemann brillaban—, la solución vino del lugar más insospechado.

El apoderado se acercó boquiabierto a la visita, que seguía plantada ante él y jugueteaba grácilmente con un canotier que sostenía entre las manos, y abrió su órgano auditivo, es decir, la boca. La niña pidió a gritos una cuerda por la que descolgarse; debía de haber encontrado algún gancho allá arriba. El apoderado no oyó bien y preguntó:

—¿Una cerda? ¿Qué cerda?

Dicho comentario satisfizo a Schneemann, pues como él mismo explicó, idéntico malentendido se produjo entonces debido a la gran distancia y al fuerte viento, viento del este. «Cerda, ¿qué cerda?», gritaron y se preguntaron unos a otros; la niña había gritado «cuerda», como sogas, hilo, maroma; preguntaron al dueño de la fábrica, preguntaron a la madre. La policía, en tanto, estaba de servicio y se encontraba en el

lugar de los hechos, pero se declaró incompetente en cuestiones infantiles. Le mostraron a la pequeña un sable para ver si lo quería, una muñeca, un biberón, un chupete, una cinta azul para el pelo que, al parecer, había perdido aquella mañana, lo que tenían a mano, vasos de cerveza incluidos. Pero ¿para qué quería una niña un vaso de cerveza? La pequeña no quiso nada de eso; gritaba la misma palabra misteriosa sin bajar el volumen; trataba denodadamente, aunque como era obvio sin éxito, de superar la fuerza del viento del este. Según cuentan, desde abajo se hicieron increíbles esfuerzos para llegar a descifrar, a interpretar correctamente el deseo de la niña; toda la ciudad se había subido a los tejados y rodeaba la chimenea describiendo un semicírculo —por el otro lado no se había construido, pues daba hacia el Schlossberg—, la madre corría de acá para allá suplicando quién sabe qué; las farolas se encendieron, el viento se tornó más fuerte y la niña menos visible. La situación empezó a ser preocupante.

El apoderado susurró:

—¿Y cómo subió la niña?

Pero fue demasiado curioso, y Schneemann no se percató de su murmullo. Un hombre dijo... Da igual lo que dijera, y otro dijo otra cosa. Entonces se pusieron a discutir, algunos fueron a por algo de comer y vaciaron las panaderías cercanas. El lazo rojo tampoco se alcanzaba a ver ya desde el Schlossberg. La madre pidió que le trajeran un catalejo, sin pensar que cuando está oscuro los catalejos tampoco sirven de nada. Los parientes de la niña chillaban, les habían arrebatado a su pequeña, la policía no había estado atenta, se la habían arrancado, robado, usurpado, era un caso de negligencia policial. Los guardias que estaban abajo guardaban silencio muy serios, acordonaban afanosamente la zona, sudaban mientras hacían su trabajo, eran tres. Entonces algunas mujeres de la fábrica, después también dos cocheros y finalmente muchos más, niños incluidos, se dieron cuenta de que algo se movía a lo largo de la chimenea por su parte exterior, algo bajaba. Vieron cómo se iba acercando; en un primer momento debió de ser la niña, pero era demasiado pequeño; después un gato, un gato blanco que ella misma había enviado, tal vez con un papel atado al cuello, ¡pero si la niña no sabía escribir! Finalmente, a una altura de dos pisos lograron ver algo que se balanceaba en dirección al suelo, era blanco, del tamaño de una mano. Algo había ocurrido. Algo en lo que nadie allí abajo había pensado. Schneemann prosiguió su relato: la niña estaba sentada arriba, en la chimenea, en mitad del temporal, sin poder bajar. Vértigo no tenía, pues de lo contrario no habría podido subir; pero se helaba de frío, los ladrillos no eran un asiento muy cómodo; además, la chimenea oscilaba ligeramente a esa altura; como es sabido, se trata de extensiones considerables. En especial la niña temía que el malvado dueño de la fábrica permitiese que el humo volviera a salir de repente, ya que entonces moriría por asfixia. Se quedó allí sentada y sentada, giró la cabeza y, al

ver que no la entendían, se quitó un calcetín que, por suerte, tenía un pequeño agujero en el talón. Trude se había dado cuenta de que, junto a ella, un enorme gancho asomaba por el muro de la chimenea; a él quiso atar el hilo, trenzarlo si acaso dos veces e intentar descolgarse; «soy tan pequeña», pensó. Un niño siempre piensa que es pequeño. Pero en cuanto tiraba con un poco de firmeza del trenzado, éste se rompía y ella se quedaba con él en la mano; empezó a tambalearse de veras sobre su asiento y se asustó. Entre sollozos dijo:

—¿De dónde voy a sacar una cuerda?

Había gancho, pero no había cuerda. A su lado, al borde de la chimenea, encontró un trozo de hierro, un pedazo de metal enrollado que había olvidado el hojalatero que había estado allí por la mañana. Trude meció la hebra de lana al viento para que desde abajo le atasen una cuerda, pero el viento no hacía más que desviarla, y la niña se contentó con recuperarla entera. Tenía la pierna izquierda desnuda y congelada, negra a causa del hollín, al igual que las manos; se avergonzó de estar allí sentada con una pierna negra al aire, así que la tapó con su faldita gris y fue entonces, cuando tuvo que apoyarse en el brazo derecho, que debió estirar mucho, cuando con el meñique se topó con la afilada chapa. Gritó, y solo después se echó a llorar desconsoladamente, pues creyó que alguien la había mordido. Uno de los nudillos, no importa de qué mano, comenzó a sangrar y, cuando la niña lo hubo chupado y nada junto a ella se movía quiso, como es propio de los niños, golpear a aquello que la había mordido. Así que, aún llorosa, lo cogió con cuidado y resultó ser un trozo de fría chapa. La pequeña supo arreglárselas con el hilo, etc. Schneemann estimó innecesario contar el resto de la historia. Deducir el final era pan comido. Obviamente no era un gato blanco lo que bajaba por la chimenea, como creyeron los agudos friburgueses, sino el trozo de hojalata atado. Tan alta era la chimenea que la niña tuvo que usar los dos calcetines. Lo que utilizó fue un cordel, un cordón.

El apoderado quiso saber el final de la historia, al que Schneemann no daba ninguna importancia. La niña bajó. Hacía ya veinte años de aquello. La tal Trude estaría ya casada y con hijos. En cualquier caso, bajó. Y lo cierto, lo cierto era que se salvó por los calcetines, por las hebras de lana de los calcetines.

El empleado de Rommel preguntó si la niña se había descolgado entonces por la cuerda. Aquello le parecía bastante indecoroso para una niña, habida cuenta de que ya la pequeña se había avergonzado antes por mostrar una pierna desnuda en la chimenea. Es que no se había descolgado, corroboró Schneemann sintiéndose presionado; en primer lugar, era una niña pequeña, con lo cual no era indecoroso y, además, por aquel entonces había un marinero de visita en Friburgo, es más, dos marineros; ambos treparon hasta arriba, colocaron una escala de cuerda aprovechando que el gancho ya estaba puesto, y la niña bajó.

Pero aquello no era lo fundamental. Lo fundamental era que siempre había que

llevar encima algo parecido a un hilo, un cordón, algo susceptible de ser atado. Ni siquiera en la gran ciudad podía uno tenerlas todas consigo; por todas partes había sumideros, zanjas, etc. También para cosas pequeñas, como por ejemplo aquella pajarita, podía resultar útil un cordón. De eso se trataba.

—¿Y qué altura tendría la chimenea? —preguntó el apoderado, ya listo para salir a la calle.

Al ver que la cosa derivaría en los antífonos, Schneemann aseguró ignorarlo; una vez fuera desvió la conversación hábilmente hacia la fábrica. El apoderado, de nombre Woythe, adoptó gustoso una actitud afable, si bien en algún momento puntualizó que toda aquella historia de la chimenea solo era instructiva hasta cierto punto, pues en modo alguno era motivo para llevar encima un cordón ni para dárselo a un niño pequeño, al fin y al cabo todos usamos calcetines, así que nada malo nos podía ocurrir.

El gordinflón avanzaba junto a él, tambaleante y con gesto desvergonzado, sin prestar atención al parloteo de aquel hombre reseco. Woythe hablaba tan alto que su acompañante se veía obligado a empujarlo hacia alguna bocacalle.

—Sí, Rommel —dijo Woythe desconcertado, sacudiendo la cabeza para luego levantar el párpado izquierdo con admiración. Schneemann le parecía un hombre listo, digno de confianza. ¡Parecía mentira lo que Rommel planeaba en Westfalia en relación con las minas no sindicadas, la implantación masiva de filiales!

Schneemann lo tanteó respecto a Wadzek. Aquel caballero tan bien informado no lo conocía de nada; sostuvo que se trataría de una de las muchas fábricas con las que en ese momento se estaba negociando una posible fusión. Voluntaria o involuntaria. Lo de Westfalia, sí, aquello era colosal.

Poco a poco fueron acercándose a Hallesches Tor por la Lindenstrasse. Comenzaba a atardecer y la temperatura era cálida y agradable. La gente se dirigía al mercado con cestas y bolsas. Schneemann, muy ufano, se golpeó la rodilla con el bastón; ja, ja, una fusión involuntaria, ¡aquello sí que era bueno! Eso era cosa de dos. Como caminaba a la izquierda de Woythe, es decir, del lado de la mejilla inerte, Schneemann no alcanzó a ver la satisfacción de la otra mitad del rostro; en aquellas circunstancias, un perdedor era suficiente y, tratándose de alguien con tan malas pulgas como Rommel, ese uno era siempre el otro. Schneemann adelantó el cuerpo con más ímpetu aún y agitó la leontina de su reloj en actitud desafiante mientras pasaban junto a una fila de rabaneras. ¡Ah!, cacareó el de la nariz roja, ¡su empresa era estupenda, genial, extraordinaria! Ese año habría un aumento general de los salarios. Schneemann guardó un descarado silencio para no seguir exponiéndose. Lo de los salarios lo aguijoneó sigilosamente; no obstante, canturreó con ingenio e ironía:

—¿Dónde vas, navecilla?

El apoderado lo agarró del brazo, le pareció que estaba contento; la noche se prometía animada.

Sin embargo, cuando estuvieron frente al restaurante de la Gneisenaustrasse y el empleado de Rommel subió de un salto los dos peldaños del local, con los faldones de la levita ondeando al viento y golpeando la barandilla con su bastón, Schneemann, siguiéndolo con la mirada, adoptó de pronto una expresión torpe e insulsa; miró a su derecha, miró a su izquierda; parecía un borrico, incapaz de moverse del sitio. Maulló, masculló, se mordisqueó el bigote sin poder mirar al otro directamente a la cara. Malhumorado, se puso a toquetear su reloj. Consideró que se había hecho muy tarde y se limpió las botas restregando las suelas contra la verja. El empleado de Rommel, que brincaba entre las mesas haciéndole señales para que lo siguiera, desapareció tras la veranda.

Schneemann, tocado por un rayo del espíritu, había visto hacía rato a un muchacho que buscaba algo entre los edificios de enfrente. Él era su objetivo. Una vez a solas, se abalanzó sobre el chico como un torpedo. Era uno de los jóvenes recaderos que conocía de la oficina de Rommel. Tras saludarlo y alegrarse mucho por el encuentro, el muchacho preguntó a Schneemann si sabía cuál era el local donde el señor Woythe, el apoderado, jugaba a los bolos, si el número 52 o el 57. El gordinflón, con el corazón desbocado ante la feliz coincidencia, puso los ojos en blanco y se ofreció a acompañarlo; para ganar tiempo se dedicó a rodear toda la manzana sin rumbo fijo, Solmstrasse, Bergmannstrasse. De repente, preguntó al recadero con indiferencia si repartía cartas certificadas y cuándo. El chico respondió que sí. Fue una contestación tan rotunda como si no hubiera dicho nada. Un escalofrío de placer recorrió el cuerpo de Schneemann. De pronto su euforia fue tal que no supo cómo actuar, así que golpeó al chico torpemente en el hombro y dio un resoplido.

¡Desvelar los secretos de Rommel, de Abegg!

—¡Adiós, adiós, muchacho! —gritó al chico sorprendido—. El restaurante está en el número 49, ¡saluda al señor Woythe!

A ver a Wadzek. El gordinflón como vencedor. «¡Ese chico debe decirnos, comunicarnos y notificarnos cuándo se envían las cartas!».

Resplandeciente, exclamó:

—¡Nada de estafas, espionaje, solo espionaje! Llegado el caso —susurró sacudiendo el puño delante de su nariz—, interceptamos las cartas. Las abrimos y damos contraorden. Ante una mina, contramina. ¿Qué me dice? Yo me veo capaz. A Rommel no va a lograr convencerlo. Ellos ya están tirando cohetes; tendría que haber oído al apoderado, al tal Woythe, ese miserable compañero de bolos. Están jugando con nosotros al gato y al ratón.

El fabricante preguntó malhumorado:

—¿Y qué si usted retiene una carta? Escribirán una segunda. Pueden llamar por teléfono. No estamos en Caledonia.

—Así ganamos tiempo, Wadzek. Los confundimos. Se montará un lío de cuidado. Cada día que pasa equivale a otros mil. El renacuajo pronto habrá terminado. Verá como el mundo nos mira boquiabierto. Frenar, frenar, debemos frenarlo a cualquier precio. La venganza llegará, Wadzek.

—¿Qué es lo que quiere?

Schneemann lo dijo todo arrugando los ojos.

—Simplemente déjelo en mis manos. Yo me encargo del chico. Casi me da la llave de la caja fuerte. —Se rio con voz ronca; tenía sed de venganza.

Wadzek meneó la cabeza. Era difícil animarlo. Después se le humedecieron los ojos, agarró con ambas manos la derecha de Schneemann y la sacudió bajo la mesa. El gordinflón lo apaciguó.

—Amigo mío, se trata tan solo de cortarle las comunicaciones al enemigo.

Wadzek bajó diez veces a la sala de máquinas, donde el inventor estaba enfrascado en su experimento, y le preguntó cómo iba. Era curioso lo poco que tanto Schneemann como Wadzek se preocupaban por el inventor que había de salvarlos. Apenas echaban un vistazo a sus esquemas y lo dejaban allí sentado durante días sin reparar en su presencia. A los dos les bastaba con que aquel hombre estuviese allí sentado. Mientras Schneemann le pedía de vez en cuando con alegre superioridad que le mostrase los supuestos avances, Wadzek lo evitaba. Una y otra vez se limitaba a recordarse a sí mismo que cumplía con la obligación contraída con aquel hombre: el sueldo se le pagaba por anticipado, y el alojamiento y la manutención eran excelentes. Por lo demás... Wadzek no seguía pensando, era incapaz. En ocasiones, cuando llegaba a la fábrica, le sorprendía el pensamiento de que casi deseaba que el renacuajo hubiera desaparecido o que le informaran de que ya no vendría más. Pero siempre lo encontraba allí sentado. Wadzek, sonriente, le daba unos golpecitos en el hombro, siga usted así. El renacuajo siempre le ofrecía un cigarrillo que él, una vez arriba, arrojaba sin pensar a la escupidera; el muchacho acabó disculpándose porque no le quedaban cigarrillos; Wadzek encargó más, y dijo sin pensar que no importaba. Mientras se paseaba orgulloso, conversaba con los maestros de taller, cogía de los tornos espirales de un metal azul y caliente y las estiraba, y siempre le venía a la cabeza la idea que le había inoculado Schneemann: interceptar una carta, desenmascarar a Rommel y desbaratar todos sus planes. En el vacío que ocupaba el cerebro de Wadzek, ésa era la única idea que tomaba una forma determinada. En cuanto surgía, Wadzek la desechaba; era demasiado absurda. Pongamos que Rommel diera orden por escrito a alguien, a Abegg, de comprar acciones de Wadzek; si lograban entorpecer o evitar la operación, ¿qué conseguirían con ello? Nada,

absolutamente nada. Sin embargo, apenas volvía a detenerse un par de minutos junto a la ventana, con la cabeza vacía y deshilachada, Wadzek caía en la cuenta: Schneemann, hay que impedir la próxima venta, debemos desenmascarar a Rommel, debemos interceptar esas cartas. ¡Desenmascararlo! ¡Desenmascararlo!

Para liberarse de esos pensamientos y entregarse a otros, Wadzek bajó la escalera de caracol de hierro entre suspiros, y se mostró encantado cuando, justo en el momento en que pasaba cerca de una taladradora, la broca se rompió. Junto con el maestro de taller observó el punto por el que el hierro se había quebrado, ordenó buscar en la oficina el nombre del proveedor y, cuando lo averiguó, tiró la broca al suelo. Pero aquello no sirvió de nada. Con la carta podía moverse, hacer algo, no tenía las manos atadas. Resistir, al menos resistir, ganar tiempo. Quién sabía lo que podría suceder entretanto. La carta en la que amenazaba al proveedor de la broca resultó más suave de lo esperado. Wadzek la firmó distraídamente y trazó una esmerada rúbrica después del nombre. Luego se levantó pensativo del sillón, con la sensación de ir a trabajar.

Allí estaba, pero no podía mover un pie. Lleno de miedo, le preguntó al apoderado cuándo terminaba su jornada; éste respondió sorprendido:

—Ahora mismo.

Mientras el joven cerraba con llave los cajones, Wadzek se acercó a los pupitres con el sombrero y el abrigo puestos, y comprobó que, efectivamente, estaban cerrados. Inclinado sobre la mesa, preguntó si no sería necesario encargar un nuevo tintero en el que la tinta no se secase de un día para otro. Mientras hablaba, adelantó tanto el cuerpo que, al apoyarse en el bastón para incorporarse, volcó sin querer el recipiente alto y estrecho, y se manchó de tinta las manos y los puños. Cuando el apoderado de cabellos engominados, presa del susto, corrió solícito a por agua, Wadzek soltó una sonora carcajada sin dejar de repetir:

—¿Qué tiene que decir a esto? ¿Qué tiene que decir a esto? El joven solo quería traer una palangana con agua del grifo, pero Wadzek consideró que debía ser agua caliente, y que además necesitaría un cepillo o piedra pómez. Alzando sus propias manos como si fueran un trofeo, Wadzek explicó cómo conseguir agua caliente y cómo hervirla en aquel mismo instante y a toda prisa. El joven tenía el rostro enrojecido, parecía empujarlo a salir de allí; hablaba en frases cortas, corría detrás de Wadzek, murmuraba que dónde iba a conseguir él agua ahora; con un pañuelo en la mano, intentaba apoderarse de los dedos que Wadzek levantaba en actitud defensiva. El fabricante exigía impertérrito agua caliente, hirviendo; de lo contrario, le sería imposible dar un solo paso. Mientras el apoderado, ofendido, bajaba corriendo a la fábrica para hablar con el jefe de máquinas, Wadzek, junto al pupitre, dedicaba miradas casi tiernas a sus dedos y a las gotas de tinta, pero el otro se dio cuenta de que en aquellas miradas había también algo nervioso y salvaje. Cuando al cabo de

dos minutos el jefe de máquinas y el oficinista entraron en la habitación, Wadzek estaba apoyado en el alféizar; había posado sin darse cuenta sus dos manos negras sobre el cristal reluciente y, con el rostro tenso, más aún, apasionado y caridoliente, seguía el recorrido de dos enormes nubes grises que se aproximaban. ¡Con qué rapidez se iban acumulando! ¡Cómo pasaba el tiempo! ¡De qué manera se cernía la oscuridad! Son las seis, las seis, más de las seis ya, Dios santo, cuánto tarda, después serán las seis y dos minutos, tres minutos. La inclinación lateral de su cabeza producía lástima cuando dijo:

—¿Cómo es que han tardado tanto? ¿Por qué me hacen esperar tanto tiempo?

El jefe de máquinas se encogió de hombros.

—Acabamos de poner agua a hervir abajo; quería saber cuánta necesita, señor Wadzek.

—Por favor, querido Pacholí, ¿no ve que es tinta? ¿Cómo me tiene tanto tiempo esperando?

—Ahora mismo se la traigo. Entonces medio litro o un litro.

Wadzek lo miró afectuosa y humildemente.

—Entonces por favor, Pacholí, tráigame el agua.

Apenas el jefe de máquinas bajó la escalera, Wadzek se puso a temblar junto a la ventana dando la espalda al apoderado, que se abanicaba el rostro con su bombín; mantuvo las manos primero lejos de sí, con cuidado, pero sus dedos inconscientes no tardaron en dirigirse hacia el alféizar. Wadzek contemplaba las nubes embelesado. Eran ya tantas y estaban tan juntas: una unidad itinerante, un ejército tal que no se distinguía por dónde llegaban las nubes nuevas ni dónde estaba el cielo. Con los ojos desorbitados y fruto de una inspiración repentina, Wadzek sacudió el cierre de la ventana hasta que ésta se abrió de golpe; asomó mucho el cuerpo en estado de máxima tensión, miró a izquierda y derecha para comprobar dónde había un espacio libre en el cielo. ¿Dónde estaba el cielo? Se dio la vuelta dando puñetazos en el aire, y por un instante fijó su mirada absorta en el apoderado, quien, con una sonrisa irónica, se atusaba tranquilamente el bigote con un pequeño peine; Wadzek dijo de pronto:

—Bien, ¿qué hora es ya? Vamos a comprobarlo. Sincronicemos nuestros relojes, pero con una precisión de segundos.

Allí estaban los dos, con sendas sabonetas doradas en la mano; de cuando en cuando, el jefe echaba un vistazo apresurado a las nubes, como quien espera un automóvil y lo pierde.

—Tres minutos, las seis y tres minutos.

El otro le corrigió, sonriendo más aún.

—Lo está poniendo mal; lo está atrasando, estropeará la maquinaria.

Wadzek asintió agradecido y prosiguió, inmerso en la tarea:

—Tres minutos... Tenemos que ver cómo anda la maquinaria. ¿Usted entiende de esto?

El otro le quitó de la mano el reloj, que chorreaba tinta.

El jefe de máquinas entró pisando fuerte con una palangana de esmalte que echaba humo. Blandiendo un trapo se dirigió hacia Wadzek, le tomó la mano y se puso a la tarea. Wadzek contraía los labios y basculaba entre una pierna y la otra. Nervioso, giró la cabeza y se dejó hacer. A modo de disculpa, le dijo al apoderado en voz alta que enseguida estaría listo: Pacholí era un trabajador muy meticulado. Sus dedos reposaban impotentes sobre las zarpas del maestro de taller. De pronto, Wadzek sacudió la mano y la echó hacia atrás.

—Pacholí, ¿qué me está haciendo? Ya está bien. Déjeme. —Vociferó—: ¡Demasiado caliente, por el amor de Dios!

Cuando estuvo listo, con una voz átona ordenó al apoderado que lo siguiera. Sin dar las gracias ni despedirse, bajó la escalera de caracol.

Wadzek era de pequeña estatura, tenía los hombros anchos, un tórax fuerte. Su rostro mostraba colores frescos, lo distinguía la curiosa alternancia de palidez y enrojecimiento; en los últimos tiempos exhibía casi siempre un vivo rubor, y debajo de los ojos y junto a las mejillas presentaba una hinchazón poco natural. Sobre el cráneo alargado le crecían mechones de cabello rubio claro; su perilla tenía reflejos rubicundos. Al mirarlo de frente, uno creía observar una nariz recta, algo alargada y estrecha; pero vista de lado mostraba un gran bulto debajo de la raíz, más exactamente un pliegue, a partir del cual la nariz descendía afilada. Las fosas nasales eran tan pequeñas y estrechas que apenas parecían ranuras. Por lo delicado de su tez, llamaban especialmente la atención las sombras que arrojaban los pómulos salientes sobre las partes inferiores y laterales del rostro; eran tan intensas que, cuando no se afeitaba, como ocurría aquellos días, parecía demacrado. Pocos entendían sus ojos; eran hermosos, más aún, inolvidables. Wadzek, que era algo corto de vista pero no acababa de decidirse a llevar gafas, rara vez los abría del todo; por lo general dejaba caer los párpados con desinterés y, cuando hablaba, reducía incluso los ojos a una mínima ranura. Pero cuando los abría, como ocurría siempre que estaba fuera de sí, ausente o pensativo, entonces se reconocían las pupilas de sus fulgurantes ojos azules. Sí, ésa era en efecto la expresión adecuada, pues arrojaban un fuego quieto y azul, una luz cálida y decidida que desconcertaba y que, por unos instantes, postergaba cualquier juicio sobre aquel hombre. Solo en esos momentos se percibía cierta lógica en su cara; las comisuras de los labios, aún no cubiertas por la barba, pero circundadas por ella, emplazadas en una bahía, rodeadas por dos suaves círculos concéntricos de arrugas, rodeadas de olas, se hacían aprehensibles; la frente pensativa y algo atormentada, con sus escasas pero profundas arrugas que se hundían en la raíz nasal como si fuera un cráter. Pero lo que se hacía especialmente visible era lo más

llamativo del rostro de Wadzek, las protuberancias laterales. Su frente no era plana; los dos senos frontales se abombaban hacia arriba, y, muy cerca de la raíz del pelo, bajo la frontera que separaba aquella espesa mata rubia e irregular, se habían formado dos bultos, casi podría decirse dos incipientes cuernos, protuberancias óseas planas y de punta roma, parecidas a esos pequeños volcanes japoneses que se ven en las fotografías. Y era en esas montañas donde siempre se concentraba la luz que le daba en el rostro; y esos puntos, tan claramente iluminados, parecían ser lo único que era duro en aquel hombre singular e ingenuo; esas protuberancias, que se achataban notablemente a la altura de las sienes, acentuaban su dureza, triste y dolorosa. Por debajo brillaban los ojos, casi siempre ocultos, que llameaban suavemente y miraban temerosos, atontados y lastimeros. Las sienes se volvían creíbles; las hendiduras, indecisas; el desgarró le invadía el rostro por la diferencia con el color del pelo. Un cuerpo robusto y musculoso sustentaba este cráneo. Las extremidades, brazos y piernas, ocupaban su lugar en la ropa de forma rápida e inmediata; desgastaban mangas y pantalones. Todo el envoltorio se adaptaba a Wadzek como una piel.

Correteó por las calles mientras se secaba los dedos con el pañuelo y los picos de la chaqueta. Hacía calor. La gente avanzaba de forma desordenada; los niños patinaban sobre el asfalto. Camioneta tras camioneta. Polvo en los árboles de las avenidas. Como tenía prisa, montó en un coche de punto. Se dirigió hasta las proximidades de la fábrica de turbinas de Rommel. Ordenó parar en la Ackerstrasse; no podía permanecer sentado; tenía que andar. No pensaba en su padre ni en su madre. Aunque lo torturaran, en algunos momentos no habría sido consciente de poseer una fábrica, ni de haber estado en casa ese mediodía. Cuando se miraba los dedos, le parecía que hubiese derramado tinta sobre ellos hacía tiempo, pero entre ese momento y ahora había una pared, un muro. Su cuerpo tenía unas sensaciones totalmente nuevas; todas sus extremidades y órganos mostraban una viveza que le resultaba extraña, teñida de algo singular. Notó cómo caminaba bajo una luz muy distinta. Iba empapado de sudor, muy deprisa, sintiendo curiosidad por todo, como un niño; todas las cosas eran objeto de su interés: el restallido de una fusta, la apertura del portón de la fábrica, los vendedores de plátanos delante del portal. Solo una cosa, y eso sí que lo sabía, era más importante que todo lo demás: un muchacho al que conocía y que iría a correos con un fajo de cartas. Como aún tenía tiempo, Wadzek se apoyó en un saliente del muro rojo para tomar aire. Aunque todos los músculos de los dedos, las piernas y los costados le vibraban, estaba tranquilo; por un instante pensó en la extraña transformación que había sufrido. Con voz baja y segura, dijo para sí: «Es un sufrimiento», pero solo tuvo la impresión de estar acariciando el lomo de un animal peligroso.

—Tranquilo, tranquilo —dijo después, remontando un profundo abatimiento, sin saber qué había querido decir. Pese a que estaba sudando, Wadzek se abrochó la

chaqueta del todo.

Cerca de las ocho, un muchacho joven, con una carpeta amarilla bajo el brazo, se paseó tranquilamente hasta el portón balanceando su gorra en la mano derecha, y se dirigió a la Pankstrasse. Iba arrastrando los cordones. Cada pocos metros se los remetía en los zapatos. Wadzek siguió a aquella figurita itinerante y encogida. Estaba muy tranquilo, ya no se sentía desamparado. En la esquina de la Prinzenallee con la Badstrasse lo retuvo. El recadero de mejillas coloradas se quedó estupefacto cuando Wadzek apareció junto a él y le sonrió. Se puso la gorra rápidamente y lo saludó. Wadzek ya había registrado todas las particularidades del chico con unas cuantas miradas; habría podido reproducir su imagen con los ojos cerrados. Con la lengua pesada y arrastrando las palabras le preguntó si iba a correos. El muchacho respondió que estaba allí mismo. Entonces también podría llevarle una carta a Wadzek. Entraron en un zaguán. Apoyándose en la pared, Wadzek pegó un sello en un sobre y, nada más darse la vuelta, arrancó la carpeta del brazo del chico e intercaló su carta. Mientras abría mucho la boca para articular «Pero usted», el chico hizo ademán de recuperar la carpeta, pero Wadzek hojeó impertérrito los documentos con la excusa de incluir su misiva.

Y en ésas estaba, pasando una carta tras otra, cuando se quedó paralizado; de pronto, como al acecho, vio por un catalejo a su mujer, a Herta, a su apoderado. Todos estaban allí, moviéndose, rodeando mesas y sillas, y hablaban con claridad, primero éste, luego aquél, sin que se supiera lo que decían. Luego dejaron de estar allí, pero él sentía su presencia como una fría corriente de aire que chocaba contra su mejilla izquierda, involuntariamente expuesta. Era incomprendible lo que pretendían mientras él seguía pasando las cartas. El brazo y los dedos de Wadzek se volvieron rígidos, más rígidos aún; los dedos, entumecidos, como si estuviesen atados o los acabasen de coser. El muchacho se puso de puntillas.

—Oiga, ¿qué está haciendo? —Saltaba para recuperar la carpeta.

Wadzek, aturdido por la idea de que aquél era el último minuto, fue agarrotándose cada vez más. Ya no podía abrir la boca ni apenas ladear la mirada hacia el chico. A causa de un calambre, sujetaba la carpeta entre el pulpejo y el meñique de la mano izquierda; los demás dedos estaban muy abiertos hacia los lados y se doblaban ligeramente hacia delante y atrás. Entonces tuvo ante sí una carta certificada con la dirección de Abegg.

En ese momento Wadzek concluyó su inspección. El chico se abalanzó sobre él cual perro asustado, y Wadzek se dio cuenta de que si el muchacho saltaba desde un poco más a la derecha, él se desplomaría como una viga de madera. Con un rechinar de dientes dejó caer su brazo inmóvil y entumecido, los dedos agarraron la carta y la estrujaron como si fueran tenazas. Sin embargo, la embestida de aquella mano descontrolada contra la carta fue tan violenta que la pinza que formaba la mano

izquierda se soltó de golpe, y el paquete de cartas se fue volando al suelo. El recadero se abalanzó entre lamentos sobre el montón de papeles, lo recogió a toda prisa, lloró con ojos y nariz, y gritó que denunciaría aquello a la policía y que iría a buscar a un guardia. Mientras tanto, Wadzek logró esconder la carta inadvertidamente entre la chaqueta y el chaleco, pues su brazo aún era incapaz de encontrar el bolsillo interior. Doblándose a sacudidas, intentó estirar la columna, abrir la boca. Con voz ronca balbució que qué era aquel griterío y, solo después de lamerse varias veces los labios y el duro paladar, notó las rodillas y los tobillos más flexibles. Entonces, a empujones y estrujones logró liberar el tronco de su propia atadura, agacharse con la sensación de estar venciendo un quintal de peso y, con brazadas nerviosas y torpes, introducir varias cartas en la carpeta del chico. Cuando el muchacho le golpeó la mano entre gemidos, el brazo derecho de Wadzek trató de moverse a izquierda y derecha varias veces, se soltó de repente, y fue entonces cuando pudo golpear al recadero en los hombros, consiguió doblarse y estirarse, ya solo con un leve impedimento que, sin embargo, no era mayor que la resistencia de un trozo de papel.

—Maldito sinvergüenza —espetó Wadzek, y abrió la puerta de par en par.

El chico se escabulló por el edificio contiguo y desapareció en un santiamén. Echó a correr de frente por la calle desierta, retrocedió un poco y terminó yendo a toda velocidad, gorra en mano, hacia la oficina de correos.

Completamente sobreexcitado, a punto de gritar, defendiéndose de un aluvión de locura, Wadzek restregó la espalda contra la fría pared del zaguán. La frotó hasta que los omóplatos entraron en calor. Sonrió cansado y dulcemente cohibido, o eso pareció. Un peculiar movimiento en su interior hizo que, de pronto, sintiese una gratitud duradera y sacrificada que tenía algo que ver con su tripa o con su estómago, que cada vez que inspiraba e hinchaba el vientre se hacía más fuerte y anhelante y que, como pudo constatar poco después, iba destinada a su mujer. Y a Herta, a quien debía pedirle perdón. En ésas se quedó durante un buen rato. Luego se dio cuenta de su debilidad, y se acomodó en la flojera de los músculos de la nuca. Adormilado, abrió los ojos, miró el reloj, dio un sonoro bostezo y sacó la carta del lugar que ocupaba en el pecho, entre la chaqueta y el chaleco. Con ánimo conciliador estiró el papel apoyándolo en el muslo y lo guardó en el bolsillo interior. Después se sacudió las mangas y los pantalones con un movimiento suave y silencioso, sacó del portamonedas un espejito redondo, dobló su cabello bajo el sombrero, se alisó la barba rubia, que contempló con agrado, y se frotó los dientes con un pañuelo. Avanzó hasta la puerta del edificio, la abrió de par en par y, con las manos en los bolsillos, allí se plantó, preguntándose: «¿Adónde vamos?». Habría que ir al teatro, a ver algo grande, lejano o trágico, algo impactante, sí, algo conmovedor, hermoso. Sintió que se merecía una recompensa por el esfuerzo que acababa de realizar. Cuando se hubo paseado durante un rato por calles estrechas con estas sensaciones agradables,

filantrópicas y agradecidas, montó alegremente, qué feliz coincidencia, en un tranvía en dirección a Hallesches Tor. El estado de dicha en el que viajaba era enorme, sin duda. En Hallesches Tor se vio obligado a comprar el mismo ejemplar de la prensa vespertina a varios vendedores. Como no supo hacerlo sin llamar la atención, perdió algunos pfennig y marcos mientras recorría la calzada arriba y abajo entre el gentío, dejando que las monedas se le resbalasen de las manos. Así describió la curva de Belleallianceplatz con el propósito recurrente de entrar en el Café Riedel; dos veces se sintió retenido y tentado por la visión del letrero de cristal de aquel café. Como aún estaba practicando el movimiento de perder dinero, la cosa se quedó ahí. La visión del café acabó por adormecerlo; la puerta se abrió como por arte del destino. Inquieto y algo deprimido, Wadzek accedió a la pequeña terraza de madera, ocupada por sillas de un verde estival; molesto e incomodado desde lejos, sacó la carta del bolsillo y la situó ante sí, con los codos apoyados en la mesa.

Estuvo sentado largo rato.

El camarero puso el chocolate encima de la mesa. ¿Quién? ¿Quién ha escrito esa carta?

De pronto, algo empezó a bullir dentro de Wadzek, algo que fue ascendiendo hasta la boca entre espasmos, e hizo que sus brazos se abalanzaran sobre el tosco tablero de la mesa. Con una nitidez espeluznante, apremiante y cada vez más penetrante, empezaron a flotar imágenes en su cabeza y ante sus ojos: las imágenes de hacía unos instantes, dinero perdido, viaje en tranvía, portal.

De pronto allí estaban los músculos de sus dedos, recordándole la incómoda persistencia de una postura. Por último, todo se desplomó, dejándolo sentado ante la carta en actitud de sobresalto, con temblores y trémolos, como las vibraciones y los zumbidos de un diapason, primero en las pantorrillas y luego en el pecho. Después una masa de hielo emergió de su vientre y subió hasta el corazón. Entonces vio las manchas de tinta de sus dedos. Allí estaba la gris realidad. Mientras tanto, se sujetaba fuertemente la perilla con la mano izquierda y mantenía la boca cerrada: venta de acciones, Rommel, el inventor renacuajo, Schneemann; sentado absorto e impotente a la mesa con su mujer, que apoyaba la barbilla en el pecho y parecía dormida. Aquello era una carta que le había arrebatado al chico de los recados. Wadzek se revolvió en la silla, inseguro y preocupado: frunciendo el ceño y tensando la parte delantera del cuero cabelludo, apelotonó sus pensamientos. Expectante y absorbente, su mirada se dirigía hacia el sobre desde unos ojos arrugados. En aquella carta no podía poner nada esencial. La saliva inundó de pronto su boca; al mismo tiempo sintió, soñó y anheló que tal vez dijera algo; deseó que el gordo de Schneemann se girase y lo mirara cariñosamente por encima del hombro.

Wadzek rasgó el sobre.

Había dado en el clavo; además de los ya consignados, al corredor Abegg se le

encargaba comprar los siguientes cuatro valores de la Fábrica de Máquinas y Locomotoras Wadzek por un total de 185 000 marcos, pagaderos en un plazo de dos o tres semanas.

Estremeciéndose, llorando casi, Wadzek se inclinó sobre la mesa verde y el papel. Allí estaba, bajo sus manos, la sentencia de muerte, el ataúd. Muy sombríos, ciegos los ojos de Wadzek. Totalmente despierto, sin una gota de anestesia, lo habían agarrado y empalado de arriba abajo. Y aquello no se separaba de él, no se alejaba, y él giraba alrededor del palo, lo mordía y se encabritaba. Sin pretender nada, fruto de la urgencia que tiene el espetado por moverse, Wadzek se levantó, dejó el dinero encima de la mesa y, a paso lento y pesado, salió del local con su terrible carga y su tremenda herida. Sus mejillas habían perdido el color; fue incapaz de pronunciar palabra ante el camarero. Su proceso de ebullición interna era muy lento.

En Hallesches Tor había mucho ajeteo. Aunque pronto serían ya las siete y habría que encender las farolas, Wadzek tenía una imagen extremadamente nítida de personas, edificios, coches, objetos. Veía el ferrocarril elevado con una claridad precisa, como si mirase a través de un cristal. Distinguía el ruido de la gente, el traqueteo de los carruajes, las bocinas y el gorgoteo de los automóviles con una exactitud fabulosa. Sus sentidos percibían el bullicio del puente con la precisión y la seguridad de un instrumento físico. Se dirigió a la parada de coches de punto, cruzó hasta los relucientes escaparates de los almacenes Jandorf y luego giró a la derecha, hacia la oficina de correos. Los coches amarillos entraban y salían. Los mozos de mensajería se esquivaban a la entrada. Wadzek se dirigió a la sala de las ventanillas. A la derecha, en un hueco apartado, había un pupitre libre. Wadzek rompió el sobre en pedacitos y los tiró a la papelería. Después cogió el portaplumas azul que estaba sobre el pupitre, y añadió unas palabras al texto de la carta conteniendo la respiración cada poco, víctima de un embate de dolor que lo catapultaba hasta una aniquilación casi total. Mientras escribía, el bombín negro se le cayó; no lo recogió hasta que hubo concluido. Lo limpió con cuidado con el pañuelo, deshizo la abolladura y se lo puso tranquilamente. Un mozo que estaba a su lado, junto al pupitre, pegando etiquetas de direcciones, le dijo:

—Oiga, ha perdido algo.

Del bolsillo agujereado con el índice para que saliese el dinero que la euforia le había hecho perder habían caído un par de monedas. Wadzek las guardó en el monedero, que abrió y cerró lentamente. No se le ocurrió dárselas al mozo. Escribió la misma dirección en un sobre nuevo y se puso a la cola de la ventanilla, donde seis hombres y mujeres aguardaban con cartas certificadas y libritos contables. Poco a poco fue avanzando hasta la ventanilla; le entregaron el resguardo del envío, que dobló con la calma propia de la inconsciencia y guardó en la cartera. Podía regresar a casa. Como recorrió todo el camino a pie, a un ritmo constante y no acelerado, no

llegó hasta cerca de las nueve. Dedicó unas palabras a su esposa; comió un filete y rabanitos, que acompañó con rebanadas de pan, contra lo que solía hacer. Herta, que estaba sentada frente a él y lo observaba detenidamente, pensó que de vez en cuando tenía una mirada maravillosa. Sin embargo, mientras contemplaba a aquel ser mudo y huraño, pensó que, como mujer, no le apetecería seguir viviendo con ese hombre.

A la mañana siguiente, Wadzek salió a la calle después de las ocho. Su mujer, que lo había evitado en la habitación, lo retuvo en el pasillo: osó rodearlo con el brazo para mirarle a la cara y lograr que hablase. Cuando se percató de que ella estaba temblando y lo miraba fijamente con ojos asustadizos y enrojecidos, Wadzek la miró un instante, gritó furioso, se quitó el brazo de encima y salió dando un portazo. Una vez en la calle, estimó necesario sonreír tímidamente a un par de carteros; el impulso de dicha sonrisa surgía de un alma rabiosa y rompiente.

Ya no tenía familia, ni fábrica; era un paria, un criminal. Por momentos se acordaba de Schneemann, y la sensación caliente y confusa que tenía en su cabeza, empujar, atravesar, trabajar y desbarrar, eso que se llama desesperación, ocupó de pronto una posición central; sintió una ira tan intensa como la llama de un soplete. Por unos instantes la mente de Wadzek se mostró clara y decidida; luego tocó correr de nuevo.

Esto ocurría en su interior: el sacudir de una reja, una jaula de leones abierta a la altura de la faringe. Después algo rabiaba y rugía recorriendo el suelo revestido de hierro, arriba y abajo.

Minutos sin aliento ni conciencia. Cuando empezaba, los brazos se defendían agarrotándose. Wadzek se sujetaba el tórax rodeándolo con ellos; sufría bajo aquel proceso desgarrador, y basta los labios palidecían de pura afección.

Después de cada ataque sentía que le habían quitado fuerza. La carta era absurda, absurda, absurda, la estafa; se había echado la soga al cuello. ¿Qué podía hacer, dónde estaba la salvación? Tras correr baquetas por espacio de veinte o treinta calles, decidió ir a buscar al viejo Abegg, el destinatario de la carta.

Se dirigió a una cabina de teléfonos. Entró titubeando en el habitáculo que se encontraba junto a un quiosco de periódicos. Como la carcasa que protegía su propio interior estaba siendo destrozada a mazazos, y la devastación y las heridas que sufría parecían adquirir dimensiones mayores cada vez, optó por esperar en la cabina a ver qué sucedía, pues ya empezaba a asustarse ante aquellas terribles y dolorosas contracciones; se veía expuesto a unos estallidos imprevisibles.

Allí estaba, sentado en la pequeña silla de mimbre que había en la cabina, con la barbilla apoyada en el pecho. Oyó el traqueteo de un coche de punto. Wadzek desvió la mirada hacia la guía telefónica, que estaba abierta, y, haciendo un esfuerzo por adentrarse en su sentido, el auténtico sentido, farfulló una y otra vez estas palabras:

—Stallmann y Jung, Platería, Bisutería, Königstrasse 12, operadora Alexander 1274. Stallmer, Sra., pensionista, Genthinerstrasse 8a, operadora Lützow 832.

Cuando por un instante se sintió más tranquilo y liberado —el calambre había remitido—, pudo levantar la mano izquierda y llevarla al auricular; el roce con la madera revestida de hierro le produjo un bienestar mágico. Sintió el frío metal hasta en el pecho; se empapó de esa sensación; las ranuras de sus ojos se ensancharon hasta que lo blanco quedó visible, por mor de aquella gracia. Y así, colgado del aparato y unido en la distancia con el mundo, presionó la frente contra el artilugio parpadeante pegado a la pared. El bombín se le cayó rodando, y, como desde la silla no alcanzaba el aparato, se levantó, se agachó hasta donde estaba aquel instrumento cuadrado, y apoyó el mentón y la nariz sobre la tapa. Cuando descolgó el auricular y se lo llevó cuidadosamente a la oreja, una voz femenina, amable y enérgica dijo de pronto:

—Operadora, ¿qué desea?

Wadzek escuchó aquella voz absorto, presa de una nostalgia dolorosa; su boca se abrió para articular un «Eh... eh...». Gimió. Una y otra vez la voz preguntaba:

—Disculpe, ¿hay alguien ahí, hay alguien ahí?

Luego enmudeció y, como si fuese el estuche de una joya, Wadzek sujetó cuidadosamente el auricular y lo colgó en la horquilla con un gesto de devoción; antes de agacharse a recoger el sombrero acarició suavemente la madera; le goteaban lágrimas de la nariz. Aquello le había hecho feliz. Una vez fuera, en la calle, un solo pensamiento se apoderó de él: «¡Ojalá fuese posible!».

A las diez de la mañana, el señor Abegg estaba aún en la cama; unos días antes había sufrido un ataque de gota. Junto al lecho había una mesita de tres patas. El señor Abegg y su esposa estaban zampándose una bandeja de albondiguillas, pues a las diez y media llegaría el médico que les había prohibido comer carne. Abegg giró pesadamente sobre sí mismo, sacando la tripa del lecho caliente y, a la manera judía, dijo:

—Lo sé. El asunto no me da muy buena espina.

Cuando la mujer, gorda como él y de rasgos vivos y cálidos, le calzó las pantuflas y le preguntó:

—¿Por qué lo dices?

Él contestó:

—Primero me dice una cosa y luego otra. Primero que compre ya y luego que dentro de tres meses. ¿Acaso soy adivino para saber qué pretenden el señor Rommel y sus apoderados? Una cosa te digo: aquí hay un lío de faldas.

—Te vas a pillar los dedos, Leopold.

—Me los pille o no, la cuestión es: ¿voy a ganar un pfennig más si compro hoy en lugar de dentro de tres meses? Wadzek se pondrá contento. —Abegg meneó la calva sujetando la carta en la mano izquierda—. Este asunto me da mala espina. Tachado y

corregido. Antes lo confirmaré con el apoderado principal. Después habré leído mal, habrá sido un malentendido, el gordinflón de Abegg tiene la culpa y le toca pagar.

Ella estaba atónita.

—Pero tú no puedes pagar, Leopold, ¿con qué?

—Pues por eso mismo, así que preguntaré.

Tras regresar de la cocina, la mujer vio una silla colocada en el umbral con dos piernas encima; Abegg estaba subido a ella en calzoncillos y pantuflas; se había puesto un bombín negro, murmuraba, se balanceaba y, entre oraciones, besaba el tubito de cristal clavado diagonalmente en la puerta^[8]. Ella gritó, él le hizo un gesto de rechazo sin dejar de murmurar, se bajó de la silla y señaló la carta ensimismado.

—Rosalie, Dios solo quiere lo mejor para nosotros.

En el pasillo se oyó un timbrazo, y luego otro. Abegg agarró fuertemente a su mujer de las muñecas y susurró:

—Mira por el ojo de la cerradura.

Ella dijo sorprendida:

—Es el doctor.

Él, convencido:

—Por eso mismo: no es él.

Al poco, la señora Abegg musitó por la rendija de la puerta:

—Es el señor Wadzek.

Abegg pataleó junto al escritorio y siseó:

—No estoy para el señor Wadzek. Dile que no estoy disponible para esos asuntos. Vete, no estoy disponible.

Wadzek gritó desde el pasillo:

—¡Vengo a pagarle los plazos vencidos!

—¿Qué plazos? De qué plazos me habla. Rosalie, cierra la puerta.

—¡Pero tengo que darle ocho mil marcos!

—Rosalie, llamaremos a la policía. Entra; que la criada cierre la puerta cuando él se haya ido.

—¡Los ocho mil marcos!

Tembloroso y lívido, Abegg se puso a revolver el interior del buró cilíndrico.

—Rosalie, dame el talit; mi difunto padre dijo una vez: que eso no cruce tu umbral. —Abegg se echó sobre los hombros el manto blanco de oración—. ¿Cuánto dice? ¡Pónmelo bien!

—¡Son ocho mil marcos! ¡También puedo pagarle el siguiente plazo por adelantado, señor Abegg!

Abegg gritó:

—¿Tengo gota o no tengo gota? ¡Habrased visto, dejar la puerta abierta a un hombre enfermo! Debo privarme de todo: carne, cerveza, vino, y no me puedo dar ni

el más mínimo capricho. ¡Como para que ahora se forme corriente por culpa de su griterío y su violencia! —Abegg balanceó el tronco—. No estoy disponible. Que nadie me moleste.

La puerta de la casa se cerró suavemente tras algunos susurros, alguien bajó las escaleras dubitativo. Con la cabeza muy roja, Abegg arrastró los pies hasta la puerta de la habitación, que estaba cerrada, y pegó la oreja.

—¿Has oído, Rosalie? Quiere darme ocho mil marcos y luego ocho mil más. ¿Es como para dar mala espina o no es como para dar mala espina?

Con la saboneta dorada en la mano, Abegg esperó al doctor, un hombre corpulento, de barba espesa y voz cervecera y atronadora que, tras percatarse de la congestión estomacal de Abegg, le prescribió una semana de reposo absoluto y agua destilada con radio.

—Leopold, no te alteres —gimió su mujer.

Dando resoplidos, Abegg se calzó un par de botas de piel y fue a ver a Rommel. Una vez en el rellano se dispuso a bajar las escaleras pero, al mirar hacia la calle desde el balcón, vio a Wadzek agachado y pegado a la pared de la casa, jugueteando con su bastón. Tras pasar por la cocina, Abegg tomó la escalera de servicio, cruzó ambos patios y la carbonera, y se escabulló por una calle lateral.

Sin pensárselo dos veces, tomó un coche de punto hasta la fábrica de turbinas. Primero habló con el apoderado al que había interrogado Gaby; éste se mostró confuso y divagó sobre unos métodos de extorsión absolutamente inadmisibles, la policía y el fiscal competente; apretó los dientes y remitió al vanidoso corredor, que rezumaba importancia, a las dependencias privadas de la oficina. Una vez allí, Rommel examinó la carta falsificada; asintió muy serio y, sin mediar palabra, meneó la cabeza contrariado; después estrechó la mano de Abegg en señal de agradecimiento, y se guardó el papel en la cartera.

A mediodía, tras volver de Erkner —en otro intento frustrado de fuga—, Wadzek se enteró de que Schneemann lo esperaba en casa desde hacía una hora. Se encontraron en el reservado del Riedel. Wadzek habló fría y claramente. El gordinflón lloriqueó:

—Soy un hombre decente. Lo que usted haya hecho no me incumbe. Tengo mujer y una hija.

—También yo.

—¡Qué barbaridad, qué barbaridad! Trocito a trocito lo van despedazando a uno.

Una rabia recíproca se despertó en ambos. Wadzek había convocado al gordinflón como si fuera un delincuente al que pedir cuentas. El fabricante permanecía sentado con la calma propia de quien va a imponer un castigo. Schneemann veía ante sí a quien estaba dispuesto a hacerle pedazos, desenmascarrle y propinarle el golpe de gracia. De pronto gruñó:

—¿Te crees que estoy piripi? ¡Eso ni lo sueñes! —Mientras se aventuraba a estirar el brazo para agarrar a Wadzek de la manga, Schneemann lloriqueó—: Primero me engatusas y luego me das la puntilla, ¡serás canalla!

—Cada oveja con su pareja, querido Schneemann.

Wadzek sintió alivio ante el sufrimiento del gordinflón; respiró cada vez más hondo a medida que Schneemann empezaba a derramar su ira; pero los ojos de Wadzek seguían siendo pequeños, mostraban una tensa atención; esperaba ver qué se sacaría de la manga aquel hombre en su contra, esperaba la palabra clave, la chispa de encendido. De cuando en cuando una excitación punzante, parecida a una corriente farádica, recorría sus piernas, luego ascendía; una vez rebasado el pecho, un aire frío subía hasta las axilas, un soplo. Y Schneemann seguía en ello, peleándose consigo mismo hasta que estuvo fuera de sí, perdió el sentido, abjuró en voz alta y jubilosa de cualquier tipo de alianza con Wadzek, y dejó caer la palma de la mano sobre la mesa en actitud desafiante. Wadzek preguntó:

—¿Por qué no vino a verme ayer ni anteayer?

—Necesito moverme, estoy enfermo, tengo que pasear mucho.

—Ya lo creo. También yo prefiero irme de paseo.

—Yo estoy enfermo y usted no.

Wadzek le espetó en tono sarcástico:

—Pues cuando nos encierren se acabaron los paseítos para tomar el aire.

Schneemann trató de recobrar el aliento y movió los brazos como si estuviese nadando; con voz quebrada, dijo:

—Hasta los presidiarios tienen derecho a tomar el aire.

—Disiento. Un presidiario no tiene ese derecho.

—Un presidiario sale solo al patio, intramuros, seguido por dos hombres. Lo he visto con mis propios ojos.

—No, si está en régimen de aislamiento.

Inflamado y ensombrecido por la inconsciencia, Schneemann iba arrastrándose; con la nariz amarillenta, los ollares vibrantes, moviendo los ojos sin ver y abriendo mucho la boca de un modo artificial, como si temiera no poder hablar desde sus fauces con bastante claridad, Schneemann se arrastraba entre las mesas con la frente y las mejillas violáceas, cual enfermo de escarlatina; se apretaba la tripa, como si estuviese atado a la mesa, y regañaba mientras su rostro parecía sonreír, lloriquear, embrutecerse.

—Oye, tú, ni se te ocurra decirme eso.

Al decirlo ya había estirado las manos temblorosas hacia los hombros y la cara de Wadzek, y descargado su ansia contra él; indefenso frente a sus propias manos, agarró a Wadzek por un lóbulo frío, le golpeó, le apretó la mejilla izquierda mientras sollozaba; llevado por la pasión gritó con voz inarticulada: este hombre debería

marcharse; no podía defenderse, no tenía derecho, ni el más mínimo derecho a hacerlo: debía consentir absolutamente todo. Roncaba como si estuviera narcotizado. El otro reaccionó despacio ante los golpes, aún atado, y atizó la frente húmeda de Schneemann como si fuese una pared; luego ambos se agarraron del cuello; se balancearon sobre la mesa como dos bailarines cogidos de la cintura, tambaleándose hacia la derecha, tambaleándose hacia la izquierda, rodaron juntos por el suelo mientras cada uno trataba de aplastar la cabeza del otro. Se revolcaron, se mancharon las chaquetas. Wadzek, enmudecido, no sufrió ningún arrebató. Su desdicha era enorme. Zarandó a Schneemann con la uniformidad propia de una máquina. En realidad luchaba contra alguien muy distinto a quien estaba entre sus manos. Mantenía los ojos cerrados y se pegaba con el chico que iba por la calle, al que había arrebatado la carta; forcejeaba con la sucia criada de Abegg, que no le había dejado entrar, y le desgarraba el cuello de la blusa; profirió balbuceos y gemidos contra su mujer. Presa de una tristeza que de pronto adquirió un carácter tan espasmódico como el vivido aquella mañana en la cabina telefónica, Wadzek, que estaba encima, rodeó con ambos brazos el grueso cuerpo de Schneemann, de forma que este casi le aplasta el brazo inferior, y apretó contra sí a aquel hombre, que se resistía, pataleó alrededor de sus piernas y estranguló al hombre dentro de sí, dentro su cuello, de modo que no quedase rastro de Schneemann ni quedase rastro de Wadzek. Y entonces, fue entonces cuando se dispuso a rematarlo.

—Wadzek —dijo Schneemann entre jadeos cuando el otro lo soltó al fin; el gordinflón había estado a punto de asfixiarse.

Medio inconsciente por el miedo a morir, y muy sorprendido, quiso ver la cara de Wadzek, que pendía sobre él, para entender lo que acababa de ocurrir. Schneemann se movió hacia un lado, se quitó a Wadzek de encima, se incorporó, tuvo que escupir y esputó sangre sobre la mesa; tenía la lengua llena de mordiscos y el labio inferior roto. Medio de rodillas y mareado, vio a Wadzek, un hombre bajito con levita gris claro tirado en el suelo, tendido bocabajo, con el moflete izquierdo reventado. Aquel hombre roncaba, pestañeaba y parpadeaba como un enorme pez; se asemejaba a un ahogado que la marea hubiese arrojado a la playa. Por unos instantes, Schneemann aplaudió aturdido por encima de la mesa, doblando la cintura y apoyando el mentón contra la madera con un ruido sordo. Cuando se incorporó, aquel hombre seguía roncando allí abajo. Tenía que ayudarle; no se encontraba bien.

Wadzek, alzado por los brazos, le dirigió una mirada borrosa e inexpresiva; estaba en mitad de una humareda, y parecía que esperase recibir más golpes. El otro lo enderezó y trató de examinarlo con miedo. Estaban de pie, uno junto al otro, tambaleándose. Se caían y se apoyaban entre sí, como si estuviesen muy borrachos, hombro con hombro, pecho contra pecho. Schneemann acarició la cabeza y la espalda de Wadzek, y le dio unas palmaditas entre los omóplatos, como si fuese un niño que

se ha atragantado. Wadzek se dejó hacer. De pronto dijo con lengua pastosa por encima del hombro del gordinflón:

—Mi querido Schneemann. —La segunda vez trastabilló—. Mi querido señor Schneemann.

Éste acercó con el pie una silla que estaba pegada a la pared, y sentó a Wadzek encima. Un hombro se apoyaba en el otro, así permanecieron sentados.

—Mi querido señor Schneemann... —volvió a balbucir Wadzek, estirando la mano derecha hacia el regazo del gordinflón—, ya verá como...

Schneemann interpuso una mano; la del bajito estaba hinchada e irradiaba calor.

Wadzek dijo:

—Schneemann, ya verá como nadie nos hará daño.

Schneemann suspiró.

—Los dos alcanzaremos la victoria —continuó mascullando el bajito—, recoja sus cosas y venga conmigo.

—Mi esposa, mi trabajo.

—Este país resulta insoportable. Somos dos hombres. ¡Cómo hemos llegado a esto!

La voz de Wadzek gorgoteaba. Schneemann sollozó.

—Yo no, yo no. Dios santo, ¿qué va ser de mí?

Wadzek se puso firme.

—Límpiese el labio, Schneemann. Está sangrando. ¿Sabe qué? No caeremos en manos de la policía. No sería nada constructivo ni lógico en los tiempos que corren.

—Wadzek se levantó, se inclinó sobre el respaldo de la silla y susurró—: Vamos. Nos quitaremos de en medio. Los advenedizos están al mando de la situación. Nos convertiremos en unos delincuentes. ¿Quiere salvarse o no?

—Quiero despedirme de mi familia.

Wadzek le espetó encendido que él no iba a rendirse así, sin más. Le propuso un plan que se le acababa de ocurrir y, al instante, fue firme: se irían a Reinickendorf, a su casita de una planta. Wadzek pretendía encerrarse allí, con su mujer y su hija, si fuese necesario, y... resistir, resistir. Ésas fueron sus palabras. Quería llevar las cosas hasta sus últimas consecuencias, dijo con expresión desesperada, encrespado, para que todo el mundo se diese cuenta. Una afrenta contra el mundo entero.

Schneemann dijo temeroso:

—Guerra, guerra.

—Ése es el lema —susurró Wadzek—. Ya sabe por qué luchamos.

El odio hacia Rommel se apoderó de él; los dos desfilaron alrededor de la mesa. Alguien dijo: «Canallas», «batallón de mafiosos».

Por unos momentos deambularon juntos y en silencio por el cuarto con andares pesados. Se daban golpecitos y refunfuñaban sobre lo polvoriento que estaba el suelo.

Cuando hubo oscurecido y las luces del café estuvieron encendidas, ambos se alzaron los cuellos sobre las pajaritas desgarradas, se calaron bien los sombreros y se fueron rápidamente a casa después de llamar por teléfono para saber si todo estaba en orden.

Poco después ocurría algo silencioso en casa de Schneemann, un piso bajo situado en la Alte Jakobstrasse. Schneemann sentía un miedo implacable, que solo muy de cuando en cuando le provocaba convulsiones. Por lo demás rezumaba nostalgia, desolación. El dolor de la despedida. Una vez en casa, miró parpadeando a sus hijos, quienes, tras presentarse uno por uno ante él, se fueron a dormir. Sentada a la mesa puesta estaba su mujer, de rostro pálido y demacrado, cabello pajizo, manos rojas siempre atareadas con el cuchillo, la cuchara, los mechones de pelo; ojos grises sin pestañas; ella le regañó por quedarse dormido; en la mesa no había nada que analizar. ¡Qué pensarían los niños si fuesen mayores al verlo así! Ella sabía que, de cuando en cuando, él necesitaba que lo animaran. Schneemann parpadeó; estaba realmente cansado. Subió a su antiguo gabinete con un quinqué, y durante media hora empezó a redactar una carta de despedida. Hubo intentos emotivos, sinceros, también orgullosos; finalmente, el lápiz rojo escribió en un papel: «No he desaparecido. P. D. No me busquéis». Colocó el papel, recortado en forma de hexágono, en mitad del suelo del gabinete, y recogió un par de recortes que estaban tirados para que no hubiese más documento que ése. Al salir cayó en la cuenta de que, tal y como estaba, el papel parecía haber llegado volando o haber sido soplado hasta allí en un descuido, así que, desde la puerta y con sumo cuidado, distribuyó varios trocitos de papel que llevaban hasta aquel hexágono como un hilo conductor; su intención se debía detectar nada más entrar. Fruto de la ofuscación y tan puntilloso como de costumbre, hizo una copia del papel en un gran folio y la clasificó en un archivador bajo el rótulo «Schneemann».

Una vez en la penumbra del dormitorio, mientras su mujer remendaba chaquetitas de niño junto a la mesilla de noche, quiso decirle algo. Pero tragó demasiada saliva, se atragantó y, arrastrando los pies, avanzó hasta el rincón más oscuro del cuarto. La mujer percibió muy de cerca su mirada pedigüeña, y él volvió a merodear a su alrededor y tragó saliva de forma convulsiva; entonces ella pensó que, una vez más, tendría faringitis. Víctima de la inseguridad, Schneemann no lo negó; gorgoteó, escupió, la miró, cogió el vaso de enjuague que ella le dio, y se dejó llevar hasta el retrete. Hizo gárgaras con lágrimas en los ojos. Ella lo agarró, él apenas opuso resistencia, y se dejó meter en la cama. Tenía una compresa helada alrededor del cuello. A veces trataba de abrir los labios para empezar a hablar; su mujer, mientras se desvestía, le prohibió articular palabra.

Pasó la noche embotado y sudoroso. La mañana llegó pesadamente: el reloj le arrancaba una hora tras otra. Entre las ocho y las nueve, Schneemann siguió a su

mujer como un perrito faldero. Ella lo mandaba siempre de vuelta: debía quedarse en la cama. A las nueve lo arropó con una compresa, abrigo y gorro; oculta bajo el abrigo, como si fuera un ladrón, llevaba algo de ropa interior limpia. Se dijeron adiós; Schneemann se puso en marcha lentamente; sus dedos sujetaban la llave del gabinete. La puerta se abrió ante él. Aún en la escalera quiso dar la vuelta, pero justo bajaba el portero, así que tuvo que acompañarlo.

Ocupó su sitio en la luminosa oficina técnica. Las máquinas de escribir repiqueteaban junto a las ventanas; en paralelo estaban los tableros de dibujo, todos dispuestos en fila; la oficina era alargada y de techos altos, como si fuese una nave. Schneemann permanecía estupefacto en mitad de toda aquella gente, con tres vueltas de bufanda alrededor del cuello, por debajo lino, por encima algodón y luego franela. Dos maestros de taller se acercaron para pedirle algunos datos, él tartamudeó, con la cara como un tomate, mientras lanzaba a ambos lados miradas propias de quien ha sido descubierto con las manos en la masa. Su carraspeo avergonzado luego, y el hecho de que uno de los maestros de taller susurrase algo a un ingeniero que andaba cerca, llamaron la atención de los presentes. Uno tras otro fueron deslizándose hasta donde estaba Schneemann en busca de algún quehacer. Comenzaron a husmear a su alrededor. Trataron de sonsacarle sin mala intención:

—Usted hoy no se encuentra bien.

—Es el tiempo, que está muy inestable, ¿verdad? El barómetro...

Todo aquel que se daba por enterado seguía informando al resto. Luego se acercó el siguiente con el pretexto de darle unas pastillas para la tos. Cerca del mediodía, antes de que las señoritas se fuesen a comer, la situación había derivado a que Schneemann sufría tuberculosis de laringe.

A esas alturas, mientras el gordinflón se abalanzaba algo más fresco sobre sus cálculos, sin levantar la mirada del papel, toda la oficina técnica fue desfilando por su puesto. Guardando una prudente distancia, los compañeros le bombardeaban con preguntas y consejos en tono jovial, para no desanimarlo.

—¿Sigue usted tosiendo tanto?

—Seguro que mejora. Segurísimo. ¿Desde cuándo está así?

—Es muy poco. Muy poco tiempo. Cuídese de la calefacción a vapor. En invierno, claro está.

—El aire seco es malo. ¿Lo tiene alguien más en la familia?

—En la mayoría de los casos estos males de faringe son hereditarios, etc. Claro que no siempre.

—Por supuesto que no siempre. Alguno ha de ser el primero.

—La compresa es una buena cosa.

En otras circunstancias, Schneemann habría permitido que lo admiraran, pero ese día se limitó a asentir, totalmente perplejo. Todos eran tan amables con él...

En un segundo plano surgió la pregunta de cómo aquel gordinflón podía padecer tisis. Desde su elevado pupitre, un registrador viejo y mediocre repetía obstinadamente a quienes le rodeaban:

—Precisamente a los gordinflones es a quienes se agarra.

Según afirmó con saña, le parecía un triunfo que eso les ocurriese a los gordos. Una de las mecanógrafas había oído que «eso» afectaba especialmente a chicas jóvenes; el simio del pupitre gangueó:

—Chicas jóvenes, chicas jóvenes.

Ésas sufrían males muy distintos; prosiguió burlándose de la mecanógrafa. De eso podía estar segura. O no, a él lo mismo le daba.

La joven dijo:

—Con algunas personas es imposible mantener una conversación. Se vuelven unos ordinarios. ¡Bah!

El emperador del pupitre soltó una risita satisfecha y le lanzó miradas fugaces.

—Las niñas pequeñas deben irse a dormir.

—Un hombre casado como él debería avergonzarse, claro que sí.

Las mecanógrafas que la flanqueaban cuchichearon y sonrieron mirando hacia el trono del simio gris. Éste se encogió y, con gesto altivo, se puso a garabatear en redondilla. A las tres y media el ingeniero jefe de Schneemann, un señor de edad avanzada y ademán presuroso, pasó por las mesas como una exhalación, hundiendo el cráneo rapado en cada tablero. Decía algo en falsete, firmaba y se iba rápidamente. De lo de Schneemann ya estaba al tanto. A regañadientes culebreó junto al gordinflón. Al ver la compresa retrocedió asustado y, levantando la naricilla, ordenó:

—Deje todo como está, déjelo. Lo firmaré más tarde. Márchese. Demasiados garabatos. De nada sirve dar tantas vueltas.

Ya se había marchado cuando, antes de subir la escalera que conducía a la primera planta, se giró una vez más para mirar al gordinflón.

A las cinco casi echan a Schneemann de la oficina a patadas. Media hora antes le habían obligado a ponerse el abrigo y el sombrero. Los tableros contiguos estaban vacíos. El ánimo general se había vuelto en su contra.

Cuando por fin cerró suavemente la puerta tras de sí, llovieron expresiones de indignación. El simio del pupitre exclamó con los pelos de punta:

—¡Esta oficina es un caos! Hace falta un reglamento para estos casos.

—¡Qué peste de lugar!

—¡Curiosa forma de entender el sentido del deber!

—¡Que traigan fenol!

—¡Por ahí va ese cadáver andante!

Schneemann los saludó tras la ventana más alejada, profundamente triste.

LIBRO SEGUNDO

EL ASEDIO DE REINICKENDORF

Ese mismo día fue despedida la criada de los Wadzek. En el domicilio berlinés se respondía que el señor estaría ausente todo el día a cualquiera que preguntase. Al caer la tarde, la señora Wadzek cerró la vivienda con llave y, en compañía de Herta, tomó el tranvía hasta Reinickendorf. Bajo la suave brisa vespertina y mientras su madre, pañuelo en mano, no paraba de llorar, la joven recorrió a paso lento la corta avenida hasta la pequeña casa, siguiendo a la mujer de vestido ondulante. Miró recelosa los troncos de los árboles a izquierda y derecha, torció el gesto y dijo: «¡Bah!» cuando Wadzek asomó la cabeza por la ventana de la primera planta y se llevó el índice a los labios. Iras la ventana entreabierto de la escalera, de cristales coloridos, Wadzek permanecía al acecho con el sombrero y el abrigo puestos, y un bastón gordo en la mano. El abrigo mostraba unos bultos amorfos por varias partes, por lo que debía de llevar algo oculto; era un loden grueso, de color gris verdoso y con capucha abotonada. Cuando las dos mujeres pasaron junto a él, Wadzek dio un fuerte pisotón sobre el peldaño superior sin abandonar ni por un momento su posición de vigilancia, estirado hacia delante todo lo largo que era. Enseguida se oyó un ligero timbre infantil que procedía de la planta baja, después un portazo, el ruido de una cadena y, por último, el crujir de una cerradura. Entonces el timbre de la ventana sonó dos veces, y luego todo quedó en silencio. Herta, ya en la primera planta, se agarró a la barandilla y gritó:

—¿Por qué llevas la capucha puesta?

Wadzek no se volvió.

—Es por la lluvia.

Cuando las dos mujeres hubieron entrado en la casa, unos pasos pesados subieron la escalera. Schneemann, el hombre gordo y redondo, se movía. También él llevaba un loden que había comprado la tarde anterior; temiendo llamar la atención del propietario de la tienda por comprarse un abrigo grueso un día seco y caluroso, Schneemann se quedó con el primer modelo que el locuaz vendedor le había ofrecido, una prenda que le iba muy estrecha de hombros y que además iba arrastrando. Aquel abrigo estaba hecho para un Goliat delgado. Así que Schneemann subió la escalera arrastrando su larga cola, y asustó a Wadzek con el roce del paño. Wadzek se puso a hablar solo, maldiciendo en el rellano, y balbució:

—¡Alto, alto! ¿Quién es?

Schneemann contestó atribulado:

—El abrigo me queda largo.

Wadzek lo esquivó, miró hacia la escalera con desconfianza y dijo que tenía que remangárselo. El gordinflón gritó:

—¡Eso hago todo el rato, pero también me arrastra por detrás!

Wadzek lo apaciguó; debía hacerse con un imperdible, las mujeres se encargarían, también se podía coser. Schneemann tenía manchas rojas en las zonas granujentas de

su rostro gris; las manos le temblaban; intentaba sin éxito abrir el corchete del cuello del abrigo; estaba decidido a cambiarlo por otro; le habían engañado, no solo era demasiado largo, sino que además le apretaba casi tanto como una pinza. Wadzek lo observaba con interés; era obvio que tampoco el corchete valía para nada, pues estaba escondido. De pronto, el cuello se desgarró ante los acalorados esfuerzos de Schneemann, y quedó totalmente desbocado; un pequeño jirón de paño colgaba de la corcheta, aún cerrada. El dueño de la prenda hizo un ovillo con ella y la arrojó contra el suelo; ambos convinieron en que Schneemann había sido muy mal atendido durante su compra, por no decir estafado; incluso en aquel estado, la prenda debía ser cambiada por otra sin más dilación.

—Tiene que ir a cambiarlo —dijo Wadzek impasible, guiñando los ojos desde arriba—. Debe ir a la tienda.

—Sí —dijo Schneemann con voz ronca, estaba muy encendido; prosiguió en tono burlón—: ¿No le importaría hacerme el favor de ir usted? Me he dado un golpe en la rodilla y me cuesta andar.

Wadzek asintió lamentando la situación, y preguntó compasivo que de qué pierna se trataba, aunque añadió que era imposible cambiar un abrigo sin probárselo. Aquélla pareció ser justamente la respuesta que Schneemann estaba esperando; el gordinflón dio un puñetazo en el aire y amenazó enojado:

—¡Usted tiene la misma constitución que yo; hay alguna pequeña diferencia, pero menor; lo que importa es el contorno de pecho y el ancho de hombros! ¡Pregunte a su sastre, eso es lo que cuenta en un abrigo! ¡A usted pueden llamarle a filas igual que a mí!

—Querido Schneemann —respondió Wadzek en tono condescendiente—, para empezar, yo ya he pasado por eso y, en segundo lugar, usted se altera enseguida. Pongámonos uno al lado del otro y comparemos.

Primero se colocaron pecho contra pecho, y resultó que Wadzek era aparentemente más alto que Schneemann, si bien no llegaron a una conclusión definitiva respecto a la altura de los hombros, pues solo podían mirar hacia los lados de reojo. Además, estaban los tacones. Juntos y a regañadientes se sentaron en el escalón más alto y se descalzaron. Como tampoco así llegaron a ninguna conclusión, ya que la poderosa envergadura de Schneemann impedía que los hombros se tocaran directamente, juntaron espalda con espalda y, ayudándose con las manos, fueron palpando para comprobar si un hombro discurría en línea recta hacia el otro o bien se detectaba algún desnivel. Wadzek sonrió y dijo con ánimo provocador:

—Schneemann, le haré el favor que me pide.

Schneemann le espetó enfurecido que no se trataba de ningún favor, sino de determinar qué era lo correcto. Al oír esto, el otro reprimió una sonrisa burlona y se volvió más contenido. Ambos la emprendieron a golpes con las manos, el torso y los

hombros. En varias ocasiones, Wadzek impidió que el otro lo aplastara, que lo empujara y le asestara cabezazos. Una vez dirimida la controversia, Wadzek se alejó de Schneemann tras reprocharse mutuamente falta de objetividad y una actitud prejuiciosa.

A Wadzek le dolían los hombros. Schneemann sonrió con desdén y murmuró algo sobre «escudarse en el cansancio».

—¡Y a mí qué diantres me importa su abrigo! Usted procure estar bien equipado en caso de peligro. ¡Encárguese usted, usted y usted!

En la mirada del gordinflón quedaba algo del tormento sufrido en el Café Riedel.

Los dos subieron la escalera al trote. Avanzaban despacio, mirándose fijamente. Wadzek soltó de pronto:

—Seremos el hazmerreír de las mujeres.

Schneemann, un peldaño más arriba:

—A mí me da igual. Claro que el asunto no merece la pena.

—No merece la pena, claro que no. Calcémonos. Nunca se sabe quién puede presentarse de improvisto.

Volvieron a bajar la escalera, dubitativos y en calcetines. Abajo estaba el loden monitorio de Schneemann hecho un ovillo. Pasaron por encima de él. Schneemann fingió sobresaltarse.

—¿Han llamado al timbre?

Wadzek se ató las botas pensativo, y permaneció en silencio; cuando hubo terminado y se hubo alisado el pantalón, dijo que, en realidad, la cuestión era si... Y sonrió mirando a Schneemann. Éste le devolvió la sonrisa y repitió:

—La cuestión es si...

—Si es tácticamente posible abandonar la casa en este momento.

Eran un solo hombre. Schneemann se apostó en la escalera. Wadzek arrastró el abrigo hasta donde estaban las mujeres; sus órdenes resonaron a través de las puertas.

—Hay que abrir las costuras de los hombros y subirlo todo, ¡subirlo!

El funcionamiento de la casa estaba estrictamente organizado. Wadzek y Schneemann se turnaban para dormir y vigilar. Cada uno era libre de acompañar al otro durante la guardia siempre que quisiera, pero ciertas horas de servicio eran fijas y, por tanto, absolutamente indiscutibles. En caso de un eventual ataque a la casa, y en lo que respectaba a un posible arresto, era necesaria la vigilancia en dos frentes; la casa tenía una entrada delantera que daba a la avenida, pero también tenía una pequeña puerta trasera que daba al parque de Jungfernheide. Tanto Wadzek como Schneemann eran técnicos habilidosos; nada más mudarse habían instalado un sistema de señalización, elaborado con medios rudimentarios, que se activaba con solo detectar unos andares femeninos. También tomaron medidas fuera de la casa. A unos treinta pasos había un enorme olmo; entre este árbol y la fachada de la casa,

colocados desde hacía meses con bastante exactitud y sin que nadie supiese ya cómo ni por qué, había ocho tablones anchos, de los que se utilizan para construir vallas. Wadzek los había juntado sin una finalidad aparente, pero su distribución era fruto de un cálculo fisiológico, de forma que quien viniese de pisar el suelo arenoso de la calle y quisiera entrar en la casa se alegraría, con toda probabilidad, de encontrar los tablones, y los utilizaría a modo de camino; el último de ellos conducía directamente y en línea recta hasta la puerta. Los dos últimos estaban colocados de forma sencilla sobre un muelle, al que a su vez había atado un alambre, de manera que, en cuanto alguien pisara el muelle, sonaría una campana en la casa. Wadzek y Schneemann estaban a cargo de toda la vigilancia; Herta y la señora Wadzek podían salir de día ocasionalmente, pero todo se cerraba con llave a su paso, y la entrada y la salida se señalizaban como si del enemigo se tratase. Cuando su mujer y Herta le explicaron a Wadzek que necesitaban algo de movimiento durante el día, éste pactó en secreto con Schneemann que sacrificaría a ambas; según él, las dos ignoraban la gravedad de la situación. Si algún día corriesen peligro, ellos cumplirían con su obligación y las dejarían fuera sin posibilidad de entrar; ya verían a dónde las iba a llevar su necesidad de dar paseítos.

Las provisiones estaban suficientemente aseguradas; en el desván habían almacenado conservas para un mes. Acumular reservas de agua no tenía mucho sentido; pensaron que, en cuanto empezasen los disparos, posiblemente les cortarían el suministro, así que Wadzek, ya al segundo día, puso a las mujeres a trabajar como hormiguitas, cepillando con fuerza dos grandes barreños situados en el desván que se utilizaban para hacer la colada. Todas las noches, los dos enormes recipientes se llenaban hasta arriba de agua y se cubrían con sábanas. La noche siguiente, previo acuerdo con el resto, cada uno de los cuatro habitantes de la casa podía tomar un baño frío en uno de los barreños. Después debía vaciarlos ambos, volver a cepillarlos, aclararlos y rellenarlos de agua. Estimaron que de sed era imposible que muriesen, pues Wadzek calculó que en cada barreño cabían cincuenta litros, es decir, que tenían una reserva de cien litros. Él mismo se comprometió a consumir un litro de agua para uso personal en días alternos, pues en caso de que el asedio se produjese realmente, no sería necesario lavarse. Suponiendo que Schneemann bebiera un litro al día y las dos mujeres entre medio y un litro, la reserva les duraría veinticinco días. Pero para entonces todo se habría decidido. Mientras lo pensaba, Wadzek alzó sus ojillos de forma elocuente y frunció los labios para emitir un silbido.

El suministro diario de alimentos tenía lugar desde el exterior. En su primera visita de reconocimiento a la localidad de Reinickendorf, Wadzek fue en busca de una tal señora Litgau que alquilaba habitaciones y a la que conocía porque había sido su portera. Además, se había casado con un antiguo empleado de la fábrica; el hombre, trabajador por demás, bebía mucho, maltrataba a su mujer y Wadzek tuvo que

despedirlo después de que montara ruidosos numeritos en sus instalaciones; más adelante, el hombre trató de sonsacar a todos y cada uno de los empleados si mantenían un *affaire* con su esposa, a fin de abalanzarse sobre el aludido a menos que obtuviese de inmediato una negativa convincente. La mujer tramitó el divorcio con ayuda de Wadzek; fue una recomendación del fabricante la que le permitió vivir de alquiler en casa de un conocido, en Reinickendorf. De modo que la señora Litgau no vivía muy lejos del actual refugio de su benefactor. Presa de la desesperación, Wadzek fue en su busca. De las escuetas palabras del fabricante, que permaneció sentado en el sofá de terciopelo con un vaso de agua con gas, ella dedujo que se traía algo entre manos relacionado con la policía, y que necesitaba esconderse. La mujer no le pidió explicaciones en ningún momento y, entre susurros, se ofreció a ocultarlo en su casa. Wadzek fue a ver las habitaciones pero, al parecerle todo demasiado estrecho e inapropiado para grandes acontecimientos y despliegues de fuerza, volvió a su plan original. Ella debía limitarse a llevarle noticias y comida a él, y puede que a su familia, que tal vez lo acompañase. La confianza depositada y el encargo recibido hicieron feliz a aquella mujer. Wadzek sabía que era más bien callada. Cuando salió de la casa, el fabricante estaba eufórico y pensó maliciosamente: «Mis enemigos se pillarán los dedos». La conversación mantenida aquella tarde con la señora Litgau hizo que gran parte de su tormentoso desasosiego lo abandonara, y que percibiese una relajación y un cansancio intensos, acompañados de cierto bienestar.

Desde que los cuatro vivían en Reinickendorf, el suministro de provisiones a la fortaleza tenía lugar jornada tras jornada a mediodía y por la tarde. Una mujer corpulenta, sin sombrero y envuelta en una ancha pelerina, avanzaba desde la Blankestrasse por el camino soleado; cruzaba la calzada y, en lugar de seguir en línea recta hasta toparse con la casa, se escabullía hacia un lado para entrar, aparentemente, al parque de Jungfernheide. Parecía una de esas mujeres que llevaban comida a los obreros de los cuarteles. Tras abandonar la zona de la avenida, bajo la frondosa arboleda ya no podía ser vista desde ninguna calle; entonces daba un giro decidido primero a la derecha, luego todo hacia atrás; abriéndose paso entre matorrales, avellanos y malas hierbas, se acercaba a la casa de Wadzek por la parte trasera hasta llegar al jardín, que comunicaba directamente con el recinto del parque. Aunque al principio solo parecía arrastrar el peso de una estructura portante oculta en el lado derecho, el perímetro cubierto por la pelerina se multiplicaba y aumentaba considerablemente debido a una vara maciza que terminaba en forma de horquilla, un instrumento que aquella mujer levantaba del suelo agarrándolo por algún punto, y luego arrastraba con la mano izquierda. Como al hacerlo la pelerina no se abría y el palo de extraña punta, similar a una horca para estiércol, a menudo se quedaba enganchado en los matorrales, aquel ser itinerante se ensanchaba y se ahuecaba enormemente. De cuando en cuando, la falda le arrastraba y se quedaba enredada en

los arbustos; entonces la parte trasera de la pelerina subía de golpe, como un telón alzado a disgusto, dejando al descubierto una falda ondulante de algodón azul y dos pies desnudos dentro de unos zuecos que avanzaban a buen paso; a la derecha se veía una cesta de mimbre marrón de la que colgaban dos botellas de cerveza, sujetas con unas cintas rojas que casi rozaban el suelo; a la izquierda, la vara o pértiga con la parte superior clavada, el bidente.

Ya en el jardín, la voluminosa figura itinerante atravesó la sólida puerta que había abierto de una patada, y que no tardó en cerrarse automáticamente. Al mismo tiempo se oyó un tintineo dentro de aquella casa silenciosa, un ruido momentáneo. En el jardín había hermosas resedas, alhelíes; los rosales florecían salvajes, los capullos en flor colgaban vencidos por su propio peso; de los ciruelos caían frutos morados sobre el césped crecido. El camino que conducía a la entrada de la casa estaba abandonado. La patrona golpeó la puerta con el bidente, dejó la cesta y el palo en el suelo, y tomó aliento, ventilando así por fin la pelerina y exponiendo su pecho macizo, ataviado con una blusa roja a rayas, a la agradable brisa que llegaba hasta el jardín desde la landa y agitaba los árboles. Al poco se pudo distinguir un movimiento en el primer piso, tras la ventana del pasillo, que no estaba bien limpia; las hojas se abrieron de golpe y porrazo; alguien gritó: «¡Ergo!». La mujer asintió dando un resoplido: «¡Pues venga!»; luego se preparó, dio un fuerte golpe a la cesta y la enganchó hábilmente por el asa con ayuda de la horquilla. Acto seguido, toda su impedimenta se levantó y, en cuestión de unos pocos empujones, fue trepando por el muro de la casa; las dos botellas de cerveza oscilaban a ambos lados, apuntando pesadamente hacia abajo, como si de dos piernas tullidas se tratara. Desde la ventana, dos brazos se afanaban en pos del objeto que se aproximaba; muy por debajo del burlete de hojalata, los brazos agarraron la hendidura de la horquilla que la oronda patrona mantenía sujeta con el palo clavado a la altura del ombligo, el cuerpo encabritado y las manos muy rojas y aferradas a la pértiga, mientras empujaban el muro de la casa. Después llegó el descanso. Aquel cuerpo femenino se contrajo; la horquilla giró descuidadamente hacia un lado y fue resbalando en silencio hasta el césped. La ventana se cerró de golpe y la patrona, mucho más delgada que antes, se sentó tranquilamente en la hierba y se puso a hacer muecas, pues el sol le daba de lleno en la cara. Una vez en pie, no sin esfuerzo, atravesó el portón arrastrando la vara, hasta que la dejó caer en un lugar próximo al jardín y siguió paseando por un pequeño tramo de aquel bosque espeso y recóndito. En la General Woyna-Strasse se topó enseguida con la avenida; llevaba vacía la cesta que solía recoger donde el tendero Polütz. Por las tardes, y bajo idénticas circunstancias, tenía lugar el intercambio de la vajilla usada por alimentos frescos.

En estas condiciones, los habitantes de la casa no vivían mal; sin embargo...

Al sexto día Wadzek dijo:

—Hemos cavado una tumba común, pero ya sabe que de ella saldrán llamaradas.

Schneemann se convirtió en la viva imagen de la tristeza. No podía cambiarse de ropa interior porque solo se había traído un pequeño maletín. Su amigo tuvo que socorrerlo, pero los cuellos y las camisas de Wadzek le quedaban demasiado estrechos. Schneemann deambulaba por la casa con el cuello abierto y desabrochado. Una pajarita que, a falta de sujeción, lógicamente se resbalaba, ya por debajo de la barbilla, ya sobre la pechera, debía sostener aquel apaño; a causa de las camisas que se veía forzado a llevar, el gordinflón era incapaz de agacharse ni de hacer grandes movimientos con los brazos. Se sentía en la obligación de cuidar la ropa prestada, y ponía ojos de cordero degollado cuando, de repente, se oía un desgarrón, ora bajo la axila, ora en el codo. Cada tres días iba sin calcetines porque había que lavarlos; las botas rodeaban sus pies desnudos y le sobraban por todas partes. Lo peor era cuando el otro le prestaba los calzoncillos largos de lino; Schneemann era tan sensible que no soportaba el roce directo de la piel con el tejido; le picaba, le apretaba; tenía que dar por fuerza pasos muy pequeños, llevaba una túnica de Neso. Cumplía las funciones encomendadas con enojo y a disgusto; se pasaba el día lloriqueando alrededor de Wadzek; abatido, esperaba de él la salvación, y se comportaba como un héroe orgulloso, con arrebatos de tigre feroz.

Cada hora, y al principio más a menudo aún, Wadzek miraba por la ventana del tejado en todas direcciones, hacia la calle, el bosque, el jardín. Su mirada atravesaba árboles y coches; cualquier cosa podía ocultar algo, en cualquier momento se podía producir el asalto, derribarían la puerta y ya estarían dentro: «¡Señor Wadzek, acompáñenos!».

Era imposible erradicar la noche; imposible evitar que llegase y lo volviese todo invisible. La policía no sería tan ridícula como para enviar media docena de hombres uniformados a exigirle que saliera de la casa. Era lógico que tanto el juez como la policía se pusiesen de parte de Rommel; ya sabrán que se trata de la lucha del individuo contra la masa, contra el poder, y ¿dónde está la policía si no es del lado del poder? ¡De cualquier poder! Pero evitarán el escándalo, claro que sí, no se quitarán la máscara. Vendrán a traición. De puntillas, sobre los dedos de los pies, doblarán la esquina y... ¡listo! Enviarán a los suyos vestidos de paisano y les pondrán a dar vueltas, como esos que se dicen paseantes; serán madres de familia con niños que se comportarán como si el espacio que hay bajo el olmo, delante de su casa, fuese precisamente el más umbroso. Quién sabía qué medidas tomaría el Estado en unas circunstancias tan extraordinarias.

Wadzek permanecía agachado junto a la ventana trasera del pasillo; Schneemann, ojeroso, estaba tumbado sobre un escalón. A Wadzek los ojos le quemaban.

Dondequiera que mirase veía círculos de llamas de un color gris azulado en el luminoso jardín de su inmueble. Entonces llegó la señora Pauline, bajando del desván con una sábana mojada; se acercó a la barandilla y los miró.

—Qué mujer más lista, sí señor, muy lista —dijo Wadzek en tono sarcástico, mirando hacia arriba.

Ella se movía con inseguridad:

—Hay que lavar esta sábana.

—Qué mujer más lista, sí señor, muy lista.

—¿Qué quieres que haga? —gimoteó ella—. ¿Cómo voy a lavarla aquí? ¿Acaso es humanamente posible?

—¡Humana y animalmente posible! —gritó él.

—¡Herta, haz el favor de venir! —ordenó la mujer entre sollozos, víctima de la impotencia—. Ayúdame con la sábana.

—Lo que tenéis que hacer es iros, ¡fuera de la barandilla! —gritó Wadzek haciendo un gesto con la mano—. ¡La sábana se ve desde la calle!

Herta, que había salido lentamente del salón y se había aproximado sin dejar de cepillar su rebelde cabellera, agarró del brazo a su madre, rebosante de lágrimas; dio unos golpecitos en la sábana con el dedo.

—Vaya, ¡si es ese trapo asqueroso!

Mientras hablaba cogió la pieza de ropa ennegrecida, la sacudió de un golpe y la lanzó contra los dos hombres por encima de la barandilla.

—¡Esto está mojado! —bramó Schneemann, al que habían caído dos gotas.

—¿Qué haces? —gritó Wadzek fuera de sí—. ¡Basta de chiquilladas!

Herta ondeaba y sacudía la sábana sin inmutarse. El trapo golpeaba contra los balaustres; en uno de los lanzamientos, una lluvia repentina roció la escalera. Schneemann huyó escaleras abajo tapándose la cabeza con un pañuelo. Wadzek permaneció tieso ante la ventana y arrugó los ojillos.

—Madre —dijo Herta entre risas—, ve al cuarto. Yo tenderé la sábana.

Volvió a rociar la escalera y a golpearla con el lienzo, y luego se dispuso a subir al desván.

Wadzek temblaba; sin reparar en que Schneemann hacía rato que estaba a salvo en el último peldaño de la escalera, susurró:

—Estoy indefenso, Schneemann, totalmente indefenso.

Casi sin resuello, la señora Pauline trató de arrebatarse la sábana a Herta, pero ésta salpicaba y hacía girar el lienzo gritando:

—¿Dónde tienen éstos los impermeables? ¡Madre, bájales los impermeables...! ¡Y las capuchas! —Herta reía y daba fuertes pisotones sobre el suelo de madera—. ¡Uh, uh! —gritaba—. ¡Que voy! ¡Que bajo! ¡Os atraparé! —Luego subió la escalera y se detuvo junto a la barandilla con la sábana mojada. El lienzo ondeante se enroscó en

un balaustre; ella lo arrancó de golpe y después, bien extendido, lo lanzó hacia abajo. Mientras, daba gritos de júbilo. De un salto se plantó ante la puerta del cuarto, donde su madre no dejaba de manotear—. ¡Ya que estoy en un manicomio, bien puedo volverme loca!

—No sabemos en qué puede acabar esto —susurró Wadzek atónito; seguía tieso junto a la ventana—. Pero ¿dónde se había metido, Schneemann? ¿De dónde sale usted?

El gordinflón subió la escalera lentamente y gruñendo.

—La señorita me ha salpicado, ¡menuda está hecha!

—Deberíamos dejarla caer, Schneemann. Lo que acaba de ocurrir ha sido inaudito.

Schneemann dijo apenado:

—Ojalá estuviésemos los dos locos. Al menos tendríamos remedio; pero así... No sé yo.

Wadzek, confundido, se dirigió a su puesto de vigilancia junto a la ventana. Estaba desconcentrado, seguía temblando y, cada pocos minutos, desviaba la mirada hacia Schneemann, las salpicaduras de agua, la barandilla.

Desde el salón se oían los improperios de la señora Pauline; entre medias, silbidos, sillas que se movían y unos andares despreocupados.

Schneemann vio a un Wadzek tembloroso y desprotegido, empapado. El gordinflón se le acercó, conmovido.

—Wadzek, muchacho, por ésas no merece la pena ni mover un dedo.

—¡Mujeres, bah! ¿A quién le importan? Es usted un sentimental, Schneemann. Márchese. Lograré que me ablande.

—Mi querido amigo, lloro porque le estoy muy agradecido. Es pura gratitud. Yo soy el causante de esta situación.

Todo me afecta mucho. Nos obligan a luchar, y se ríen de nosotros. Discúlpeme. Es pura gratitud. Confíe en mí, Wadzek. Mi causa es la suya. Confíe en mí.

—Tendrá que peinarse un poco; está usted desgreñado.

—Es que me ha salpicado.

Y mientras Schneemann se limpiaba la nariz, se acariciaba la cabeza, toqueteaba a Wadzek y no dejaba de parlotear, la ira del fabricante encontró el objetivo que necesitaba.

Más allá del cuarto que daba al jardín, Wadzek vio cómo algo se movía, se paraba una y otra vez, y regresaba. Wadzek ya no temía que aquel ser sigiloso le hiciera daño; tenía la sensación de estar obligado, forzado y compelido a preocuparse por él. Era un servidor de aquella persona, apenas visible. De pronto, sus manos y sus pies rebosaron auténtico calor. Tenía que perseguir a aquella persona, esperar, esperar a ver qué hacía. Tales eran el gran sufrimiento y la tensión que todo el que se acercaba

a la casa le exigía. El timbre, los árboles, la valla, las hojas, todos eran el enemigo. Había que soportarlo, hasta el infinito, aceptarlo.

Wadzek le espetó a Schneemann, que lloraba suavemente:

—¡No llore! ¿Acaso no es usted un hombre? ¿Un hombre libre?

—No puedo evitarlo —gimoteó el otro—, es pura gratitud. Lealtad hasta la muerte.

Wadzek, con los ojos encendidos y las mejillas cadavéricas, se bajó del alféizar en el que estaba sentado y dijo con una voz casi inaudible:

—Uno no se muere más que una vez. ¿Va a permitir que eso suceda? ¡Mire bien!

—Wadzek señaló la valla del jardín y al ser paseante—. ¿Qué quiere ése de mí? ¿Qué le he hecho? Si nos van a detener, ¿por qué no nos atacan? ¿Por qué no nos cogen? ¡Nos dejan a nuestro aire, nos torturan!

—¡Espere! —Schneemann lo rodeó por la cintura—. ¿Quién es ése?

Wadzek perdió la paciencia y su voz retumbó en toda la casa.

—¡No quiero saberlo! ¡Se va a enterar! ¡No lo aguanto más! ¡Canalla, canalla!

Wadzek bajó decididamente la escalera; a medida que avanzaba se iba abrochando la chaqueta. Schneemann marchaba tras él; no quería que lo dejaran solo.

Entretanto, la patrona había salido del bosque a su hora y, cesta y bidente en mano, se había acercado a la valla del jardín tomando las precauciones habituales. Cuando se dispuso a abrir la puerta, que solía estar ligeramente entornada, le pareció que un hombre la seguía y la observaba. En efecto, se trataba del capataz de una de las obras de los nuevos cuarteles, que la había seguido por la Reinickendorfer Chaussee y había tomado el mismo camino tras pasar un rato en el restaurante Rehberger Quelle. El capataz pensó que aquella mujer le llevaría el almuerzo a alguno de los obreros, le extrañó que lo hiciera tan tarde y, como estaba a punto de sonar la campana de vuelta al trabajo, haciendo honor a su cargo quiso comprobar qué ocurría; más concretamente, quién era el que se estaba escaqueando y cómo pensaba hacerlo. Para su gran sorpresa sucedió que, tras un buen rato siguiendo a la mujer, que era como su liebre, ella dobló hacia un lado. El hombre pensó que volvería pronto, seguramente habría tenido una necesidad pero, al ver que no regresaba, es más, que seguía avanzando entre los matorrales, la curiosidad se apoderó de él, pues aquello le resultaba sospechoso; no era descartable que la mujer no llevase comida, sino que pretendiera enterrar algo. El capataz atravesó la maleza y fue aproximándose a la mujer con el máximo sigilo. A la altura del jardín, ella reparó en su presencia tras haberse detenido ya varias veces y agacharse para comprobar si él realmente la seguía. Para colmo, la puerta estaba cerrada; de lo contrario, la patrona se habría ocultado en el cenador; de ninguna manera habría desvelado el método de aprovisionamiento de Wadzek. Pero no le quedó más remedio que arrastrar el bidente por el suelo, como si fuese la rama de un árbol cogida por casualidad, detenerse en la

puerta, empujar el picaporte, llamar, menear la cabeza y, por último, regresar derechita a la avenida rodeando la casa. El capataz permaneció un rato allí, mientras ella recorría el muro derecho del edificio; no llegó a una conclusión definitiva. Se contentó con deducir que la señora era de la casa y que, probablemente, sí que había tenido una necesidad, razón por la cual se había adentrado en el bosque, pero su presencia la habría importunado. Se había hecho tarde, así que el capataz regresó al camino del bosque.

La patrona estaba fuera de sí; volvió a casa con la comida. Todo se había quedado frío y soso; había preparado carnero con judías verdes y guarnición de patatas nuevas. Si reposan demasiado, las patatas se cubren de una película y el perejil se marchita. A fin de evitarlo, ya mientras subía las escaleras la patrona decidió que mandaría rápidamente a su hijo al bosque para comprobar si aquel hombre seguía espiando y, de no ser así, ella misma regresaría. No pensó en la puerta del jardín, que estaba cerrada. Debido a un movimiento repentino ocurrido la noche anterior, la puerta se había cerrado con tanta fuerza que se había quedado atascada y nadie excepto un cerrajero profesional habría podido abrirla.

El muchacho, de diez años, se adentró sigilosamente en el bosque y aguzó el oído a izquierda y derecha; llevado por la ilusión de ser un indio, recorrió la valla de arriba abajo durante largos minutos, luego se escondió, volvió a aparecer; quería vivir una aventura. En ningún momento prestó atención a la casa. Impulsado por un espíritu atacante, saltaba sin cesar alrededor de los tablones; brincaba y se agachaba como un saltamontes. En su gorra de marinero, de la que solo colgaba una cinta, ponía en letras plateadas: «S. M. Schiff Lorelei». Barco de su Majestad Lorelei; la inscripción brillaba bajo un sol radiante.

Mientras miraba por la cerradura, con la mano ya puesta en el picaporte, Wadzek reconoció lo que ponía; cargado de odio, gruñó para sí: «¡Qué canallas! Lorelei; sé lo que significa^[9]. Que no les quepa duda de que lo sé». Estirando la mano izquierda hacia atrás trató de repeler a Schneemann, que lo atosigaba junto a la cerradura. Abrió la puerta con gran estrépito y en la casa se oyó un timbre agudo y prolongado. Wadzek bajó el picaporte de un puñetazo; se quedó de pie, en mitad de la puerta abierta de par en par, tieso como una tabla de madera, tapando a Schneemann por completo. Un viento cálido entró por el oscuro pasillo de la casa, y trajo consigo el dulce trino y el graznido de los pájaros. El muchacho había decidido de pronto subirse a la valla del jardín, colocando para ello un pie entre dos listones y apoyándose en la tabla clavada transversalmente a lo largo de la cerca verde; como al hacerlo estaba de cara a la casa, puso el otro pie en la parte interior del listón transversal, de modo que, cuando se oyó el crujir de la puerta y el timbre agudo y estridente, el muchacho estaba subido a la valla, y guardaba el equilibrio con los brazos; componía una hábil figura marrón que apenas se balanceaba, incluso se ponía

de puntillas. Sorprendido por el ruido, el chico giró el cuerpo, uno de los pies resbaló y el muchacho cayó al jardín; como no podía sacar el talón de la otra bota porque estaba atascado, se cayó, de forma que sólo tocaba el césped con los hombros y la cabeza. Atrapado entre los matorrales, empezó a bracear en mitad del ramaje, y empujó la valla con el pie que tenía suelto para liberarse. A medida que su rostro se ponía más y más rojo, él iba hinchándose y amarotándose; arqueó la espalda hábilmente y, empujando con los brazos, trató de incorporarse apoyándose en la pierna atascada e intentó aflojar los cordones; había decidido sacrificar la bota. El esfuerzo fue excesivo; se dio un sordo batacazo y, ya de espaldas y a punto de gritar «¡Socorro!», pues era incapaz de reconocer dónde estaba, se puso de medio lado, de modo que logró apoyarse en el antebrazo con la pierna semirretorcida. Bocabajo y escupiendo tierra, consiguió elevar un poco la cabeza, que rezumaba sangre y, por encima de la gorra caída y las puntas del césped, reconoció la fachada gris de la casa.

Delante de la puerta, Wadzek metió las manos en los bolsillos de la chaqueta, se encogió de hombros y juntó las piernas.

Con el rostro enfurecido, contempló cómo la criatura se agitaba junto a la valla. El gordinflón seguía al fabricante como un perro faldero, avanzaba junto a él, tras él, siempre un paso por detrás de forma que, en caso de excesiva temeridad, pudiese retroceder de un salto y cerrar la puerta tras de sí, con fuerza, sin dejar entrar a nadie bajo ningún concepto. Sintió que había llegado su hora. Todavía tenía mujer e hijos. Debía hacerlo. ¡Dios santo, no podía sacrificarlo todo! Si la expresión de Wadzek no hubiese sido tan terriblemente siniestra, Schneemann lo habría retenido so pretexto de que no podría hacerse responsable de una acción semejante ante su mujer. Desgarrado por la incertidumbre, siguió al fabricante.

Éste atravesó el exuberante césped dando zancadas, cual estricto maestro de escuela, recluyéndose entre sus propios brazos extendidos al frente. No doblaba las rodillas y, en contra de lo acostumbrado, ladeaba el cuerpo a cada paso, a izquierda y derecha. Junto al caño de la fuente dobló el brazo derecho a la altura del codo y, en esa posición, observó los movimientos que se producían junto a la valla.

Con voz chillona, gritó:

—¡Eh, tú! A ver, ¡levántate!

—¡Oiga usted, no puedo! ¡Tengo la pierna *enganchá*!

Los ojos de Wadzek crecieron llevados por el odio.

—¡Sí, ya me conozco ese truco!

El muchacho se revolvió y, entre lamentos, dijo:

—¡No la puedo sacar!

Wadzek gritó más fuerte chascando los labios, como si fuese a tragar algo.

—¡Ya me conozco yo ese truco! ¡Ven aquí, ven! ¡Ya casi estoy ahí!

—Me ha *mandao* mi madre. Oiga, si me hace algo, gritaré «¡socorro!».

Con una sonrisa de fauno, Wadzek arrastró a Schneemann lucia sí y ordenó:

—¡Mire esto! No debe olvidarlo en toda su vida. ¡Mire cómo cuelga, cómo se revuelve y se retuerce!

Mientras Wadzek lo agarraba, el gordinflón vio cómo el rostro de su amigo adoptaba una expresión irreconocible, sedienta de venganza y decidida a matar, y reparó en la forma en que de cuando en cuando aquel cuerpo sufría oleadas de temblores que eran aplacados.

—Al niño no puede pasarle nada —susurró Schneemann al cabo de un rato; el miedo le había superado, de ninguna manera quería ser partícipe de lo que el otro pretendía; el ponimiento de «Tengo mujer e hijos» fue más poderoso.

De buenas a primeras el gordinflón abandonó su lento avance y corrió hacia la valla; ante la mirada de un Wadzek inmóvil, aflojó los listones, y el pequeño cuerpo salió rodando hacia un lado. El muchacho se empujó con las manos y se incorporó al instante. Arrastró entre gemidos la pierna liberada y fue a apoyarse en un tronco. Miró a su alrededor muy enfadado; estaba a punto de llorar. Schneemann se dirigió hacia Wadzek. Estaba muy nervioso por lo que acababa de hacer, y se comportó como si estuviese resuelto a asumir conscientemente la responsabilidad de lo ocurrido.

El otro no lo observaba; no le dedicó el más mínimo pensamiento ni la más mínima emoción. Taladraba con la mirada al muchacho, que no dejaba de gemir; Wadzek estalló como un globo recién pinchado.

—¿Qué te he hecho? ¿Qué andas buscando? ¡Déjate de lloriqueos, no lograrás conmoverme! Tampoco yo he logrado conmover a los tuyos. ¡Aquí estoy! ¡Mírame bien! ¡Cuéntaselo a los de ahí fuera!

—¡Yo no quiero *na* de usted, si no le conozco de *na*!

—¡Claro, y por eso mismo una bestia mentirosa y embustera como tú lleva horas, repito horas, corriendo por mi jardín de arriba abajo! ¡En mis propias narices! ¡Es imposible mirar mi propia valla sin ver cómo la recorre una sanguijuela como tú! ¡Ni mi propio jardín puedo mirar, que es mío! ¡Estás robándome lo que me pertenece y ni siquiera te da vergüenza! A ver, tú, pequeña bestia, ¿te sabes el cuarto mandamiento?

—¡No soy ninguna bestia! ¡Y tampoco estoy robando!

—Robar y asesinar, ¡eso es lo que has venido a hacer, espía! ¡Pero el Señor ha querido que caigas en mis manos!

—Es mi madre la que me ha *mandao* —sollozó el muchacho, que empezaba a tener miedo de aquel hombre que hablaba sin cesar y de forma febril, incluso cuando paraba para tomar o expulsar aire.

—Que si te ha mandado tu madre, que si éste, que si aquél... ¡a mí qué me importa! ¡No sois más que gentuza de pueblo, una chusma miserable!

La rigidez de Wadzek se había desvanecido por completo, todo él temblaba, los

brazos le colgaban, su cabeza oscilaba unida al cuello, las piernas se hundieron, se separaron y dieron media vuelta.

—Pura lírica —gimió Schneemann, y avanzó hasta situarse entre Wadzek y el chico; trató de impedir que el fabricante confesara—. No le da vergüenza; aléjese de él, vamos.

Era imposible detener a Wadzek, que tenía ante sí el tronco delgado de un joven ciruelo; empezó tocándole las ramitas, luego se dedicó a arrancar las hojas y a arrojárselas al muchacho con violencia. Después empezó a retorcer las ramas y a sacudir el árbol cada vez con más fuerza. El ciruelo se dobló y se partió. Mientras, Wadzek jadeaba enfervorizado.

—¡Que haya descubierto un nuevo método de soldadura no significa nada! ¡Que haya obtenido los resultados más sobresalientes y estimulantes en el campo de los gases comprimidos a nadie le importa! Este pillastre puede hacerme lo que guste. En nombre de la Ley, porque soy un proscrito. Me he pasado seis años estudiando materiales, nadie lo ha hecho antes que yo, por no hablar de mis, ¡mis! trabajos sobre cinética. Nada de eso cuenta. Todo destruido por eso que llaman mi delito. ¿Lo entiendes? ¡Me refiero a ti! No tienes por qué saber quién he sido. Todos pueden pasarlo por alto. Mi delito me pone a vuestro nivel, un nivel barriobajero, de trastienda, poceros, tragaldabas y mediocres envidiosos. En un instante todo se ha esfumado, soy un proletario. Gracias a vuestro amigo, mi delito.

Wadzek gritaba, todo hay que decirlo, en voz baja. Cada vez hablaba más bajo y, sin embargo, sonaba a grito. Schneemann tenía un pie en el escalón, dispuesto a desaparecer de inmediato en el interior de la casa si ocurría algo.

Wadzek, con el rostro lívido, siguió toqueteando el arbolito, y retuvo al muchacho con una mirada encendida.

—Que venga un cerrajero a decirme que no sé nada y que soy su camarada. Compartiremos bocadillos de queso, beberemos de la misma botella. ¡Ja, ja! ¡Ja, ja! Eso es algo. Deberán tenerme en cuenta. Mis cálculos no se borrarán ni perderán valor, de ninguna manera. Nadie entiende mis logros. Y el delito que he cometido, eso tampoco lo entendéis. ¡Medís a todos por el mismo rasero! ¡Sí, vosotros! ¡No estáis autorizados a juzgarme! ¡Eso no os compete! ¡Los ceros a la izquierda siguen siéndolo aunque se pongan gallitos! El traje de presidiario no me sienta bien, merezco un respeto. Estoy fuera del alcance de las leyes. Vuestros códigos son una porquería. ¡Estaría bueno! Tú, ¡quédate donde estás o te sacudo! No te muevas ni un milímetro. Te echaré cuando yo decida. ¡Silencio! Es una orden. La Ley se detiene ante el Káiser. Su imperio no es el único en este planeta.

La señora Wadzek asomó la cabeza despeinada por la ventana, muy cerca de Schneemann, que levantó la suya.

—Pero Schneemann, ¿qué ha hecho mi marido esta vez? ¡Hay que ver cómo se

altera! ¡Dios santo!

Impotente, Schneemann cambió de pierna y se metió los pulgares en los oídos.

Wadzek había dejado el arbolito totalmente pelado; arrancó la raíz y la arrojó contra los pies del muchacho, terrón incluido.

—Schneemann, ¡quiero sentar un precedente con él, en pleno jardín! ¡Que a todos se les quiten las ganas de tratarme como a un perro! ¿Por qué te has subido a la valla, por qué no has entrado por la puerta?

—¿Yo? Pero ¡si yo con usted no quiero *na!* ¡Déjeme salir!

Ya mientras estaba hablando, Wadzek se había dado cuenta de que la puerta estaba cerrada; entonces brincó hacia la valla y la sacudió; paralizado por el asombro retrocedió y se detuvo.

—Está cerrada. —Después, con una risa chillona añadió—: ¡Ja, ja, ja! Cerrada, ¡estamos atrapados!

Schneemann se acercó a todo correr y, presa de la incredulidad, arrancó el picaporte y se ensañó con él. Con una risa malvada y victoriosa, Wadzek dijo:

—Primer asalto. ¿Acaso no lo he dicho? Han osado hacerlo, pero los hemos detenido.

Schneemann sentía una brisa fresca en la frente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Wadzek de pronto al muchacho—. ¿Qué te ocurre, muchachito? A ver, ¿acaso la puerta se ha cerrado sola? Claro, digamos que se levantó viento y, como es lógico, empujó la puerta con una fuerza y una precisión tales que daba gusto. Digamos que ha sido así. Y luego el viento te levantó y te llevó soplando hasta lo alto de la valla, ¿verdad, muchacho? De forma que caíste justo encima de ella como un pajarillo, como una gallina, ¡clo, clo!, ¿eh?

El chico, con el pelo liso y empapado de sudor, miraba la puerta fijamente; se agarraba con la mano uno de los pies; iba saltando a la pata coja de árbol en árbol; de vez en cuando apoyaba el pie en el suelo y pisaba, sin por ello sentir dolor a causa de los nervios; pensó en correr, arañar, gritar, morder.

—¡Abra la puerta, la puerta! —ordenó Wadzek.

Schneemann echó a correr. El muchacho sabía que iban a atraparlo.

Entonces se abalanzó sobre Wadzek, lo agarró de la pajarita y se aferró a su cuello. Wadzek emitió un gorgoteo sordo. Después fue avanzando a trompicones y entre jadeos hacia la puerta de la casa con aquella carga rabiosa encima; cuando se cayó la primera vez, pues el chiquillo desesperado e indómito le arañaba la cara y tuvo que cerrar los ojos, lo hizo encima del primer tablón conectado al timbre, y el muchacho aprovechó para intentar escabullirse. Wadzek estaba de rodillas, lamiéndose un rasguño que tenía en el labio superior. Como si fuese un gato, apretó contra su cuerpo al muchacho, que estaba dispuesto a gritar pero no pudo emitir más que un sonido ronco y se revolvió entre los brazos de Wadzek, zarandeándolo y

golpeando con la nuca la frente de aquel grandullón. Wadzek volvió a tropezar con el escalón, pero esta vez el muchacho no quedó atrapado bajo su cuerpo, sino que salió volando y, describiendo un arco, fue a parar al pasillo ya que, en el último momento, había hincado las rodillas en el pecho de su enemigo; los brazos parecieron saltar por los aires y el muchacho salió disparado como una flecha hasta caer estrepitosamente al suelo. Allí estaba Schneemann, con la mano derecha en el picaporte. Sacudida, desgarró, y el gordinflón se encontró a su amigo en el pasillo, casi sin resuello. Había cerrado la puerta de golpe, con lo que el timbre dejó de sonar.

El chico llevaba una marinera enjaretada a la cintura con una cinta azul que se había roto durante la pelea, de forma que la blusa le colgaba como un saco y la parte delantera del cuello se había desgarrado; presa del pánico, el muchacho se arrastró a cuatro patas hasta la escalera. Mientras Schneemann cerraba la puerta con llave, y Wadzek, víctima de unas palpitaciones asfixiantes, se apoyaba en la pared, el chico fue reptando escaleras arriba, ayudándose de las manos; mientras escalaba se quitó la marinera, y una y otra vez se enredaba con la cinta y la jareta. La señora Wadzek abrió la puerta. Cuando vio subir al muchacho sangrante y babeante con el pantalón rasgado, una camiseta sin mangas y gritando con voz ronca «¡Oiga, usted, ese hombre está loco, quiere hacerme daño!», lo levantó sin decir palabra y se lo llevó a su habitación.

Tras el crujido de aquella cerradura, en la casa se hizo de pronto un silencio sepulcral. Schneemann apoyó sus anchas espaldas en el hueco de la puerta y dijo:

—Sed, tengo sed.

Wadzek suspiró.

—Tráigame una silla. Ya tenemos al chico.

El gordinflón lo condujo hasta la escalera, donde ambos se sentaron. De repente, la marinera llegó rodando hasta donde estaban; el fabricante, exhausto, apoyó la cabeza en el hombro.

—¿Por qué no va a por agua?

Schneemann tenía la mirada turbia.

—Ya tenemos al chico.

Al cabo de media hora, la patrona hizo notar su presencia en los alrededores de la casa. Tras acercarse sigilosamente por la parte trasera, y empapada de un frío sudor, reparó en la gorra de su hijo caída en el jardín. Volvió a sacudir la puerta y gritó:

—¡Albert, Albert!

Creía que el muchacho se habría escondido entre los árboles para robar alguna fruta. No obtuvo respuesta. Gritó y rebuscó entre los matorrales: el chiquillo podía haber sido asesinado por aquel hombre, el espía. Escrutando nuevamente el jardín con ojos muy abiertos y vivaces, vio de pronto un cuello postizo de caballero tirado en el césped, con manchas y rayas rojas, de un rojo mojado, con sangre. En un

santiamén se plantó en la puerta del jardín y la sacudió, la sacudió y la empujó; sin pararse a pensar, gritó el nombre de Wadzek. Fue en vano. La puerta no se abrió; nada se movía en el interior de la casa. Cuando arremetió furiosa con el bidente contra la valla, las púas saltaron por los aires y, bajo aquel feroz ímpetu femenino, la cerca empezó a doblarse y a hundirse hacia la casa. Saltando sobre la parte vencida de la valla, y a pesar de varios resbalones, la ira y el movimiento basculante de su peso lograron reventar por dos partes los listones que tenía a izquierda y derecha, y el travesaño central cayó pesadamente al suelo. Conquistado el castillo, expedita la entrada. Primero se abalanzó sobre el cuello caído, después retrocedió y cogió la gorra de Albert; henchida por la pelerina, corrió hacia la puerta de la casa. Nada más pisar los primeros tablones empezó a sonar el timbre; durante un buen rato, la campana emitió un sonido estridente que luego cesó.

A pesar del agotamiento, Schneemann comenzó a dar vueltas por el pasillo, como si le hubieran pinchado en las plantas de los pies; se tapó la cara con las manos y se puso a gemir.

—¡Que vienen! ¡Que vienen!

Pensó: «Mi mujer, mis pobres niños».

Wadzek olisqueó el ambiente y, de pronto, exclamó con voz profunda:

—¡No abra todavía! ¡Antes lo mataré! ¡Deje sonar el timbre!

—Deje sonar el timbre —repitió Schneemann paralizado y con voz átona.

Wadzek logró ignorar el insoportable fulgor que palpitaba en sus ojos y, apoyándose en el escalón, consiguió ponerse en pie, algo mareado; sus músculos le parecían sacos llenos de barro, rígidos, paralizantes. Ni rastro de miedo; encendido por el odio, sus labios hinchados dijeron con voz desarticulada:

—Llegan en el momento justo. Pero antes deberán pagar.

Junto a la barandilla estaba aquel hombre, de barba rubicunda y frente abombada, dirigiendo hacia los escalones una mirada parpadeante, proyectada entre las bolsas de unos ojos inyectados en sangre. Las piernas no se le doblaban, parecían hechas de masa ósea rígida. El gordinflón notó cómo Wadzek las sacudía y miraba con avidez hacia lo alto de la escalera; supo que, en cuanto se alejase de la barandilla, Wadzek correría peligro de desplomarse.

Golpearon la puerta y una voz femenina y furiosa chilló:

—¡Señor Wadzek, señor Wadzek!

Impulsado por una oleada de miedo, Schneemann subió hasta la mitad de la escalera, primero rápido y en silencio, y luego descendió a pasos cada vez más fuertes. Pretendiendo encontrarse mientras avanzaba, hizo tintinear las llaves y, fingiéndose malhumorado, dijo:

—Sí, sí. —Tropezó, maldijo y, toqueteando la cerradura, miró el reloj y exclamó —: ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Parece mentira! —Ora ignoraba, ora tranquilizaba a la

mujer que estaba fuera—: Enseguida está. Le pido un instante de paciencia. Todo a su tiempo. Mientras esté en mi mano, todo ocurrirá a su tiempo, señora.

Con una risa socarrona se volvió hacia Wadzek, que tenía la tripa casi apoyada en la escalera y luchaba desesperadamente por vencer la flojera de sus piernas.

—¡Ni se le ocurra abrir! —gimió Wadzek con voz atronadora—. Schneemann, ¡como se le ocurra...! —Wadzek se incorporó agarrándose a la barandilla y se puso de rodillas en uno de los peldaños—. ¡No abra, Schneemann, venga, lléveme hasta arriba! ¡Sabe que debo estrangular a ese traidor! ¡No podemos rendirnos así como así!

—Pesa usted demasiado. Por el amor de Dios, ¡nos están echando la puerta abajo!

Schneemann mintió y dejó a Wadzek tirado, haciendo dominadas. La puerta le resultaba más atractiva. Ya menos asustado, graznaba ante ella sin dejar de controlar los esfuerzos de Wadzek.

—¡Hay que ver lo bien que se sabe esta mujer su nombre! ¡Y cómo grita! ¡Escuche! Se lo sabe al dedillo, con todas sus letras, ¡ja!

Ofendido y gemebundo, el gordinflón se afanaba junto a la cerradura; la mujer aporreaba el entrepaño, Schneemann también golpeaba, y un reguero de sudor le caía por la nuca basta llegar a las corvas; hincó la rodilla en la puerta. Como si hablase consigo mismo, defendiéndose por todos los flancos mientras trajinaba indignado, susurró:

—Tanto ruido me pone nervioso.

Entonces el gozne crujió y, en contra de su voluntad, se abrió una ranura y un golpe llegó desde el exterior; los gritos agudos y desenfrenados de la patrona penetraron en el pasillo oscuro y silencioso.

—¡Señor Wadzek!, ¿ha visto a Albert? ¡Albert! ¡Albert!

—¡Calma, calma! —gruñó indignado Schneemann, que había salido despedido contra la pared cuando la mujer abrió la puerta—. ¡Perdóneme la vida! ¿Con quién tengo el placer de hablar?

Schneemann se alegró de lo sucedido. La mujer ya había pasado a toda prisa junto a él tras contemplar fugazmente, como si estuviese asustada, su rostro empalidecido, que por un instante se había rebelado con insulso cinismo. Corrió hacia el hombre que se arrastraba junto a la barandilla y que le había vuelto la cara con frío orgullo.

—Señor Wadzek... —Se interrumpió y se alejó de aquella máscara empapada en sangre e hinchada a trozos; juntó las manos bajo la pelerina y chilló—: ¡Jesús, María y José! ¿Qué ha ocurrido aquí? ¡Señor Wadzek! —Presa de un pavor incierto, mientras se llevaba la mano izquierda a la boca respiró lentamente y dijo—: Mi Albert está aquí. Ha estado fuera, en el jardín.

Schneemann no conocía a aquella mujer, pues cuando se recibían las provisiones, él se encargaba de vigilar el ala delantera de la casa; cuando vio que no representaba

ningún peligro, dijo satisfecho:

—¡Ajá, ya hemos cazado la segunda mosca! —Cerró dando un portazo y echó la llave; mientras su ánimo se tornaba vengativo, esperó a ver qué medidas tomaría Wadzek; él era su más fiel servidor—. Su querido hijo está arriba —exclamó en tono burlón—. Vaya a buscarlo. Ese mocoso tendrá su merecido por meter las narices donde no le llaman.

—Pero ¿qué ocurre aquí? —preguntó la mujer desesperada entre sollozos, lamentos y gangueos, luego subió la escalera rápidamente, pasando junto a Wadzek; arriba se oía hablar, maldecir y llorar al chico.

Al poco unos gritos de alegría, un largo llanto, parloteos cruzados, golpes en la madera. Después tres personas aparecieron lentamente por el pasillo; el muchacho, que llevaba puesta la gorra de marinero y tenía el rostro hinchado de tanto llorar, bajó la escalera cojeando y agarrado de la mano de su acongojada madre; ella lo tapaba de vez en cuando con la pelerina, pero él siempre se la quitaba. Ella, fuera de sí, quería pasar junto a Wadzek sin mediar palabra. Sin embargo, al verlo, al ver a aquel hombre de pie, con una camisa sin cuello, el chaleco reventado, los estragos en el morro y las costras negras de sangre en las mejillas, se decidió a actuar; juntó las manos y dijo:

—Querido señor Wadzek, ¿qué ha pasado?

El muchacho rompió a llorar, asustado ante la presencia de Wadzek.

—Tuve que defenderme. Él también me golpeó, madre.

Wadzek, cual estatua, murmuró:

—¿Es éste su hijo, señora Litgau? —Lanzó un escupitajo sanguinolento.

La mujer se giró hacia el pasillo con ánimo indeciso e interrogante; Schneemann había abierto la puerta trasera de par en par; al oír el nombre de la mujer, le mostró el camino con desprecio. Ella se sonó la nariz al llegar al umbral; delante de la puerta, que se cerró violentamente, adecentó al niño y ambos permanecieron un rato en el jardín; desde el interior se la oyó exclamar varias veces:

—Pero ¿qué es lo que ha ocurrido? ¡Jesús, María y José!

Antes de que su señora bajase la escalera entre lamentos, con un movimiento digno y ondulante, Wadzek, a cuya boca no dejaba de llegar un reguero de sangre tibia y salada que manaba del labio superior partido, susurró:

—Esa mujer nos ha traicionado. ¿Qué será de nosotros? No nos quedan provisiones.

—Todavía hay suficiente para tres días: queda pan, embutido y algunas manzanas.

—Moriremos de inanición. Nos han traicionado, querido Schneemann...

Schneemann tuvo que vigilar la casa en solitario durante varias horas; Wadzek se

había encerrado en su cuarto. Lo ocurrido envalentonó al gordinflón. Algo había prendido en su interior. Alterado, se puso a revolver toda la casa; miró fuera a través de los tragaluces del desván, y se deleitó contemplando las golondrinas, que centelleaban en bandadas blancas, surcando el azul celeste en forma de arco, circundando el aire cálido y parpadeante. Echaba en falta a alguien con quien hablar. Cuando accedió al sótano a través de una escalera húmeda, de peldaños estrechos, su corazón se vio envuelto en una agradable sensación: se trataba de un lugar a prueba de bombas, perfecto para el peor de los casos. Schneemann se sentó sobre una cesta de ropa, disfrutó del frescor y de la total ausencia de peligro, pero tuvo que levantarse, pues la cesta se empezó a resquebrajar. Pronto regresaría junto a su mujer y a sus hijos; se atrevería a presentarse ante ellos con cierto aplomo justificado y con la cabeza bien alta. Una vez en el pasillo, vio dos cercos elípticos de sangre en el suelo de piedra; coincidían con el contorno de las botas de Wadzek; la sangre se había derramado desde el borde de las suelas. Con cierto gusto temeroso, Schneemann colocó los pies en el centro del dibujo. Los suyos eran más pequeños que los de Wadzek, pero aquel marco, aunque alejado, lo satisfizo respecto a su mujer. A la luz de aquellos hechos visibles, ni su esposa ni nadie en la fábrica se atrevería a acusarlo; cualquiera que lo viese allí, de pie, debería admitir que tenía las manos limpias, en su caso, blancas como la nieve. Pasó un buen rato sin sacar los pies del marco ensangrentado. Se apoyó en la barandilla, casi como Wadzek. Tenía una expresión de claro sufrimiento en el rostro, a veces inaccesible. A fin de fortalecer su ánimo general, se vio impelido a hacer caso del recuerdo que le vino a la mente y, tras desconectar el cable que estaba unido al timbre, abrió y cerró un par de veces la puerta que daba al jardín. Entonces sintió que sus actos estaban plenamente justificados, y se puso a deambular por el pasillo y la escalera, descuidando sus labores de vigilancia. Jadeaba ligeramente tras el esfuerzo de subir la escalera.

Alrededor de las cinco de la tarde, la señora Wadzek llamó por octava vez a la puerta de su marido con sumo cuidado. En esta ocasión algo se movió. Para su sorpresa, el murmullo del fabricante se oyó a través de una ranura recién abierta; le pidió que le trajera una palangana con agua. El recipiente se lo facilitó él mismo pasándolo de lado por la ranura. Goteaba un agua rojiza. Se apañaría con agua sucia, a menos que tuviese mucho jabón; a lo mejor podía filtrarla con un trapo o una toalla doblada. Ella cogió la palangana rápidamente y enseguida volvió a llamar.

—Adelante.

Dejó el recipiente en su sitio.

La señora Wadzek le sacaba una cabeza a su marido; podría decirse que era piramidal, o mejor, que tenía forma de bolo, pues mientras el perímetro de la cabeza, pelambre incluida, era normal, los hombros se iban estrechando, como si a partir de ahí viniese una persona delgada y grácil, o una personita; en efecto, lo que seguía era

un pecho muy ceñido, como un neumático aplastado. Pero luego venían primero los senos, cuyas partes más gruesas parecían desviadas, lo que producía un embolsamiento acolchado de la vista frontal. Y esta inesperada hinchazón —si dichos órganos se hubiesen trasladado a la espalda se diría que su dueña tenía joroba o que cargaba un saco razonablemente lleno de agua—, esta inesperada hinchazón se prolongaba hacia delante y a los lados, dibujando unos contornos que debían de pertenecer a la tripa de la señora Wadzek. Las líneas iniciadas en el pecho seguían curvándose durante un buen rato y describían el perímetro delantero de una burbuja a punto de estallar. Lo que venía más abajo escapaba a una observación directa; las faldas marrones, fuertemente anudadas cerca de la base inferior de los senos, estaban obligadas a ahuecarse por razones desconocidas, como si fueran un miriñaque, una vez superada la curva de la tripa. También las partes traseras que quedaban por debajo de los omóplatos se iban ensanchando; ninguna desmerecía al resto. La señora Wadzek tenía un rostro achatado con un mentón algo prominente; acostumbraba a adelantar la mandíbula inferior, sobre todo cuando se ponía a pensar. En el transcurso de su largo matrimonio había encontrado un punto del cuerpo donde apoyar sus recios brazos, que era precisamente la cavidad, no tan visible pero existente, situada entre la base de las bolsas pectorales y el extremo superior del tripudo hemisferio. Los brazos cruzados descansaban sobre la burbuja flotante de la tripa, semiocultos por las cálidas almohadillas superiores; por más vueltas que le diese, a nadie se le habría ocurrido tan buen apoyo. Así, cuando la señora Wadzek caminaba, más exactamente, cuando desplazaba su masa corporal a través del espacio, envuelta por el movimiento acompasado de las faldas, su imagen ondulante y armoniosa se alteraba justo cuando se detenía; entonces la relación de fuerzas en equilibrio cambiaba; el centro de gravedad se trasladaba más hacia el escondite de los brazos, ligeramente por encima del supuesto ombligo. A partir de ese punto, las masas inferiores caían en diagonal, componiendo junto con las faldas un plano inclinado, casi siempre acentuado por un delantal a rayas azules y rojas; por encima del eje pivotante se producía un fuerte doblez; el torso pechugón, acompañado por la cabeza, intentaba recuperar el frente de batalla describiendo un arco. Incluso el cabello intervenía en esta maniobra. Era de un marrón sucio. En otros tiempos no había sido proclive a mantener una dirección armoniosa, pero hoy ya lo habían doblegado retirándolo de la nuca, aplastándolo con dos peinetas de concha barata, y recogiendo cerca de la coronilla: ahora cubría suavemente la parte trasera de la cabeza. Una vez conquistada esa zona, seguía creciendo hacia la frente como un río que se adentra en la llanura tras rebasar los diques. La espalda jorobada y torcida se curvaba con ímpetu hacia la nuca y la cabeza. La cabeza recogía el impulso y se desplomaba sobre el pecho, donde oscilaba enérgicamente. A partir de ahí, las faldas se desparramaban desde las caderas hacia atrás.

Cuando la señora Wadzek se situó entre el palanganero y la puerta, frente a un sillón de mimbre agujereado, él no se alteró ante una visión que para otros habría sido desalentadora y aniquilante. El ánimo se le había suavizado tras imponerse la convicción de que, dentro de un día o dos, la cosa sería cuestión de vida o muerte. Sentía la nostalgia propia de la despedida. Pero, entonces, la visión de aquella deformidad carnosa y parpadeante le conmocionó. La mujer alzó un par de veces su cabeza pendular; los ojos, que enseguida se le cerraban en un acto reflejo cada vez que el mentón tocaba el pecho, se dilataron, los brazos abandonaron su escondite cavernoso y se curvaron hacia ambos lados, a la altura de la frente.

—Pero Franz, ¡qué pinta tienes! ¿Qué ocurre, qué te ocurre? ¿Te has dado un golpe, Schneemann te ha pegado? ¡Vaya por Dios, mírate el labio...! Y los ojos, ¡qué ojos!, ¿qué vamos a hacer con ellos?

Así parloteaba ella a cierta distancia; dejaba caer la cabeza, la levantaba, parpadeaba, balanceaba los brazos: era una columna de reproche y espanto.

Wadzek, sin chaqueta ni chaleco, se aseaba sin responder.

La hinchazón general de su rostro había aumentado. Junto a los ojos y por encima de los labios sobresalían unas protuberancias amorfas. Los ojos azules brillaban desde sus negros calabozos. Algunos musculitos vibraban próximos a las comisuras de los labios, incapaces de componer una sonrisa.

Mientras miraba a su mujer, sumergió pensativo media toalla en la palangana y, con la mano izquierda, siguió agitando el agua.

Asustada, ella se acercó lentamente, lo reprendió y escurrió la toalla. Él ceceaba a veces, y entonces lo hacía de forma perceptible: lo de los ojos pronto se le pasaría; era una simple hinchazón, heridas, heriditas. Él se encargaría de curarlas.

La cabeza de la señora Wadzek se acurrucó de nuevo sobre el pecho. De sus ojos cerrados manaban gruesas lágrimas. Él cantaba con la boca cerrada, la esquivaba por la izquierda y por la derecha con una agilidad exagerada; dijo que no estaba herido; buscó su chaleco encima de la cama, debajo de la cama. Por fin se dio cuenta de que estaba en el suelo y de que aquella mujerona lo estaba pisando, ocultándolo en su mayor parte.

Él sonrió, ceceó; ella siguió berreando y hablando sin prestarle atención, finalmente, como no conseguía hacerse oír (dado que se había mordido la lengua y tenía la boca como un globo), Wadzek se acuclilló, como si fuese a postrarse, y tiró del chaleco. Al percibir el temblor de sus cimientos, la mujer se desequilibró, se puso en vertical y miró a su alrededor, tambaleándose. Él alzó la vista y, como un trovador, abrió los brazos a los pies de su esposa. Quiso poner un toque de tierna ironía en su expresión, pero todo se quedó en una mueca desagradable. Ella se encontraba en ese instante en el que volvía a recuperar el equilibrio, y se asemejaba por detrás a un panecillo rallado, víctima del más intenso dolor. Creyó que se trataba de una broma

de mal gusto por parte de Wadzek; era totalmente inoportuno, más aún cuando ella lo estaba compadeciendo. Al levantar la cabeza del pecho, donde se había agazapado como un conejo, soltó un aullido que repitió varias veces, pero siempre brevemente. En ocasiones sacaba los brazos del escondite de su cuerpo y los dejaba caer inertes a ambos lados; de este modo lograba desviar la mirada y obtenía a ratos una panorámica de su sinuosa parte delantera. La señora Wadzek lloraba por la ofensiva de su marido. Él la había atacado, también a ella. Se puso a gritar, estaba yendo demasiado lejos. Y sus pies, ¿qué decir de sus pies? ¿Qué le había hecho ella?

Wadzek ya estaba en posesión del ansiado chaleco negro, cuyo lado derecho mostraba claramente la huella polvorienta de un pie; en el izquierdo asomaban un lápiz pisoteado y un billete de tranvía doblado. Mientras eliminaba los escombros, Wadzek sonreía con el ánimo conciliador de un mártir agonizante, pero esto, en lugar de ser un hecho consumado, era más bien fruto de un esfuerzo mimético. Mostró el chaleco a su esposa para tranquilizarla y susurró. Sin embargo, ella no logró hallar la calma ante aquel rostro visiblemente sarcástico. Ni hablar, era intolerable. Aquello iba creciendo en su cerebro. Lo que ocurrió fue simplemente que, en términos metafóricos, se abrió bajo sus pies un abismo al que ella se precipitó arrastrada por aquel ataque de rabia. Se dio cuenta de que Wadzek la maltrataba, del daño que le hacía, de hasta dónde habían llegado.

Con el zumbido sigiloso de una abeja, Wadzek se situó ante el espejo y se echó pomada de cinc en la cara. Ella se puso a patalear.

—¡Mírame! —gritó—. ¿Acaso no te mereces la pinta que tienes? ¿Cuánto tiempo llevo viviendo contigo? ¿Cuánto? De eso no quieres saber nada. Veintidós largos años, ¡santo Dios!, ¿qué decir a eso? Y ahora esto. Me agarra de las piernas y me tira al suelo. ¡Al suelo! ¡Tras veintidós años de matrimonio!

Tenía el mentón apoyado en el pecho. Wadzek aprovechó la pausa obligada para asegurar con cariño —y voz ronca, como si estuviese acatarrado— que solo había pretendido recuperar su chaleco, cosa que nada tenía que ver con su matrimonio, que ya duraba más de veintidós años. Ella no lo entendió. Su cabeza se enterró y volvió a alzarse; abrió y cerró la boca varias veces sin decir ni palabra. Sintió que se mofaban de ella, lloró, puso al mundo por testigo de lo que le había sucedido; ¡y cómo había dejado a Albert! Para terminar jugó entre lágrimas su triunfo definitivo: desde la pasada noche no se habían llevado nada caliente al estómago, salvo dos tazas de café y un huevo.

Aquel golpe le dio donde más dolía. Aunque solo se había alisado la mitad derecha de la cabellera, Wadzek dejó el peine y su mirada se volvió más oscura. Moviendo el brazo en señal de rechazo, se sentó y la miró directamente. La boca de aquella mujer seguía profiriendo maldiciones, quejas y protestas.

Con voz ronca, pero inteligible, él le preguntó qué había comido ese día. En tono

quejumbroso y amenazante, ella repitió que dos tazas de café y un huevo. La mirada de Wadzek siguió siendo oscura; había arrastrado una nube de balas de plomo. La señora Wadzek se crecía lamentándose a gritos y apuntando a Wadzek, que permanecía sentado mientras tanto, en silencio:

—¡Mira cómo se altera, qué peligro tiene! A cualquiera que se lo cuente... Ya me gustaría saber qué opinan los demás.

Pero la quietud de Wadzek ejercía una violencia terrible. A pesar de la parálisis de su rostro, la expulsó de la habitación a base de mutismo y miradas fijas. Con un miedo incipiente, ella le gritó que acabara de peinarse de una vez. Desde el umbral miró hacia el lugar donde él parecía haberla atacado. En un gesto ostensible de protesta, se sacudió el polvo de las medias y de la costura trasera de la falda y, entre toses, dio un resoplido. La escaramuza propia de la retirada.

—Schneemann —dijo Wadzek cuando salió al jardín, a última hora de la tarde—, ¿sabe usted una cosa? Estoy agotado. —Creyó oír cómo Schneemann trabajaba tras el primer rosal en espaldera; los ojos hinchados y el cuello malherido le impedían girar la cabeza y escudriñar a su alrededor. Aquel crujido rasposo proseguía sin que la voz acabara de responder—. Schneemann, ¿es que no anda por aquí? —susurró el fabricante, sorprendido.

El gordinflón estaba trajinando junto a la valla. Wadzek fue acercándose lentamente. En un pasillo transversal, en dirección oblicua al punto donde había tenido lugar el combate, el gordinflón oyó moverse algo. Allí estaba Wadzek, con la cabeza al descubierto y un peinado en forma de mechón que le caía por el lado izquierdo, el chaleco sucio y desabrochado, con un billete de tranvía en la mano que aplastaba con las yemas de cuatro dedos y sostenía cuidadosamente. El fabricante aguzó el oído; su rostro era multicolor.

—¿Busca su cuello? —gritó el de la valla—. Ya lo he buscado yo antes.

—Se lo habrá llevado la señora Litgau —logró articular Wadzek.

—¿Qué dice? No se entiende nada desde aquí.

El fabricante se aproximó abriéndose camino.

Al fondo estaba Schneemann, con su pelerina, removiendo la tierra, revolviéndola compulsivamente y tirando de la valla derribada; no se percató de que el fabricante se acercaba.

—Schneemann —gorgoteó éste cuando ya estuvo muy cerca del ruido—, ¿dónde se mete usted? ¿Se ha adentrado en el bosque?

El gordinflón estaba allí sentado, totalmente embebido en los increíbles acontecimientos del mediodía, sintiendo una peculiar mezcla de orgullo, sed de venganza y hambre.

Schneemann gruñó:

—En realidad no habría que tocar siquiera la valla. Habría que dejarla tal cual, como cuerpo del delito. Pero claro, ¡uno no va a entregarse a esa chusma así, sin más! Wadzek palpó con una mano en busca de la pelerina de Schneemann.

—No alcanzo a ver qué está usted haciendo exactamente ahí abajo, querido Schneemann.

El otro suspiró hacia arriba, en plena faena.

—Estoy sujetando la valla.

—Deténgase por un instante, querido amigo, eso no corre tanta prisa. Hágame solo un pequeño favor. Mire usted aquí. —Wadzek volvió a insistir—: Haga el favor de mirar.

Solo entonces Schneemann, inmerso en sus recuerdos de Stettin, se dio cuenta de que su amigo, cegado por la claridad, traía en la mano un papelito doblado.

—Mire a ver qué es esto. Mis ojos... ya sabe.

Schneemann se puso en pie. El bajito tragó saliva; lloraba hacia dentro de su boca.

—Sus ojos... ya —resopló Schneemann. Cogió el papelito: era el billete del tranvía que estaba en el chaleco.

—¿Y bien? —preguntó Wadzek—. Lo encontré ahí arriba.

—Es de la línea O, del tren de Stettin.

—Entonces todo en orden.

Schneemann miró desconfiado el dorso del billete; Wadzek lo tiró al suelo.

—Creí que era otra cosa —balbució el fabricante con la hinchazón que lo caracterizaba—, que habría algo escrito. Una amenaza.

Fue entonces cuando Schneemann, al reparar en la tristeza de su amigo, le pidió que lo acompañara al cenador para disfrutar juntos del atardecer. El gordinflón fue avanzando a paso lento; el fabricante iba colgado de su pelerina. Ambos se sentaron a la mesa, redonda y pintada de verde. Del bosque llegaba de vez en cuando un ruido sordo, un golpe, un disparo lejano. Después, a intervalos, el inconmensurable vaivén de las cimas de los árboles; el murmullo creciente de millones de pequeñas hojas. El aire era fresco y cálido a la vez. Hacía mucho, mucho tiempo que no se sentaban al aire libre.

Mientras contemplaba a su compañero enmudecido, Schneemann se ofreció a traerle agua para unas compresas. Wadzek negó con la cabeza. Sería el colmo que Schneemann tuviese que hacer de enfermero poco antes de la despedida. Además, no le dolía nada. Y después, pasado un buen rato, cuando casi se habían quedado dormidos bajo el suave arrullo de la enorme vida que los rodeaba, Schneemann soltó como por error:

—¡Lo que me apetece ahora es una cerveza con jarabe de frambuesa!

Wadzek lo miró con ojos brillantes y alegres. Schneemann volvió a hundirse.

Wadzek murmuró:

—Pronto podrá beber ahí fuera.

Los dos se quedaron absortos en sus pensamientos; de vez en cuando se miraban fugazmente. Wadzek susurró:

—¿Cómo podríamos hacerlo? No podemos mandar a nadie.

El gordinflón susurró:

—Herta.

Wadzek inclinó la cabeza en actitud interrogativa y dudó:

—No sé... —Después, tras contemplar las enormes acacias con cierta admiración y llenarse los pulmones de aire, dijo—: Habría que ser un burro para no reconocer lo bien que se está aquí hoy. El aire es sin duda fresco y oloroso. Impagable. Hice bien en no vender la casa. ¿Sabe? —añadió, revolviéndose en el banco—, yo mismo saldré y traeré dos cervezas. Usted quédese aquí mientras tanto; no pasará nada. Puedo llevar una en cada mano.

—Lo veo difícil —objetó Schneemann—, imagine que tropieza. Los vasos llegarán medio vacíos.

—Si ando despacio y con cuidado, no pasará nada. El camino y todo lo importante lo veo bien, muy bien.

Entonces Wadzek avanzó hacia la valla. Schneemann lo observaba de pie desde el cenador. El fabricante caminaba muy muy despacio. A menudo miraba hacia lo alto, se quedaba quieto; al parecer conjugaba los beneficios de su recuperación con el placer del paseo. La valla estaba totalmente caída gracias a Schneemann, así que saltarla resultó sencillo. Pero la hinchazón alrededor de los ojos y en la nuca hacía que Wadzek no pudiera distinguir claramente lo que se encontraba a unos pocos pasos; lo que estaba inmediatamente a sus pies escapaba a sus ojos, que miraban como por encima de una empalizada móvil, fijos en lo que tenían delante y apenas capaces de bajar. Tales circunstancias forzaban a aquel ser deambulante a grabar en su memoria lo que acababa de ver y, por lo demás, a moverse en la oscuridad. Habida cuenta de las claras proporciones técnicas de una valla, rebasarla no resultó difícil. Pero al adentrarse en el bosque todo cambió. El terreno tan pronto era llano como se ondulaba arriba y abajo; las ramas esparcidas y los arbustos constituían miles de obstáculos distintos. Una persona que se viese obligada a retener lo ya pasado y registrar lo novedoso se enfrentaría a enormes desafíos intelectuales. Wadzek se vio inmerso en una profunda lucha interna. El aire lo refrescaba, sus miembros se alegraban de poder avanzar en línea recta después de tanto tiempo, todo su cuerpo revitalizado se sentía en su elemento, palpitaba ávido de brincar, pero desde arriba era llamado a contenerse. Las piernas estaban obligadas a seguir el ritmo de una marcha fúnebre. No se habría alejado más de diez pasos de la valla cuando empezó a cavilar y a retroceder, titubeante. Sabiéndose aún en el campo visual de su amigo, puede

decirse que sonrió ante esta retirada forzosa. Fingió que retrocedía voluntariamente para disfrutar una vez más de la belleza del paisaje transitado. Así, no le quedó más remedio que rodear su actitud de un halo entusiasta y elegiaco. El bosque estaba totalmente desierto; solo estaba Wadzek y, enfrente, su amigo. Algunos restos del antiguo bidente pusieron a Wadzek en grandes dificultades; estaban tirados, o mejor, medio clavados en las ramas esparcidas al azar. Wadzek memorizó cómo atravesar los dientes, esto es, pasando primero la pierna derecha por encima de una de las púas, para luego, tras apoyar el pie derecho y girar media vuelta hacia la izquierda, deslizarse por encima de la otra y salir incólume. Sin embargo, poco antes de dar el paso previsto hacia la derecha se puso a dudar, así que quiso cerciorarse una vez más. Sonrisa y asentimiento hacia Schneemann, y vuelta atrás. Wadzek acometió otros dos intentos hasta que se le antojó necesario esbozar un plano del terreno, en especial del ángulo que formaban las dos púas primero entre sí y, después, en relación con el ramaje extendido a sus pies. Una vez hecho el dibujo en su cartera con trazos increíblemente torpes, Wadzek logró rebasar la barrera, pero, para su sobresalto, pronto reparó en que se hallaba en una zona completamente desconocida en lo que concernía a los pasos siguientes y en la que, según la táctica empleada hasta el momento, lo que en realidad procedía era retroceder otra vez. Sin embargo, no se atrevió a navegar de nuevo entre Escila y Caribdis. Así que allí estaba, en mitad del bosque. Desconcertado, llamó a Schneemann para preguntarle por los dos pasos siguientes. Primero con desazón y luego con interés, el gordinflón se dio cuenta a distancia de que su amigo difícilmente lograría avanzar. Sostenía en la mano el reloj de bolsillo para hacerse una idea aproximada de cuándo llegaría su cerveza. Calculó que entre dos y dos horas y media. Entonces tuvo cada vez más claro que su amigo se perdería si le permitía continuar en solitario.

Habría transcurrido aproximadamente un cuarto de hora desde que Wadzek saliera del cenador. Entonces Schneemann se dirigió hacia el bosque en busca de su amigo. Al cabo de cinco minutos lo alcanzó. Wadzek lo saludó, sorprendido por la agilidad de sus piernas y, algo deprimido y apocado, añadió que cumpliría su promesa de todos modos y traería las cervezas. Bastaba con que Schneemann le orientase sobre los dos pasos siguientes, ya que él, debido a la rigidez de su cuello o al dolor del mismo, era incapaz de llevar a cabo sin dificultad los estudios de campo necesarios. El gordinflón, en actitud resignada, eximió al otro de cumplir su promesa; en cualquier caso ya se había hecho demasiado tarde y anochecería antes de que consiguieran la cerveza. Wadzek clamó que se habían ganado ese trago y que le habría encantado tener ese detalle con Schneemann. ¡Qué se le iba a hacer! El gordinflón lo agarró del brazo y lo llevó de vuelta, atravesando la valla. Pero entonces Wadzek se detuvo y dijo que lo más sencillo sería que Schneemann lo condujese hasta las proximidades del establecimiento, y lo esperase oculto en un

escondite. Apremió al gordinflón para que le diese una respuesta. Éste miró rápidamente el reloj, reflexionó y, de pronto y sin el más mínimo asombro, se vio en la tesitura de optar por ir personalmente a por las dos cervezas. Explicó al fabricante que lo mejor sería que fuese él solo, y al cabo de un cuarto de hora estaría de vuelta. Schneemann era víctima de cierto cansancio desesperado. Sabía que Wadzek quería que abandonara Reinickendorf definitivamente, pero justo en ese momento no podía hacerlo. Llevado por una oscura obcecación, y tras tantas privaciones, quería una cerveza costara lo que costase, y no estaba dispuesto a renunciar a ella. Una simple y llana cerveza. Apenas prestó atención a las peticiones ni a las negativas de un Wadzek exaltado y sorprendido. De pronto, Schneemann pareció estar cegado, buscó en su portamonedas y, siempre en el mismo tono de resignación, dijo que le parecía extraño no disponer de una criada a la que poder enviar, y tener que ir él mismo. Después llevó a Wadzek, que protestaba airadamente y se alegraba para sus adentros, hasta un peral. El fabricante dijo que esperaría sentado en el césped. Schneemann se alejó de un brinco, como si fuese de una habitación a otra. Wadzek se quedó sentado en el césped, muy tieso, respirando tranquilamente y arrancando hierbas de vez en cuando.

Pasaron diez minutos, veinte minutos, treinta minutos. Hacía rato que Schneemann podría haber vuelto, pero Wadzek no lo echaba de menos. El contacto con el aire libre no tenía parangón. Cerca de las seis y cuarto empezó a haber movimiento junto a la valla; se oyeron dos silbidos. Wadzek, adormilado, pegó un brinco y se escondió detrás del árbol. El gordinflón se aproximó con el rostro enrojecido y muy seguro de sí, haciendo equilibrios con una cerveza en cada mano. Llevaba los dos vasos bajo la pelerina, muy pegados al cuerpo, mientras avanzaba al otro lado de la valla. De vez en cuando se aseguraba del nivel de líquido. Una ligera sensación húmeda en su parte delantera, a izquierda y derecha, lo aleccionaba sobre los efectos de sus giros asistemáticos; un movimiento brusco de la pelerina puso al descubierto su oronda y casi indómita delantera; Schneemann avanzaba solo en pantalones y camisa; el calor era insoportable; la pelerina parda tapaba la ausencia de ropa, los vasos de cerveza ocultos y el fatal movimiento, a menudo huracanado, que se producía en su interior. Schneemann estaba así de rojo porque, por veinte pfennig, se había tomado un coñac seguido de un aguardiente danés. Había entrado fríamente en el establecimiento; nadie lo había visto; disfrutó de aquella indiferencia muy relajado. Tras salir de la cueva del león sujetando las dos cervezas, empezó a avanzar con una calma desafiante, cual soldado victorioso que blandiese dos trofeos. Amaba al mundo entero, piedras, ramas, matorrales, todo lo que se interpusiese en su camino; quería correr hasta donde estaba Wadzek, ese pobre héroe, abrevarlo y reanimarlo como correspondía a un hombre de bien.

Un sonoro «¡Todo bien, amigo!» llegó desde la valla a oídos del fabricante oculto.

Schneemann entró con estrépito en el cenador y plantó los dos vasos sobre la mesa con la mirada tierna de un ama de casa que ofrece a sus invitados conservas de factura propia. Wadzek se acercó torpemente. Ambos se dieron la mano sin decir nada. El fabricante preguntó en tono rutinario:

—¿Todo bien?

A lo que el gordinflón respondió a sus anchas, con ánimo tranquilizador y voz autocomplaciente, como si fuese una obviedad:

—Todo bien y en orden. Mejor imposible.

Volvieron a estrecharse la mano solemnemente.

Y así permanecieron sentados, con la espalda apoyada en el muro trasero del cenador y la mirada puesta en aquel bosque grande y hermoso. La valla parecía haber sido derribada expresamente para ese fin, para no entorpecer la panorámica. Los pajarillos volvieron a cantar, piar y pelearse. Las ráfagas de viento acariciaban el paisaje, arrastrando consigo las copas de los árboles, meciéndolas y balanceándolas para luego dejar que saliesen despedidas hacia atrás. Las pequeñas ramas y los finos arbustos se doblaban todavía más. A lo lejos se oyó un largo silbido; dos toques cortos, seguidos de la sirena de un vapor. Ambos estaban satisfechos. Wadzek se alegraba de que Schneemann estuviese a gusto, y Schneemann se alegraba de que Wadzek estuviese a gusto. Bebieron orgullosos su cerveza de trigo en unos vasos enormes. El gordinflón se había abierto la pelerina por la parte de arriba, dejándola caer sobre el respaldo del banco; estaba sentado en mangas de camisa, como en las extintas noches de verano que pasaba en la casa barco que tenía en el curso alto del Spree, y brindó con la naturaleza. Sorbía la cerveza con plena consciencia, incorporando centímetro cúbico tras centímetro cúbico; todos los puntos de su boca y de sus labios estaban alerta, ocupados por muchos Schneemann pequeñitos que estaban sentados bebiendo cerveza. A las siete y media se sembró la discordia en el colorido de la atmósfera; a su derecha, el azul empezó a adquirir unos tonos verdes y rojos; unas enormes nubes grises flotaban sobre ese mar, por el que se aproximaban chapoteando unas focas sedosas; pero por la izquierda el aire se tornaba más y más amarillo, todo ese lado quedó cubierto por un amarillo brillante y victorioso, y no había siquiera una mancha dentro de la gama que iba del ocre intenso al rubio claro. La mezcolanza de colores que quedaba a mano izquierda venía después de Wedding y de Berlín. Era un último y largo atisbo de sol que sucumbió a la altura de los cuarteles. Al mirar en dirección a Wittenau, las focas ya se habían vuelto azuladas y se difuminaban hacia los lados; cabía pensar que los animales fumaban tabaco en masa, así de fina comenzó siendo la bruma, como un cigarrillo; luego dieron una calada más fuerte y echaron bocanadas.

El gordinflón se levantó cuando empezó a oscurecer; al cabo de unos minutos regresó de la casa examinando muy serio un paquetito que traía en la mano. Se

sentaron a la mesa y se pusieron a jugar a las cartas tras los vasos de cerveza. Obviamente lo hacían de una forma especial y distinta, fruto de las circunstancias. Como Wadzek solo podía mirar en línea recta, para ver las cartas habría tenido que inclinarse sobre la mesa; una posición incómoda. Sobre todo, habida cuenta de su constitución, en general perjudicada. Así pues, prescindieron de poner las cartas encima de la mesa con el brío, la cadencia y el ímpetu habituales; Schneemann juró que revelaría su carta sin faltar a la verdad, y Wadzek abrió el juego. Los dos se enfrascaron en la partida; Schneemann mostraba una sonrisa permanente: era el más fuerte.

Alrededor de las ocho, los arbustos que había al fondo del bosque se abrieron y apareció una inquietante figura masculina. Merodeó alrededor de la valla y abrió mucho los ojos al ver las estacas derribadas. Iba vestido como un obrero; llevaba la cabeza metida en una gorra azul de marinero, y un traje verdoso de fibra gruesa cubría su figura encorvada; unos pantalones tremendamente anchos ondeaban alrededor de sus piernas, como dos tubos flexibles. El cuello vuelto y bajo era de goma, y un camisolín sucio y sin corbata asomaba por la abertura del chaleco. Era el capataz que había seguido antes a la señora Litgau y al que, mientras cruzaba el bosque tan tranquilo en dirección a la taberna, al ver a una señora de paseo se le había ocurrido echar un vistazo por los alrededores de aquella finca. Se mantuvo oculto a orillas del bosque. Cuando ya se encontraba en un lateral de la propiedad, del que partía un sendero que llevaba hasta la carretera, oyó una voz masculina por el otro lado, procedente del jardín, risas y otra voz masculina. Entonces el capataz retrocedió. Dando fuertes y penetrantes talonazos pasó junto a la valla rota y, finalmente, se apoyó en dos listones que quedaban frente al cenador. Aquellos dos estaban jugando. Fue entonces cuando Wadzek, que sostenía las cartas a la altura de los ojos, se dio cuenta de que hacía un buen rato que el sol había dejado de mostrar aquellos hermosos y variados colores, y de que una sombra alargada se movía por el césped que tenía justo delante. Schneemann se levantó, gordo y seguro de sí, apuró la cerveza, avanzó a paso ligero, y preguntó hoscamente a aquel hombre por sus intenciones. Cómo había cambiado Schneemann. Tanto él como Wadzek eran dos berlineses de veraneo. El hombre se mostró tranquilo; podía darles información sobre la valla derribada. Cómo, por qué... Bueno, él había visto algo. Así que quería comunicarles una sospecha concreta, probable y bastante cierta, de quién había entrado a robar allí en plena noche. El caso era que él había hecho un descanso a mediodía, ayer u hoy, sí, hoy, o mejor, fue después del trabajo, pues pronto serían las dos, y ya sonaba la sirena. Y fue entonces cuando vio a la persona en cuestión. No en la carretera, sino en la avenida que conducía al cuartel, donde ellos estaban construyendo la línea. Entonces la persona tiró hacia la derecha y dobló en esa misma dirección. Y fue precisamente ese giro —según dijo el capataz, sonriendo muy ufano

y calándose la visera— lo que despertó sus sospechas. Y con razón, como era evidente.

—Lo cual quiere decir —prosiguió al ver que Schneemann no tenía respuesta— que no fue esa persona sola, pues para hacer pedazos esa valla hace falta alguien más robusto, más fortachón. ¿Y les han *robao* algo? —preguntó mientras daba unos golpecitos confianzudos en el brazo del gordinflón—. ¿O ya la han *pillao*?

El gordinflón no entendía nada; tras la debida pausa respondió muy digno que el asunto ya estaba completamente aclarado. Quiso despedir a aquel hombre con desdén, pero estaba inseguro y tenía sensaciones opuestas, es más, sentía cierta benevolencia hacia su parte más humana.

—¿Sabe jugar al skat? —preguntó de pronto interrumpiendo las demostraciones del capataz, que pretendía desvelar la picaresca de la señora Litgau.

Después de que el otro respondiera con media sonrisa que sabía jugar, siempre y cuando hiciera falta, Schneemann hizo un rápido movimiento con la mano invitándolo a seguirle y cortando de raíz cualquier tipo de discusión.

Llegó el ocaso, largo y gris; se pusieron a jugar al skat. Cuando aquel hombre entró, Wadzek se limitó a asentir brevemente con la cabeza, y le hizo dar su palabra de que, en consideración a su vista dañada, mencionaría el valor de su carta de forma precisa y fiable. Jugaron tranquilamente una mano tras otra. El capataz trataba de inquietar a Schneemann por lo bajini, dándole golpecitos, y de convencerlo para que le explicara el porqué del rostro deforme de Wadzek; señalaba la valla y aquella cara.

—¿Así que es por culpa de esto?

Schneemann lo ignoraba por completo. El albañil golpeó varias veces a Wadzek en el hombro como muestra de complicidad.

Los tres siguieron jugando hasta que, a eso de las nueve y media, la noche cayó rápidamente. El capataz estrechó la mano de los señores y, con la pequeña pipa de barro encajada entre los dientes, masculló que se acercaría al cabo de dos días para reparar la valla. Wadzek y Schneemann salieron del cenador bostezando y tambaleándose, y se dirigieron a la casa, donde dormirían por penúltima vez.

Cuando Wadzek estuvo sentado en su habitación —la luz de una vela proyectaba sombras salvajes en la pared—, enjuagándose la boca, pues tenía los dientes sucios y ensangrentados, cogió la jarra de la mesa con la mano izquierda, llenó de colutorio el vaso azul que sostenía en la derecha, hizo gárgaras en voz alta y escupió con ojos lacrimosos entre sus rodillas, donde había un cubo, se oyó el ruido de algo que pasaba junto a su puerta justo en el momento en que cogía la jarra. La coincidencia era importante. El resto del tiempo la habitación se llenaba de resoplidos, salpicaduras, suspiros y sonidos agradables; torrente y estruendo, un ir y venir de conductas humanas y ecos de cubo y agua. Al oír ruido en el pasillo, Wadzek, que estaba sentado en mangas de camisa y también llevaba los tirantes colgando a causa del

calor, se limpió la boca con una toalla, se deslizó de puntillas hasta la puerta, y la abrió con una sacudida. Dos puertas más a la izquierda, en la oscuridad del pasillo, algo voluminoso, negro y sobrehumano se disponía a entrar en otra habitación justo en ese instante. Wadzek gritó, la figura se quedó inmóvil, y luego retrocedió desde el umbral y contestó. Era su esposa. Siguieron preguntas de un Wadzek sorprendido y tranquilo, que se ponía los tirantes con los cuartos traseros iluminados. Fue sumiso cual mahometano. Réplica nasal, tintineo de llaves. Pregunta insegura, detallada e incisiva de un Wadzek que no lograba pasar el tirante izquierdo, muy apretado, por encima de la cabeza; torció el hombro izquierdo, pero el problema no era el hombro, sino el agujero. Brusco ondular de la figura monumental que se adentraba en los últimos haces de luz; vestidos que se balanceaban, ondeaban y rozaban, perlas. Wadzek se escabulló hacia el salón, permitiendo que la claridad rojiza alcanzase libremente su objetivo. Entonces la señora Wadzek se creció con gran frialdad, encontró la llave adecuada, dio las gracias y dijo que no se acercaría más. Era la primera vez que cenaba bien desde hacía tiempo. El vestido volvió a sonar; ella desapareció de la luz de la vela. Ya en la puerta de su habitación, mirando por encima del hombro izquierdo, asestó el golpe de gracia a la figura que permanecía junto al quicio: había ido a cenar con la señora Litgau y otra dama; que supiera que lo habían pasado muy, pero que muy bien.

El fabricante apagó la luz de un soplo y sin desvestirse; le habría gustado decirle a su mujer que se alegraba de su buen apetito. Se notaba iluminado por dentro, era incapaz de sentir rencor. Tras pasar medio minuto de pie, junto a la ventana abierta, cuando el cielo estrellado se hizo visible a ambos lados del olmo y ligeramente por encima, pensó por un instante en aquella tarde, a las seis, en la que había derramado tinta sobre sus dedos. Se alegró del cambio experimentado desde entonces.

—Sin prisas—susurró ese hombre abatido mientras se tapaba con la colcha hasta el cuello—, estamos escaldados.

Se durmió pensando en el capataz y en el ángulo que no había podido atravesar en el bosque.

Schneemann, sin embargo, había bebido sangre de dragón en un vaso de cerveza. En el cuartucho de una sola ventana que ocupaba en la planta baja y que en su día albergara la portería, la nostalgia de su hogar le resultaba asfixiante. Le sobrecogía la más tierna de las desesperaciones. La escena idílica de hacía un momento lo tenía totalmente confundido. Gemía para sí que allí no se le había perdido nada y trataba de convencerse de ello. Había abandonado miserablemente a su mujer y a sus hijas, contraviniendo la Ley y sus deseos. No se le ocurrió pensar que debería asustarse ante la Ley. Una sensación de pavor le oprimió el pecho, el cuello; ¡ojalá alguien pudiera ayudarlo! Poder ser alguien como el capataz, qué felicidad. Schneemann dormía en

un catre; el lecho era áspero y le hacía sentir pinchazos. Al cabo de dos horas, se levantó de un brinco y aguzó el oído junto a la puerta abierta, en medio de una oscuridad informe. La casa estaba en silencio; todos dormían.

El gordinflón no pudo más. Por la parte delantera de aquel cuartucho alargado asomaron los contornos difusos del marco y el crucero de la ventana. Más al fondo, antes de que empezase el jardín, sobre la carretera, habitaba una suave claridad nocturna que trataba de alcanzar los cristales, el suelo. El gordinflón se puso los pantalones y los calcetines y, sin botas, subió a ver a Wadzek, que dormía plácidamente. Cuando llamaron a la puerta, el fabricante estaba sumido en un largo sueño que terminaba con él haciendo saltar por los aires su palacio, erigido sobre una roca verde en pos de un cielo azul claro. Al incorporarse en la cama, todavía pudo percibir claramente, sobre todo en las piernas y en el cogote, lo cómodo que resultaba estar muerto y sobrevolar las copas de los árboles siendo un cadáver. Sobre la mesa ardía una vela. Junto a ella estaba Schneemann, en pantalones y camisón, con la parte izquierda iluminada por una luz rojiza. Wadzek se sentó en la cama y tranquilizó a Schneemann, que lloraba y gemía; parecía mentira lo rápido que se había acostumbrado aquel hombre a llorar durante la última semana, toda vez que se había visto incapaz de comunicarse de otro modo. El fabricante dio su palabra al gordinflón de que aquello terminaría pronto, de una forma u otra.

—Tengo hambre —susurró Schneemann mirando a Wadzek con ojos asesinos; pero como ambos hablaban en penumbra, Wadzek no se dio cuenta.

Esbozó media sonrisa y preguntó:

—¿Usted también? ¿Y qué ha hecho para remediarlo? Cuando la velita se hubo consumido, los dos bajaron la escalera totalmente a oscuras, pues el fabricante quería comprobar el estado de la cama del gordinflón. Tras llegar a tientas hasta la portería, el lecho le pareció áspero; muy a su pesar y aunque no veía nada, también tuvo que admitir que pudiera ser cierto el comentario que hizo el gordo sobre la tremenda suciedad del edredón. Una vez recogidas las pruebas, Schneemann se pegó a Wadzek como un toro bravo y, sacudiendo los puños, preguntó:

—¿Y?

Mientras el fabricante reflexionaba, Schneemann sacó del bolsillo algo de papel crepitante. Lo envolvió con el puño derecho y lo blandió como si fuera un puñal. El gordinflón gimió y dijo que aquello, aquello era su única salvación. Veronal, seis dosis de veronal en polvo. Se tomaría una detrás de otra; en cuanto abriese los ojos, otra dosis, y si al cabo de seis días no había acabado todo, entonces... Al instante había abierto una dosis de polvos, se la había echado en la boca y se la había tragado. Wadzek reconoció ante sí la efigie difusa, negra y amenazante de aquel hombre. Schneemann, horrorizado, enseguida quiso escupir aquel amargor, pero cogió a tiempo la jarra de agua que estaba sobre una cómoda, frente a la cama, junto a la

pared más alargada, justo al lado de algo más grande y ancho, la palangana; bebió del recipiente y el líquido gorgoteó en su garganta.

—Ya está, ya está.

Una vez hecho eso, Schneemann se calmó. Al segundo se quedó apagado y tranquilo; se dejó hacer, como un envenenado, un agonizante. El fabricante, entristecido, le acariciaba la mano y trataba de arrebatarle el resto de dosis; las guardaba en el pantalón. Wadzek susurró:

—No se lo reprocho.

El gordinflón suspiró:

—Esto tenía que acabar tarde o temprano. No se imagina lo amargo que sabe el veronal. Todavía tengo restos en la boca. No consigo quitármelo.

—Tendrá algún agujero. Sé de lo que hablo, el polvo se queda ahí metido.

El gordinflón lo agarró, horripilado.

—¿Está diciendo que todo el polvo se queda metido en los agujeros? Tengo tres. Debí ponerme algodón.

—Con el algodón la cosa mejora. Tal vez si se enjuaga...

El gordinflón hizo gárgaras y escupió en la palangana por error; Wadzek reprobó su acción.

—Tendría que habérselo tragado, claro está. ¿Qué pretende, Schneemann?

El otro lloriqueó.

—No soy feliz, Wadzek. —Se enjuagó y tragó el líquido.

El fabricante:

—Pues yo no le puedo ayudar a hacer gárgaras. Hay que ir al dentista a tiempo. Ahora váyase a dormir, hombre. Pronto notará el efecto; hay que ponerse en horizontal.

Wadzek acompañó a su amigo hasta la cama; con voz quejumbrosa, Schneemann dijo que le resultaba del todo imposible acostarse allí. El edredón estaba terriblemente sucio y grasiento; no sabía dónde apoyar las manos. Wadzek opinó que, en caso extremo, si aquello le repugnaba y solo se trataba de las manos, siempre podía usar guantes. No tenía nada de particular, no hacía falta que Schneemann lo mirase con esa cara; sabido era que, por lo general, toda elegante *toilette* nocturna incluía unos guantes blancos de hilo o de seda, un tejido finísimo. En este caso no era necesario detenerse en los detalles; él mismo tenía arriba un par de guantes de glasé, marrones, que le ofrecería a Schneemann; sería un placer ponerlos a disposición de su amigo. Éste permanecía sentado en el borde de la cama, alternando su mirada atormentada entre las manos y el lecho, y susurró:

—No estoy acostumbrado; sus guantes no son de mi talla; ¿no podría cambiar la funda del edredón?

Wadzek se quedó pensando.

—Papel, ¿qué me dice de usar papel?

—Adelante, adelante.

Wadzek cogió un puñado de periódicos de una esquina del alféizar, se los metió bajo el brazo y, con gran esfuerzo, se puso a revolver distintos cajones en busca de imperdibles y agujas, buscando y palpando. Entretanto, la blanca luna se había abierto paso entre las nubes del firmamento y derramaba una luz palpable en el cuarto. Entonces, sentado en la cama junto a Schneemann, Wadzek cubrió el edredón de periódicos crepitantes, crujientes y chasqueantes. Schneemann seguía allí, rendido y encorvado.

—A ver si me voy a pinchar los dedos con las agujas...

El fabricante respondió muy afanoso:

—En la parte de arriba solo estoy poniendo imperdibles, así que no hay peligro. Y los pies no los va a mover.

—¿Mientras duermo?

—Así es, tendrá que evitarlo. Ése es el riesgo que corre. Tiene que dejar los pies siempre abajo, de lo contrario, esto no tiene ningún sentido.

—Eso haré.

Al cabo de una pausa, Schneemann volvió a susurrar:

—¿Hay alguien en la ventana?

—¡Bobadas! Es la luna, que nunca se queda quieta. Las sombras avanzan.

Schneemann, más animado, dijo mientras se alisaba los pantalones:

—Los calcetines prefiero dejármelos puestos. Pero no me ponga la sección de economía en la parte de arriba. No quiero verla cuando me despierte.

—En primer lugar, son periódicos viejísimos y, en segundo lugar, no hay ninguna sección de economía. Todo es política y arte; cuando se despierte por la mañana, arriba del todo verá un editorial sobre la situación en Finlandia; confíe en mí, Schneemann. Que abajo caiga alguna que otra noticia económica, eso no lo puedo evitar, pero usted no lee con los pies. —Se rió—. Además, lleva calcetines.

Wadzek había terminado. El gordinflón se metió debajo de la colcha. El fabricante estaba a los pies de la cama, cual enfermera. Su negra sombra atravesaba el lecho y trepaba, gigantesca, por la empinada pared. El gordinflón mantenía los ojos cerrados.

Al cabo de un rato en silencio, mientras oían el murmullo del olmo por la ventana abierta, Schneemann giró la cabeza y sonrió.

—¿Sabe? Lo de los periódicos me parece una locura. Si apoyo la mano arriba lo romperé todo.

Wadzek lo consideró improbable; había colocado tres capas y bastante sueltas, es decir, que hasta cierto punto eran elásticas.

Schneemann respiraba; cuando estaba a punto de soñar, gimió.

—Pero lo de los guantes me parece todavía más absurdo. Y eso en caso de que sea cierto. Jamás lo había oído.

Wadzek lo tranquilizó con decisión. De vez en cuando le susurraba, como si fuera un anestésico:

—¿Está dormido?

Schneemann dormía. Iluminado por una profunda luz interior, Wadzek salió sigilosamente y subió las escaleras. Pronto despuntó el día. Era la hora de la decisión.

Lo habían abandonado en todos los frentes.

La noche anterior, la señora Wadzek había salido por primera vez de la casa. Primero pensó en ir a Berlín para visitar a su hermana mayor, que era viuda, y contarle sus penas. Pero pronto tuvo claro que aquella reliquia de funcionario, cursi y afectada, no era la persona más adecuada. Entonces fue a casa de la señora Litgau. La patrona, se juró la señora Wadzek llena de ira mientras se vestía, la patrona tendría que rendirle cuentas de... qué más daba, de absolutamente todo. ¿Acaso Wadzek no tenía el rostro y el cuello destrozados, y ella no se moría de hambre? Es más, llevaba la friolera de varias horas sin comer. Y qué decir de toda la vestimenta de Wadzek. Alguien tendría que resarcirlo, aunque fuese más pobre que una rata. Había que saber retener a los hijos y ser responsable de ellos.

La dama acudió a casa de la señora Litgau a última hora de la mañana. La bienvenida fue muy fría. Sin que se lo ofrecieran, la señora tomó asiento en el sofá del salón, bajo el reloj de pared, mientras la patrona se afanaba en limpiar la estancia y desaparecía tras pedir que la disculpara unos minutos, pues iba a ver cómo se encontraba su maltrecho Albert. Casi todo el suelo estaba cubierto por una alfombra verde. A ambos lados del reloj, a medio metro de altura, colgaban dos dibujos ovales hechos a lápiz, uno de un hombre conservador y otro de una mujer melancólica, cuya mejilla izquierda, sin embargo, forzaba una sonrisa. Entre la estufa de carbón y la ventana, de la pared blanca colgaban a diversas alturas numerosas repisas, sobre las que reposaban figuritas de porcelana, cabezas de niña, liebres con cuévanos, Cupido con su flecha y cerditos de la suerte que servían a un tiempo de huchas. Entre las dos ventanas se extendía una enorme jaula apoyada sobre un soporte de madera elevado; abajo, en la alfombra, semillas. En la pared de enfrente, dos tiestos con flores artificiales sobre un piano cuadrado y amarillo; encima, un grabado a todo color de la proclamación del Kaiser en Versalles. A izquierda y derecha, abanicos japoneses. Junto a la puerta de entrada, una mesita coja, con un juego de licor de color rojo sin bandeja.

Albert estaba muy despierto. Asustado tras ver llegar a la señora Wadzek, se había escondido en el retrete. Su madre lo sacó por las malas y le ordenó que se sentase tranquilamente a hacer los deberes en la habitación contigua. El pie lesionado podía ponerlo encima de una silla. Albert opuso resistencia y se mostró sorprendido;

dijo que el pie ya no le dolía. Su madre le dio un coscorrón, lo sentó a la fuerza, le colocó el pie en su sitio y abrió de golpe la puerta de la habitación contigua, donde estaba la señora Wadzek.

Como si de una juez se tratase, la patrona se sentó de lado frente a aquella dama, sin dejar de apretar los labios flácidos ni de mirar, nerviosa y doliente, hacia la puerta del cuarto anexo. Era muy sencillo intimidar a aquella dama; en el transcurso de su largo matrimonio con Wadzek había asumido el papel de mujer ninguneada y maltratada. La mera contemplación del rostro cuadrado de la patrona bastó para hacerle perder brío. Con cautela y respeto, la dama se interesó por el estado del chico. Encogiéndose de hombros, y con la parte inferior del rostro temblorosa, fruto del trémolo causado por el dolor, la otra respondió que estaba como podía estar un niño después de lo ocurrido. A lo largo de la conversación volvería a poner énfasis en «el niño» más de una vez; en cualquier caso, si ella hubiese tenido un marido, al menos uno como Dios manda, no habría sucedido una cosa así. Nada más decir eso sobre su propio marido se atragantó, pues incluso ella consideró inoportuno el comentario, más aún delante de la señora Wadzek. Miró de soslayo a la señora Pauline, pero ésta no estaba al corriente y siguió apesadumbrada. Pauline la sondeó respecto al alcance de las lesiones. Resultó que el médico aún no había pasado por allí. La dama balbució compungida que su marido tampoco estaba en su mejor momento. Era una desgracia, una desgracia, se lamentaba a voz en cuello. La patraña se sintió conmovida por la pena de su antigua jefa. Satisfecha por el éxito alcanzado con su recio comportamiento, se acercó a ella. La dama tenía el mentón en su sitio, apoyado en el pecho; como si fueran dos patitas, sus manos sujetaban la correa de un bolso de cuero que descansaba sobre el regazo; los ojos parpadeaban y derramaban lágrimas a ambos lados de la nariz achatada. La dama rezumaba un impulso que le salía de dentro.

Entonces, mientras la señora Litgau se dedicaba a decir banalidades y a consolar a la distinguida señora con frases hechas como «Hoy así y mañana asá», «Aún no se ha dicho la última palabra», se oyó un alboroto en la habitación contigua, seguido de un portazo. El muchacho refunfuñó desde el otro lado: «¡Con tanto berrido no hay manera de hacer nada!». Aunque a lo que se estaba dedicando en realidad era a hacer dos aros de los que se ponen los indios alrededor de las piernas. Luego se escabulló rápidamente por una puerta que estaba detrás y, al cabo de un minuto escaso, se le oyó llamar a sus amigos desde la calle: «¡Eh, tú, Willi, aquí! ¡Adelante!».

La señora Wadzek no tenía la menor intención de denunciar a su anfitriona por falsedad de información, pero se quitó un gran peso de encima. Mientras la señora Litgau veía aterrorizada cómo su hijo se apresuraba hacia un prematuro final, la otra expresó su satisfacción por que a Wadzek no se le pusiese también aquello en contra; ya tenían bastante con su cruz, qué cruz. Y así, en un ambiente más distendido —con la patrona corpulenta y fofa esforzándose por parecer dolida y mantener la actitud

conciliadora de la otra—, llegaron al tema de la cocina. Avergonzada, la señora Wadzek preguntó por un sitio donde comer algo caliente en los alrededores. A partir de ese momento, la patrona se convirtió en su más humilde servidora. Tras proferir unos gritos de emoción y embeleso, llamó al chico para que subiera; le ordenó que fuese rápidamente a la taberna de la señora Kochanski y le dijera que su madre y una distinguida dama berlinesa irían a zamp... a cenar.

El muchacho corrió escaleras abajo y, ya desde la calle, preguntó si él también iba. Sin razón ni motivo alguno, la patrona tranquilizó a su invitada diciéndole que no era ninguna molestia, que no se lo tomase a mal, aquello no saldría de allí. ¡Wadzek había hecho tanto por ella! Y lo del chico... qué se le iba a hacer. Además, la Kochanski era encantadora, ¡había que conocerla! Hasta que llegó el momento de prepararse para la cena y dirigirse a la taberna, la señora Wadzek permaneció en el sofá, frente al piano cuadrado. El chico miraba de vez en cuando por la rendija de la puerta; entonces los vasos de licor se tambaleaban; su madre lo ahuyentaba una y otra vez mientras él espiaba a aquella invitada colosal; la situación le resultaba divertida, aunque aún se mostraba algo temeroso.

La señora Litgau se vistió. Durante los descansos se acercaba de puntillas hasta la dama y, como si de una enferma se tratara, le preguntaba en voz baja cómo se encontraba; la gigante le agradecía el interés; la anfitriona fofa y oronda la tranquilizaba dulcemente, aduciendo que la cena pronto estaría lista.

Casi a la vez que tenía lugar la humilde orgía cervecera en la otra casa, la señora Litgau bajó la calle junto a la ondulante dama. Con gesto algo condescendiente, y tras cruzar las dos habitaciones de una taberna con farolillo rojo, la patrona hizo las presentaciones entre su resuelta acompañante y una mujer muy joven, de rostro pálido, verdoso y sin maquillar, que las miró con unos ojos marrones y cansados y, haciendo tintinear sus pulseras, se dirigió hacia ellas tras levantarse de una mesa de blanco mantel sobre la que habría estado durmiendo. El cuarto era estrecho, alto y alargado; el techo permanecía oculto en la oscuridad. Una bombilla con pantalla roja se tambaleaba sobre la mesa, colgando medio suelta de un armazón de metal. Alrededor de la mesa había cinco sillas de mimbre con respaldos deformes. Las paredes estaban totalmente desnudas. La joven mujer padecía una fuerte ronquera, les susurró numerosos cumplidos, se rio, se mostró entregada, y dio palmaditas en la espalda redonda de la señora Litgau. La mesa, pequeña y muy limpia, era atendida por otra persona joven, de aspecto muy femenino pero también afónica, como la propietaria. Durante la cena conversaron sobre el motivo de semejante coincidencia laríngea; con recato se aludió a varias y frecuentes escenas de alboroto nocturno vividas con unos clientes del norte de Reinickendorf y de Weissensee. La señora Litgau insistió repetidas veces en que era mejor no hablar de ello. No obstante, la invitada, una vez satisfecha, comenzó a beberse todo lo que su paliducha y joven

tabernera le iba sirviendo en una copa de color verde. Aquella desconocida no pudo por menos que permitirse confiar en la solícita señora Litgau y la elegante tabernera. Después de que las dos lugareñas hubiesen logrado impresionar lo bastante a la tercera mujer encorvando la espalda y dibujando tiernas sonrisas, ambas mostraron cierta desenvoltura. Cualquier observador atento habría reparado en que el duelo entre la *mezzosoprano* y la afónica giraba principalmente en torno al impago de unos alquileres adeudados a la señora Litgau, producto de la mala racha que atravesaba el establecimiento. La joven tabernera parecía ser una proveedora de inquilinos para las habitaciones vacías de la patrona. Entretanto, la voluminosa invitada había colocado los brazos en la rendija ya descrita que se abría entre el pecho y la tripa, y su cabeza se adelantaba fruto de su propio peso. Y aquel corazón desbocado no se contentó con la confianza depositada en las dos vecinas de Reinickendorf; una intensa emoción hizo acto de presencia trayendo consigo un sentimiento desbordante de compasión hacia sí misma y de gratitud hacia las otras. A pesar de que prestaba menos atención cuando hablaban de los alquileres, la señora Wadzek se sentía a gusto y feliz.

Aquella habitación era al mismo tiempo el salón y el dormitorio de la tabernera; una cortina roja dividía en dos la alargada estancia. La tela reproducía una manada de carneros pastando y a un joven pastor bien conservado que, extasiado ante las últimas trazas de sol, entonaba con una flauta la canción del atardecer. La pena de la berlinesa se vio agravada por aquel paisaje azul oscuro; primero intentó mediante suspiros desviar el rumbo de la discusión de negocios hacia unas aguas más líricas; luego, poniendo los brazos encima de la mesa con gran estrépito, se esforzó en sacarse hasta la última lágrima. Como ya no volvió a levantar la cabeza, que colgaba sobre el pecho, sus lágrimas no fueron detectadas hasta que cayeron sobre el mantel en forma de goterones, despertando a izquierda y derecha la embarazosa sospecha de que procedían de la nariz. En cuanto las dos aliadas se dirigieron hacia ella, la señora Wadzek lanzó un suspiro desde la curvatura del tronco, un suspiro intenso y gustoso, y dejó que su cabeza oscilase de izquierda a derecha con verdadero placer; alimentaba visiblemente dos manantiales de lágrimas considerables.

A partir de ese instante, las emociones se desbordaron. Comenzó un vaivén de consuelo, curiosidad, provocaciones, lamentos. La berlinesa no estaba serena, y a las de Reinickendorf les acuciaba la necesidad de chismorrear. Con las cabezas muy juntas, las tres se pusieron a especular sobre el delito que habrían cometido aquellos dos, Wadzek y Schneemann. Los lamentos de la señora Wadzek eran falsos, pura fachada, pues también ella ignoraba lo ocurrido; estaba acostumbrada a no enterarse de nada, y era incapaz de procesar una sola explicación de Wadzek; gimió.

—¡Ojalá todo acabase de una vez!

Sin embargo, las de Reinickendorf tenían cada vez más ansias por saber qué ocurría. Hasta ese instante, la señora Litgau había guardado un respetuoso silencio

sobre sus misiones de aprovisionamiento, pero entonces se sintió liberada de su compromiso. Las de Reinickendorf suspiraron, cuchichearon, manotearon y susurraron, como llevadas por una supuesta compasión hacia los Wadzek. La inútil sentada a su lado estaba henchida de felicidad. Había deshecho el nudo gordiano. La tabernera paliducha corrió la poética cortina de su cama, dejando a la vista un espacio amplio y desordenado; cogió unos cigarrillos de la mesilla de noche, fumó con deleite y, desabrochándose el cinturón, se tumbó encima del cojín. La excitación de la señora Litgau se puso de manifiesto por la creciente sensación de calor, la intensa circulación de la sangre hacia la cabeza y porque se puso a toquetear sin permiso los zapatos de la fumadora; resopló y dijo entre risas:

—Hay que descalzarse; yo en casa siempre ando en zapatillas.

La elegante dama que estaba arriba cruzó entonces las piernas, enfundadas en unas medias amarillas, hizo tintinear sus pulseras, susurró algo en mitad de la habitación, y sus ojos marrones miraron sedientos de aventura. En posición horizontal la dama parecía más joven, casi una niña. La señora Litgau enseñó los agujeros que tenía en cada dedo gordo de unas medias negras y cuadradas; cuando tuvo los pies puestos sobre una silla, hizo que los dedos asintieran y se moviesen como si fueran marionetas, y se puso a hablar con ellos. Más adelante, la dama sintió la necesidad de atar una cintita roja al dedo derecho y colocar la vitola caída de un habano en el izquierdo. Frente al sofá que ocupaba la desconsolada huésped estaba la señora Litgau, que repartía su flacidez entre dos sillas; a menudo estiraba los brazos hacia la mujer de rostro achatado y la atraía hacia sí. La patrona se mostraba muy entregada; en ocasiones intentaba convencer a la señora Wadzek de que se dejara quitar las botas.

Los vapores del vino y el movimiento de los dedos gordos despertaron en aquellas mujeres vientos de conspiración. En la cama se dijo que en esa casa a los hombres habría que fumigarlos; eran todos unos mandrias; la consigna era: al extranjero o a la policía. La mujer del fabricante abrió los brazos y exclamó entre sollozos:

—¡Eso digo yo! ¡Eso digo yo!

La patrona concedió a la señora Wadzek el título de «corazón», luego cambió a «Wally, querida Wally». La señora Litgau gorgoteaba y suspiraba desde su silla; no había por qué arremeter con tanta dureza contra los hombres; había que ayudarlos, estaban indefensos. La señora Wadzek sollozó:

—¡Eso digo yo! ¡Eso digo yo!

De pronto se planteó la terrible posibilidad de que Wadzek hubiese cometido un delito sexual; la encamada lanzó al aire la pregunta con una frialdad científica. La señora Wadzek, tocada de lleno, se puso a gemir salvajemente, la señora Litgau adoptó un gesto serio y experto y negó tal posibilidad, al menos en lo que concernía a

Wadzek. Mientras las señoras iban repasando todo el catálogo de delitos, la mujer del fabricante gritó cinco veces muy alterada que habían sido víctimas de un infortunio. La tabernera comentó entre bostezos que también existía el delito ferroviario, eso mismo, un delito contra la vía férrea. La señora Wadzek confesó apesadumbrada:

—Sí, también se dedica a los trenes.

—¡Qué va, usted ha leído mal! —gritó la patrona hacia la cama mientras blandía un tenedor del que colgaba una hoja de lechuga, como si fuera una batuta—. Se refiere a un delito forestal.

No, señor, delito ferroviario; lo había leído claramente en la estación de Gesundbrunnen: se busca al autor o autores de un delito ferroviario, trescientos marcos de recompensa. La invitada quejumbrosa se cruzó de brazos y clavó los codos en la tripa:

—Pero si él no tiene nada que ver con árboles; ¿qué más ponía en la estación?

—Que se entregue a la policía al que haya puesto unas llaves o algo parecido en la vía. Eso puede hacer que hasta los trenes descarrilen. Ordenaban llevarlo a la comisaría más próxima.

Con una calma pétrea, la señora Litgau dijo:

—Eso es aquí cerca, en la Bremer Strasse.

—El que lo pille —prosiguió la tabernera—, se lleva trescientos marcos.

—¿Qué dice usted de un delito ferroviario? —preguntó la patrona, fofa y adormecida—. ¿Había contemplado esa posibilidad? Yo no quiero los trescientos marcos. Ni muerta quiero ese dinero.

La tabernera también renunció a la recompensa. La señora Wadzek constató espantada que aquello se había publicado hacía pocos días, seguro que el cartel parecería muy reciente; la tabernera juró que ponía «delito ferroviario» y no «delito forestal».

—¡Júrelo por Dios! —gritó la patrona—. Es una acusación muy grave la que está haciendo ante esta pobre mujer.

La dama que balanceaba las piernas en las alturas siguió en sus trece; lo había leído de pe a pa.

—Pero usted suele ir con una copita de más; ¿cómo puede estar tan, tan segura de que era eso lo que ponía?

Ella solo veía mal de lejos, replicó la dama; de cerca podía prestar cualquier juramento. La patrona se dio por satisfecha a regañadientes aunque, en tono amenazante, señaló que a ella le sucedía justo lo contrario: de cerca necesitaba las gafas, pero por lo demás veía perfectamente. Ahora bien, tratándose de un cartel, no se atrevería a decirlo con tanta seguridad.

—El o los autores —sollozó la señora Wadzek—, estamos hablando de dos. Schneemann está con él. Ya los tienen.

La tabernera opinó que ella se separaría de un hombre así y listo.

—A éste debería conocerlo —se apresuró a replicar la señora Litgau, mientras apoyaba la cabeza plácidamente junto a las cálidas molas de la dama sentada—, es un hombre elegante y bien *plantao*, yo lo conozco.

La señora Wadzek repartió miradas erráticas a su alrededor: qué bien se estaba allí, en libertad, en calma. Una volvía a ser persona. No, no regresaría a aquella casa como una prisionera.

—Pero ¡quítate las botas, corazón! —La patrona rodeaba cariñosamente el asiento de la señora Wadzek con el brazo derecho, sin llegar a abarcar todo su perímetro—. La que abandona a su marido —continuó sermoneando desde las profundidades— es una mujer que renuncia al matrimonio. Eso no suena bien. Y la gente casi siempre suele creer lo contrario. Quédate con tu hombre, corazón.

—Él no es un hombre. No puedo comprarme nada, ni siquiera puedo sacudir los vestidos.

—Yo lo haré, Wally.

—No, él teme que haga demasiado ruido.

—Vamos, pequeña Wally, yo te los sacudiré.

La patrona se incorporó y se acarició con picardía los dedos gordos y decorados.

—Mira qué dos, pequeña Wally. Ven, vamos, yo me ocuparé de todo. Verás como todo se arregla. ¿Te refieres a este vestido o a otros?

Desde la cama se oyó un bufido y les lanzaron una boquilla.

—Señora Litgau, los sacudiremos aquí; déjese de bromas.

—Pequeña Wally —ahora la patrona también se dirigía así a la tabernera—, ¿es que no tienes siquiera un cepillo? Acerquémonos a la ventana, las copas nos las llevamos, ¿verdad, pequeña Wally? Es mejor que te quites la blusa, de lo contrario puedo rasparte.

Las dos mujeres se abrazaron; la señora Wadzek constató con agrado que era una persona totalmente distinta. Se acercó a la ventana en compañía de la patrona, pero no llegaron a abrirla.

En ese preciso instante la tabernera, antes paliducha y ahora encendida y sonrosada, saltó de la cama con gran revuelo de faldas y corrió junto a la pareja formada por la del cepillo y su víctima. Esbozando una mueca y con ojos brillantes dijo que aquello requería cierta habilidad y un toque de plancha bien caliente. Lo primero era saber dónde estaban sus botas. Va verían lo que quería decir. Mientras la señora Wadzek huía de su sacerdotisa y se agachaba para coger las botas, la tabernera anunció que iría a casa de Wadzek. Qué tenía aquello de malo. Él era un hombre y ella acabaría con él. Lo dijo halagada y de puntillas frente a la figura monumental de la señora Wadzek; parpadeó sibilinamente y afirmó que quería tomarle el pulso a ese eremita. En un primer momento la Litgau se quedó paralizada, pero luego,

sacudiendo el cepillo, se abalanzó sobre el cuello de la tabernera y, extasiada, balbució:

—Wally, corazón. Ya lo tienes. —Después abrazó también a la otra—. Mi niña, Wally ya lo tiene.

Al instante, la joven y sonrosada mujer estaba sentada al borde de la cama, atándose las botas. La señora Wadzek deambulaba enorme y alterada por la habitación, golpeándose con las flores de papel de la lámpara colgante; lo que había instigado comenzaba a tomar forma. Tan solo la Litgau se mostraba pensativa y sumisa y guardaba silencio. No, la Kochanski no podía ir de inmediato; se resfriaría. La Litgau admitió con una dulce sonrisa la objeción de que podía echarse por encima un chal de lana, pero en ese momento él, él estaría durmiendo y, además, había que anunciar la visita por escrito. Para que estuviese preparado. Aquello en verdad requería cierta habilidad. Él debía olerse que habían descubierto el pastel. Y luego había que inocularle suavemente lo que debía hacer. Nada de presentarse por sorpresa.

—Piénselo, le dejaré al pobre turulato. Igual ni siquiera le abre. Quién sabe; tiene miedo, mucho miedo. Al conejo siempre hay que cazarlo con cuidado, put, put, put, put, ¡ya sale! Sí señor, pequeña Wally. Wally a la derecha, Wally a la izquierda. Pequeñas Wallys por todas partes. Vuelve a quitarte las botas.

La tabernera dejó que sus ojos centellearan; soltó una risita. Su idea era otra, pero, en fin, le escribirían primero.

Durante la primera parte de la noche, la señora Wadzek no pudo dormir pues la calentura no remitía. Más tarde, cuando la luna se hubo ocultado para dar paso a una luminosidad gris, se entregó a un pesado cansancio, dormitó, y volvió a estar despierta. Estaba decidida a rebelarse contra su marido. Ya había visto hasta dónde podía llegar Wadzek si se le dejaba al mando. Con una determinación inusitada en ella, sintiendo grandes náuseas y dolores de cabeza, salió dando tumbos de su habitación a primera hora de la mañana; bajó las escaleras haciendo el menor ruido posible. Al comienzo del pasillo sacó una pequeña carta perfumada que guardaba en el chal, y la metió en la rendija de la puerta de forma que solo una esquina diminuta asomaba por el otro lado. Se mantuvo relajada al pasar por delante de la habitación de Wadzek. Cerró la suya con llave. Vomitó con fuerza, pero en silencio, para no delatar su presencia en el cuarto de al lado; después se sintió mejor; susurró, a la defensiva:

—Una mujer tiene derecho a...

No sabía a qué exactamente; pero, por fin, volvió a quedarse dormida.

Llegó la mañana. En la planta baja, Schneemann soñaba bajo la prensa política; la mujerona de caderas anchas roncaba con la boca abierta, tumbada en el sofá con una combinación y una mañanita, ante un charco de vomitona que olía a vino.

Wadzek deambulaba pesadamente por el desván en busca de algo. Se agachó por detrás de una de las cubas, y volcó un montón de madera; también había una pila de briquetas del tamaño de un hombre. Al moverse torpemente de aquel modo, agachado, dos pisos de negro carbón le cayeron sobre la cabeza, los hombros y las manos. Toda la casa retumbó. Wadzek gimió y se frotó las manos. Tras recuperarse, mirando por el tragaluz durante unos minutos, reanudó su búsqueda en solitario. Aquel hombre bajito se dedicó a pasar la mano por la parte alta de las vigas y, justo cuando recorría uno de los cabrios, se topó con algo alargado que cayó hacia el lado opuesto, golpeó el suelo con un extremo, raspó la armadura del propio tejado con el otro, y aterrizó horizontalmente sobre la tela que cubría una de las cubas. Antes de que aquel artefacto de brillo metálico hundiese el tejido hasta tocar el agua, Wadzek lo atrapó y volvió a estirar la tela enseguida. Era una escopeta llena de polvo. El hombre bajito se sentó en el suelo, en mitad del caluroso desván inundado de luz, y puso el arma en su regazo. Cogió apresuradamente los trapos y periódicos que tenía a su alcance, y limpió la culata y el cañón; también accionó el gatillo varias veces. Las moscas revoloteaban a su alrededor, pero al oír los chasquidos se alejaron zumbando. Cuando se hubo cerciorado de que la casa estaba en calma, tras acercarse sigilosamente al pasillo, subió de su cuarto una silla y un escabel; apiló ambos, y fue revisando cabrio por cabrio. En el puntal del mismo cabrio donde reposaba la escopeta se topó con algo de papel. Lo sacó tirando de una punta: era un paquete pequeño y marrón. Pesaba, así que Wadzek aseguró primero la silla y el escabel con unas briquetas para no tambalearse con el paquete en la mano. A la hora de bajar, dobló las rodillas para no sacudir demasiado el cuerpo con el salto. La escopeta centelleaba bajo la luz del sol, junto a los trapos; el hombre bajito, tocado con largas telarañas flotantes en el pelo y las orejas, dejó el paquete con sumo cuidado sobre unos trapos amontonados apresuradamente con los pies. Ya tenía su arsenal. Levantó un poco la tapa y contó los cartuchos. Luego corrió con la escopeta y el paquete hasta un rincón del desván, que parapetó con una cesta para la ropa, y lo tapó todo con trapos y capas de papel. Sentado en la silla, dirigió una mirada aguda y serena hacia el tragaluz y el cielo deslumbrante. Antes de bajar, se quedó un ratito ante una de las cubas. Con un gesto de indiferencia retiró la tela de golpe, escupió en el agua, tiró además una briqueta y, por último, arrojó la sábana hecha un ovillo al interior del recipiente. Regresó a su habitación de puntillas, con la silla y el escabel.

Herta se había marchado.

Wadzek no le había prestado especial atención durante los últimos días transcurridos en Berlín, ni tampoco allí en Reinickendorf. Siempre había sentido por ella una especie de respeto a la defensiva; aquella joven nunca le había gustado; jamás se había atrevido a desafiarla. Herta se había instalado en la pequeña casa muy

emocionada con aquella aventura. Los primeros días, cuando su madre se ponía a llorar y preguntaba a Wadzek cien veces lo mismo, ella se alejaba cual fuego fatuo, desviando su astuta mirada a izquierda y derecha; estaba de buen humor, consolaba irónicamente a su madre, danzaba por los pasillos y decía que estaba a la espera y que era eso lo que tocaba: esperar. Sin aclarar el qué. Cuando su madre adelantaba el labio inferior y se ponía a refunfuñar como una niña malcriada, Herta se le enganchaba del brazo y, entre bromas, repetía su prometedor frase: ella estaba a la espera. Las figuras envaradas de Wadzek y Schneemann solían cruzarse con ella en la escalera, y se estremecían envueltos en sus abrigos. Luego ella se inclinaba sobre la barandilla y ponía la oreja. Herta ayudaba a su padre mucho mejor que Schneemann; comprobaba los cables de los distintos timbres y de los distintos tablonos. A veces sorprendía adormilado a Schneemann, quien debía montar guardia; por las noches se dirigía sigilosamente hacia el pasillo para controlarlo y vigilar junto a aquel hombre que dormía como un tronco (en dos ocasiones había dormido hasta el amanecer); él se sobresaltaba cuando la muchacha, delgada y de pelo rizado, se movía en su hueco como si fuese una visión fantasmagórica: un rostro gris y trasnochado que se contraía insolente, con las manos remetidas en el abrigo de paño grueso y largo de la señora Wadzek. Herta subía las escaleras en zapatillas, sin hacer ruido, antes de que él jugase su última baza: tras bostezar con aparente desinterés, la saludaba, muy natural: «¡Vaya! Mira tú, eso está bien», luego se levantaba y se despedía con indiferencia. En los últimos días el ánimo de la joven había ido decayendo. Schneemann no reparó en ello hasta que una noche se despertó y se vio a solas. Herta pasaba la mitad de la tarde durmiendo en el jardín. Parecía furiosa con Wadzek; se negaba a comer lo que traía la señora Litgau, decía que para tragarse aquello había que tener callos en la lengua y que antes prefería un trozo de gutapercha. Después de sus siestas en el jardín solía presentarse con rostro iracundo allí donde estuviese Wadzek, que andaba en algún lugar del sótano o en la escalera; se plantaba a su lado y le preguntaba: «¿Y ahora qué?». Cuando él replicaba si es que no tenía nada que leer, coser o escribir, ella respondía con un tajante «no», de modo que Wadzek se veía obligado a despachar a aquella pesada. Tres días antes de su desaparición, Herta había intentado trabar una conversación con Wadzek sobre Gaby. A mediodía, mientras la madre dormía, le contó todo tipo de fruslerías sobre Gaby y su criado borrachín, pero rápidamente cambió el tono para comentar que había decidido no visitarla más. Mientras fumaba impasible uno de sus puros de sobremesa, Wadzek gruñó que ya no sería necesario. Tras permanecer en silencio un buen rato, mirándolo fijamente, Herta masculló que no estaba segura de si dejaría de visitar a Gaby. Ordenó los periódicos que estaban sobre la mesa. Wadzek sonrió; no sabía cómo pretendía hacerlo. Entonces ella le espetó que eso era cosa suya. «Haz lo que quieras», dijo Wadzek. Herta lo miró con ojos chispeantes, dio media vuelta y se fue a llorar a su habitación.

Después de aquello fue inevitable que, en todos sus paseos por la casa, Herta hiciese algún estrago: se dejaba las puertas abiertas, enredaba los cables y daba falsas alarmas. Ante sus excusas no había nada que objetar; preferían evitar sus modales insolentes. Durante esos últimos días se acercó más a su madre, o al menos fingió hacerlo; se dedicó a sonsacar a su progenitora, que se mostraba infeliz, volcada en su actitud de mártir desesperada. La joven sonreía ante los lamentos maternos; no era del todo descartable que se regocijara con la pusilanimidad de su madre y, además, no se veía en la obligación de aconsejarla, cosa que la otra estaba deseando. Dos o tres veces entablaron una conversación, la primera iniciada por Herta, luego por su madre. Siempre acababan bromeando sobre esta última, que no se permitía perder la compostura ni hacer chiquilladas. El ajetreteo día que culminó en una sesión etílica por partida doble, muy de mañana, Herta estaba sentada en el sótano en la misma cesta de ropa que un día antes ocupara Schneemann. Por la escalera ascendía un ligero humo. Cuando espesó y ocultó el pasillo tras una nebulosa, Wadzek, que lo había olido desde su cuarto, abrió la puerta de golpe y llamó a gritos a Schneemann, que estaba en el jardín tendiendo cables nuevos y enfrascado en la construcción de un sistema que debía emitir señales luminosas. Wadzek fue abriendo todas las ventanas de par en par mientras corría escaleras abajo, pues en el sótano ardía un fuego muy vivo. Herta trajinaba alrededor de las llamas y echaba arena desesperadamente sobre el montón de madera encendida. Muy aturdida, exclamó entre jadeos: «¡Da igual lo fuerte que chille, que aquí no viene nadie!». Wadzek gritó que ella no les había llamado. Nada, ni una sola vez. Intimidando a la joven con miradas amenazantes y sin mediar palabra, cogió la barra de hierro que servía para cerrar el sótano, y derribó el montón de madera humeante. Herta lo esquivó y se escabulló escaleras arriba. Una vez extinguido el fuego, mientras rodeaban la nube de humo y hurgaban en su interior, Wadzek y Schneemann encontraron entre los rescoldos una sartén ladeada. Además, había cúmulos de grasa, al parecer sebo, derramada por el suelo. Cuando fueron a retirar uno de los maderos también apartaron una perdiz medio carbonizada. Mientras subían la escalera, Schneemann aún recogió triunfante una bolsita de cerezas. Wadzek ignoraba que Herta no solo había preparado aquella sartenada fallida alentada por la glotonería y el ansia de picoteo, sino que pretendía sobre todo que Wadzek participara del escarnio. Sin embargo, no dominaba aquella técnica improvisada, y acabó envuelta en llamas.

Ese día Herta no se presentó a comer. Wadzek había decidido vigilarla de cerca y encerrarla rigurosamente, pero se interpuso el combate vespertino. Mientras el muchacho colgaba de la valla, Herta había permanecido junto a la ventana temblando y solidarizándose con Wadzek. Observó satisfecha cómo su padre arrastraba a aquel zascandil hasta el interior de la casa. Después oyó los gemidos en la habitación de su madre y corrió hacia allí. Herta se peleó con la señora Wadzek, que acariciaba al

muchacho y trataba de tranquilizarlo con algunas preguntas.

La hija le gritó que debía soltar al chico, a aquel granuja; solo su padre podía decidir qué hacer con él. Pero la compasión de la señora Wadzek era inalterable; protegía a Albert de las manos de la joven, dispuestas a atraparlo. La irrupción de la señora Litgau puso fin a toda la escena. Al poco, el chico desapareció de la casa. Solo Wadzek, destrozado, seguía apoyado en un escalón. La joven pudo observarlo tranquilamente desde la barandilla superior. En silencio, tal y como había llegado, se retiró a su habitación y se refrescó las ampollas que tenía en la mano izquierda y en el codo como consecuencia de las quemaduras. Luego se puso el paleta de verano, y se sujetó el sombrero rápidamente. Mientras temblaba solo pensaba una cosa: «¡Qué vergüenza, qué vergüenza!». Ante el espejo no pudo contenerse y rompió a llorar. La pusilanimidad de su padre la sacaba de sus casillas; el hecho de no poder intervenir la horrorizaba. Hubo de admitir que, aunque no tuviese previsto huir, ése era el momento de hacerlo; no podía soportar lo que acababa de ver. Como otras veces, accedió al jardín por la ventana de la despensa de la planta baja; volvió a quitarse el sombrero y lo sostuvo en la mano; recorrió toda la valla de lado. El hueco abierto por la señora Litgau le permitió escapar. Al cabo de dos horas llamó al timbre del Blumeshof. La criada encorvada, que ya la conocía, la dejó pasar, pero Gaby no estaba en casa. Ya de noche, Herta corrió hacia la mujer que subía la escalera y que retrocedió nada más verla, apretó su brazo desesperadamente y se enganchó de él.

Solo al entrar en su habitación, tras bajar del desván con la silla y el escabel, a Wadzek se le ocurrió mirarse al espejo. Bajo la luz de la mañana vio un rostro azul verdoso e hinchado; los párpados, aún muy inflamados, formaban dos bolsitas elásticas; la mitad derecha del labio superior había crecido a la fuerza, parecía que fuera a brotar de ella una cereza. Volvió a enjuagarse la boca, pensó en su mujer, tocó en la habitación contigua y, al no percibir ningún movimiento, abrió suavemente la puerta que comunicaba ambos cuartos y que no estaba candada.

Mientras permanecía en el umbral, su cabeza fue descendiendo lentamente hacia el pecho, como la de aquella mujer que roncaba y olía a vino. Este movimiento le superó, le obligó a plegar las manos sobre el cuerpo y a retirarse. Una vez en su habitación, cayó de bruces sobre la cama, y se llevó las manos a la cara. Su esposa le producía asco, sentía una tremenda aversión por la vida. Ningún reproche hacia aquella mujer y su oscura tristeza. Caminaba de arriba abajo por la habitación de puntillas, para no delatarse. Arrastraba una pesada carga, enormes cadenas, y gemía. Al oír pasos en el pasillo se echó a temblar; se sentó a la mesa y puso los brazos encima dándose por vencido. Miró desesperadamente hacia la puerta.

La figura desaliñada de Schneemann se acercó dando tumbos. Traía el pelo revuelto y pegado a una cabeza sudorosa. Se sujetaba los pantalones por la cintura y

llevaba la camisa abierta a la altura del pecho. Venía descalzo; la pernera izquierda del pantalón arrastraba un trozo de periódico que de algún modo se había quedado enganchado y hacía que ambas piernas rozasen al andar, sin que a él le hubiera dado por arrancarse aquella hoja de papel ruidoso. Traía la cabeza apoyada en la nuca. La cara hinchada y roja como un tomate, atravesada por las marcas de haber dormido sobre el lado derecho; el izquierdo estaba pálido y sucio. Schneemann seguía roncando ahora que estaba en la habitación, apoyado en el armario estrecho y alto. Solo abría los ojos de vez en cuando.

—Wadzek —dijo con voz ronca—, venía a hacerle una visita. Ya me ve.

Wadzek susurró:

—Debería estar en la cama. ¿Por qué se levanta si se encuentra en ese estado? Aún está dormido.

—No puedo dormir —respondió el otro entre ronquidos—. Deme un poco de agua. Tengo un sabor muy amargo en la boca por lo de anoche. Quería saber cómo estaba y... —Schneemann comenzó a soñar apoyado en el armario; Wadzek lo llevó hasta el sofá.

Schneemann trataba de abrirse los ojos sin éxito.

—Ayúdeme, Wadzek; soy incapaz de despertarme. ¿Qué me ocurre? Estoy envenenado.

Mientras tanto, roncaba estirado, y trataba de incorporarse una y otra vez haciendo ruido.

—Tiene la cara en parte gris y en parte...

El hombre bajito e inquieto esperaba sentado al borde de la cama. Sacó el alfiler que sujetaba la hoja de periódico al pantalón de Schneemann, y se puso a leer las noticias. Pronto los movimientos del gordinflón se volvieron más bruscos. Se incorporó a fuerza de torpes sacudidas y sus ojos alelados buscaron la palangana. Se acercó a ella tambaleándose, y se echó agua sucia por la nuca docenas de veces. Allí estaba, chorreando, bebiendo un vaso de agua tras otro. Aunque Wadzek le ofreció una toalla, no se secó; el pantalón siempre se le caía hasta la rodilla. Permaneció de pie y mojado bajo la luz del sol.

Dijo que no sabía si volver a tomar veronal. No sabía si llevaría su plan hasta las últimas consecuencias. Wadzek, rendido, susurró:

—¿Qué le ocurre? Ahora ya se encuentra mejor.

El gordinflón gruñó y, con la boca pastosa, afirmó dudar de si sería capaz de llevar a cabo su plan. Perseverante sí que era, eso a nadie se le ocurriría cuestionarlo. Si se lo había propuesto y se veía en la necesidad de cumplirlo, sería capaz de dormirse como un tronco, aunque fuese hasta Navidad. Calma y paciencia tenía de sobra. Wadzek tranquilizó al gordinflón, que se resistía con ambos brazos. Schneemann seguía reclamando calma, decisión, pero nada de torturas. El bajito lo

interrumpió en voz baja: lo había sabido desde el primer momento, y ahora acababa de suceder; era demasiado difícil para Schneemann.

—¿Así que usted ya sabía —dijo Schneemann en tono sarcástico— que me entrarían ganas de hibernar en esta casa? ¿Acaso fue al dentista antes de venir a Reinickendorf? Y aunque hubiese pensado en ello, seguro que habría tenido tan pocas ganas como yo de vérselas durante días con un sacamuelas antes de que las cosas aquí estuviesen encarriladas. Para usted es fácil hablar. Mi boca parece un paisaje con una fuente agria; litros de amargor corren por mi lengua...

—Qué horror.

—Así es. Por los dientes que me faltan. Imagine que se lo traga, minuto a minuto. Cada hora, cada media hora. Y cuando no está tragando, entonces sueña, como yo, que el cuerpo se le hincha con tanto líquido. Seguro que conoce la historia del embudo de Núremberg, con el que los soldados solían llenar de agua el estómago de la gente. Usted me llena de agua amarga y dañina. Yo me despierto, escupo. Y luego ya no me acuerdo, me duermo otra vez, sueño. Vuelvo a escupir. En eso consiste la tortura. No es así como yo lo había imaginado. Es insoportable.

El otro calló, entristecido, con la mirada oscura y ausente.

—¿Y qué va a hacer? Manténgase despierto. Yo ya me las arreglaré.

—¡Menudo aspecto tiene! Y cómo me mira. Ya sé que no me quiere aquí. Se maldice por haberme traído.

—Usted es mi amigo, quería apoyarme.

Con los brazos en jarras y medio dormido, Schneemann estiró la espalda hacia la ventana, hacia la pared, con la toalla sobre las rodillas. Los párpados se le caían a menudo; algo dentro de él balbució sin encontrar resistencia:

—Ya no quiero apoyarle. No tengo tiempo, he de irme a casa. A saber qué se trae entre manos. No tengo tiempo, he de irme a casa.

—Tumbese y descanse.

—Le diré a mi mujer que me prepare alguna cosa, algo caliente. Seguro que tiene algo en casa cuando yo llegue. Mi mujer me conoce bien. Siempre tiene algo en casa. Debo actuar, debo actuar.

Wadzek susurró con apatía:

—Hágame caso, ya verá como le sienta bien, mi querido Schneemann.

—No me pasará nada. En cuanto me vista andaré derecho. Primero tengo que limpiar las botas, recoger un poco la habitación y después me dirá: «Adiós, señor Schneemann».

—Adiós, señor Schneemann. En la esquina hay un gendarme vestido de verde o un policía. Vaya con cuidado.

—Basta con que me llame «Schneemann», y no «señor Schneemann», ya diré yo que ése es mi nombre. No me avergonzaré, aunque vaya desaliñado. Que me arreste

si lo desea. Yo no soy ese otro al que busca. No se sabe nada. La gente no se preocupa por todo lo que pasa alrededor de uno. Tiene la cabeza ocupada con sus propios asuntos.

—¿Y cómo se llama ese otro?

Schneemann alzó con gran esfuerzo sus párpados pesados y dijo con voz ronca:

—Ese otro está aquí sentado. El gendarme lo sabe. De nada sirve negarlo. El otro deberá hacerse cargo. Y si no lo hace, tampoco le servirá de nada. Schneemann se ha cansado. Ahora seguirá su propio camino. Hacia allí. Hacia allí. El país del limonero en flor^[10]. Tralará, tralarí; recto y a la derecha, Schneemann vuelve a casa.

Wadzek asintió dolido:

—Bueno, bueno.

Una ola de calor empezó a consumirle el pecho mientras oía los machacones lamentos de Schneemann.

Sin embargo, cuando el gordinflón bebió agua y se sentó a la mesa frente a Wadzek para exigirle con voz temblorosa que se marchasen juntos, el bajito olvidó a quién tenía delante.

Con ojos malvados, en verdad aterradores, y el rostro completamente descompuesto, Wadzek gimió.

—¿Acaso cree usted, Schneemann, que me he olvidado de Rommel? ¿Por lo de la señora Litgau y su hijo, nuestros timbres y la cerveza? ¿Y porque no nos quedan espinacas? ¿Cree que yo, Wadzek, no sé lo que me ha hecho y lo que yo debo hacerle a él? ¿Que no recuerdo cómo corrí de arriba abajo en su cara con el cuello deshecho y cómo me puse en ridículo? Y él sí que se dio cuenta, ese ladrón, homicida, asesino. ¿Debo olvidarlo por unas espinacas? Usted puede irse tranquilamente a comer un filete con su mujer, porque no lo ha vivido. Pero yo no quiero seguir viviendo, no quiero saber nada de nadie hasta que le haya hecho pagar. —Frío de ira, Wadzek se balanceaba de puntillas delante de Schneemann; cerró los puños dentro de los bolsillos y gruñó soliviantado—. Él es el más fuerte, me ha arruinado la existencia. No es el mejor, es el más cruel y no le da vergüenza demostrarlo. Se dedicó a hacer cálculos y a garabatear con el lápiz mientras yo casi reviento. Nada impedirá que me quede aquí y le demuestre a ese granuja que sé quién es. Todo el mundo lo verá, Schneemann. Tengo que matarlo, hacerlo pedacitos. —Y mientras sacaba las manos, temblaba visiblemente, y las orejas y las mejillas empalidecían, Wadzek balbució con una ardiente amargura que lo iba asfixiando—: Dígame, Schneemann, ¿es que tengo otra opción? ¿No debo dejar que todo transcurra como teníamos previsto? Ese animal grande y gordo llamado Rommel no me olvidará, igual que yo no lo olvido a él. Tendrá que darme un gran hueso de su propio cuerpo para que él no me olvide. Y eso es lo que ocurrirá, así Dios me ampare, como siempre ha hecho.

Schneemann miraba al infinito. No parpadeaba, tenía la boca abierta; parecía que

estuviese escuchándose a sí mismo. Inmóvil, preguntó:

—¿Y cuánto va a durar esto, Wadzek?

—Un día, un par de horas... Nos estamos muriendo de hambre.

De repente, como alcanzado por un cincel, Schneemann trató de levantarse. Pero como los pantalones se le cayeron automáticamente, dejando al descubierto la camisa y las rodillas, volvió a sentarse y se los subió moviéndose a izquierda y derecha, y estirando las piernas. Con ojos acusatorios buscó los de Wadzek, que no se percató de la mirada herida de su amigo. Schneemann sollozó tembloroso y dijo en voz alta:

—La comida no me importa tanto como usted cree. Wadzek respondió ausente:

—Ahora márchese.

El gordinflón se giró en la silla, fuera de sí; las gotas de sudor caían por su pálida frente. Se balanceó hacia un lado ante semejante infortunio.

—Wadzek —farfulló—, ¿no podría ser al menos un poco bueno conmigo?

El otro seguía preso de la ira, obcecado en su sordera.

Schneemann se puso a rezar en voz alta mientras se levantaba. Dejó que los pantalones cayesen al suelo y permaneció de pie, en mangas de camisa, enseñando unas pantorrillas blancas y gruesas.

—El Señor, que siempre me ha ayudado, también lo hará esta vez.

Tampoco así logró impresionar a Wadzek.

Schneemann bajó abatido las escaleras arrastrando los pies y agarrándose los pantalones. Miraba al frente con desgana. Cuando llegó al pasillo y quiso girar hacia la izquierda para dirigirse a su habitación vio el pico azul que asomaba por la rendija de la puerta. Se acercó titubeante y olisqueó alrededor de aquella punta de papel. Luego pegó el ojo izquierdo a la cerradura, y miró a través de ella. Acercó la camisa varias veces a la esquina del sobre, y entonces se atrevió a tocarlo. Dio varios tirones, pero una y otra vez volvía a retirar la mano, desconfiado. Por fin la carta salió suavemente, y voló hasta el suelo. Tras mirar una vez más por el ojo de la cerradura, Schneemann sopesó confundido el pequeño sobre en la palma de la mano, y avanzó lentamente hasta su habitación. Una vez allí, lanzó la carta azul sobre la mesa y se puso a recorrer el cuarto de arriba abajo. Aquél era el segundo disparo. El susto había terminado de despertarlo. En uno de los paseos miró la carta. «Privado. Para el señor Wadzek, fabricante de Berlín. Actualmente en Reinickendorf». No llevaba sello, solo la huella de un pulgar grasiento en la esquina superior.

Schneemann respiró. Ése era el otro. Allí estaba, por escrito. Dando tumbos, regresó junto a Wadzek, que estaba vigilando por un tragaluz del desván.

El fabricante, completamente ensimismado, guardó el papel en el bolsillo sin mediar palabra.

Mientras Schneemann era presa de los nervios, y la descomunal Pauline aguardaba que llegase el mediodía, para cuando estaba anunciada la visita de la joven

tabernera Kochanski, Wadzek, paralizado por los nervios, reflexionaba sobre el rincón del jardín desde el cual la autora de la carta le habría visto cometer un «delito forestal». Se acordó de cuando estuvo pelando el arbolito; llegó a la conclusión de que la hostelera lo había escrito mal, en la carta ponía «delito forestal».

Cerca del mediodía llamaron al timbre con mucha insistencia. Alguien debía de haber pisado los tablones de la parte delantera de la casa. Luego sonó la campana. Wadzek se topó con Schneemann, que subía a todo correr las escaleras del desván, mientras él las bajaba muy preocupado. Wadzek le señaló al gordinflón un lugar, al fondo del pasillo, desde el que debía mantenerse vigilante durante la inminente visita. Envejecido y gris, el hombre bajito y derrotado abrió la puerta a la tabernera, elegante y maquillada. La condujo hasta la portería, que estaba desordenada, llena de periódicos arrugados, zapatillas y alfileres repartidos por el suelo; la mujer despedía un fuerte aroma a perfume. Wadzek quiso pasear a su alrededor, pero se notó demasiado cansado.

Venía a ofrecerle sus servicios, dijo la mujer ronca; había observado algunos movimientos, se había enterado de otros, y quería evitar que terceros sin escrúpulos difundieran ese tipo de cosas.

Wadzek le preguntó qué pedía a cambio, y añadió que el jardín era de su propiedad y podía hacer en él lo que le diera la gana.

La otra dijo con arrogancia que eso era discutible. Al menos la policía no era de la misma opinión.

¿Dónde? ¿Cuándo?

En carteles, anuncios, órdenes de busca y captura. ¿Cómo? Hasta trescientos marcos de recompensa, los cuales por supuesto a ella no le interesaban lo más mínimo, pero tampoco tenía ningún sentido hacerse el inocente.

Pausa. Wadzek le sonrió: claro que su árbol era su árbol, podía deshojarlo, comérselo, cocinarlo, estofarlo.

Ella tosió indignada: quién hablaba de sus árboles. No era necesario que disimulara. Había venido como amiga a verlo a él, pues se encontraba en una situación que casi podía calificarse de trance. Seguro que sabía lo que era una grapa de carril, ¿verdad? No tenía por qué abrir tanto la boca. Entonces también sabría lo que eran dos grapas de carril, ¿no? Y un... —se sacó un papelito del guante y leyó la palabra que traía escrita— un gancho del cerrojo de aguja usado, eso, un gancho del cerrojo de aguja que cierta noche fue hallado junto con las grapas de carril en las vías de empalme de la estación de Gesundbrunnen.

Él guardó silencio; el acalorado debate interno que había mantenido por la mañana con la otra mujer había sido superfluo; había discutido con ella por Albert, por el arbolito que él había destruido. Abatido e indefenso, rodeando con el dedo un botón del chaleco, le pidió que continuara. Ella rio con voz ronca, y dijo que no se

dejaría embaucar; satisfecha de sí misma, se aferró a la silla. Él la observaba a través de un velo; ella aguardaba con descaro.

Sí, afirmó él, sabía lo que era una grapa de carril y también un gancho del cerrojo de aguja.

Ella comprobó lo que decía su papel y exclamó:

—¿Lo ve?; y dos autores, ¡el o los autores!

Wadzek fue incapaz de hablar cuando los ojos brillantes de aquella persona se dirigieron encendidos hacia él y gimió.

—Sí.

Caminó muy despacio hacia la puerta y la abrió mientras cedía el paso a la mujer. Al fin y al cabo, ella estaba al corriente de todo. Wadzek mantuvo la cabeza baja. La mujer se levantó, mostró una sonrisa cómplice y maliciosa y, cuando estuvo a su altura, quiso propinarle un pequeño codazo en las costillas; sentía lástima de ese hombre, y ella ya tenía sus propias causas pendientes con la justicia. Sin embargo, él se empeñó en quedarse en la puerta. Recordando con dolor la terrible tensión vivida por la mañana, no pudo por menos de preguntarle, sin ánimo de reproche, por qué había escrito «delito forestal». Ella se quedó perpleja, paralizada.

—Sí, ahí pone «delito forestal».

—Pero si usted no tiene nada que ver con árboles.

—No —dijo él con un hilo de voz; luego se tapó la cara con la mano derecha y sollozó en voz baja.

—Me he equivocado al escribir. Créame, disculpe, debería poner «delito ferroviario». ¡Dios mío, cuánto lo siento!

Él compuso una mueca amable. Ella andaba de puntillas, girándose con elegancia y levantando con cuidado las faldas mientras se dirigía hacia las escaleras que llevaban a la puerta; tosió varias veces por encima del guante izquierdo con gesto despreciativo. Cuando el papelito salió volando, no se percató de que Wadzek se lo devolvía con devoción y semblante irritado. No supo qué decir. Se había equivocado al apuntarlo.

Una vez hubo cesado el ruido del timbre, Schneemann salió disparado hacia donde estaba Wadzek, que miraba hacia el interior de la portería desde el umbral. Estaba tan abatido que Schneemann lo agarró del brazo y entraron en la habitación. Wadzek dijo:

—Huela esto. —Y meneó la cabeza. Ante las preguntas de Schneemann se puso a la defensiva y susurró—: No son más que espías. Espías con olor a almizcle. Ya lo ve. Nos quieren tomar el pulso. Quieren hacernos picadillo. La gente nos sonrío, se preocupa por nosotros. ¿Qué me dice? —Sonrió al gordinflón y continuó—: ¿Sabe una cosa, Schneemann? Esto me resulta verdaderamente agotador. La táctica a pequeña escala, la táctica de la gente normal y corriente, de la plebe, la señora Litgau,

Albert, esta mujer. Herta también se ha marchado.

—¿Y su esposa?

—¿Todavía está borracha? No parece tener mucho aguante. Dejémosla, es mi mujer. La última vez que se emborrachó fue en nuestra boda. No tenemos quien nos ayude, querido Schneemann.

El gordinflón vio dos pupilas azules y cristalinas. Algo hostil se movió dentro de aquel hombre.

—Dentro de veinticuatro horas ya no estaremos aquí. Los dos respiraremos aliviados, Schneemann, cuando todo haya pasado. Una fase difícil. —De pronto, comenzó a lanzar miradas salvajes y quejumbrosas contra Schneemann; aquel señor bajito brincaba por toda la habitación, moviendo los brazos de un lado a otro—. Así que nos han espiado, señores. Cien contra uno. Sois peores que los chantajistas, unos salvajes asesinos. Schneemann, van a ver lo que es bueno. Ya no esperaremos el ataque de esa chusma. Valgo mucho más que todos ellos... —Y profirió una amenaza —: Sol, ni se te ocurra salir antes de que lo haya demostrado.

La mujer del fabricante informó a su esposo de que esa noche cenaría fuera de nuevo. La embriaguez la había vuelto deslenguada. Wadzek siguió paseándose con las manos hundidas en los bolsillos y, en tono impasible, le pidió que hiciese el favor de no perseguirlo; no soportaba el olor a ron. Sin embargo, a las seis, hora en la que ella acostumbraba a dormir, Wadzek entró a hurtadillas en su habitación, le dejó el último resto de pan duro encima de la mesa, y cerró con llave; al cabo de un cuarto de hora tuvo que volver a entrar con una jarra de agua y un papel que decía: «¡Ventilar el cuarto por la noche!»: ella aún dormía. Al cerrar la puerta se oyó encajar el cerrojo. La señora Wadzek se despertó; Schneemann la oyó alborotar, gritar y quejarse. Él se desentendió.

Al caer la noche sonó el timbre. Schneemann subió la escalera a trompicones y entró en el oscuro desván. Desde un ángulo invisible, la voz de Wadzek le susurró que avanzase despacio, poniendo un pie detrás de otro; él le iría dando órdenes precisas. Tras sortear de ese modo las cubas, las pilas de briquetas y el arsenal, como si de un campo de minas se tratara, Schneemann reparó en que Wadzek debía encontrarse encima de él y en que, posiblemente, ya lo había dejado atrás, así que preguntó:

—¿Dónde tiene las piernas?

—Bueno, no puedo dejarlas colgando porque entonces se chocaría con ellas. Avance dos pasos más. ¿Listo?

—Sí.

—Ahí hay una silla, cójala.

—Aquí no hay nada.

—Gírese un poco.

—Pero si no veo nada.

Arriba se oyó un ruido, como si algo se resbalara, entonces susurraron desde el techo:

—¡Está agarrando demasiado alto, hombre! La silla no es tan alta, en esta casa no hay ningún trono. Además, la silla no tiene respaldo porque se ha roto.

—Entonces no es una silla, ¡eso hay que aclararlo! ¡Es un taburete!

—Cójala. ¿Ya está?

—¡Sí, un taburete muy pequeño!

—Es suficiente. Además, Schneemann, es una silla, verá como por el otro lado puede tocar el resto del respaldo partido.

—Así que ahí está usted.

Subido a la silla, Schneemann fue palpando a tientas la viga de la derecha, que llevaba hasta el tragaluz; la silla estaba ligeramente desplazada hacia atrás. El gordinflón quiso saber qué pintaba allí; tampoco así podía llegar al tragaluz. Wadzek susurró:

—Tiene que dar un pequeño salto. Ni se le ocurra apoyarse en las briquetas. Ya lo he hecho yo antes; se parten en dos y, aunque no se partan, todo el tinglado se tambalea.

La viga le llegaba a Schneemann a la altura del pecho. El gordinflón calculó sus dimensiones y las de la viga, y explicó que no podía dar ningún salto; se arriesgaba a sufrir un infarto. Wadzek lo animó a quitarse la chaqueta y el chaleco e intentarlo; también él estaba en mangas de camisa. A Schneemann le sorprendió mucho que Wadzek se hubiese quitado la chaqueta. A pesar de que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, no pudo comprobarlo. Wadzek rio satisfecho y en voz muy baja. Allí se estaba muy bien; soplaba una agradable brisa. Animó al gordinflón a subir. Este quiso saber dónde se sentaría.

—Detrás de mí —respondió Wadzek.

—Pero entonces no veré nada.

—Lo suficiente, podrá ver lo suficiente. Se lo garantizo.

—¿Se ha dejado los tirantes puestos?

—Naturalmente.

—Bueno, yo me los voy a desabrochar.

Tras todo tipo de aspavientos, la viga dio una sacudida. Luego el gordinflón gruñó, gimió, y se bajó de la silla.

—¿Adónde va? ¡No se choque con las briquetas!

El gordinflón se acercó a una de las cubas con paso firme; Wadzek le gritó que fuese a la otra si tenía sed.

—No —gruñó el gordinflón—, no tengo sed. Me he clavado una astilla en el

pulgar.

—Ya —dijo Wadzek—, pues a mí no me ha pasado nada.

—Pero a mí sí —contestó Schneemann ofendido mientras se enjuagaba la mano.

—Entonces, ¿sube o no? —preguntó desde arriba al cabo de un rato.

—Usted disponga primero todo lo necesario, luego hágase visible para que yo pueda ver sus intenciones, y entonces subiré.

—Schneemann —advirtieron desde las alturas—, se lo está usted perdiendo. Le aseguro que se está perdiendo algo. No se crea eso del infarto. Conozco a socios de clubes gimnásticos y demás que están mucho más gordos que usted, sobre todo por las caderas, y nunca han sufrido un infarto ni nada parecido. No es más que alarmismo de los médicos. ¿Cómo se llama su doctor?

Schneemann se mostró reacio a contestar.

—No tengo ninguno.

—Entonces, ¿qué va a saber usted de infartos? ¡Anímese, Schneemann! Al menos coloque bien la silla y agárrese aquí, a este tragaluz.

Eso hizo Schneemann. El fabricante bajito seguía sentado allí arriba, en mangas de camisa; tenía las dos piernas estiradas y apoyadas en los anchos cabrios. Movi6 un poco los pies para hacer sitio al gordinfl6n, que miraba por la ventana con la curiosidad de un ni6o que se asoma de puntillas.

El olmo que tenían debajo desplegaba sus anchas ramas y hojas, el pequeño espacio que había entre el árbol y la casa recibía la tenue luz de una farola provisional, hecha de madera; tanto más oscuro se veía aquel árbol enorme. Desde arriba parecía que un nido negro se abría a sus pies. Ruidos y murmullos de metales y voces llegaban del otro lado de la calle, que en sí misma permanecía oculta. De vez en cuando algo subía por el camino, hacía ruido y desaparecía sin vencer la oscuridad.

—Esta noche hay algo planeado —susurró Wadzek—: un asalto.

—¿Y? —preguntó Schneemann con recelo.

—Si no lo hacemos nosotros, lo harán ellos. No podemos dilatarlo más, por las provisiones. Solo hay que sumar dos y dos. La mujer de este mediodía era la avanzadilla. Ella misma se ha delatado; primero escribe que usted y yo hemos cometido un delito forestal; luego masculla algo sobre unas grapas que, según ella, hemos puesto en las vías. Vamos, casi un atentado ferroviario.

—Debería haberme llamado si estaban hablando de mí.

—No valía la pena. Simplemente lo han tramado así: entrar en nuestra casa, comprobar si estamos juntos y demostrar que nos persiguen. A la mujer puede considerarla una parlamentaria; no llevaba una bandera blanca, pero sí almizcle. El almizcle me desarma.

—A mí también. Es un perfume vulgar.

—Igual que la persona, vulgar, ordinaria. La criada de alguno de nuestros queridos amigos de Berlín, Schneemann. También se la reconocía por el atuendo: lo último de lo último, una especie de miriñaque, añadida una voz cervecera y esas manos.

—¿Qué manos? No hable por hablar. Yo no oí ninguna voz cervecera.

—Precisamente, estaba totalmente ronca; ni se imagina hasta qué punto. Eso da una idea de lo que debe de chupar esa mujer. Yo no contrataría a una criada como ésa.

—No tiene por qué ser una criada. Podría ser una compinche, una prostituta a la que hayan comprado.

—Ya ve, Schneemann, a nuestros enemigos les basta la escoria de la sociedad para combatirnos.

El de arriba inclinó el tronco.

—Se lo digo yo: esta noche o mañana a primera hora, a eso de las cinco o las seis, vendrán los de la policía judicial.

Schneemann se echó a temblar.

—No dejaremos entrar a nadie. Ésta es nuestra propiedad. Así lo hemos acordado.

—No tema, querido amigo. Nadie entrará en esta casa.

—Vigile bien, Wadzek. Esos tipos suelen ser grandes y gordos, llevan placa y porra. Se comportan como si no tuviesen nada que perder.

—La placa es inofensiva, y también los hay sin porra. ¿Qué es lo que traía la mujerzuela de este mediodía? Papel de carta azul, almizcle, la voz ronca y unos modales insolentes.

¡Bum, bum, cra-a-ac! Estrépito en el interior de la casa, alboroto, ruido de porcelana rota. Un segundo. Timbrazos largos, muy largos. Una puerta reventada, alguien pisa un tablón.

—¡Corra, Schneemann! ¡Tenga cuidado, mucha calma!

Desde la puerta:

—Venga conmigo. Acompañeme.

—Ya voy, no tengo los zapatos puestos, ¡corra!

Schneemann bajó la escalera con la linterna eléctrica. El timbre sonaba a un volumen tremendo. La brisa nocturna soplaba desde el pasillo trasero. Al girar la cabeza por encima de la barandilla, Schneemann miró hacia el jardín: ¡la puerta de atrás estaba abierta! La luz eléctrica fue avanzando; nadie en el pasillo. Schneemann cerró la puerta de golpe; el horrible timbre dejó de sonar. Ruidos en el desván. El gordinflón inspeccionó las escaleras y las paredes con ayuda de la linterna. Entonces, la puerta de la habitación de Wadzek se abrió de par en par; agua derramada en el umbral; cristales en el pasillo. Schneemann se apoyó en la barandilla. Un vacío negro y terrible en el cuarto, silencio sepulcral. Recorrió con valentía la habitación, iluminándola a distancia; espetó a quien estuviese dentro que se rindiera. Lo repitió. Cada vez que lo hacía avanzaba un paso. Gritó por última vez. Entonces tuvo el

picaporte en la mano. De un solo vistazo se dio cuenta de que la cama de Wadzek había sido desplazada violentamente, y estaba atravesada en mitad del cuarto. La puerta de la izquierda, que comunicaba con la habitación contigua y solía quedar tapada por la cama, estaba abierta, invadiendo el oscuro cuarto de Wadzek; la mesita de noche estaba volcada delante del umbral; un charco de agua, cristales rotos. El gordinflón cerró la puerta haciendo mucho ruido. La llave estaba puesta por fuera. Cuando hubo cerrado, respiró tranquilo. Sacudió la puerta de la habitación contigua, y gritó exigiendo una señal; la puerta estaba candada. Ni un solo ruido.

Entonces, víctima de un miedo salvaje y asfixiante, Schneemann subió a todo correr hacia el desván. Llevaba la linterna como si fuera un revólver. La puerta del desván estaba cerrada. Wadzek gritaba desde dentro:

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

—¡Ábrame!

—¿Está usted solo? ¿Le persiguen?

—¡Estoy solo, ábrame!

Se abrió una pequeña rendija por la que asomó el cañón de una escopeta. Schneemann dio un empujón y la puerta de hierro se cerró tras él. Una vez dentro, preguntó enfurecido:

—¿Por qué cierra la puerta? ¿Qué significa esto?

—¿Que qué significa? Pues que usted no puede ponerse a gritar aquí. Si tiene miedo, no debe relacionarse conmigo. No puedo permitir que entre con unos criminales.

—Me habría delatado, me habría dejado en la estacada si hubiese sido necesario.

—Eso es lo que usted dice.

—Sí, ¿por qué no me ha dejado entrar?

—Le habría dejado fuera. Olvida que no luchamos por usted ni por mí. En ese caso ni siquiera habría salido. Luchamos por nuestra causa. Y si hubiese sido necesario, no habría tenido inconveniente en dejarle fuera.

—Así que me habría dejado en la estacada, ¡me habría sacrificado!

El gordinflón gritaba, completamente enfurecido. Wadzek también gritó:

—Apague la linterna. Está gastando la batería. No se entera de nada, de nada en absoluto. Pero yo tengo que darle comida y bebida cuando me lo ordene. ¡Señor mío! También usted debería dejarme en la estacada si así lo exigiera nuestra causa. ¿Acaso he de permitir que nos detengan, primero a usted y luego a mí, uno detrás de otro, como dos hermanos delincuentes que han sido cazados? Usted atado a una cadena y yo en el otro extremo, saliendo de la casa, griterío: ya los tenemos, ya los tenemos. Y la dama del almizcle aplaudiendo. No soy un mono de feria. No me rendiré, me río de lo gallina que es usted.

Ambos estaban de pie, ante la puerta de hierro del desván, viendo sus negros

volúmenes en movimiento.

Wadzek se deslizó entre las briquetas y se acercó al tragaluz.

—¿Qué conseguiríamos si nos detuvieran a los dos? Nada.

El gordinflón lo siguió lentamente.

—Me he llevado un susto. El desván estaba cerrado; nadie me seguía. He encerrado a ese tipo. Pero si vuelve a sonar el timbre, irá usted.

Wadzek se acercó a él como un rayo. Quiso saber a quién había encerrado. Schneemann relató los hechos fríamente; tuvo que admitir que no había visto a nadie, que la señora Wadzek no dio señales, y que habían dejado la puerta del jardín abierta. Al cabo de una pausa, Wadzek empezó a reírse primero un poco, luego más y más, de un modo imparable. Mientras palpaba el respaldo de la silla se rio a intervalos más cortos y agradables; se subió a la viga y, una vez sentado, exclamó:

—¡Mi mujer! ¡Mi mujer! ¡Pauline! Es ella la que se ha escapado: su prisionero; olvidé cerrar la puerta que comunica con mi habitación.

Los ojos de Schneemann se salían de sus órbitas; la ira se apoderó de él; escupió, pisoteó, dio una palmada, otra más fuerte.

—¡El colmo! No pienso encargarme de sus asuntos familiares. Es el colmo.

Wadzek soltó una risita más baja.

—Así que ahora la pobre mujer está corriendo a oscuras en mitad del bosque. Mañana todo se habría arreglado. Nunca llegó a confiar en mí.

Tras un prolongado silencio, Schneemann quiso saber qué tramaba Wadzek allí arriba. La palabra «víctimas» le había hecho tomar conciencia de la gravedad de la situación. La voz de la viga lo instruyó tranquilamente. Nadie debía acercarse a la casa. Era seguro que nadie llegaría por el jardín; ahora tenía una escopeta y le bastaba con disparar a todo el que se aproximara pese a ser advertido. Con voz firme concluyó:

—Y esta noche, o mañana a primera hora como muy tarde, intentarán detenernos. Después de lo ocurrido con la mujer zuela del almizcle ya no cabe la menor duda. Yo no he negado que fuese Wadzek; tampoco pienso hacerlo. Y a usted tampoco le quedará otro remedio. —Luego prosiguió—: Y aunque no nos detengan, no pienso entrar en liza ni aceptar esta forma anticuada de asedio, muerte por inanición y vejaciones varias. Si dentro de unas horas no ocurre nada, pasaremos al ataque. Ya verá como saltan, como demostraremos al vecindario quién es el enemigo... No le quepa duda de que estamos rodeados de chusma. Albert Litgau fue el primer signo visible; repito, visible; tampoco antes se me habían escapado otros invisibles o presuntamente invisibles.

—Entonces, ¿disparará? —preguntó Schneemann estremecido, asomándose entre los pies colgantes del otro—. ¿Sabe disparar?

—Un poco; he servido en el ejército; para esto bastará.

—Pero eso es un asesinato, homicidio como poco.

—Prefiero asesinato. No desfallezcamos. Dispararé previo aviso. Asesinato sí, pero en legítima defensa.

Schneemann protestó airadamente, sacudiendo el pie que colgaba a la altura de su frente.

—Pero entonces el otro también debería disparar o tener intención de hacerlo. En ese caso sí sería legítima defensa.

—Si no disparo, estoy muerto, lo mismo que usted; sería un doble asesinato. Así que legítima defensa por partida doble. Dispararé.

—¿De verdad lo hará, Wadzek?

—Pero ¿usted a qué ha venido en realidad, Schneemann?

—Es terrible, discúlpeme; estoy nervioso. No sabía que tenía usted un arma.

—Puede irse en cualquier momento, querido Schneemann. No le guardaré ningún rencor.

—No, no.

Schneemann se desplomó sobre la silla.

—Por Dios, Wadzek, no se le ocurrirá disparar a cualquiera que pase por aquí. No lo dirá en serio.

—Dios quiera que le dé a la persona correcta o a algún miembro de esa panda de canallas; y si me equivoco, que vayan a pedirles cuentas a ellos. —Golpeó la viga con la culata y prosiguió—: Dios quiera que venga Rommel en persona, cojeando con su bastón, y que le acierte en las entrañas. Tras esta noche solo quedarán sus restos, se lo aseguro.

La culata volvió a golpear el techo con tanta fuerza que el arma se disparó, produciendo un silbido y una detonación que hicieron temblar el desván con un eco y un estrépito a los que siguió un silencio no menos aterrador.

Schneemann gimió.

—Wadzek, oiga, Wadzek, ¿se ha hecho daño?

Siseos desde lo alto.

—No haga ruido. Se ha oído. No se asome por el tragaluz, agáchese.

—¿Vienen con alguna luz?

—Dos perros, un perro y una mujer. Es un carro de mano.

—Aquí la gente está acostumbrada a los disparos. En el parque de Jungfernheide hay furtivos.

—Un cartucho menos. Nada grave. Tenga, sujete la caja y vaya dándome munición cuando se la pida. Que no se le caiga.

Al cabo de un cuarto de hora, Wadzek susurró anhelante:

—Ojalá viniera el gendarme. A veces me parece que hay algo que brilla debajo del árbol.

Y, en efecto, cuando Schneemann ya estaba pidiendo permiso para dejar a un lado la caja porque los dedos se le dormían, se produjo un movimiento en la parte de abajo. Primero, un ser negro se deslizó en solitario hasta la zona que había delante del árbol, entre éste y la casa, y regresó de inmediato a la profunda oscuridad que se abría bajo el olmo. Poco después, otra persona apareció lentamente, como patitiesa, en el espacio intermedio, donde permaneció un rato; era imposible distinguir lo que hacía; parecía dar vueltas en un mismo sitio, luego volvió a esconderse bajo el olmo con el mismo paso pesado.

Una vez sucedido esto, Wadzek se agachó.

—Deme dos cartuchos.

Schneemann:

—¿Qué ocurre? ¿Puedo mirar?

—Traman algo. No haga ruido.

Abajo apareció la pequeña figura del principio; ahora no se deslizaba rápidamente, sino que parecía sujeta de algún modo por la parte de atrás; arrastraba algo. Era una cosa negra que no se acababa nunca, y al final de ese objeto largo y negro marchaba otra persona, más grande y patitiesa. En cuanto esta hubo abandonado la zona próxima al olmo, Wadzek gritó, como dando una escueta orden:

—¡Alto ahí abajo! ¡Alto! ¡Uno, dos... tres!

En ese momento, la pareja unida por aquel objeto negro estaba justo debajo. Al segundo grito, el elemento de unión cayó estrepitosamente, y la figura más pequeña retrocedió a toda prisa; la más grande la siguió un instante después. En el momento en que daba media vuelta y se dirigía hacia el olmo, Wadzek, que ya tenía el arma apoyada en la mejilla, disparó. ¡Bang! ¡Bang! Dos disparos muy seguidos. El objeto negro que habían transportado permaneció inmóvil. Dos gritos agudos seguidos de graznidos, chillidos, crujidos y ruidos, como si una bandada de grandes pájaros alzase el vuelo batiendo las alas.

Wadzek bajó torpemente de la viga frotándose la rodilla. Estaba muy serio; colgó la escopeta de un gancho, le quitó a Schneemann el paquete de munición, lo puso encima de la viga, y abrazó al gordinflón sin mediar palabra.

—¿Le ha dado? —le susurró al oído el que era presa de los nervios.

Wadzek se agarró al gordinflón en silencio; luego dijo:

—Seguramente. Ya lo ha oído... Le agradezco que no se haya marchado, como mi mujer. Deme la mano.

Schneemann sintió los dedos gélidos del bajito.

Wadzek prosiguió:

—Me he quedado tieso ahí arriba; no puedo correr con ligereza. Abra las puertas de abajo de par en par, las principales y las del jardín; rompa los cables, córtelos.

Schneemann suplicó:

—No puedo, no puedo.

—Debe hacerlo; baje tranquilamente. Todo ha terminado. La cizalla está en su habitación.

El gordinflón se dejó empujar. Se dio de cabezazos contra la escalera y dejó el brazo izquierdo colgando por fuera de la barandilla. ¡La casa, la casa! Todas las puertas, todas las esquinas, todos los peldaños estaban en su contra. Aquello era una gran cueva habitada por fieras ociosas. La cizalla se podía abrir y cerrar; cuando fue a cortar los timbres, los cables querían morderle, pellizcarlo, darle dentelladas en la mano, pincharle en el pecho. Solo tenía que apretarlos rápidamente y cortar. Después, con la cizalla en el bolsillo, abrió la puerta de atrás y la puerta principal; a cualquier trozo de madera que se moviese le propinaba un golpe, cuyos efectos se quedaba luego mirando. En la puerta delantera cerró los ojos nada más ver el objeto largo y extendido. Aguantó solo un segundo; luego sintió un temblor tan elemental que subió al desván dando tumbos, abrazándose a la barandilla peldaño tras peldaño y pellizcándose la cara. Wadzek bajaba casi rodando. Traía algo en la mano.

—Tengo dinamita, Schneemann; la pondré en el sótano; la mecha estará arriba, a la entrada, a mano izquierda. Cuando vayan a entrar en casa, primero los dejamos pasar y después... se enciende la mecha. ¿Lo ha entendido? Primero, dejarlos pasar. Todos juntos por los aires.

Siguió rodando escaleras abajo.

Al cabo de cuatro minutos se encontraron en la puerta del desván. Wadzek la dejó abierta.

—No —sollozó el gordinflón—, no debería haberlo hecho. No, Wadzek, conmigo no. Debería conocer lo suficiente a las personas como para saberlo. No solo es...

—¿Qué, querido Schneemann?

—No solo es un crimen contra quien está allí abajo, sino también contra mí. Cargaré sobre mi conciencia haber vivido esto hasta el día que me muera.

—Domínese, Schneemann, por Dios, sea valiente. Vendrán dentro de un minuto. ¿Cuánto tiempo cree que le queda de vida?

—Ni en sueños lo habría imaginado.

—¡Valor! Míreme.

—Quédese a mi lado, siempre a mi lado, querido Wadzek. Sea un amigo de verdad. Querido Wadzek, está en deuda conmigo. Sabe perfectamente lo que he hecho por usted. Dios santo, es algo sobrehumano.

El bajito lo agarró del brazo.

—Nunca olvidaré estas horas.

Entonces, algo le obligó a arrodillarse; Schneemann hizo lo propio a su lado, ante la puerta fantasmagórica del desván. El bajito se puso a rezar en voz alta, con las manos juntas, por encima de la cabeza.

—Señor, te lo ruego. El momento me ha llegado, yo no lo he querido, tú me lo has enviado. Así lo acepto, mi Dios.

Pronto estaré junto a ti. La victoria es mía. Sé misericorde, ayúdame. Acompáñame.

Tirado en el suelo, Schneemann gimoteaba. Wadzek le quitó la linterna y la encendió. El círculo de luz blanca comenzó a oscilar ante ellos, en el pasillo; lo siguieron a lo largo de la escalera. Abrieron la puerta de la habitación arrasada de Wadzek. El fabricante encendió un candil y lo puso encima de una silla situada tras él, junto a la ventana. Schneemann se percató del brillo de los ojos de Wadzek cuando éste susurró:

—Hermano, convéncete, ¡lograremos pasar!

Abajo empezó a haber más movimiento. Alrededor del olmo poco a poco fue congregándose gente que se ponía a discutir; señalaban hacia arriba, hacia la casa, y esquivaban el objeto negro tirado en el suelo. Primero brilló el casco de un guardia, luego fueron dos. Wadzek permanecía visible junto a la ventana, iluminado desde atrás.

—Mire —dijo con el rostro resplandeciente a Schneemann, que estaba pegado al dorso de la cama con los brazos cruzados.

El absorto no reaccionó.

—¡En guardia, Schneemann! Vamos a recibirles.

Uno de los guardias gritó desde el pasillo:

—¿Quién anda ahí? ¿Quién ha disparado?

Susurros:

—Dejemos primero que entren todos, todos; que las moscas vengan a la miel, ¡ji, ji!

Una voz retumbó en la escalera:

—¿Quién anda ahí? ¡Identifíquese!

El fabricante cogió a su amigo de la mano. Mientras tarareaba «Yo tenía un camarada», bajaron peldaño a peldaño a ritmo de marcha fúnebre. El bajito gritó tranquilamente, por encima de la barandilla:

—¡Yo he disparado! ¡Lo hemos hecho juntos! ¡Adelante, caballeros! ¡Pasen ustedes! ¡Acérquense, dejen la puerta abierta! —Una vez abajo, repitió con voz seductora y ávida—: Pasen ustedes. Hay mucho sitio, sitio para todos. En Reinickendorf el suelo es barato. Vayan pasando, no hace falta que empujen. Ahora mismo enciendo la luz y verán estupendamente. Estoy a punto de llegar al interruptor. Pasen. Me alegro de verles. Aquí se está muy a gusto. —Y añadió con un gesto de lealtad hacia el guardia—: Nosotros dos. Ya sabe quiénes somos.

El guardia exclamó:

—¡Así que son ustedes! ¿Llevan consigo alguna identificación?

—Sí, si es que aún hiciese falta.

El gordo recibió un empujón de Wadzek.

—¡Al sótano!

Tuvo que empujarlo con tanta fuerza que Schneemann se tambaleó hacia un lado.

Wadzek continuó engatusando a aquellos hombres en solitario, lo hacía con deleite, sed de venganza y odio. Después se apartó hacia la entrada del sótano siguiendo a Schneemann.

—¡Adelante, Schneemann! —lo apremió dándose la vuelta—. Ya hay bastantes dentro. Es suficiente.

Los guardias que encabezaban el otro grupo ya habían alcanzado a Wadzek. Estando pecho contra pecho, Wadzek levantó las manos, los brazos, y exclamó:

—¡Caballeros, caballeros! No es necesario que me pongan la mano encima. Soy el dueño de esta casa. Ahora mismo me identifico. Enseguida lo comprobarán. — Wadzek los taladró con una mirada sarcástica, brincó y sonrió, aunque ya lo tenían sujeto por la parte de arriba. Pataleó y gritó furioso—: ¡Schneemann, no puedo defenderme! ¡El pasillo está lleno de gente!

El primer guardia, sin dejar de apuntar con la linterna a los pies de Wadzek, gritó:

—¡Al fondo hay otro que intenta escapar!

Pero Schneemann estaba tumbado a la entrada del sótano, junto a la mecha, mirando hacia delante. Con una mano sujetaba la puerta, que insistía en cerrarse, y con la otra manipulaba la mecha. Pero en lugar de prender, el hilo descansaba sobre algo mojado, y ese algo mojado era la boca de Schneemann. El gordinflón estaba medio inconsciente, y solo pensaba en evitar caer al sótano. Podía resbalar fácilmente, pues la mayor parte de su cuerpo colgaba sobre la escalera. Entonces tuvo la oscura intuición de que pronto resbalaría, de cabeza, hacia la oscuridad, hacia la dinamita. Se levantó con gran esfuerzo, más arriba, y resopló horripilado, presa de la desesperación, como quien está tumbado bocarriba, tiene una pesadilla y no logra levantarse. Con el brazo izquierdo golpeó la puerta, empuñada en cerrarse hacia donde estaba él.

Entretanto, Wadzek fue detenido muy cerca de la puerta del sótano; él se dejó hacer tras pasear una mirada triunfante y llena de odio entre el grupo de personas que ocupaban su pasillo y los muchos que venían empujando por detrás. Fueron arrastrándolo entre aquella masa de gente apelonada. El guardia que iba tras él se agachó, agarró a alguien de la bota y tiró de ella.

Solo cuando Wadzek oyó los gruñidos, quejidos y gimoteos de Schneemann se puso a gritar, forcejeó con el guardia y retrocedió, abriéndose paso a la fuerza. Invadido por el horror, se liberó de sus ataduras como si de un gigante se tratara, sacudiéndose y revolviéndose en todas direcciones.

—¿Qué están haciendo? ¿Qué es lo que hacen? ¡Suéltense, solo un segundo! ¿A

quién están poniendo la mano encima? Ese hombre no les ha hecho nada. Déjenlo en paz, ¿qué les ha hecho? Déjenlo; está borracho; solo iba al sótano a por algo de beber. Es mi invitado. Suelten a Schneemann, se lo ruego, se lo suplico. Ese hombre no es ningún peligro. Ésta es mi casa. —Estaban uno junto a otro—. ¡Schneemann! —gritó Wadzek; gritó y sollozó, agarró al gordinflón por el hombro, trató de leer en su rostro, se deshizo de los guardias y cayó de bruces sobre las baldosas. El gordinflón gimoteaba y mantenía la cabeza gacha. Wadzek temblaba desde abajo, gritaba y sollozaba—: ¡Ay, ay! ¡Mi vida, mi vida!

Lo pusieron de pie. Schneemann se tambaleaba entre los brazos de los guardias; el gordinflón se alegró de no haber caído de cabeza al sótano; estaba agradecido por que le hubieran ayudado a levantarse; miraba a su alrededor y no oía nada más. Un guardia los fue empujando con el brazo inclinado. Wadzek, inerte, se quedaba quieto y luego se volvía a dejar empujar. Schneemann no decía ni palabra, los pantalones le arrastraban. La gente que estaba en la casa había salido y formado dos filas de gritos en la parte delantera del jardín. Los guardias que los escoltaban tuvieron que tirar fuertemente, con los dos brazos estirados, para mover de la puerta a un Wadzek apagado que giraba la cabeza y levantaba el dedo y a la mole insumisa de Schneemann.

Los encasquetados marchaban por la negra calzada flanqueando a los detenidos. Tras girar a la izquierda y rodear la casa, los cuatro cruzaron al otro lado. La gente se apretujaba y los empujaba por todas partes.

Cuando llegaron a la Scharnweberstrasse, donde empezaban los edificios nuevos, Wadzek se estremeció.

—Por Dios, Schneemann, ¿qué hacemos aquí? ¿No ve lo que está pasando?

Wadzek gesticuló con el dedo en alto. El guardia de la derecha dio una voz y agarró al fabricante por el brazo. El bajito se dio la vuelta, balbuceó:

—Pero hombre, ¿qué se ha creído? Hombre, yo... yo... Cómo se atreve a interrumpirme... ¿Qué ha ocurrido, Schneemann?

Veinte pasos más tarde, Schneemann por fin lo soltó:

—Yo... No tenía cerillas. No... no las encontré.

—¡Pero si las llevaba encima!

Wadzek escrutó a su amigo con una mirada de desconcierto y desesperación. Uno de los guardias se interpuso entre ambos. El bajito dijo con voz ronca:

—Schneemann, por el amor de Dios, ¿qué le ha ocurrido?

El otro caminaba como si fuera un saco.

Los golpes y agarrones que sufría por el lado izquierdo despertaron la ira de Schneemann. Con rabia y asco retiró el brazo de su acompañante. Wadzek se balanceaba con la cabeza colgando, ensimismado; los zapatones de Schneemann golpeaban la acera de granito produciendo un ruido agudo y reverberante. Ambos se

miraron bajo el pequeño candil del descansillo. Wadzek respiraba con fuerza, y se llevó la mano a la garganta: ¡aquél no era su camarada!

Tuvieron que esperar media hora en comisaría, ambos sin sombrero ni chaqueta, hasta que por fin apareció alguien. Era una habitación moderadamente grande, iluminada por una sola llama de gas amarilla, con un mostrador y una estantería, como si aquello fuera una oficina. Tras el mostrador estaban sentados dos guardias que conversaban en voz baja mientras se enseñaban el uno al otro hojas de cuchillo y el dije de una cadena de reloj. Wadzek se puso a cavilar. Podría escabullirse fácilmente por la puerta; los guardias no les prestaban atención.

Los agentes se levantaron de un respingo. Un teniente bajito tropezó con el umbral dando un bostezo, y sonrió al guardia de más edad.

—Vaya, me han pillado en el momento justo. ¿Qué ocurre?

El guardia presentó su informe bien cuadrado, pero en voz baja. El teniente se sentó a la mesa mientras asentía. Dejó el casco en la silla que estaba al lado, la colilla en la boca, y no se quitó los guantes marrones.

—Así que ustedes son Wadzek y Schneemann, ¿verdad? Wadzek y Schneemann. ¿A qué se dedican? ¿En qué trabajan? Los dos sin chaqueta, así que in fraganti.

El fabricante con voz ronca, letárgico:

—El nombre de Rommel se lo dirá todo.

—Así que trabajan para Rommel. Podemos comprobar el dato.

—Caballero, no hagamos teatro. Sabe perfectamente, tan bien como yo, quiénes somos, de qué se trata, etcétera.

El teniente lo miró de soslayo con una sonrisita.

—¿Eso cree? Entonces no hay ningún problema, pero explíquemelo de todos modos, solo para asegurarnos.

—Lo que acaba de ocurrir no ha sido más que un juego con cartas marcadas que domino a la perfección, como puede ver. Este hombre que está a mi lado me ha dejado en la estacada. Y ustedes... Ustedes ni siquiera se han atrevido a acercárseme.

—¿Cómo? —El teniente dejó caer la pluma y miró a los guardias, esperando una respuesta.

El de más edad se cuadró y respondió:

—¡A sus órdenes! Detuvimos a los dos sin mayor esfuerzo. Además, ellos mismos se entregaron.

Wadzek con voz sorda, moviendo la mano:

—Voluntariamente, voluntariamente. Había que evitar un escándalo. Dejaron que nos acercásemos, sabían que actuaríamos. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

El teniente, muy indignado:

—¡Déjese de monsergas! Si están ustedes borrachos, váyanse ahora mismo por donde han venido.

Wadzek escuchaba con la boca abierta; al cabo de una pequeña pausa, mientras el teniente expulsaba el humo con la mirada clavada en ellos, Wadzek dijo a Schneemann en voz baja:

—¿Sabe qué? Ese Rommel me produce auténticas náuseas.

El gordinflón respondió de brazos cruzados, temeroso y suplicante:

—No pienso rendirme. Ahora no.

Aquello no era una forma de hablar. Presa del miedo y la desesperación, Schneemann se encogió y se quedó rígido como un palo.

El teniente dijo:

—Vamos a ver. Se supone que la casa es suya. ¿Desde cuándo vive ahí? ¡Si está cayéndose a cachos!

—No tengo intención de responderle. Caballero, aquí hay millones en juego. Todo lo que ha ocurrido y lo que está por llegar es una señal, un faro en el horizonte. Esos míseros disparos contra el olmo significan algo. ¿Acaso cree que no respeto la vida de una persona? ¡Soy un ciudadano honorable!

—Lo que quiere decir es que ha disparado por un motivo concreto, distinto al que nosotros creemos. Elmm. ¿De quién es la escalera? Porque... había una escalera, ¿no?

El teniente interrogó con la mirada al guardia de más edad; éste se llevó las manos a la costura del pantalón.

—¡A sus órdenes! Una escalera. Al parecer, uno de ellos arrastró la escalera y la sujetó mientras el otro trepaba al olmo con la pistola. Después, los transeúntes que paseaban por la calzada se acercaron y observaron a distancia lo que sucedía.

—Continúe —ordenó el teniente.

—¡A sus órdenes! Los pájaros siempre se posan en grupo sobre determinados árboles. Uno de los dos lleva la red y la lanza sobre la rama en cuanto ve las aves; los pájaros salen volando y se tira del nido.

—Querrá decir del hilo. Y entonces, ¿qué hace con la pistola?

—¡A sus órdenes! Si lleva muchas redes, puede distribuirlas tranquilamente entre las distintas bandadas. Luego tiene una cuerda larga, dispara al aire y tira de ella haciendo que las redes se cierren.

—¿La pistola es de fogueo?

—¡A sus órdenes! Suele serlo.

—A ver, enseñemela, ¿dónde está?

—Estos tipos no quieren soltarla. Corrieron a esconderse en la casa. Las redes todavía cuelgan del árbol. Con las prisas, ni siquiera cerraron las puertas.

El teniente, con voz nasal y humeante:

—A ver, díganme una cosa: ¿ustedes hacen esto a menudo?

Wadzek miró con desprecio al guardia de más edad.

—No disparé a los pájaros, sino a las dos personas que se aproximaban. ¡Qué fastidio tener que escuchar tanto disparate!

—Tranquilo, mequetrefe, que no está usted en su casa. Así que quería disparar a las dos personas que se aproximaban. Esto... ¿lo confiesa usted aquí y ahora?

—Sí, señor.

—¿Ante testigos?

—Sí, señor. Tanta preguntita resulta ridícula, porque usted no entiende nada. No pretendo afirmar taxativamente que fuese a asesinarlos, pero sí quería mostrar al mundo entero la gravedad implacable e irreductible de unos hechos que ni siquiera logran que la idea de atentar contra otros seres humanos me amedrente.

—Ya era hora. ¡Tiene usted más labia que un diputado! Mira que le pone empeño. ¿Se puede saber qué le han hecho?

—Es una señal, una chispa incendiaria.

—Un faro en el horizonte —murmuró el teniente mientras escribía—, pero usted no guía a nadie.

—Mi teniente —dijo el guardia más joven—, no hay ningún herido. Tampoco hemos encontrado restos de sangre en el lugar de los hechos. Solo la escalera.

El que escribía hizo un gesto despreciativo.

—Ya lo sé. Es todo un disparate.

—Caballeros, ¿saben ustedes que esto que pone aquí puede interpretarse como un verdadero intento de asesinato u homicidio? ¿Eh?

Schneemann se despertó y trató de recomponerse.

—¡Sí, un intento de asesinato! ¡Eso es! Y quien afirme que no ha habido heridos que... que venga y lo demuestre. Wadzek sabe disparar y apuntó bien. ¡Llame a la brigada de homicidios! Que instruyan el atestado. Dé al asunto la importancia que se merece. Que venga el señor Von Treskow, el jefe superior de policía, los dos forenses, ¡por favor!

Schneemann se acercó al teniente.

—¿Qué quiere? —preguntó éste.

Schneemann levantó el pulgar.

—Tómeme la huella. Mídame.

El teniente le clavó la mirada, negó con la cabeza y dijo muy serio:

—Se refiere a Bertillon^[11].

Dejó la pluma sobre la mesa y se acomodó en la silla.

Wadzek, que no paraba de temblar, castañeteaba los dientes y parecía a punto de desplomarse, dirigió al policía una mirada punzante y retadora.

El miedo de Schneemann se mezcló con nuevas sensaciones.

El gordinflón hablaba en alto, sin sentido y con voz gutural. No le importaba la impresión que pudiese causar a aquellos funcionarios. Estaba en éxtasis por haber

salido de aquella casa, en éxtasis por avanzar ruidosamente hacia una certidumbre: ya viene, ya viene, ahí está. Era un torbellino de sentimientos encontrados; se alegraba de la presencia de los guardias y de su cercanía, lo habían sacado de la casa, lo habían arrancado a la fuerza de Wadzek, la dinamita y esas cosas de Stettin que lo consumían, ¡ah!, pero era una fuerza cariñosa. Quería conquistar a Wadzek, demostrarle quién era él, cómo plantaba cara y hablaba con valentía. Lo que sentía por dentro era: pronto, pronto estaré en casa..., y daba las gracias a todos... Las rodillas le temblaban.

—¡Hermano, hermano! —balbució dirigiéndose a Wadzek mientras le apretaba la mano, sus ojos daban vueltas y ardían sin ver nada.

—¿Qué es lo que quiere? —le gritó el teniente.

—Un telegrama. —Schneemann dio un puñetazo en el mostrador—. La brigada de homicidios.

—No golpee la mesa. Esta madera es muy frágil.

—Un telegrama destinado a los principales diarios, a las revistas políticas y técnicas más importantes.

—¿Y qué quiere que ponga?

De repente fue Wadzek quien tomó la palabra, contagiado por el gordinflón; con voz ronca gritó entre medias:

—Conoce de sobra el procedimiento. Ya ha oído lo que ha dicho este señor.

—Saldrá a primera hora en el *Generalanzeiger*.

—Le daré algunas indicaciones, ya que usted no sabe de qué se trata. Es la lucha del individuo contra el monopolio, contra el sistema de *trusts*. Permítame volver al desván a recuperar las armas.

—Eso mañana.

—Esa escopeta será muy importante. Se pensará en ella y será recordada, sin duda. Se expondrá en un museo etnológico.

—Y lo próximo es que usted se haga el salvaje. Pliemer, compruebe qué ha bebido esta gente. ¡El sistema de *trusts*, dice! ¡Es la monda!

—¡Abra la boca! —ordenó Pliemer al bajito.

Wadzek se echó hacia atrás.

—Pero ¿qué hace? ¿Qué le pasa a mi boca? ¡El arma está en el desván!

—Sujételo, Kurgeweit.

El otro guardia cogió las manos de Wadzek y las mantuvo sujetas mientras el tal Pliemer, un individuo de pobladas cejas negras y boca gritona, lo agarraba por detrás y pegaba su rostro al de Wadzek. Mientras tanto, el teniente se acercó a la ventana, corrió la cortina y dio varios y sonoros bostezos.

—Seguro que éstos también trafican con tabaco, si no, a qué tanto hablar de *trusts*.

Pliemer preguntó malhumorado:

—A ver, ¿ha tomado menta o ajo? —Hincó el pulgar y el corazón en las mejillas de Wadzek, la mandíbula se soltó de golpe, y Wadzek abrió la boca. Después, mientras lo liberaba, le propinó un ligero rodillazo lateral en las posaderas—. Querido amigo, ni se le ocurra decir después nada que no pueda demostrar. Por ejemplo, que le he golpeado. Como mucho puede caerle algo por desacato a la autoridad. Así que... Vuelva a cerrar la boca. —Pliemer se acercó a Schneemann, que lo repelió soplando a ráfagas, como si fuera un ventilador; sed de venganza racheada.

Los dos guardias se cuadraron ante el teniente, que permanecía cara a la ventana.

—Negativo, mi teniente. ¡A sus órdenes! Nada que reseñar.

—Bueno —transigió el teniente guiñando el ojo—, es igual. Estoy seguro de que trafican con tabaco. Por cierto, ya es la hora. Hasta aquí, asunto aclarado. —Tras susurrar algo a Pliemer recogió el casco y los guantes.

Wadzek se dirigió a él desde la pequeña puerta que separaba el espacio donde estaban retenidos; gritó tanto que su voz se volvió átona.

—¡Exijo, le demando aquí y ahora, sin dejarme intimidar por sus rudas maneras, que abra una investigación en toda regla! ¡Vivimos en un Estado de derecho! ¡Es su deber interrogarme y comunicarme de qué se me acusa!

El teniente lo apartó.

—Así sea, el guardia ya ha recibido instrucciones. Usted deje que su faro siga alumbrando.

Wadzek, completamente desquiciado por el odio, se colgó del joven oficial y le tiró de la manga.

—¡No acepto a estos subordinados! ¡Exijo que venga la brigada de homicidios! ¡Que se lea en voz alta la orden de busca y captura emitida contra mi persona! ¡No permitiré semejante ofensa! ¡Tendrá la respuesta que se merece! ¡Quiero saber, exijo conocer la gravedad de las heridas de ese hombre u hombres! ¿Un disparo en el brazo, en la pierna o dónde? ¿Están vivos? ¿Quiénes son? ¿Los ha enviado Rommel? ¿Está él con ellos?

Wadzek no oyó el «Vaya por Dios» del teniente y, ofuscado por la idea, fruto de la embriaguez de la venganza, de que podría haber disparado al propio Rommel, gimió:

—¡Muéstreme al herido, no me oculte la verdad! ¿Lo ve, Schneemann? ¡Mire cómo callan! ¡He dado en el blanco, allí estaba, Jakob Rommel estaba con ellos, ese batracio asqueroso!

El teniente soltó la manga de una sacudida, expulsó el humo una vez, guiñó el ojo y sonrió.

—Lo hace bien, ¿verdad, Pliemer? Todo a su tiempo, todo se tramitará y se hará correctamente, chicos. Ahora bien, como me arranque los botones se las verá conmigo. Sí, señor. Y entonces se acabaron las bromas. Así que ya sabe...

Se dirigió hacia la puerta. Schneemann, el gordinflón, volvió a envalentonarse y se adelantó al teniente.

—Disponga usted todo lo necesario, señor teniente, pero no nos haga esperar mucho. Exigimos nuestros derechos. Si tiene un caballo, móntelo y cabalgue, porque es urgente; somos sus prisioneros. Cumpla la obligación que tiene con nosotros; nosotros le obedeceremos y esperaremos en nuestras celdas.

—Muy bien, háganlo —respondió el teniente con indiferencia, se llevó un dedo al casco y salió de la habitación.

—¿Cuándo? —preguntó Wadzek dando un golpe encima de la mesa; su cerebro era un auténtico caos.

—¿Cuándo qué?

Pliemer y Kurgeweit regresaron a sus puestos, junto a las mesas.

—¿Cuándo volverán el teniente y los demás?

—Pues el martes de Pascua aproximadamente. Mire, mequetrefe, acabemos con esto de una vez y lárguense. Sabemos quiénes son. Kurgeweit, ¿está listo el informe? Compruébelo, está encima de su mesa.

Schneemann agarró a su amigo por detrás.

—Nos quedamos aquí, Wadzek; aguantaremos hasta el último minuto. Y si se hunde el mundo, nuestro sacrificio y nuestra renuncia no habrán sido en vano.

El bajito mascaba con violencia, miró enfurecido a los guardias, acompañado por Schneemann se alejó dos pasos de la barrera, y dijo:

—No nos dejan intervenir. Lo tienen todo perfectamente calculado, no lograremos salir. ¿Quiere que le diga una cosa. Schneemann? El teniente no va a volver. Se lo digo muy en serio. Ése se ha ido a dormir y punto. Nos toma el pelo, ese tipo nos está tomando el pelo.

—Se han deshecho de los heridos.

—No le quepa la menor duda. ¡Dios santo, no puedo remediarlo! Aunque hubiese habido un muerto, no nos enteraríamos. Y todo para que no intervenga el Estado de derecho.

—Pero usted apuntó bien, lo vi con mis propios ojos.

—Lo que había en el suelo era una víctima, no una escalera. Nos están amordazando.

Wadzek, desesperado, apoyó la cabeza en el hombro de Schneemann. Éste se lamentó a gritos frente a los guardias.

—¿Dónde están los que se encontraban bajo el árbol? Sí, señor, los que recibieron los disparos, ¿adónde los han llevado? Ustedes no son quiénes para disponer de ellos.

Pliemer siguió escribiendo y respondió:

—Tú, bocazas, no grites; espera a que te pregunten. Si es que tengo razón... —dijo dirigiéndose a Kurgeweit.

—No perdamos más tiempo... Los datos están bien, ¿no?

Pliemer se levantó haciendo ruido.

—A ver, os hemos cerrado el negocio. Y olvidaos de las redes. La pistola iremos a recogerla mañana, que no va a salir por pies.

Wadzek gimoteó en voz muy baja; su rostro, vacío.

—Yo ya no entiendo nada.

—Por cierto, el teniente ha dicho que trafican con tabaco. ¿Qué hay de eso? ¿Y qué hacen con los pitillos cuando los pescan? ¿Para quién son? ¿Cuánto os lleváis por cada uno? Por los pájaros, quiero decir...

Kurgeweit dibujó una amplia sonrisa y golpeó a Pliemer en el costado.

—Estos chanchulleros no soltarán prenda.

—Lo sé. Solo era una pregunta rutinaria.

Wadzek se recompuso y se acercó a la mesa; adelantó la mandíbula inferior y dijo furioso:

—Busque en su registro por la W. Orden de busca y captura a mi nombre.

Pliemer abrió mucho los ojos, silbó, ladeó la cabeza y, al momento, sacó un montón de archivos de la estantería marcada con la W. Enseguida empezó a jugar con ellos.

—¿Así que W-a? ¿Wadzek? ¿Sabe qué? Hablando en plata: se va a llevar un buen guantazo como piense que estoy majareta. Y ahora largaos, hermanitos. ¿Usted qué dice, Kurgeweit?

El guardia más joven miró varias veces a aquellos dos, algo inseguro, y se dispuso a hablar.

—La cosa parece ir así: estos dos quieren hacerse los importantes. Se creen mejores... Lo que pretenden es... —se dirigió a Schneemann y abandonó la mesa— que la historia se sepa en Reinickendorf. Quieren salir en los periódicos. Señores, si quieren algo, pídanmelo directamente a mí, que se lo consigo bajo cuerda. Aquí al lado está la sucursal del *Generalanzeiger*; el delegado es de mi compañía. Yo me encargo. Mañana publicarán todo lo que deseen.

Wadzek se desplomó sobre la silla.

—Aquí no hay ninguna orden de busca y captura. Ni siquiera eso. Tengo que volver a Berlín.

Schneemann le preguntó al amable guardia si Reinickendorf pertenecía a Berlín. Kurgeweit lo negó muy orgulloso.

—De eso nada, somos un municipio independiente.

—A Berlín. Nos obligan a humillarnos. ¡Ni siquiera la orden de busca y captura, Dios santo, qué barbaridad!

Kurgeweit los señaló con el pulgar.

—Están realmente chiflados.

Pliemer rio con sorna.

—A ver, hermanitos, ya podéis marcharos. Lo habéis pillado, ¿no? Y nada de recuperar las redes.

Los dos estaban de pie, delante de sus sillas. Pliemer, con el casco puesto, cerró de golpe la pequeña puerta.

—A ver, ¿qué pasa? Conmigo lo tenéis crudo. Si digo que nada de redes, es que nada de redes.

Wadzek se dirigió a la puerta. Recorrió la habitación con la mirada una vez más.

—Los siglos venideros verán esto con otros ojos. En Alemania se puede incluso matar con tal de no agredir al señor Rommel. —Wadzek forcejeaba con la puerta—. ¡El cadáver! ¿Dónde está el hombre al que he asesinado?

Schneemann quiso darse la vuelta para adoptar el mismo tono, pero en ese preciso momento, primero él y luego Wadzek recibieron un golpe en mitad de la penumbra que lanzó a Schneemann contra la escalera y a Wadzek contra Schneemann. Pliemer gruñó.

—¡Andaos con ojo, hermanitos, no sea que os pille el Espíritu Santo!

Esa noche Schneemann durmió en la habitación de la señora Wadzek. El fabricante le había pedido que permaneciese a su lado, con la puerta abierta. A las cinco de la mañana, el bajito despertó al gordinflón; los dos tenían hambre, así que se prepararon para salir. Sin haberlo acordado, coincidieron en el descansillo con el sombrero puesto. Aunque había dormido profundamente y se movía con una frescura asombrosa, Schneemann contó que no había pegado ojo, pues esa noche por fin había entendido que Reinickendorf era un punto muerto para ellos. Wadzek, con los ojillos cansados, gris y envejecido, se metió las manos heladas en los bolsillos. Irían a Berlín a tomar café. Wadzek preguntaría por la denuncia de Rommel y demás en la primera comisaría que encontraran. Él mismo se entregaría sin más dilación. No se miraron. Ni una palabra sobre la traición de Schneemann. Wadzek cerró con llave. Pasaron en silencio por delante del olmo. Después, más allá del restaurante, el bajito le preguntó a Schneemann si estaba convencido de que había disparado a alguien. El gordinflón dijo algunas cosas mientras avanzaba dando zancadas; calificó el proceder de la policía como apropiación indebida: podría considerarse un robo, pues la existencia de un muerto o un herido les daba cierta ventaja. Wadzek mantenía el rostro vuelto hacia el otro lado. Al cruzar la primera calle, Schneemann vio cómo de los ojos del bajito se desprendía una lágrima tras otra, y cómo la nariz comenzaba a teñirse de rojo. Caminaron y caminaron hasta llegar a la Oranienburger Tor. Tomaron un café en el Café Stern. Mientras el otro esperaba, Wadzek corrió a la comisaría de la Elsasser Strasse. Al cabo de diez minutos escasos regresó arrastrando el paso y, sin mediar palabra, se sentó a la mesa de mármol. Schneemann sintió que aquél era un buen día,

y no quiso profundizar en la pesadumbre de su amigo. Tras mirar varias veces al gordinflón, el fabricante cogió un diario del sofá contiguo y escribió unas palabras al margen. Schneemann leyó:

«No hay ninguna denuncia contra nosotros. Ninguna orden de busca y captura».

También Schneemann estaba demasiado conmocionado como para articular palabra. Buscó los ojos del bajito. Ni siquiera vio que éste se había derrumbado. Schneemann se levantó de un salto y, en mitad del local, abrazó a su amigo inmóvil, como paralizado.

—¡Wadzek, Wadzek! —Profirió verdaderos gritos de alegría—. ¡Voy a llamar a mi mujer!

Corrió entre las sillas y dio unos golpecitos en la espalda a un camarero. Ya de regreso, le preguntó al bajito si era verdad; éste asintió y, por un instante, mostró a su amigo una mirada y un rostro petrificados. Schneemann estaba imparabile; tras pedir disculpas a Wadzek y correr hacia la puerta, la mala conciencia le hizo regresar junto al bajito para presentarle las mismas excusas mirándolo sólo de reojo; dentro de una hora estaría en casa de Wadzek. Se había marchado.

LIBRO TERCERO

**POR LOS SUELOS Y
HECHO TRIZAS**

Wadzek entró en su casa vacía. El buzón de la puerta estaba atestado de postales y cartas. A las diez, mientras estaba sentado tranquilamente en el sofá, alguien manipuló la cerradura. La puerta se abrió; se escuchó un grito en el pasillo. Su mujer estaba en el umbral, resollante y gigantesca. Como Wadzek aún tenía el sombrero puesto y no respondió a su saludo, ella corrió rápidamente hacia la puerta y la cerró con llave. Se alegró de aquel recibimiento, pues a partir de entonces, su mal humor estaría totalmente justificado.

Dejó abierta la puerta de la cocina y se puso a trajinar pesadamente entre el fogón y la alacena. Las placas cayeron al suelo con gran estrépito y las colgó de nuevo en los ganchos correspondientes con un nerviosismo desmesurado. El agua borboteó del grifo al hervidor. Cuando éste empezó a silbar una vez puesto al fuego, la señora Wadzek, sentada en un taburete próximo a la puerta, estaba girando la manivela del molinillo de café. Los chasquidos, rugidos y crujidos duraron tres minutos. El vapor levantó la tapa. El agua hirviendo fue vertida sobre el polvo marrón que la mujer había volcado en un cacillo cuadrangular pintado de azul. Aquel montón de polvo, el más grande, se acumuló en la base del cacillo tras sufrir cierto vaivén; arrastrado por grandes burbujas, otro montón se arremolinaba en la superficie formando una fina capa, como una ciénaga perforada desde el fondo por el estallido de varias burbujas. La señora Wadzek vadeaba el espacio a empujones, viendo constreñidos sus movimientos por el fogón y la alacena de la derecha y la mesa de la izquierda. Mientras preparaba sus armas, la mujer surcaba incansable el estrecho pasadizo que finalizaba en la ventana y comenzaba junto al taburete. El aire que circulaba sobre el fogón abierto se calentó; el vapor que emanaba del cacillo azul y cuadrangular se expandía. Como colofón a su peregrinaje, la hacedora de café colocó un pequeño filtro metálico en una cafetera tripuda. El cuello de porcelana se había partido y, además, el artefacto se erguía destapado. El conjunto, por tanto, carecía de cierre; su redondez era un buen comienzo, pero insuficiente para guardar el secreto de aquella cafetera. El extracto negro y granuloso fue manando desde su depósito cuadrangular hasta el recipiente tripudo; el filtro protegía la cafetera y capturaba los pequeños grumos como si fuese una red. Los posos se quedaban en el cacillo, donde formaban un fango espeso mientras la cafetera acogía el caldo puro y gustoso y lo abrazaba en su seno.

El salón seguía en silencio. Fue entonces cuando cafetera, tazas, cucharillas, platillos, jarrita de leche y azucarero fueron apilados enérgicamente sobre una ancha bandeja de madera. Sujeta por unos brazos recios, la bandeja quedó encajada en la ranura que separaba el pecho del resto del cuerpo, se apoyó en la tabla ondulante de la tripa y, en esa posición, el café recorrió el pasillo y atravesó las puertas abiertas de par en par hasta llegar a la mesa donde estaba Wadzek, aún inmóvil, con el sombrero ladeado.

—¿Te apetece un café? Pues aquí lo tienes.

La señora Wadzek se sentó y bebió de la taza a grandes sorbos; miró de soslayo a su marido y lo reprendió.

—¿Qué te ocurre? ¿Tienes algo en mi contra? No te quedes ahí sentado con el sombrero puesto. ¡Parece mentira! ¡Ahí sentado con el sombrero puesto!

Transcurrió un buen rato durante el cual deglutió el segundo café y se quemó la lengua, hasta que él dijo en voz baja:

—El sombrero es mío.

Mientras seguía ocupada pensando cómo reaccionar ante ese dato, la señora Wadzek se dio cuenta de que se había quemado. Se dedicó a despellejarse la punta de la lengua tratando de llamar la atención.

—¡Cómo quema! Brrr... ¡Hay que ver cómo están las cortinas! Completamente ajadas. Y las moscas, ¡ay, las moscas!

Él permaneció en silencio. Entonces, sin dejar la taza en su sitio y temblando toda ella, la señora Wadzek rompió a llorar.

—La pobre niña ha desaparecido. ¿Dónde está Herta? No consigo tranquilizarme. Seguro que se muere.

Wadzek alzó la cabeza y escuchó atentamente los ronquidos y el arrullo de aquella mujer.

—De eso nada. No moriréis ninguna de las dos.

—Porque tú nos desprecias, por eso precisamente. Por eso somos así. Y cómo va a ser uno, ¡pobre niña! Ya lo digo yo. No puedo ir contigo a prisión; no puedo.

Un temblor insignificante asomó alrededor de las comisuras de los labios, y las dos suaves arrugas paralelas de las mejillas se prolongaron cuando, finalmente, Wadzek susurró en mitad de aquellos alaridos.

—No es necesario que me acompañéis.

Ella siguió a lo suyo, retiró el pañuelo de la cara y se dirigió lentamente hacia él. Los ojos azules de Wadzek estaban tan clavados en su mujer que aquel rostro se había vuelto impenetrable para ella. La sonrisa anunciadora se había extendido más hacia el mentón; los mofletes se habían elevado; la boca era más ancha y, tras perder su doblez errática, las arrugas, valladares y fosas formaban unos ángulos agudos. Los labios seguían apretados, pero el inferior ya comenzaba a ceder, fruto de la distensión lateral; el rosa pálido de la encía asomaba cada vez más, dos dientes picudos y amarillos se hincaban desde arriba. Frente a él se encontraba el rostro achatado y ceñudo de su mujer, que se puso a gemir adelantando la mandíbula inferior, poblada de pelillos. ¿Acaso iba a esperar allí sentado a los carceleros? Mejor, mucho mejor habría sido hacerlo allá en las afueras, donde nadie les conocía. Debía considerar la deshonra que eso supondría para aquella casa, qué deshonra. La expresión de Wadzek apenas se vio alterada por el gimoteo, pero el creciente abultamiento de su labio

inferior, con los incisivos enraizados, la aparición de unas arruguitas en forma de abanico alrededor de los ojos, de nuevo empequeñecidos, ese abultamiento, esas finas arruguitas y la mirada oculta conferían a su rostro un gesto atroz. Entonces dijo que tenía previsto quedarse allí, en su círculo familiar, hasta que vinieran los carceleros para llevar lo al calabozo. Había decidido romper la alianza con Schneemann. Prefería vivir con los suyos, como debía ser. Pauline y Herta eran sus verdaderas cómplices; todo, todo lo había hecho por ellas, con ellas. Retuvo a su mujer con la mirada.

La señora fue alzándose por etapas, aferrada a la bandeja; resollaba fuertemente por la nariz. Cuando llegó arriba del todo y los brazos se quedaron colgando, bramó:

—¿Y esa cosa dice ser mi marido? —Ante el asentimiento de Wadzek y presa de un ataque de pánico, la mujer chilló—: ¡Pero si no hemos hecho nada malo! Es una burda mentira. ¿Qué hemos hecho? Herta tampoco.

—Tendréis que explicar vuestros actos.

Luchando por recobrar el aliento, con una expresión de absoluta imbecilidad, ella gimoteó.

—Yo... yo...

Él prosiguió, lleno de cinismo:

—Tú sabes perfectamente lo que habéis hecho.

Ella balbució, convenciéndose cada cinco segundos de que aquella visión implacable y escarnecedora era real. Una mirada hacia la mesa le dio una idea. Se abalanzó sobre la bandeja, junio rápidamente las tazas y las jarras, y recogió todos los objetos como si tuviese que ponerlos a salvo de Wadzek. Luego huyó hacia el pasillo abriendo la puerta de un empujón y se dirigió a la cocina. No dejaba de gruñir.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué barbaridad! —Mientras depositaba la bandeja sobre el mantel brillante, miró fijamente cada una de las piezas, cada cuchara, el azucarero, para comprobar que todo estaba a salvo. En semejante compañía permaneció sentada en la cocina, confusa y sorprendida; cerró la puerta con llave y mientras apuraba tristemente el café, murmuró—: ¡Parece mentira! Dios mío, Dios mío.

Media hora más tarde Schneemann llamó a la puerta. Cruzó el umbral vestido con un paleta de verano limpio, de color amarillo, y un panamá torcido. Durante la espera en el rellano había estado más tenso, pero una expresión relajada no tardó en acomodarse en su rostro y así entró en la casa. La señora Wadzek y Schneemann se miraron fijamente mientras él se quitaba el abrigo.

—¿Y a qué viene usted ahora? —preguntó ella con ojos centelleantes. Después lo agarró de la muñeca y lo arrastró hasta la cocina. Quiso forzar un ataque de ira pero, aterrada como estaba, se echó a llorar delante mismo del fogón—. Sois hombres.

Schneemann quería ver a Wadzek. Además, venía a devolverle las llaves de la casa de Reinickendorf. Ella gritó:

—¡Yo no pienso entrar ahí! ¡No entre!

Schneemann se contagió de su miedo, pero no podía faltar a su dignidad. Con la mandíbula inferior temblorosa, siguió los pesados pasos de la señora Wadzek hasta el pasillo. Ella se puso a lloriquear frente al perchero.

—Es capaz de cualquier cosa. ¡Nos ha arrastrado a todos consigo! ¡Piénselo por un momento!

—Adelante —dijo Schneemann airado—. Tenga, el llavero.

Ella avanzó hacia el salón y empujó la puerta. Su cuerpo salió rebotado y retrocedió dando tumbos, golpeándose a izquierda y derecha con la pared como un barco a punto de zozobrar. Ya en la cocina le dieron arcadas, se llevó las dos manos al cuello, vomitó y, meneando la cabeza entre lamentos, se acercó a tuestas hasta el taburete. Schneemann la había seguido a medio camino. Ella gimió.

—Todavía tiene el sombrero puesto. No, no, señor, aún no se ha levantado. Yo no pienso entrar.

Ante esta reacción, un miedo aún mayor se apoderó de Schneemann. Las piernas le temblaban mientras se dirigía hacia donde estaba Wadzek. La puerta estaba abierta y Schneemann se acercó a aquel hombre bajito sentado en el sofá. Debido a la notable inclinación de la cabeza, el rostro de Wadzek estaba oculto. La perspectiva producía la ilusión óptica de un bombín negro calado hasta el cuello y apoyado sobre los hombros. El crecimiento del sombrero parecía responsable de la progresiva inclinación de todo el cuerpo. Podía haberse tratado de alguien dormido en el sofá, pero la imagen reflejaba hundimiento y rigidez, tracción y resistencia. Schneemann, reforzado por la compostura de su atuendo, alcanzó a murmurar un saludo. El sombrero se alzó. Por encima de una pajarita a rayas azules asomaron el mentón y los pelillos de una barba rubia y aplastada; la punta de una nariz rojiza sobresalió tras el muro edificado por el ala del sombrero; un gruñido o resoplido surgió de las profundidades. Como la voz terminaba en alto, aquello sonó a pregunta. El gordinflón reaccionó aproximándose con cuidado a la mesa redonda, sobre la que había una taza dispuesta diagonalmente respecto a Wadzek.

El fabricante preguntó con claridad:

—¿Dónde estaba usted?

—¿Dónde iba a estar? En casa.

—¿Y se encuentra bien?

—Bueno...

—Vamos a ver, que si se encuentra bien.

—No sé por qué me lo pregunta de ese modo, Wadzek.

—Diga si se encuentra bien o no.

—Yo... gracias. —Schneemann forzó la respuesta.

La voz de Wadzek se avivó, volviéndose más penetrante.

—Querido Schneemann, usted está perfectamente.

—Lo dicho.

—Su mujer se ha portado bien con usted.

—Bueno.

—Su mujer no se ha portado bien.

—Digamos que se ha portado como corresponde.

—Querido Schneemann... —La voz de Wadzek retumbó y tintineó, parecía recrearse en su maldad.

—¿Qué es lo que quiere?

—Lleva un traje nuevo, Schneemann.

—Es un traje ligero, de verano.

—Parece que fuera a buscar esposa.

—El otro que tengo estaba sucio, como usted bien sabe.

—Parece que fuera a buscar esposa.

—Quisiera decir que...

—Parece que puede arreglárselas sin mí. ¿No quiere que le acompañe?

—No sé de qué me habla.

—Le invito a un entierro.

—Sí...

—Es a usted a quien entierran.

—Oiga, no soy el bufón de turno.

—Usted es el cadáver que no encontramos allá en las afueras, querido Schneemann; ya sabe. Hay que enterrarlo, de lo contrario empezará a apestar.

—A otro con esas bromas. —Schneemann era incapaz de retroceder.

—Usted es el único muerto en esta historia. Hoy mismo iré a la policía y nos denunciaré.

Schneemann estaba contra las cuerdas.

—Así que de eso es capaz después de que me haya sacrificado por usted.

Sentado bajo su sombrero, con el rostro bien visible y desfigurado por la burla, Wadzek soltó una sonora carcajada.

—Su fama merece ser pregonada. No ha de quedarse solo entre usted y yo. A las cinco iré a la policía.

—No pienso acompañarle.

—Usted vendrá a recogerme, querido Schneemann.

—Hoy me voy de vacaciones con mi familia.

El sombrero se alzó todavía más.

—Le espero aquí a las cinco. Ya sabe que tengo buena puntería. Yo me encargo de los laureles.

Schneemann corrió hacia la mesa.

—¿Sabe lo que es usted, Schneemann? ¡Un cerdo, un hijo de perra!

Wadzek se quitó el sombrero y con un ruido sordo lo puso encima de la mesa cubriendo la taza. Mientras encogía aún más su ya torcida figura, hizo una mueca y arrolló a Schneemann con miradas desgarradoras.

—Ha cantado victoria demasiado pronto, querido Schneemann.

A las cinco, Schneemann llegó a casa de Wadzek. Vestía el traje que había usado a las afueras de la ciudad, guantes negros y paraguas. Se abanicaba con un sombrero de fieltro gris, decorado con una cinta negra. El señor bajito y somnoliento salió de la habitación contigua en mangas de camisa para recibir al invitado. Ambos asintieron levemente. Schneemann, algo nervioso, dijo que ya habían pasado entre diez y doce minutos de las cinco. Acto seguido, Wadzek se subió a una silla y atrasó el reloj de pared hasta las cinco menos cuarto. El gordinflón se encogió de hombros. Wadzek hizo sonar el timbre para que les trajesen el café e hizo caso omiso de Schneemann cuando éste, alterado, le dijo que ya a las cuatro se había despedido de su familia. La señora Wadzek llegó al salón como un alud. La bandeja tintineó al posarse sobre la mesa, no intercambiaron una sola mirada. Ella salió lentamente, todo transcurrió de una forma elemental.

Mientras Wadzek perforaba la taza con la cucharilla, Schneemann arrastró una silla con la pierna hasta situarla bajo la araña y, acercándose torpemente al mueble, puntualizó:

—Con su permiso.

Su mirada fue a sentarse junto a Wadzek, que se echaba azucarillos en el café con una calma vergonzosa, y observaba atentamente cómo se deshacían. Sin embargo, el señor bajito casi se quedó dormido durante la operación, dio un sorbo a la taza y luego enterró la cucharilla en el líquido, donde ya no había nada que aplastar.

Dieron las cinco; Schneemann forzó una sonrisa irónica. Al ver que pasaba inadvertido, frunció el ceño y recorrió su pantalón con la mirada; al alzar nuevamente la vista y encontrarse primero con la araña que tenía encima y luego con el señor bajito, dio con una expresión y una actitud decentes y merecedoras de respeto que mantuvo durante un buen rato. Metió los dos codos entre las piernas y se puso a jugar con el sombrero que sostenía en las manos, que colgaban relajadamente entre las rodillas; el tronco se inclinaba hacia delante por el peso, pero el cuello apretado se iba hacia atrás para mantener la cabeza erguida frente a Wadzek. La expresión de Schneemann acentuaba su propósito de exigir respeto y lealtad tendiendo a la vertical. Mientras Wadzek, durante esa hora, ensanchaba y acertaba el rostro frente a su alargamiento habitual, el gordinflón lo contrarrestaba con un gesto equilibrado, redondo y confiado que incluso estrechaba abriendo la boca, frunciendo el ceño y encogiendo los mofletes. Así, en su cara se dibujaban varias líneas

verticales y paralelas que discurrían de arriba abajo; algunas se agrupaban a izquierda y derecha. Estas líneas daban cierto orden y rigor a las redondeces ya existentes; cuando una lorza de carne primorosa sobresalía, la mano vigilante del buen maestro que se va de excursión con sus pupilos y a veces permite que se alejen la acariciaba. Sobre todo el trozo de carne aprisionado en la garganta, entre el cuello y el mentón, hacía buen uso de esa libertad: dos lorzas rebosantes llenaban el espacio.

La voz de Schneemann vibró en un tono grave y conmovedor.

—Tal vez deba tomarse su tiempo; me habría gustado tener una conversación con usted.

Durante un buen rato, Schneemann luchó en vano contra el destello traicionero y la inquietud de sus ojos erráticos, contra aquella expresión de miedo y odio mal contenidos; se sintió urgido a mirar con más fiereza aún. Un intenso rubor se adueñó de toda su cabeza bajo el botón que sujetaba el cuello postizo. Fue entonces cuando el brillo desapareció de las córneas, pues los ojos se desorbitaron salvajemente, se cubrieron de humedad y forzaron una mirada torpe y necia. El discurso de Schneemann se entrecortaba a menudo, pero de manera artificial, pues el gordinflón estaba jugando. Habló de patentes, de intereses comunes, de los problemas que habían resuelto de forma parecida.

Tras concluir cada asunto en un tono emotivo y untuoso, Schneemann se alejaba de él como de un objeto recién abandonado a su sueño postrero. Eran recorridos históricos hechos desde su atalaya. Wadzek apuró el poso dulce del café y se hundió en la esquina del sofá.

Entonces el gordinflón comenzó con lo de Stettin. El sombrero de fieltro gris empezó a moverse más despacio. Las manos lo cubrían suavemente, iban estirándolo mientras lo acariciaban; el fieltro dormitaba apagado sobre la muñeca izquierda. Schneemann describió su trabajo con todo detalle y relató con pasión el devenir de su carrera. Tras recordar el descubrimiento de aquel gas, difícilmente pronunciable, introdujo un prolongado silencio a modo de exclamación mayestática. Pero como Stettin era una ciudad sin ley, cuya exclusión del Imperio y devolución a Suecia él apoyaba, su vida había sido un fracaso, por qué no decirlo. Había que llamar a las cosas por su nombre, sin miedo, fríamente, por mucho que doliera. Fue entonces cuando dirigió a Wadzek una larga mirada, una mirada que obviamente pretendía significar algo pero que, por más que el gordinflón se esforzara, solo reflejaba el movimiento físico de los músculos oculares, ante lo cual el bajito se limitó a menear la cabeza despeluzada.

El sombrero comenzó a girar de golpe entre las manos de Schneemann, describiendo círculos.

—Dejemos estar lo de Reinickendorf. Usted trama algo contra mí, aunque disimule; quiere hacerme daño. Porque el plan fracasó. No pasa nada por admitirlo.

Usaba el tono cálido y esponjoso con el que se intenta reconvertir a los pecadores impenitentes.

Wadzek derramó el café y se limpió una nube de crema de su escasa barba.

—Su mujer le cuida muy bien. Solía decir ordinariieces sobre ella.

—¿A qué se refiere? ¡Ja! ¡Cómo se escaquea! Hablemos sin tapujos. Mire, nos hemos convertido en enemigos, yo no lo oculto, y ahora toca rendir cuentas. No queda otra. Usted nunca llegó a conocer bien a mi esposa, que por supuesto tiene sus defectos. Además, no recuerdo haberme referido a ella en términos negativos o, como usted dice, ordinarios. ¿Por qué habría de hacerlo? Al fin y al cabo se trata de mi esposa.

Entonces todo sonó auténtico, ligeramente acusatorio y directo al corazón; el «osa» de «esposa» tenía una cadencia melódica, tan grave y expresiva como si la moralidad comenzase a tañer su instrumento. Durante esos peligrosos minutos, mientras las arrugas verticales recortaban su rostro cuadrado, Schneemann se superó a sí mismo.

Al otro lado se oyó «Hm, hm», ruidos. Movieron la mesa, Wadzek se agachó para atarse las botas, pasó junto a Schneemann y se dirigió hacia la ventana susurrando a sus espaldas:

—Ya es la hora. Vámonos.

—Por supuesto —respondió el otro apresurándose a sonreír y poniendo en marcha el sombrero. No se daba por vencido, aunque su corazón palpitaba desacompasado—. Verá como hoy no le llevo la contraria ni lo más mínimo. Está claro, somos enemigos. Lo hemos sido otras veces, pero ahora lo somos de verdad, de los pies a la cabeza.

—Vamos —susurró Wadzek sin ninguna intención en particular.

—Un momento, querido señor Wadzek, si se me permite una objeción imparcial, termine usted de vestirse, póngase la chaqueta, colóquese el sombrero, el abrigo, etc., y después yo le seguiré. Por cierto, y dicho sea de paso, mi esposa no tiene nada que ver con el asunto.

Acto seguido, Wadzek cogió la chaqueta del sofá y se la puso encima. Una vez listo, se plantó ante Schneemann. El párpado izquierdo le temblaba; trató de subirlo con fuerza. El ojo azul de la derecha brillaba imperceptiblemente por una estrechísima rendija; las arrugas de los mofletes estaban equilibradas casi por completo, junto a los labios había elevaciones y valles sinuosos; por lo general, la boca solía abrírsele de puro flácida, se ovalaba y se estiraba hacia delante en forma de trompa. Aunque los pantalones eran muy anchos y estaban dados de sí, se notaba como las rodillas se doblaban continuamente. Sus pies estaban juntos, ligeramente abiertos. El caballero gimoteó.

—Ya no parece que vaya a buscar esposa. Ese traje es el viejo.

El otro respondió fríamente y con un fondo de desprecio:

—Ya se sabe que hay que cambiarse de ropa de vez en cuando. Por cierto, me interesa conocer qué expresiones he utilizado concretamente para referirme a mi benévola esposa. Como hay quien recuerda esas cosas con tanta exactitud...

—Vámonos.

Listo para el combate, Schneemann se apresuró a ponerse el sombrero, que lucía amorfo sobre la cabeza. El bajito vaciló y murmuró:

—Un momento. Me siento un poco débil.

—Ya basta de razonamientos, señor mío. Es hora de ponerse en marcha.

Al darse la vuelta, Schneemann vio sorprendido cómo la cabeza de Wadzek, de rostro plomizo, oscilaba a ambos lados. El señor bajito se acercó al sofá dando tumbos y cayó de rodillas, sonriendo con unos labios fruncidos y violáceos mientras observaba a Schneemann, que lo había seguido con cierta indecisión.

—No, por Dios, agua no, no llame a mi mujer.

—Túmbese, póngase un cojín debajo.

Medio vuelto hacia la derecha, Wadzek se apoyó en el respaldo del sofá. Su rostro enflaquecido y sembrado de pequeñas arrugas se relajó de repente. La cabeza ya no bastaba para tanta piel. El fabricante alejó las manos y las puso encima de la mesa. Se movían con desgana sobre los pliegos de papel de periódico, estirando sus largos dedos; en un par de ocasiones se contrajeron y resultaron en cierto modo desasosegantes. Parecían unos animales marinos, fríos y desconocidos, un cruce artificial entre un molusco y algo lejanamente emparentado con los humanos. Aquellas manos lentas daban miedo y vergüenza.

—Dígame una cosa, ¿recuerda cuánto pesaba por entonces, cuando vivía en Stettin?

—Mis comentarios le han puesto nervioso. Disculpe, no estaba al corriente de su estado.

—Aproximadamente... dígame cuánto pesaba usted en Stettin después del robo. Ha descrito muy bien el ambiente sueco, el ambiente sueco tradicional. Quiero saber qué aspecto tenía usted entonces.

Schneemann no respondió a nada; su cabeza estaba más despejada.

—Pero ¿qué hace? No debe hablar. Si me permite el comentario, hablar cansa. Váyase a la cama, Wadzek, acuéstese. A la cama, vamos, vamos.

Schneemann echó las campanas al vuelo. Las manos del bajito cayeron de la mesa como dos pesos muertos y se quedaron colgando entre las rodillas. El gordinflón estaba muy próximo a él. Schneemann quiso emplear la violencia, rodear la espalda vencida y el pecho del bajito con los brazos y llevarlo a la cama. Wadzek se resistía apretando el tronco contra el respaldo del sofá; con los ojos cerrados y en tono burlón alcanzó a susurrar:

—Quiero saber qué aspecto tenía entonces.

Schneemann canturreó mientras sujetaba cuidadosamente la cabeza del bajito.

—En cualquier caso no me parecía a Gustavo Adolfo. Ya no guardo ninguna fotografía, pero si tanto le interesa, lo cual es toda una novedad para mí, una novedad halagadora, se la pediré a mi mujer. Seguro que ella tiene alguna. Para nuestros hijos.

Wadzek movió la cabeza como un péndulo.

—No me encuentro bien. Estoy desinflado. Ayúdeme a levantarme, acompáñeme. Quiero mostrarle algo que tengo en el dormitorio.

Logró ponerse en pie con gran esfuerzo y, ayudado por Schneemann, se arrastró inerte hasta la puerta lateral que estaba a la izquierda y corrió la antepuerta de color verde.

—Venga conmigo, Schneemann, venga. Me cuesta andar. Su hostilidad no será tanta como para negarme este favor. No voy a asesinar a nadie... Bueno, esto de aquí no es lo que quería enseñarle, mi comfortable lecho matrimonial. Amorcillos colgados de la pared; son unos cuadritos encantadores, si quiere se los regalo. Usted les dará mejor uso.

Wadzek empujó al gordinflón, que lo sujetaba maternalmente sin soltarlo, alrededor de la *chaise-longue* que estaba a los pies de la cama.

—Aquí, mire este agujero abierto al mundo. —Wadzek había liberado el brazo izquierdo y, balanceándolo, señalaba un armario enorme de color amarillo, en cuyo cuerpo central había un gran espejo—. El espejo. Un agujero abierto al mundo. Uno suele caerse dentro de improviso.

Luego arrastró suavemente al gordinflón, que no se había quitado el sombrero y oponía una clara resistencia, hasta situarlo frente a la superficie espejada. Schneemann abrió de golpe el edredón, dispuesto a acostar a Wadzek.

—Schneemann, compruebe usted mismo si tengo o no razón cuando digo que el mundo se acaba en el espejo. Hágame ese favor. Yo le sujeto; no se caerá dentro.

—A la cama inmediatamente. No soporto ver lo mal que se encuentra.

—Es por la historia de Stettin que me ha empezado a contar. Todavía no me la figuro del todo bien. Me falta imaginación. Mire, mire, ahí está.

Era el reflejo alargado y deforme de un hombre robusto y enrojecido que se reconoció en el espejo por un instante.

El otro se miró con tristeza y ternura durante algo más de tiempo, para luego examinar la imagen de su fornido acompañante.

—No tenga miedo del pasado, Schneemann —susurró Wadzek lleno de misterio—. Eso que está a la izquierda, ¿lo ve?, en el espejo, eso que ahora habla y mueve la boca es usted... en Stettin. Usted mismo, Schneemann, no yo. Se le ve muy necesitado, con los pantalones arrugados y demás, pero no es más que un instante. Un solo gesto y, abracadabra, ahí está usted, el de hoy, fuerte, gordo, antes de la cura,

después de la cura. Todo en esta vida se repite, solo la poesía es eternamente joven^[12]. No salga corriendo.

—Le haré el favor que me pide. Cuídese. Se me va a desmayar aquí mismo.

Schneemann arrastró al bajito hasta el borde de la cama.

—Antes de la cura, después de la cura —dijo el otro señalando el espejo.

El gordinflón continuó sermoneando desconcertado.

—Nuestra antigua y a mi parecer bien consolidada relación me obliga a quedarme un rato con usted. Hemos compartido días difíciles. Fueron horas dolorosas y violentas. No me olvido de las tribulaciones domésticas que ha sufrido: la huida de su mujer, la desaparición de Herta y demás. Considerando todo eso, comprendo el estado en que se encuentra, pero no le acompañaré al juzgado, aunque ya son las cinco y media y habíamos quedado a las cinco, a las cinco en punto. Sencillamente, usted no se encuentra bien. Está enfermo. Ha sufrido un colapso. Y el poquito de café de antes seguro que no ayuda.

Hablaba en un tono insidioso. Estaba dispuesto a meter el dedo en la llaga. Se acercó ensimismado al espejo, dándole la espalda.

—Apenas tiene unos órganos suficientes para recordar lo sucedido con nitidez. No ocultaré que hay momentos en los que adopto una actitud muy concreta frente a las cosas. Una cierta arrogancia sarcástica. Nuestros autores clásicos hablan de momentos de arrebatos románticos.

Wadzek canturreó y soltó una risita.

—¡Ay, que me parto! Qué historia tan divertida, ¿verdad? A uno le pasa de todo. Momentos de arrebatos románticos, dice...

—¿Es que usted no cree en la progresión de nuestra vida? En la vida se suceden varias etapas. Uno evoluciona, y todo lo que llevamos en el alma va asumiendo distintas formas. Sin esta certeza yo no quiero existir. He luchado muy duramente hasta llegar a este convencimiento.

El bajito gimió, se metió los dedos en las orejas y berreó:

—Ah, ah. —Luego sacó los dedos y preguntó—: ¿Ha terminado ya o sigue hablando?

—¿Y usted? ¿Ha terminado usted? Está delirando. Gruñe casi.

—No me queda otra. Me cuesta andar. Si pudiera le pegaría.

Empezaron a pelearse a manotazos.

—No debería tomarle en serio. Habría que acostarle a la fuerza.

Un rayo afilado procedente de los ojos azules de Wadzek lo cegó. Schneemann lo entendió de inmediato.

El bajito echó a correr y comenzó a dar tumbos por la habitación; no paraba de moverse, se peinó y abrió varios cajones. Después, cuando ya tenía el sombrero puesto y empezaba a agitar los guantes, se situó de pronto ante el enorme espejo con

ojos llorosos, y lo saludó con la mano. La superficie reflectante le devolvió el saludo. Cada vez que el guante se movía hacia arriba, ella lo imitaba. Todas las sonrisas irónicas eran reproducidas. Todos los esputos dejaban tras de sí un chorretón. Ni una sola de sus monerías quedaba sin respuesta. Finalmente, Wadzek apoyó la espalda contra la tabla de cristal y golpeó el cuerpo del armario con los codos. El espejo hizo crac. El bajito dio un paso al frente; tras él, dos grandes trozos de espejo cayeron sobre la alfombrilla.

Con voz ronca:

—¿Lo tengo en la espalda, verdad? ¿No es así? Vamos a sacar los restos del marco. Pero, por favor, no haga ruido.

—Yo me voy. Me marchó.

Wadzek hablaba entrecortadamente. Se frotó los ojos.

—Ayúdeme a recoger los pedazos. No le pasará nada por agacharse un momento. No se corte; no se coge por el borde, siempre hacia el centro, pero sin clavarse el filo. Si no puede, utilice un trozo de papel, de doble capa. Seguro que lleva un sobre o una carta.

—Ya le he dicho que me marchó.

—No me malinterprete, se trata de mi fotografía. De mi fotografía propiamente dicha. Este espejo debe salir del dormitorio. Los pedazos... espere, ¿qué está haciendo?

—Sacarlos. ¿Qué le pasa? Le tomarán por loco. ¡Sacarlos!

Wadzek lo miró envenenado, y berreó:

—¡Ja! ¡Sacarlos, dice! ¡Suelte esos pedazos ahora mismo! ¿Acaso le he pedido que se los lleve? Démelos. Ya encontraré yo un pañuelo negro con el que envolverlos.

—Adiós. Me marchó. Aquí no se me ha perdido nada, así que adiós.

Wadzek guardó el paquete en un cajón y dio un resoplido.

—En la parte de arriba todavía queda algún trozo. Si Herta quiere mirarse, por mí que se suba a una escalera.

El fabricante alcanzó a Schneemann antes de llegar al rellano. Mientras bajaban, Wadzek, situado a la izquierda, apretaba el brazo izquierdo del gordinflón de forma compulsiva. Sus ojillos mostraban amargura; acongojado, soltó en voz baja:

—Estoy acabado, Schneemann, soy una antigualla.

—De eso nada. Yo evoluciono. Evolución por etapas.

—Cállese. Deme su brazo. Usted murió en Stettin y está muerto y bien muerto.

—Vamos. No se pare. ¿Qué va a pensar el portero?

—Schneemann, Rommel me ha hecho justicia.

—¿Es que tengo pinta de estar muerto y pertenecer al pasado? ¡Un hombre como yo, en plena madurez!

El tranvía traqueteó.

Schneemann marchaba impávido.

—No esté triste, Wadzek. Ahora está de vacaciones y yo celebro mi aniversario de boda.

Una comisaría.

—Ésa no es.

Antes de que Schneemann soltase un animoso comentario, la mirada gélida de Wadzek lo hizo enmudecer. Debía seguir adelante con el bajito, que apretaba el paso cada vez más. Schneemann hervía por dentro y explotó respecto a su derrota.

—Así que va a acusarse de verdad.

—Sí.

—Usted quiere castigarme por mis pecados de juventud.

—No estamos en el Riedel, de lo contrario, le pegaría por lo que ha dicho.

—Pues entonces venga al Riedel.

Schneemann quiso golpear a Wadzek; el fabricante no habría salido bien parado.

En la esquina de la calle colgaba otro cartel de la comisaría. Wadzek dijo:

—Ésa no es. Está dos bocacalles más allá.

—¿Y dónde está la que sí es? ¡No soy un perrito faldero!

—Si yo soy un cerdo, usted es mi perrito faldero.

Wadzek se detuvo ante una tienda y sacó del bolsillo una carta.

—Aquí he puesto por escrito mis fechorías. Las tuyas solo las puede contar usted.

—Esa carta no es de mi incumbencia.

—Ahí está la comisaría. Suba usted solo. Yo me quedo aquí para asegurarme de que realmente lo hace. Y no se quede parado a mitad de escalera. Deme mi bastón.

—Me he dejado el paraguas en su casa.

—Me es indiferente. Deme el bastón, gordinflón.

—Así que me lo quiere arrebatar...

—Efectivamente. Corra. No quiero ver a ese tipo. Ahí tiene el camino.

Los movimientos y el rostro del bajito esparcían un odio desmedido, de modo que Schneemann, ya en marcha, tembloroso y sacudido por la ira y el miedo, pensó en la fórmula que emplearía para contárselo a su mujer.

—Pero ¿qué le habré hecho yo a ese hombre?

Anduvo hasta la comisaría. Cuando el pánico estaba a punto de derribarlo, se dio la vuelta y retrocedió. Wadzek se había marchado. Regresó hasta la comisaría. Se dio la vuelta otra vez. De pronto se metió de cabeza en un coche de punto: a casa. Sostenía la carta muy tiesa entre los guantes negros. La señora Schneemann, a la que había confesado todo, rezumaba bilis contra Wadzek, el seductor, y cuando su marido se giró en el pasillo sin decir palabra, ella le arrancó la carta de la mano. Mientras Schneemann le explicaba con gotas de sudor en la nariz que denunciarse era una cuestión de honor, ella amenazó a aquel gordinflón trastornado: no podía permitir que

lo humillaran. Después lo agarró del brazo y lo llevó hasta la cocina. Allí, mientras él la miraba con espanto y perplejidad, abrió la carta con el cuchillo del pan. Iba dirigida al comisario de policía.

En una hoja de papel estaba garabateado a lápiz: «No tengo ganas de seguir peleándome con usted, señor Paul Friedrich Schneemann, a todos los efectos ingeniero de Rommel».

La mujer estrujó la hoja y chilló enfadada:

—Es para ti. Ahí tienes ese papelote.

Schneemann sintió un escalofrío al ver cómo la bola de papel rodaba sobre las baldosas. No era el deliro de la apertura colérica de la carta lo que lo horrorizaba. Wadzek le había tendido una trampa; quería que hiciese el ridículo ante el teniente de policía. Schneemann guiñó los ojos y enmudeció ante el marco de la cocina. Wadzek había calculado bien su reacción. Volvió a empequeñecerse.

Aquello era una puñalada.

La mujer, ataviada con un amplio vestido de algodón azul y volantes, se puso a gritar y a burlarse de Wadzek. Se mofó de la amistad entre ambos.

—Y tú, ¡ja! —dijo a punto de sacar la lengua—, vas y te sacrificas por un tipo así.

El gordinflón no quiso sumarse a su esposa. Su comportamiento era propio de mujeres: necio, simplón y descarado. No se enteraba de nada. Al bajar la vista hacia los guantes negros se acordó de la ira y el miedo que había sentido delante de la comisaría, de cómo había forcejeado sin éxito con el bajito durante horas, y de cómo éste no le había dejado marchar. Allí estaba, de pie, lamiéndose los labios, tragando y chascando la lengua contra el paladar mientras intentaba escuchar a su mujer. Frunció los labios, apretó los mofletes, pegó las aletas al tabique nasal y, bajo la tensión de estos músculos, siguió a su esposa con la mirada. Cogió al vuelo una de sus frases y alzó dos dedos para empezar a hablar, pero no se atrevió. Aún no estaba preparado. Costara lo que costase, quiso hacer un último esfuerzo a escondidas y darle la razón. Hasta los dedos de los pies, que se revolvían dentro de las botas presionando los calcetines de lana, participaban de la decisión. Ante sus ojos, un solo mensaje reiterativo: esa mujer tenía que estar en lo cierto. Lo llevaba escrito en la frente. Esta mujer es la madre de mis hijos. La siguió con ojos de colegial; esperaba que lo apretase entre sus brazos. La mujer, que frotaba con un trapo una tapa esmaltada en azul, ignoraba que todas sus palabras y todos sus movimientos estaban siendo examinados y vigilados. Schneemann llevó su combate a vida o muerte con Wadzek hasta el final. La balanza ya empezaba a inclinarse; el platillo de Wadzek salió disparado.

Al separar la espalda del marco anguloso de la cocina y tirar de la parte trasera de la chaqueta para alisar las arrugas, Schneemann tomó conciencia de que Wadzek quería ultrajarlo, abusar de él. Un verdadero amigo no se comportaba así. No cabía la

menor duda. Wadzek no estaba allí, no podía rebatirle. Schneemann reflexionó sobre su situación de ventaja. La mujer —los ojos secos y lentos de Schneemann se iluminaron— cogió aquello por el extremo derecho. Él estaba enredado en los hilos del bajito, ella vino desde fuera.

Debía comer algo, mucho, en compañía de los niños, eso fue lo que decidió. Su mujer lo echó de la cocina a regañadientes. Primero tendría que quitarse los hermosos guantes negros. No exento de cavilaciones, con dignidad y cierto frío pesar, Schneemann sacó los dedos del cuero. Fue tirando de ellos uno por uno, acariciándolos suavemente hasta dejarlos lisos y rectos. Así, uno encima de otro, dio sepultura a los guantes sobre la mesita hexagonal del recibidor. Y entonces vino lo siguiente: comer. Pasó un buen rato hasta que estuvo listo el filete. Entretanto hubo de permanecer sentado en el salón, apretar los mofletes, colocar la cabeza en distintas posiciones y situarse y resituarse respecto a todo el mobiliario de la estancia. Levantó varias veces un discóbolo negro de escayola y un palmo de tamaño que reposaba sobre el piano, bajo una escena de la movilización general de 1813 pintada en azul muy oscuro. Puso a prueba su fuerza apretando los mofletes, donde se dibujaron profundas y enormes arrugas. Intentó apoderarse de aquel cuarto.

Después de la comida, que transcurrió sin incidentes bajo la mirada de su mujer, tuvo una cosa clara: uno sabe quién es. Eso era lo más importante. Los muebles ya no estaban tan lejos; en cierto modo iban reptando hacia él. La indignación de su mujer era real; su autenticidad era indiscutible. Mientras fumaba pensó que todo aquello, sin lugar a dudas, hablaba en contra de Wadzek.

Aún había que superar algunos obstáculos y barreras. Lo más difícil seguía siendo detectar algo despreciable, triste incluso, en lo sucedido en la comisaría esa misma tarde; uno no debía amilanarse ante semejantes infamias. La lámpara de gas zumbaba sobre la mesa del comedor. En mangas de camisa, el gordinflón se sentó en una mecedora que automáticamente se fue hacia atrás. Su mujer comía pan con mantequilla, tenía el rostro pálido y agotado. Uno no debía amilanarse ante semejantes infamias, a menos que estuviese a la altura de un monstruo como ése. Schneemann intentó volver hacia delante junto con la mecedora, pero las piernas seguían colgando. Hizo otro esfuerzo más nervioso aún. El tronco pesaba mucho, el hombre empujó y empujó con los pies. Las escenas terroríficas de aquella noche aparecían ante sus ojos y se revolvían en su corazón: el somnífero, él tirado en la escalera, sin apenas contacto con el suelo. Schneemann fue enfureciéndose cada vez más contra la parte baja de la mecedora. Pronto logró incorporarse y apoyar los codos. La ira iba entrando en ebullición, oscilaba y flotaba en el pecho, encima del estómago. Se sintió esclavo de Wadzek sin poder evitarlo. ¡Un esclavo, un esclavo, un esclavo! Ese grito interior le hacía ver chiribitas y lo cegaba. No era necesario que aquella mujer dijese nada más. Él solo era consciente de todo. Él era un hombre, y

Wadzek era un perro; si lo apuraban, un hijo de perra. La mecedora y el reposapiés cayeron al suelo con gran estrépito. A la mujer se le atragantó un mordisco del susto; jadeó y tosió desde el otro lado de la mesa. El gordinflón se tiró con medio cuerpo de la mecedora al suelo. Apoyándose en las manos se levantó y clavó una mirada iracunda en su esposa, que se limpiaba la boca con la servilleta mientras observaba la mecedora, ese animal tambaleante y bamboleante.

Durante una larga hora, Schneemann se retiró a su gabinete, donde no sintió más que odio y deseo de venganza hacia Wadzek y rabia por las toses de su mujer. Cuando se hubo flagelado lo suficiente, se dirigió al dormitorio penumbroso. Miró a su esposa, que llevaba un chal sobre los hombros, como si fuera invierno, mientras cosía en silencio. Tras deambular brevemente por la habitación, al hombre le inquietó el porqué de ese chal, al que se sumaba el silencio de su mujer. Unas astutas vueltas alrededor del costurero lo sacaron de dudas: ella ya estaba en camisón. La solución al enigma apaciguó su ánimo; se trataba de retomar las riendas.

No cabía duda, había superado a Wadzek. Saboreó la deliciosa sensación, que intuía oculta sobre su cabeza, de que había logrado quitarse de encima al fabricante. Preguntó a su mujer si había logrado expulsar esa cosa de antes. Ella respondió suavemente; «Sí»; era un trozo de pan. Schneemann se mostró interesado por la situación: «Hm, hm», así que pan, no se le habría ocurrido, pensó que había sido un trozo de lenguado. Pero si el pescado se lo había comido él entero, dijo la mujer del chal alzando la mirada. «¿Entero?», preguntó Schneemann sorprendido y, tras obtener una respuesta afirmativa, siguió paseándose, satisfecho y meditabundo; el pescado estaba muy rico, delicioso. Hacía tiempo que no comía un lenguado tan estupendo. La mujer lo miró resplandeciente y siguió cosiendo. Le preguntó por el filete. También en este caso obtuvo una reacción positiva. Esa mujer que por la mañana lo había recibido a la defensiva quería perdonarlo del todo, así que se echó a llorar a modo de introducción. Cuando el llanto hubo alcanzado una intensidad moderada, Schneemann notó dentro de sí un sentimiento oculto e impreciso hacia Wadzek que brotaba entre las lágrimas de su esposa, una especie de gratitud alegre y subterránea hacia Wadzek, ese hombre espeluznante, por haberle dejado libre; aquéllos eran su dormitorio, sus cosas y su mujer. Y cuando el llanto se hizo más fuerte y el chal resbaló sobre el respaldo de la silla, Schneemann lo recogió y dijo unas palabras amables. Estuvieron de acuerdo en que había que despertar a los niños; sus lloriqueos rabiosos y soñolientos se entremezclaban con las lágrimas de su madre. Como todavía no eran las nueve, Schneemann tomó una decisión, bajó a la calle rápidamente y regresó con un ramo de flores. Pensó en el «aniversario de boda» de Wadzek y sonrió. Su mujer lo abrazó al verlo en el umbral como un pobre pecador, oculto tras los claveles, pensando en la gravedad de lo ocurrido y en la vida tranquila que le esperaba. Schneemann cabeceó como un toro bravo y, a pesar de todo, rompió

en un doloroso llanto.

A esa misma hora, Wadzek deambulaba por la ciudad. Sufrió repentinos arrebatos de ira contra Schneemann, contra su propia esposa. Por lo demás se mantenía frío, disperso. No se dio cuenta de que hacía tiempo que se había despedido de las calles que en ese momento volvía a ver. Durante ese triste paseo le sucedió algo raro, pues alrededor de las ocho se encontró en la vieja Grünstrasse, encaminado hacia una casa cercana en la que había vivido de soltero hacía muchos años. El pequeño bar que solía frecuentar, donde servían cerveza de trigo, se había convertido en un prestigioso local de la marca Siechenbier. Se situó junto a una mesa que estaba a la entrada.

Nadie lo reconoció. Las paredes estaban cubiertas de azulejos. Apuró la cerveza, pagó y salió apesadumbrado. Por un momento se le ocurrió entrar en la casa de enfrente y deslizarse al menos por la vieja barandilla, pero no llegó a ponerlo en práctica.

Tomó el tranvía hasta su casa. Allí estaba Herta. Venía a traerle las cartas que había en el buzón. Le preguntó por el espejo del dormitorio. Él no se acordó de inmediato. Hizo un gesto de rechazo con la mano y dijo que le había ocurrido a él.

A solas en el cuarto, Wadzek dejó rodar la cabeza y las manos por encima de mesa, sobre el papel, desesperadamente. Más tarde se dirigió al dormitorio sin encender la luz. Abrió el cajón y, al palpar el envoltorio con los trozos de espejo, dejó que sus manos reposasen un momento sobre él. Y, mientras, como si hubiese tocado un cable eléctrico, unos fuertes calambres recorrían su cuerpo a intervalos, desde el pecho hasta el diafragma, luego hacia la garganta y de vuelta a los brazos. Era incapaz de mantener la postura agachada, arrodillada tan solo, pues su tronco cubría por completo el cajón abierto.

Así lo encontró Herta. Su esposa estaba en la cocina, renegando y lloriqueando. Al oír el chirrido de la puerta que daba al dormitorio, Herta había salido al pasillo. Se deslizó suavemente por la alfombra roja y alargada, se detuvo ante el perchero, y observó aquel paraguas desconocido, negro y con empuñadura en forma de león que pertenecía a Schneemann. Lo sacudió y le dio vueltas mientras aguzaba el oído hacia el otro lado. Después avanzó hasta el dormitorio, abrió la puerta sigilosamente y, poniéndose de lado, accionó el interruptor.

En la pared de enfrente había un hombre arrodillado ante el armario. En aquella postura parecía que alguien lo hubiese lanzado dentro del cajón. Sus piernas, enfundadas en un pantalón gris, y el trasero andaban por los aires. Después venía el resto del cuerpo, volcado hacia delante; los brazos, muy abiertos, uno a cada lado. Cuando la bombilla mate que colgaba del techo se encendió, aquella masa informe salió del cajón y se giró hacia la puerta por partes: un tronco estrujado, una chaqueta caída hasta el sobaco y coronada por una cabeza cuyos pelos revueltos oscurecían una

frente enrojecida y, por último, un rostro espasmódico y fruncido, como si llevara un rato expuesto a los vapores de una cazuela de estofado. Las manos fueron lo último en salir del cajón. Wadzek emitió algunos sonidos graves e imprecisos. Después se pudieron percibir algunas palabras ininteligibles. Las manos le colgaban a la altura de las rodillas; el tronco volvió a girarse hacia la pared. La joven esquivó hábilmente la *chaise-longue* y se acercó al armario con espejo. Tenía el rostro liso y en tensión; apenas parpadeaba. Cuando hubo alcanzado la cabecera, mientras escudriñaba a su padre, dijo con voz insegura:

—La puerta estaba entreabierta. Pensé que no encontrabas el interruptor.

Él puso los pies en el suelo.

—¿Te has cortado, padre?

Herta lo miró por encima del hombro. Entonces él se levantó apoyándose en el borde del cajón y le tapó la vista. El calambre le recorrió el pecho y, para su propio sobresalto, empezó a gimotear; algo gimoteaba en la habitación y él había gimoteado. Allí estaba, de pie, escondiendo los puños. La joven perfumada y vestida de blanco se agachó y vio varios trozos de espejo con gotas de sangre: el rostro de Wadzek. Mientras había permanecido a sus espaldas, le habían entrado ganas de reír al verlo mover los brazos de una forma tan ridícula y estúpida, como si lo hubiesen metido a la fuerza dentro del cajón. La chaqueta corta tenía dos largas aberturas; aquel arrebato se le pasó imperceptiblemente. La joven lo animó a sentarse en la *chaise-longue* y observó el corte que tenía en el meñique derecho. Él le entregó su mano ensangrentada. Ella apretó la herida con un pañuelito. Wadzek retiró el brazo una vez, frunciendo el labio superior a causa del dolor, pero después reprimió su gimoteo. Parecía sentarle bien que le hiciesen algo sin tener que pedirlo previamente. Herta no se atrevió a preguntar nada. De pronto salió disparada hacia la cocina, donde estaba su madre, y se puso a buscar una cerveza. Sin más explicaciones llevó media botella y un vaso a aquel hombre, que bebió con avidez sentado al borde de la cama. Entonces, conteniéndose mucho más aún, le quitó la chaqueta mientras le susurraba unas rápidas palabras de ánimo. Luego le desató las botas. La cama estuvo lista en un santiamén. Sin temor, Herta acercó al lecho a su padre, que decía:

—Ya puedo yo, ya puedo yo.

Ayudó a aquella cabeza sudorosa y a aquellos brazos prolongados e impacientes a enfundarse el camisón, estiró la prenda a lo largo del tronco estremecido y, sin mediar palabra, apagó la luz. Antes de ir a la cocina tuvo que pasar unos minutos en su habitación. Allí se dedicó a corretear por la alfombra con el rostro encendido y pálido a la vez, las dos manos en el pecho, que palpitaba desbocado, mientras jadeaba:

—¡Ay, Dios!

Fue un estado breve, sobrevenido de manera absurda.

Ante los juzgados de Moabit, mediodía.

Por la Turmstrasse pasaba poca gente.

De vez en cuando un hombre desaparecía tras las puertas rebajadas, destinadas al público, que conducían al edificio por unas escaleras laterales. En la otra acera, algunos curiosos recorrían la calle de arriba abajo, mirando hacia lo alto mientras esperaban.

Gabriele solía regresar a casa desde allí tras visitar a su profesora de francés.

En el edificio de enfrente ya había estado, primero como testigo y poco después como acusada en un oscuro proceso por estafa. Un joyero de Bamberg y un comerciante de cueros de una localidad perteneciente a Posen habían sido vergonzosamente extorsionados por un grupo que andaba de paso, compuesto por un profesor expulsado, la propia Gaby y su doncella. Gaby, en el cénit de su belleza, había sido hábilmente utilizada en aquel asunto.

Los dos jóvenes incautos, el comerciante y el joyero, dos amigos a los que el profesor había llegado por recomendación, organizaron una cacería cerca de Bamberg. El profesor, que les había sido presentado como un vividor rico y aficionado al juego, participó en la montería, pero en opinión de ambos caballeros había desatendido a su dama. Los dos amigos creyeron albergar esperanzas y certidumbres respecto a Gaby, a quien por aquel entonces solo le interesaban los collares y el lujo.

Las escenas representadas en la intimidad alimentaron la farsa.

El profesor, robusto, grande y ordinario, contó cuidadosamente las ganancias; aquel hombre de mundo tenía una idea muy clara de lo mío y lo tuyo, era todo un transformista en ese terreno, hábil y experimentado. Gabriele pronto cedió. No se paraba a pensar en todo lo que le llovía en forma de dinero, pieles, joyas. Que un broche le quedase bien era más importante que saber de dónde había salido; el placer que le proporcionaban las joyas no daba cabida a ningún otro pensamiento. Si alguien le hubiese reclamado sus pertenencias, ella se habría quedado totalmente sorprendida, horripilada, no habría comprendido ni creído nada, habría reaccionado como una inocente criatura ante las dudas sobre la existencia de los ángeles o de Papá Noel. Seguro que habría devuelto las joyas a su dueño, dudando, viendo perturbada su forma de entender el mundo, lamentando que la otra persona no se dejara convencer... pero ¿de qué? Sentía verdadera lástima de las joyas, como si fuesen un perrito que tuviera a su cargo.

De regreso a sus lugares de origen, los dos estafados —después de que Gaby hubiese dado sobradas muestras de su interés, para luego esfumarse—, los dos cazadores no se olvidaron de Gaby ni de las joyas, pero en absoluto se sintieron engañados; es más, dos años más tarde aún creyeron que obtendrían su recompensa. Hasta que al comerciante de cueros, menudo y jovial, se le encendió una bombilla

cuando, durante una visita espontánea al profesor alcohólico que los había tomado por panolis, la conversación derivó hacia Gaby. Hacía tiempo que había desaparecido del mapa. El profesor se fue de la lengua mientras jugaban al skat. En vista del vuelco que dio la situación, el profesor emérito tuvo que partir de viaje enseguida. Pronto lo detuvieron. Los dos amantes despechados iniciaron un proceso judicial contra él por estafa y otros delitos. Y resultó que el profesor guardaba otros secretos, como trampas en el juego, que afirmó haber hecho solo bajo los efectos del alcohol. Gaby fue citada primero como testigo y luego como cómplice; el joyero de Bamberg se había trasladado a Ginebra y se declaró incapaz de comprender una palabra de alemán.

Durante esos tristes días en los que vivió sola en Berlín, en un piso amueblado, todas las semanas Gaby se proponía aprender francés, debido a su cambiante malestar. En tiempos lo había hablado con fluidez. Mientras recorría la Gerichtsstrasse tras uno de los careos con el vividor ginebrino, poco antes de llegar a la Wilsnackerstrasse vio en un edificio un letrerito en el que ponía «Leçon franç.». Resultó ser una señora de avanzada edad, muy pausada y bien nutrida; ella fue la responsable de que Gaby y Wadzek coincidiesen por primera vez. La francesa traducía patentes al alemán y, durante una visita del indignado fabricante a la Gerichtsstrasse —indignado por las muchas palabras que ella dejaba sin traducir—, éste se encontró con Gabriele en el pasillo. Su aspecto triste y el modo taciturno y ensimismado de buscar el paraguas llamaron la atención de Wadzek. Más adelante la francesa lo orientó al respecto. Gaby, guiada nuevamente por el interés, solo preguntó por su patrimonio. Él se interesaba por cuestiones jurídicas y estaba convencido de la inocencia de la joven. Así que la ayudó en secreto y, a cuenta de un puesto de profesora, la remitió a Rommel, que tenía hijas mayores. Así comenzó la relación de Gaby con Wadzek y así se fraguó su romance con Rommel. Una vez concluido el doloroso proceso, Gaby se mantuvo fiel a la francesa de la Gerichtsstrasse. Cada dos días iba a visitarla.

Herta llevaba varios minutos contemplando los despertadores de una pequeña tienda, cuando la falda azul, azul muy marino, de una dama que pasó a su lado le llamó la atención. Reparó en una chaqueta suelta que oscilaba alrededor de la cintura, de cuyos botones metálicos, como la palma de una mano, sobresalían regias cabezas de animales, leones bordados, gallos cacareando. Un fino velo jaspeado de rojo iba anudado por la parte de atrás, sujetando un moño rubio. Un pequeño sombrero y unos andares rítmicos y ondulantes: Gaby. Herta siguió su estela hasta la Lübecker Strasse. En vista de semejante adversaria, pensó bien qué pretendía, volvió a repasar sus argumentos ante los botones metálicos y el nudo del velo rojo y, una vez pertrechada, corrió hasta el paso de peatones, junto a la mujer que se remangaba la falda, y la saludó inocentemente. Todos sus argumentos seguían en pie; aquella mujer estaba

indefensa. Herta conocía muy poco a Gaby. Ignoraba que también podía abordar a una persona de carácter tan dulce sin necesidad de tanto preparativo.

Gaby se asustó y la agarró de las manos en plena calzada. Qué grata sorpresa; justo acababa de pensar en Herta y en qué estaría haciendo su padre. Se preguntaba por qué ya no iba a visitarla, cómo le iría a su progenitor. Herta quiso saber si no la había visto hacía un instante, junto a la relojería. Cuando Gaby negó con la cabeza, la joven no quiso creerla; estaba convencida de que Gaby la había evitado. Su padre estaba bien y, dicho esto, guardó silencio. Gaby insistió en que le contara sobre todo cómo se había tomado Wadzek todo lo sucedido; si había leído ya la carta y qué pasaría con la fábrica.

—Bueno —dijo Gaby quitándole importancia—, es normal que esté un poco triste; pero seguro que mañana o pasado vuelve al trabajo. ¿Y Schneemann? —Gaby escrutó a la joven con escepticismo.

—Ése no ha aparecido. Además, ¿qué pasa con Schneemann? ¿Por qué preguntas por él?

Gaby miró al frente con ojos derretidos.

—Eso sería fantástico. Imagínatelo, Herta: tu padre recupera el rumbo, y Schneemann se va por su lado. Han sido los malos espíritus de Wadzek.

La joven resopló y dijo sarcástica:

—Se ha olvidado un paraguas en casa, imagina, con una cabeza de león. Schneemann con una cabeza de león.

—Pero Herta, ¡qué dices! Precisamente...

La joven la interrumpió, impacientada.

—Pues claro que estuvo y pronto se marchó. Se dejó olvidada la cabeza de león, es decir, la cabeza de león de mi padre.

—¿Pero no sabes de qué hablaron?

—No he venido aquí a que me interrogues, Gaby.

—No te entiendo, Herta; no creo haberte ofendido.

Con un gesto de asentimiento, la joven invitó a la dama a cruzar para entrar en el Tiergarten.

Un automóvil pasó junto a ellas.

Gaby agarró a Herta de la manga. La joven sonrió con picardía.

—Gracias por salvarme la vida.

Ya al otro lado, una cabalgata de elegantes jinetes y amazonas salió por una vereda lateral del parque. Los animales levantaban trozos de tierra con las herraduras. Gaby se retiró el velo de la boca y tomó aliento. Calmada por el efecto del aire y de los caballos, se volvió cariñosamente hacia Herta.

—A ver, mi dulce chiquilla; parece que hoy andamos de muy mal humor. Algo nos aflige. Ven, toma mi brazo.

Herta se dejó hacer. Le resultaba muy agradable pasear junto a Gaby, pegada a ella, a una distancia apta para propinar golpes y empujones. Sus pies avanzaban acompasados sobre la tierra limpia. Por unos momentos, Gaby pensó cuán hermoso era pasear junto a aquella chica tan dulce. En realidad, podía sentirse afortunada. Aquella mujer era optimista por naturaleza. Mostraba una tendencia irrefrenable a sentirse a gusto y olvidaba lo malo con una rapidez asombrosa: evitaba todo lo que oliese a problema. Y lo hacía por instinto, pues Gaby era torpe. En su época más convulsa, hubo dos ocasiones en las que la rondaron unas circunstancias adversas y desafortunadas que la acorralaron hasta tal punto que la pobre muchacha salió muy maltrecha, y las aciagas circunstancias casi perdieron las ganas de ensañarse con ella. Abandonada, exhausta y humillada, de no haber caído tan rápidamente en buenas manos, aquella mujer desesperada y dispuesta a todo en su indefensión se habría convertido en una criatura espeluznante que habría cabalgado libremente a lomos de la desgracia. Escandalizó a médicos y abogados y montó numeritos en varias comisarías; se convirtió en un lastre para sus caseros. Todos la evitaban; no sabía cómo subsistir. Su espanto ante aquella situación desesperada fue creciendo; su madre le había retirado la paga y ella creyó que su novio la había contagiado por despecho. La envidia le era tan ajena como el odio, así que todo se redujo al hundimiento de una persona indefensa que suplicaba auxilio. Hasta que en Fráncfort del Meno, la ciudad donde el infortunio cayó sobre ella, entró en una zapatería para preguntar si aún podían ponerles suelas a unos zapatos amarillos. El encargado de la tienda, que casualmente pasaba entre las dos filas de reposapiés, evaluó el deterioro en persona: una dependienta le mostró el zapato desgastado. Gaby permaneció sentada, con las piernas cruzadas y una chaqueta larga y negra que le quedaba demasiado ancha; mejillas fuertes y rollizas, tonos grises, boca intranquila; el velo negro, mal anudado y con los dos picos colgando, caía por encima de un duro mentón. Aturdida, Gaby señaló dos grandes agujeros que tenía en la media de su jugosa pierna izquierda. El encargado la atendió en persona. Cuando regresó al día siguiente, él mismo le entregó con disimulo una caja con dos pares de zapatos nuevos que ella se probó sorprendida y contrariada; ya no creía en un nuevo amanecer. Acorraló al caballero rechoncho y vestido de negro en la oficina y, a lágrima viva, le contó las penurias que enumeraba diariamente a su casera. Cuando al cabo de dos días se hubo desahogado, como no encontró resistencia, ella misma decidió parar. Y al comerciante le ocurrió lo contrario de lo que esperaba. Gaby lo desarmó, se mostró dócil solo cuando lo creyó necesario y volvió a estar alegre, cual pétalo de rosa que flota en el estanque.

Mientras contemplaba a aquella mujer de expresión tranquila y dichosa, Herta se alteró por unos instantes al darse cuenta de que admiraba aquel semblante y le agradaba el contacto con su cálido brazo. Pero tanto más furiosa lo soltó; cuán

despreciables eran la alegría y la despreocupación de Gaby.

Le preguntó si conocía a un tal Stortzky, de la Prenzlauer Allee. No. Con el rostro impenetrable, la joven respondió que ella tampoco. Las aletas de la nariz se le pegaron al tabique.

Pero Gaby tenía que conocer a ese hombre, pues él había recibido una carta suya.

Gaby, atribulada: qué carta y cuándo; quién era ese hombre.

Herta, con la mirada puesta siempre en los pies: ella no lo conocía, pero sí que había leído la carta; había muchos números y algunos nombres.

—¿De mi puño y letra, Herta?

—A lápiz.

Una pausa, durante la cual perdieron el paso.

—Yo misma te di una vez una carta, era para tu padre.

—No soy tu cartero; a mí qué me importa dónde fue a parar tu carta. —Herta se aceleró y dijo entre dientes—: Yo no me ocupo de tu correspondencia. Ni cargo con ningún paquete. No he ido a la escuela para eso. Nadie debe confiarme ni ofrecerme algo así. Y el que lo haga, allá él.

Gaby ya estaba llorando en voz baja.

—No te entiendo. ¿Por qué estás furiosa conmigo? Echaste la carta al buzón sin destinatario.

—Se la envié a ese hombre, al tal Stortzky.

—¿A Stortzky?

—Sí.

—¿Y ése quién es?

—No lo sé.

La dama se recogió el velo a la altura de la frente y, desconcertada, agarró a la muchacha, que trataba de alejarse con decisión.

—¿Qué te he hecho, Hertita? La carta era para tu padre, era importante. ¿Qué te ocurre?

—Yo quiero preguntarte otra cosa, Gaby. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo en Berlín?

Vacilando:

—Bastante, ¿por?

—Cuando uno quiere enviar una carta, ¿qué es lo que hace? ¿Te han dicho alguna vez que las cartas se certifican?

—¿Es que la carta no le llegó a tu padre?

—La recibió Stortzky.

—¿Así que no se la entregaste a tu padre?

—Lo que ése hiciera con la carta no lo sé y tampoco me interesa. Pero si tan importante era, fue una maldad por tu parte dármele a mí. ¡Como si quisieras dejarlo

en mis manos! Tú tienes la culpa.

—Herta, mírame.

—Por haber recurrido a mí.

—Esto es inaudito. Jamás habría pensado que tu descarado llegara tan...

—Eso, insúltame, llámame descarada, fresca. Sigue. Lo escucharé sin inmutarme. Me considerabas una ingenua, me hiciste jurar sobre el libro tratándose de... esas cosas. Pues no lo soy; no lo consentiré.

Gaby, sin aliento y con ojos encendidos:

—Deberían darte una paliza. Hablaré con tu padre. Ni se te ocurra aparecer ante mí.

Herta, incisiva:

—No llevo puesto nada tuyo; tampoco tengo nada que devolverte. Así que solo puedes intentarlo con insultos, así lo conseguirás. Si tienes ganas de pegarme, te diré que yo ahora mismo te...

Gaby dijo en voz baja y asustada:

—Quieres matarme.

—No soy capaz. No tienes nada que temer. Mi padre es tan corderillo como tú, por eso os lleváis bien. Deberías saber lo importante que era para él conocer esos números, la impaciencia con la que los esperaba. Yo misma lo vi allí sentado, esperando sin descanso. Esperándote. Las consecuencias las desconoces. No has estado en nuestra casa para ver cómo está todo. Los cuartos arruinados. El espejo roto. Y mi padre...

La joven sollozaba y resoplaba víctima de su ira. Recorrían sin descanso una vereda lateral y solitaria bajo unos jóvenes abedules. Gaby se tapaba la boca con un pañuelo; leía todo de labios de Herta, casi tuvo que llorar a la vez que ella. Durante una breve pausa, en un ataque de odio y despotismo la joven dijo:

—¡Deja de llorar! ¿Quieres dejarlo de una vez? ¡Es una orden! —Pero al momento, arrastrada por sus propios sentimientos, Herta se olvidó de lo que acababa de decir—. Tú le enviaste a Reinickendorf, lo empujaste a esa terrible situación. Él se humilló ante Albert, un niño pequeño. Debería haberle cortado el cuello si hubiese tenido un mínimo sentido del honor, pero... El caso es que lo tuvo y, sin embargo, no pudo hacerlo. —La joven se mordió los dedos, ahogándose casi—. No permitiré que le hagas esto a mi padre, encima ahora vienes con lágrimas. Es una desvergüenza y una falta de escrúpulos por tu parte ponerte a llorar. No puedes hacerlo, te lo prohíbo.

Herta gritó. Estaba a punto de clavar sus garras en la frente de la otra mujer. Suplicaba y luchaba por algo que quería arrancarle a la fuerza. Gabriele vio su rostro controlado por dos ojos desesperados. Aterrorizada, bajó la mano que sostenía el pañuelo. Recompuso el gesto obedientemente, por medio de la sugestión. La joven seguía alborotada. Estaba reviviendo la pavorosa escena del espejo con horror, miedo

y compasión. Temblaba mientras hablaba de ella desordenadamente. Sufría mucho. Gaby no lograba comprender lo ocurrido, y lo poco que entendía quedaba enmarañado por el terror difuso que le producía Herta. La excitación de la otra mujer la arrastraba, no podía dejar que se le notase, pero era incapaz de reprimir nada. De cuando en cuando, durante los descansos, los ojos de la joven se volvían grandes y tristes. Alertada por un ruido cercano, el rostro de la muchacha se giró hacia la mujer con una severidad infantil.

—Tú... no llores.

—No —respondió Gaby tranquilizándola—, si no lo hago.

—La culpa no es mía; no voy a asumirla. Él no sabe nada de todo esto, nada de la carta y, en el fondo, nada de nada. Nadie puede hacerme responsable. ¡Que alguien se atreva!

Otra vez los dientes apretados.

Gaby cedió a un momento de flaqueza y se dejó caer sobre un banco. Dos niños que estaban jugando salieron corriendo al ver el llanto de la joven y la mirada perdida de la otra.

—Mi padre es un hombre muy bueno. Todo el mundo le ha traicionado. Nadie ha estado a su lado aquí ni allí. Ya no sabe lo que hace. Está loco; hazme caso, Gaby, está completamente loco.

Gaby, que apenas se mantenía erguida, pidió a Herta que por favor se tranquilizara por un instante, un instante tan solo. Ella no podía contenerse más, le era totalmente imposible. Ya las lágrimas empezaron a caer a borbotones, resbalando por las mejillas de la mujer, que no movió ni un solo dedo para ocultarlas; lloró sin ningún tipo de reparo, como una mujer que sufre un dolor atroz, sin pudor y sin pensar en lo que estaba ocurriendo. Herta se mantuvo recta, impertérrita, como una juez encolerizada; se permitió disfrutar de la víctima. Y con la misma falta de pudor con la que lloraba, y a pesar de la discusión recién mantenida, Gaby preguntó:

—¿Y por qué no entregaste la carta? ¡Con lo que me había esforzado!

La joven, muy pálida, dirigió una mirada fija e impenetrable hacia los troncos de los árboles, su respiración subía y bajaba como un martillo pilón.

—No tengo por qué rendirte cuentas. Es muy cómodo recurrir a los demás y decir, no, si ha sido éste.

—Pero yo confié precisamente en ti.

—Exacto. Y por esa razón no haré nada para ayudarte.

—Déjate de palabrerías, Herta.

La joven la interrumpió con ojos centelleantes de odio:

—¡Ni se te ocurra decir que he sido yo quien le ha destruido! —Gritó—: ¡Atrévete, atrévete! ¡Vamos!

—Sería feliz si no te hubiese conocido. Eres peor de lo que jamás imaginé.

Y mientras la mujer —daban ganas de matarla— lloraba y respondía a su manera, Herta la rodeó por los hombros, hincó la barbilla como un trozo de piedra en el brazo izquierdo de Gaby y, con gesto encogido, dijo:

—¿Por qué me diste la carta? Lo que le hayas hecho a mi padre deberás aclararlo con él. ¿Quién eres tú para inculparme y ponerme a prueba? ¡A mí, a mí! ¿De qué me conoces? ¿Quién te ha dado poder sobre mí? Me has hecho caer en la tentación. Tú misma eres un ser humano, me dijiste esto y lo otro y se puede probar. Me di cuenta de que no sentías amor por mí, por eso no me escapé. Pero, Gaby, ¿cómo pudiste hacerme caer en desgracia, como un pájaro al que rompen las patas? Tú no eres madre y no tienes hijos; yo soy la hija de un hombre al que conoces. Me has convertido en su asesina. ¿Qué te he hecho yo para que me pisotees, me repudies, me arrojes a los leones, a mí, que no te he hecho nada, absolutamente nada, a mí, una desconocida?

—Me has engañado... —respondió Gaby, que seguía llorando.

Herta se abrazó a ella con más fuerza. El calambre del rostro no había cesado aún.

—Tiré el papel, lo habría tirado antes al agua si no se me hubiese ocurrido otra cosa. Cualquiera habría visto que en ese momento estaba desesperada. —La joven se sacudía colgada del cuello de la mujer y casi gritaba—: ¡Consuélame! ¡No puedes estar tan ciega!

La mujer se deshizo de ella con suavidad. El llanto desconsolado se detuvo.

El horror volvió a apoderarse de ella. Se detuvo a observar a Herta, que se abalanzó sobre su regazo.

—¿Qué he de hacer, Herta?

—Exijo justicia. Llévale tú la carta.

—Siéntate bien, niña.

—Arréglalo. Haz que las semanas retrocedan y lleva tú misma ese papel. Si tuviste el valor y la fuerza de encomendarme esa tarea, también tú podrás hacerla. De lo contrario no te habrías encargado de todo lo demás.

—Compórtate, niña.

—O hazlo a tu manera, pero arréglalo.

La mujer respondió muy convencida:

—Eso pretendo.

La joven se incorporó tragando saliva, como si se acabara de levantar.

—¡Si supieras lo que le ha ocurrido a mi padre! Después todo empeoró. Me he portado con él peor que mi madre.

—Hablaré con él; iremos juntas.

Herta negó con la cabeza.

—Nadie va a ir a verlo. No os lo permitiré.

Se pusieron en pie tras echar un vistazo a su alrededor. Cerca de la Königsplatz,

Herta miró de pronto con agudeza a aquella dama, le estrechó fuertemente la mano y se alejó.

En la Grosse Querallee la joven miró a su alrededor, se detuvo al borde del césped, se estremeció, pataleó y dio puñetazos en el aire. Gimió brevemente y prosiguió su camino con el semblante cautivo de una proscrita.

Durante media hora, Gaby siguió presa del oscuro hechizo que le produjo la conversación. No recordaba frases aisladas, sino que soportaba con creciente intensidad el increíble apasionamiento de la muchacha. Se cubrió con el velo y regresó a casa de la profesora, en la que no estaba. Las tres. En la calle de los juzgados se le ocurrió que tal vez Nieser, el estafador, podría ayudarla, sin que tuviese muy claro cómo. Él sabía cómo actuar en todas las situaciones difíciles, lo sabía muy bien.

Mientras miraba a su alrededor, una mujer salió por uno de los pasillos laterales del edificio. Llevaba un pañuelo de colores en la cabeza, una falda corta y ondulante y los brazos desnudos. En el pecho transportaba algo redondo y alargado, envuelto en un pañuelo azul atado al cuello. Al cruzar la calzada se topó con un muchacho que conducía un carro tirado por un perro, y se le acercó tanto que el animal empezó a ladrarle y a revolverle la falda con el hocico. La mujer agarró el fardo que llevaba en el pecho y lo levantó, acercándoselo al cuello; primero retrocedió lanzando improperios, luego rodeó el carro y alcanzó la otra acera. Gaby distinguió unos pendientes largos y un rostro marrón oscuro. El paquete que llevaba en el pecho se movió, se movió junto al cuello. Gaby seguía de cerca a la mujer, que llevaba medias lilas y unos zapatos abiertos y amarillos. Un lloriqueo estremecedor salió de ella: cargaba a un niño pequeño en brazos. Avanzaba a buen paso, segura y enérgica. Las mujeres y los hombres que pasaban se volvían para mirar a la gitana. La dama la siguió a escasa distancia mientras recorría la hilera de casas. La diminuta criatura que colgaba del cuello se irguió con más fuerza aún; la gitana aflojó el pañuelo, columpió y meció al pequeño en sus brazos, lo acarició y le susurró. Siguió Perlebergerstrasse adelante.

Gaby sintió lo que ella denominaba «dolor de corazón». Un poderoso anhelo, inquietud, impaciencia y un profundo hastío. Tan grandes que solo ante sí misma encontró una expresión decidida y engañosa: «Todo es absurdo». Todo: Herta y Wadzek, Rommel. Le bastaba con meter «todo» en el mismo saco. Gaby enflaqueció. Sufrió una recaída. Las rodillas le dolían lo que no estaba escrito. Seguían los pasos de la gitana: a sus ojos les sentaba bien no despegarse del pañuelo de colores. Como le había ocurrido aquello con Herta, no quiso saber nada de una buena cantidad de años vividos. Se sintió maltratada, atrapada en una situación errónea. Mientras seguía a la gitana, a menudo se acordaba de Nieser y sacudía la cabeza. Lo veía claramente ante sí; se deleitaba con aquella imagen, llena de obstinación y despecho.

En la esquina con la Behmstrasse se detuvo para acceder a la Hauptstrasse. La gitana la estaba torturando.

Pero aquella mujerzuela ya había reparado en Gaby. Se acercó mucho a ella y, con sus negros ojillos erráticos y una expresión astuta, preguntó si podía ayudar en algo a la señora. Leía la mano y echaba las cartas; se había ganado la admiración de las damas más distinguidas. Gaby se ruborizó y preguntó vacilante dónde lo hacía. Entonces la mujer la invitó a acompañarla. Era allí mismo, en la calle de al lado, solo un par de edificios más allá. Llegarían enseguida, en un momentito, estaba a muy pocos pasos, de verdad, no era más. Después toqueteó el guante de la dama y plantó un sonoro beso en la cabeza desnuda del niño, que asomaba entre el pañuelo. Gaby la siguió a un paso de distancia. Anduvieron cinco minutos. Estaba a la vuelta de la esquina, de verdad, era la próxima. En ese barrio no hacían más que construir calles, no había manera de orientarse, cada día ponían una nueva. Tras rebasar la siguiente bocacalle, la gitana la señaló y presumió de que aquélla era otra de las nuevas. Después todo fueron gestos, aspavientos, sonrisitas, estallidos de alegría, seducción y agradecimiento infinitos, abrazos al niño. Atravesaron el patio embaldosado de un enorme bloque de viviendas de alquiler. En el centro había un hombre mayor que fumaba mientras regaba en todas direcciones con una manguera roja. Tras la reja de entrada al edificio lateral bajaba una escalera de piedra por la que corría el agua sobrante del patio. La gitana se reía y señalaba los charcos que Gaby sorteaba con la falda remangada. Un pasillo estrecho y alumbrado con gas conducía al interior del edificio; tanto a la izquierda como a la derecha se abría una puerta. La mujer dio unas voces dirigidas hacia la izquierda. Luego agarró el picaporte de la derecha y cerró de un portazo; después se disculpó y, con palabras y muecas, fue explicando cada uno de sus movimientos y todo lo que resultaba llamativo en ese lugar.

Gaby se quedó a solas en un cuarto con olor a humedad, de techo muy bajo y con tres paredes cubiertas por jergones. La gitana regañaba con un hombre en la habitación de al lado. Mientras tanto, la elegante dama jugueteaba con los botones metálicos de su chaqueta. Reconoció por lo bajo que bastaba con estar allí sentada; flotaba, volvía a flotar. Cuando guiñó los ojos y cerró los párpados casi por completo, de forma que solo podía ver por una rendija, Herta y Wadzek estuvieron lejos, muy lejos de ella. La gitana entró sola caracoleando, con unos mechones negros que le tapaban las orejas. Por su forma de hablar era una mujer entrada en años; por sus movimientos, apenas tendría treinta. Le quitó a Gaby el guante izquierdo. La dama se asustó y dijo «No». La otra ensalzó las cosas buenas que le vaticinaría y a todas las damas distinguidas a quienes había predicho el futuro punto por punto, y luego se arrodilló sobre un taburete. Gaby le preguntó cuántos hijos tenía y, tras desoír la respuesta, si había por allí alguna habitación donde ella pudiese vivir tranquilamente. Ante el estallido de gozo de aquella persona sucia, que se vio reflejada en la dama,

Gaby sacó de la cartera dos monedas de diez marcos y se las dio a la gitana, que le tendía las cuencas de ambas manos. La dama quiso decir: «O consígame un billete a...». Pero ¿a dónde? Para empezar podía vivir allí mismo. De la habitación contigua llegaron vapores y chisporroteos. El cuarto húmedo pronto se llenó de olor a frito, cebolla y manteca. Una vieja fea y arrugada entró a paso ligero, miró los jergones con ojos lacrimosos y enrojecidos, cogió una bolsa del suelo y salió haciendo ruido. Gaby le recordó a la gitana que debía darse prisa. Tras muchos esfuerzos por besarle las manos, ésta corrió a la cocina.

La dama se quedó a solas. En la habitación de al lado comían, conversaban, reñían; eran entre cinco y ocho personas. Gaby apoyó la cabeza en el pecho y escuchó atentamente. Algo desagradable se movió a lo lejos, a sus espaldas; ella flotaba. Se sintió así durante varios minutos, hasta que de pronto se enfrentó a la idea más que probable de practicar la caridad con aquella gente. La idea enseguida le ganó la batalla sin necesidad de luchar. Tras asimilar tan misteriosa ocurrencia, Gaby se irguió y se puso los guantes con la precisión acostumbrada.

Ya no sentía nada desagradable a sus espaldas. Quería volver pronto a casa, recuperarse y acoger en su seno a aquella plebe. Esperó sin impaciencia. Notó cómo la observaban varias veces por un agujero raspado en el cristal opaco.

La puerta tableteó. Llegaron bocanadas de griterío, la gitana entró cimbreado las caderas con el niño en brazos y, canturreando, se acercó a Gaby; mientras tarareaba, le susurró que su madre había salido a buscar todo lo necesario. Después se puso a dar vueltas por la habitación mientras saludaba a la dama con ojos sonrientes y mecía a la criatura. Gaby le respondió entre susurros que debía marcharse. Al día siguiente vendría a interesarse por la habitación; hasta entonces, adiós. La gitana la miró perpleja mientras paseaba. Gaby se escabulló por el pasillo cavernoso, subió la escalera empapada y llegó al patio mojado.

Fuera encontró un coche de punto. Se dirigió al Blumeshof muy seria. Examinó su casa con ojos ajenos. Se miró al espejo y se asustó al ver unos ojos enrojecidos, su expresión severa. Tocó el timbre con insistencia para llamar a la criada, que la ayudó a cepillarse el cabello. Gaby sonreía, bromeaba, observaba inquieta sus propios gestos. Luego se empolvó el rostro: ya se había refrescado. Tras ponerse el vestido de andar por casa, de color plateado y con una pequeña cola, se sintió feliz. La criada tuvo que sentarse a la mesa para que le contara lo de los gitanos. Entonces surgieron la calidez, la alegría y la naturalidad propias de Gaby. Fue incapaz de pensar en Herta ni en Wadzek.

Esa tarde el propio Wadzek fue a visitarla. Y Gaby, como si lo hubiese intuido secretamente, se ausentó entre las cinco y las siete, cuando él solía venir. En la Leipziger Strasse compró lencería para la gitana y un cochecito de niño. Inmersa en su papel de piadosa mujer de mundo, a las seis y media aún seguía conversando con

la gitana, rodeada de una prole compuesta por cinco bocas. Dejó que la mujer le colgara un amuleto sobre el cuello de seda amarilla. Era un trocito de cuerno retorcido, del tamaño de un dedo y atado a un hilo. Luego se despidió tan feliz. Ya en el coche, se dio varias palmadas en las rodillas con los guantes puestos; estaba decidida a seguir cultivando aquella relación secreta.

Regresó a casa a las ocho. Cuando se dispuso a avivar la llama del comedor, Wadzek se le acercó desde el sofá con dos rosas. Sujetaba airosamente un tallo en cada mano. Le entregó las flores estirando los brazos por encima de la mesa con una torpe sonrisa.

—Son unas flores hermosas, ¿verdad, hermosa dama?

La voz le temblaba ligeramente.

La dama de poderoso busto, vivos colores y cabello rubio oscuro que le caía en onda por delante del rostro trató de cogerle la mano en un arrebato de calidez. Él malinterpretó el movimiento y dijo que no tenía más flores. La expresión de sus ojos era tan rígida que Gaby enseguida recordó las palabras de Herta: estaba loco, completamente loco. Él siguió tieso, sentado ante el mantel de terciopelo verde, con los dos brazos extendidos sobre la mesa y la mirada incomprensiblemente clavada en Gaby. Su boca hizo un movimiento cariñoso, mientras que la parte de la frente y de los ojos se mantuvo fría y ajena. Como no supo por dónde empezar, la dama olió ambas rosas, las apoyó en su pecho y dejó que los tallos se balancearan.

Wadzek tomó la palabra.

—Tengo un hombre para usted, Gaby. Lo he encontrado en los últimos días.

Ella intentó bromear.

—Pero si no conoce bien mis gustos.

—Lo tengo todo pensado, querida Gaby, todo previsto. Wadzek no olvida nada. No tendrá ninguna queja.

—Soy muy caprichosa, querido amigo. No es aconsejable casarse conmigo.

—¡Conozco a un hombre tan bueno y tan formal para usted!

Ella fingió mirar ensimismada entre las rosas que colgaban sobre su frente.

—Debería ser negro, Wadzek, tener largas pestañas y andar tan rápido que yo no pudiese seguirlo. Tendría que viajar mucho y dejarme sola en casa. No, debería tener una perilla rubia, ser un hombre de mediana edad y grandes ojos azules.

—Yo le recomiendo una tripa llena, un paso absolutamente firme y una cómoda calva. Bueno... esto último aún no está presente, pero el terreno ya está abonado para ello, listo para pasar el cortacésped. Yo se lo traeré.

—¿Y cómo se llama?

—Schneemann. Es un sujeto divino. No hay muchos como él sobre la faz de la tierra.

—¿Schneemann?

—O sí, ¡je, je! Todavía los hay en cantidad. ¿Qué me dice, qué dice a mi propuesta, estimada señorita, futura señora de Schneemann, alias el Oso Polar?

—¿Es que se han separado?

—Nunca estuvimos casados. Además, yo no practico la zoofilia con osos polares. No logro acostumbrarme al clima de sentimientos en el que florece este tipo de relaciones zoológicas. Ahora la criatura está desempleada, libre, digamos que se dedica a deambular, sin nada que hacer. El león anda suelto.

—Pues vuelva a meterlo en su jaula; a mí los depredadores me asustan.

—No tema, ¡je, je! No tema, estimada señorita. Es dócil, come de la mano y solo se hace llamar Oso Polar, alias Schneemann, por el deseo de aparentar. ¿Quiere ver a uno de los que ha picado? Se lo traeré bien alimentado. Quiero verlos a los dos juntos. Debe romper con Rommel, querida, ese episodio dura ya demasiado. Schneemann se acerca, el loado, el prometido, ese sobre el que está escrito: «Wadzek lo cogerá de una oreja y lo conducirá hasta su querida prometida Gabriele Wessen, futura esposa». —Wadzek susurró por encima de la mesa—: Acéptelo, ese hombre es un tesoro para usted. —Rompió en una carcajada—. Si hay alguien que pueda decir que están hechos el uno para el otro, ese soy yo, pues he disfrutado gloriosamente de ambos y los conozco a los dos.

Gaby comprendió el dolor que sentía Herta al ver la expresión de aquel hombre que cambiaba sin cesar; su rostro parecía recuperar el movimiento que las piernas no alcanzaban a realizar. Gaby tuvo que levantarse y, palpando en la penumbra, quitarse el amuleto que acababa de tocar por casualidad. Se había puesto como un tomate cuando Wadzek miró el colgante.

—Pero ¿qué hace, querida niña? —resonó desde el otro lado—. Aleja de sí lo terrenal para...

—Por favor, Wadzek, modérese. Llevo puesto un collar que me aprieta.

—Pues démelo. Colecciono recuerdos.

Gaby era incapaz de moverse.

Él miró a su alrededor girando la cabeza y la silla, sin levantarse.

—Un hogar hermoso y acogedor. La víctima echa humo. Rommel, el Moloc.

—Habría hecho algo por usted si hubiese sabido cómo. Nadie quiso darme información. Tenga por seguro, Wadzek, que fui a buscarla para usted. El apoderado y todos los demás..., no se imagina la cara que pusieron. Cree que soy una maleducada y una desagradecida. Siento muchísimo no haber conseguido nada. Sé que no puedo cambiar su opinión sobre mí. Me echaron por las buenas. De alguno tuve incluso que oír cosas inauditas.

El caballero lanzó un grito afilado.

—Querida Gaby, no tenía necesidad de aguantar nada por mí. Todo ha transcurrido de una forma correcta y acertada. Que mi estado no la llame a engaño.

Cuando vencemos no sacamos las banderitas; seguimos comportándonos como todos los días, pues la victoria no nos impresiona lo más mínimo. Somos simples pecadores escaldados. Y hasta nos gusta parecer majaretas. ¿Y qué fue lo que le ofrecieron? — Gaby lo retuvo con la mirada—. Seguramente le pidieron que vendiera su virginidad. Demasiado preciada como para entregarla por mí, ¿verdad?

Ella contestó en voz baja:

—Wadzek, esto no puede seguir así.

Él se levantó y pegó su rostro al de ella.

—Aún es temprano, solo son las siete. Me quedaré un par de horas con usted, así que arréglese. Iremos a un bar. Yo seré su empresario. Como el negocio ha fracasado, empezaremos desde el principio. No suelo equivocarme, y lo cierto es que empieza a inquietarse entre éste y aquél, me refiero a los muebles que le ha regalado su benefactor. Recuperemos la sinceridad. Recobremos la decencia, señorita Wessel. Vayamos a un bar. Yo seré su empresario.

Gaby se rio insegura mientras bajaba la mirada y retrocedía.

—Pretende humillarme a toda costa.

—Nada de eso. No pienso mal de usted, siempre la llamaré señorita Wessel. Mi invitación al bar da en el clavo. ¿Sabe que he venido a verla para eso?

Gaby lo observó atemorizada.

—Me alegra que no me guarde rencor, Wadzek. Cuando estos días terribles hayan pasado, ya no... maldeciré mi nombre.

—¿Por qué maldecir, querida? Las circunstancias nos obligan. Mire a su alrededor, ése y aquél, los muebles; ¿quién puede ir en contra de Dios y de Nizhni Nóvgorod? También yo llevo puesto el símbolo de la victoria, ya lo ha visto, claro que son triunfos que otros han obtenido sobre mí. Pero no importa: siempre que el amor al prójimo sea verdadero y haya altura moral, la victoria de los demás es también la nuestra. Es un punto de vista extraordinario. Lo que dicta la moral más perfecta que concebir cabe, y que abarca el cielo, la tierra y todo lo que sucede. La victoria es inevitable.

—¡Santo Dios —suspiró Gaby—, qué cosas dice!

—Justicia y amor al prójimo, eso es. No se olvide de decírselo a Rommel cuando vuelvan a decorar el altar.

—¿Qué es lo que le tengo que decir? —Gaby le tocó la manga con actitud cariñosa y suplicante.

—Que me es imposible presentarme ante él, pero que me alegro por su victoria. Que ahora llevo un cuello de plástico, no de lino; dígaselo tal cual, él lo entenderá. Ocurre que el lino se reblandece en algunos casos. Pero solo sucedió una vez, una sola. Dígaselo, señorita Wessel; él es su maestro; dígame textualmente: Wadzek no puede venir porque lleva un cuello de plástico. Continúe diciendo que ha conseguido

la victoria, ¡tachán!, y que el enemigo ha cruzado el río batiéndose en una retirada incondicional; atravesará la cordillera hasta llegar al siguiente río, hasta donde los puentes alcancen. Innumerables botines y armas ocultan la superficie. Por desgracia la sangre no se ve, parece que el enemigo ha lamido el suelo; eso es lo que caracteriza su ira o su sed.

—A Rommel no pienso contarle nada de usted.

—Eso sería mezquino. Estaría siendo cruel con un hombre que no está al tanto de lo ocurrido. Está privándolo de lo que le pertenece. Encima que yo no voy. El enemigo se ha que dado sin munición, eso es lo que más le alegrará saber; la ha gastado toda.

—No le diré nada de eso.

—La ha gastado toda, salvo un pañuelo de mocos que se encontró junto a un puente de madera desvencijado, digamos sobre un montón de piedras, junto a unas zarzas que había en la otra orilla, moras o algo por el estilo. Estaba empapado, prueba de las lágrimas, de los ríos de lágrimas que el enemigo derramó en el camino. Háblele del pañuelo, eso servirá para sustituir al cuello de lino.

Wadzek se había sentado y agitaba un pañuelo blanco. Bajo la penumbra del sofá, Gaby sostenía las rosas en el regazo, con las piernas cruzadas. Apenas escuchaba a Wadzek y dijo con voz sorda:

—Guarde el pañuelo, haga el favor.

Él enmudeció de repente. Contemplaba la llama de gas, triste y resignado. Al cabo de un rato, cuando ella se le acercó y puso los brazos cruzados y envueltos en seda azul sobre el borde de la mesa, quiso torcer de nuevo el gesto, pero Gaby negó suavemente con la cabeza y no se produjo ningún movimiento. Presa del ensimismamiento, Wadzek dejó caer la cabeza sobre el hombro izquierdo.

Ella preguntó con voz átona:

—¿Qué ha dicho antes de mis muebles?

El caballero clavó la mirada en el brillo de aquellos ojos y la ingenua redondez de las mejillas, después arrugó los párpados y miró el oscuro reloj de enfrente.

—Sus muebles... se parecen a mí.

Gaby se quedó pensativa.

—Tiene que venir a verme más a menudo, Wadzek.

—¿A verla a usted?

—Sí —respondió ella muy seria y decidida, pegando la espalda al sofá.

—Le envié a Herta. A la cueva del león. Ha regresado con el corazón limpio. Gaby —Wadzek puso el brazo sobre la mesa—, usted quiso arrebatarme a mi hija. Ella misma me lo ha contado. Este mediodía, ¡fíjese!

La mujer se levantó.

—Acompañeme. —Temblaba de amargura; tuvo que darse la vuelta para ocultar

unas lágrimas a punto de saltar.

—¿A dónde?

—Al cabaré, al bar, donde usted quería ir. Wadzek, si sigo aquí sentada... No puedo más. Siento como si... De niñas una vez encontramos un gatito muerto. Estaba tieso, hecho una bola, quisimos enterrarlo como corresponde, que pareciese un gato. Por eso atamos unos cordones a sus patitas retorcidas y tiramos las tres a la vez hasta estirarlo completamente. Siempre con fuerza; fuimos crueles, después le atamos campanillas y cintitas. Pues eso mismo está haciendo usted conmigo.

El reloj sonó suavemente a la hora en punto. Lleno de angustia y sufrimiento, Wadzek abrió mucho los ojos y lo señaló.

—¿Usted también está muerta? Y yo... Me he quedado sin fábrica. Otros ocupan mi puesto. Mi plaza está cubierta. Son las ocho y media. Wadzek está aquí sentado, charlando con usted. Otro minuto, otro minuto, mire el péndulo.

—Si no quiere acompañarme, iré yo sola.

—Vaya, vaya a ver a su maestro y señor, y cuéntele lo que le he dicho.

Wadzek hablaba en un tono amenazante, pero la queja era más clara que la amenaza; miró desesperado el reloj.

—No tiene sentido que se quede aquí, Wadzek. No soportaría seguir siendo la amante de Rommel si usted me tratase mal.

—Eso ya me lo dijo una vez. Más moscas se cazan con una gota de miel que con un barril de vinagre, querida amante.

Habiendo encendido sus ánimos, ella lo cogió de los hombros.

—Vámonos. Si se queda aquí sentado le golpearé.

Él siguió mostrándose voluble. Volvió a asomar su expresión resignada. No sonrió.

—¿Usted también? ¡Bastantes cardenales tengo ya en la cara! Primero no podía ver con mis propios ojos; Schneemann tuvo que guiarme. El caballero de la orden de la cerveza.

Ella se cubrió el rostro, compungida.

—No, no me malinterprete. Dios mío, ¿qué he dicho?

Él rodeó la mesa sigilosamente hasta alcanzar la puerta.

—Si he subido a verla, también lo he hecho como un padre que desea agradecer a una educadora lo bien que ha tratado a su hija. Ahora me alegra volver a casa y encontrarme a Herta.

—¿Entonces se marcha?

—Y vivieron seguros, cada uno debajo de su parra. Le agradezco lo de Herta.

La mujer susurró tras él:

—¡No hay absolución! ¿No hay absolución?

Wadzek se giró a medias y vio sus gestos de espanto. Gaby le estaba suplicando.

Cuando se acercó dando un paso inseguro, ella le echó los brazos al cuello. Lloró junto a su boca y su barba.

—Siempre me ocurre lo mismo...

Él canturreó.

—Alégrate, hija de Sión.

* * *

Wadzek se marchó. El suelo desaparecía con frecuencia bajo sus pies, abriendo un vacío. Ya en casa pidió a Herta, que lo miraba inquisitiva, en secreto, que le hiciera un favor, pero luego no soltó prenda. Ella lo apremió, le habló en un tono suave y maternal mientras él se ponía un viejo batín de terciopelo en el dormitorio. Pero Wadzek desistió; quería pedirle que sacara los trozos de espejo del armario y los llevase al patio, o al menos que los sacase del piso. Algo venido de alguna parte decidió que, por lo pronto, los trozos de espejo se quedarían allí. Wadzek tembló por un instante; pensó en Gaby. Eso era lo que lo guiaba, por eso temblaba. El temblor, los trozos de espejo, la relación con Gaby... Todo lo atravesaba oscuramente, como si fuera un sentimiento.

«A lo mejor me voy a un bar con Herta —pensó para distraerse—, la criatura se preocupa tanto por mí». Así logró superar el momento.

Herta rio airadamente al verlo gruñir tanto. Delante de él abrió la puerta que daba al salón. Bajo la araña de gas estaba sentada la enorme señora Wadzek, quien, vestida de blanco, leía el periódico extendido sobre la mesa; con la mano izquierda apretaba unos impertinentes contra el achatamiento ondulado de la nariz, mientras con la derecha iba subrayando los renglones. La mujer vivía muy satisfecha. De cuando en cuando la asaltaba un ligero encono hacia su marido, pues había amenazado con denunciarla. Herta le había dicho que aquello era una broma, no podía ser de otra manera. Fue entonces cuando la temerosa dama confesó a su hija el encuentro con la señora Litgau, el complot y la visita de la joven tabernera a Wadzek, y le preguntó si eso no bastaba para presentar una denuncia contra ella. Esta conversación tuvo lugar la tarde en la que Wadzek se marchó para luego aparecer en casa de Gabriele. La confesión de su madre alteró mucho a Herta. Así que se dedicaba a semejantes correrías mientras a ella la obligaban a informar de todos sus pasos. Tuvo envidia de su madre. Le gritó a voz en cuello que ¡se tenía merecida la denuncia por haber puesto todo en peligro de aquella manera! Era indignante, una vergüenza. Al final fue la madre la que tuvo que calmar a la hija, que se negó a seguir hablando. El labio le temblaba y luchaba visiblemente contra las lágrimas. Herta solo supo una cosa: debía hacer algo; actuar. Todos hacían algo. Le estaban arrebatando a su padre; debía entrar en combate. A regañadientes se dejó besar por su madre, que de forma lamentable le

pidió que no hablase del asunto. La oronda mujer respiró tranquila cuando Herta forzó un «sí» despreciativo. Se dejó caer sobre un sillón y rezó en voz alta a «su Señor Dios misericordioso, misericordioso». Era feliz, eso declamó con las manos entrelazadas, eso había sido todo, ya había pasado. Había recibido su castigo, expiado su culpa, todo había acabado. Cuando la madre puso los ojos en el cielo, apretó los labios, asintió sumisa y se desplomó sobre su regazo, Herta salió inmediatamente de la habitación. Ya en el umbral consideró si debía cerrar la puerta haciendo mucho o poco ruido, pero decidió que simplemente tiraría del picaporte, de modo que solo se oyese el ruido de la cerradura al encajar. Siguió malhumorada, negándose a reconocer que admiraba las facultades de su madre.

Al entrar en el salón, que le causó una impresión agradable y acogedora, Wadzek tuvo de pronto ante sí la cabina telefónica. Vio cómo agarraba el auricular, llamaba a la operadora y el sombrero se le caía. Después, como una brisa que lo abanicase primero y un vendaval que lo sacudiera después, el recuerdo de los terribles días vividos en Reinickendorf. Schneemann y Gaby, y Schneemann y Gaby, y el espejo y... Ese recuerdo lo recorría como la luz de un foco, dejaba salir un feroz fantasma nocturno, desaparecía. Permaneció quieto en el umbral, sin aliento. No quiso saber nada de Gaby ni de los trozos de espejo. Quería... Solo una cosa: irse. ¿Qué hacían sus rodillas? Algo cálido lo inundó a la velocidad del rayo, lo levantó por los hombros y cuando ya estuvo atrapado, se dejó llevar. Sus brazos se rindieron, la boca se rindió, las manos se rindieron. El calor penetrante fue reptando por la nuca, la rodeó como si fuera un cuello postizo y se hinchó más allá de los labios... De repente. Sin ser consciente de ello, hizo todo lo que aquella cosa quería. Sabía que eso era la liberación, la salvación, y por más montañas que derribase, no había quien lo parara.

¡Ahora no!

¡Ya no más!

¡Tenía que acabarse ya!

¡Tenía que ocurrir ya!

Todo había pasado. Compungido, se acercó a la mesa. Se sentó inseguro junto a su mujer con una sonrisa cohibida, parpadeando; la miró con ojos lastimeros y, cuando ella dejó los impertinentes sobre la mesa y le dedicó un movimiento sonriente, él se abalanzó hacia su pecho.

Herta se situó junto a la estufa, estiró la nariz y miró al techo con aires de superioridad. Su boca fue abriéndose poco a poco hasta dibujar una amplia sonrisa.

Mientras el señor bajito seguía colgado del enorme busto de su señora, el ansia ciega, ciega de dominarse lo alteró por completo; apretó los párpados y dio patadas al recuerdo, que se alejó obediente. Él se tragó su ansia. Entre los brazos de su mujer se puso a guiñar los ojos y a hacer pequeños movimientos con los labios.

Estaba totalmente compungido.

La mujer se alzaba egregia sobre su presa. Pero mientras el gas que tenía encima zumbaba, empezó a sentirse incómoda. No estaba a la altura de esa situación: Wadzek, al que respetaba y temía, colgando de su pecho. Giró la cabeza a la derecha en busca de Herta, quien, al intuir el movimiento de su madre, se arrimó un poco más a la esquina de la estufa, de modo que la mujer, inquieta, para pedir consejo a su hija con la mirada tuvo que estirar el cuello de forma antinatural y excesiva, a pesar de lo cual no pudo ver bien por el asiento aconchado de la silla elevada. Mientras observaba los esfuerzos de su madre, Herta golpeaba divertida la pared con el pie. Wadzek acariciaba con fervor y melancolía el brazo izquierdo y desnudo de su esposa. Mientras, como el hombro derecho de la mujer asediada se había desplazado hacia atrás por el estiramiento excesivo del cuello, el cuerpo de Wadzek resbaló de pronto desde el brazo derecho, que cedió, hasta el regazo de la mujer, ante lo cual ella se sobresaltó y lo agarró con las dos manos. La consecuencia del resbalón fue que Wadzek, sentado solo a medias, perdió el punto de apoyo. Mientras caía quiso alejar de sí la silla empujándola hacia un lado, quiso tocar la alfombra con las rodillas, cosa que no logró. Braceando sin parar se sentó en el suelo, y no se dio un batacazo porque se puso de lado y se agarró al vestido de la mujer, que seguía inmóvil: sus dos piernas quedaron estiradas una junto a otra. Todo el movimiento se completó con un giro de la mujer hacia la mesa. A sus pies, pegado a los flecos del lienzo blanco, estaba aquel hombre entero, el inesperado viaje había concluido.

La dama había intentado agarrar al náufrago mientras éste manoteaba, pero le fue imposible debido al giro que Wadzek dio hacia la derecha. No obstante, sus dedos sí lo acompañaron mientras ella levantaba su masa elemental de la base de la silla. En el mismo instante en que Wadzek hubo recolocado las piernas y se quedó sentado allí abajo, ella se cernió sobre él; los brazos le colgaban como dos cabos salvavidas.

—¡Santo Dios! —se lamentó—. Pero ¿qué hacemos? ¿Te has hecho daño, Franz? ¿Qué ocurre? Sí.

La mujer lanzó miradas severas y acusatorias a Herta, que le respondía con semblante oscuro, difícilmente interpretable. La joven se acercó y la ayudó a levantar a Wadzek. Lo agarró del codo, lo arrastró hasta el sofá con el mismo semblante oscuro y le ordenó que se sentara.

La señora dijo:

—Ya podías haber venido antes.

La joven, sentada en la otra esquina, respondió con desgana:

—Justo iba a salir.

Wadzek se alegró de ver a las dos mujeres. Cuando su esposa giró la silla hacia él dijo:

—No os peleéis. No me ha pasado nada. Como mucho me habré manchado los

pantalones.

Miró a su mujer, que se había aproximado, con ojos sumisos y blandos. Rápidamente le cogió de la mano que ella no había logrado retirar a tiempo y se la llevó al rostro.

—Madre —sonó la fría voz de Herta—, ibas a hacer la cena. Son las ocho. Tengo hambre.

—La niña tiene hambre —dijo Wadzek alegremente, aún embobado y sin soltar la mano, inspirando junto al dorso rollizo—. ¿Lo ves?, la niña tiene hambre, así que vamos a darle algo de comer. Cenaremos todos juntos, ¿verdad, Herta?

—En casa no hay nada —respondió Herta en tono aún más bajo y aferrándose más a sí misma, sin mirar a la pareja situada a la izquierda.

Wadzek alzó una mirada sonriente hacia su mujer.

—¿Tú qué dices, Pauline? Aquí hay hambre, un verdadero problema nutricional. Y tú y yo somos los crueles progenitores de este pajarillo. Tenemos que llenarle el piquito, ¿verdad, Pauline? Llenarle el piquito. No tiene nada que temer, aquí hay dos personas pendientes de ella, dos que no la olvidan, jamás.

Era una sonrisa dulzona y suplicante que torturaba incluso a la señora Wadzek, de modo que ésta no lograba decidirse entre ceder o sonreír. Él forzó el gesto más aún y abrió mucho los ojos. La mujer vaciló. Buscó el consenso con Herta, una alianza de ambas contra aquel hombre, pero se sintió rechazada por su hija y, para sus adentros, halagada por Wadzek. Bajando la mirada suspiró y dijo:

—Tiene razón, Franz. No ha comido nada desde esta mañana. ¿Quieres queso o embutido?

—Queso, siempre queso. Embutido, siempre embutido. Lo que tú quieras. Que decida la niña, o decide tú. Cenaremos juntos y tomaremos té. Traeré ron, Pauline, un buen ron, de los auténticos. ¡Cómo os habéis asustado antes! Solo me he manchado los pantalones. ¡Ja! En serio, sé dónde conseguir el ron.

La señora Wadzek se emocionó; solo traía ron en las grandes ocasiones.

—Vamos, Herta —dijo ella—, trae algo de comer.

—No sé qué traer.

—Pero ¿nos acabas de oír, no?

—Sí, un marco de queso, siempre queso. Y ochenta y cinco pfennig de embutido, siempre embutido.

—¿Qué me dices de esta niña, Franz?

—Eso, di. Y dame la bolsa que está en la cocina.

—Está bien —maulló la mujer en tono de reproche. Con cuidado liberó la mano apretada por aquel hombre de mirada húmeda y amorosa, que no permitía que nada le alterase el gesto.

Fuera de la habitación, Herta dijo:

—No pienso traer nada.

La señora Wadzek hundió los brazos en su ranura.

Herta, obstinada:

—Estoy invitada en casa de Gaby.

—¿Cuándo? ¿Y entonces por qué vienes a decir que tienes hambre?

—No es culpa mía que tenga hambre. Se me ha ido el apetito.

—Vamos, niña, trae la comida.

—Queso, siempre queso. A ver si vais a empezar otra vez...

—¿Con qué?

—Con lo vuestro. No lo soporto. No pienso quedarme aquí.

—Mira quién fue a hablar.

Herta reprimió los sollozos y se ocultó junto a la ventana de la cocina.

—Primero en Reinickendorf y ahora aquí. ¡Menuda vida para una jovencita! No quiero, ya está. No significo nada para vosotros, un trozo de madera, un trozo de madera.

—No hubo otro remedio. Vamos, Herta, ¿quieres que vayamos a un concierto o a bailar?

—Tampoco para mi padre, nada.

—Todo se arreglará, niña. ¡Parece mentira!

Herta gritó hacia la cocina con la cabeza encendida:

—¡Solo quiero que os comportéis en mi presencia! ¡Soy una persona adulta! Vuestras caricias y arrumacos me repugnan. Para eso está el dormitorio.

—Eso...

—Eso no me gusta. Y eso también se lo puedes decir.

La señora Wadzek, con una voz muy profunda y convencida:

—Debería darte vergüenza, Herta. No lo haré si sigues hablando de ese modo.

La mujer negó con la cabeza y se dio la vuelta para salir de la habitación, ofendida hasta en lo más profundo de su pecho. Herta se apresuró a seguirla, dubitativa, y la retuvo. La mujer se resistió.

—No lo haré si sigues hablando de ese modo. Debería darte vergüenza.

Herta, testaruda, no dio su brazo a torcer y murmuró:

—Por favor, no le digas nada.

—No.

—He desobedecido, madre, pero no he sido mala.

La señora Pauline se había ablandado; ese día había vivido una doble satisfacción, primero con Wadzek y luego con Herta.

La joven abrazó fuertemente a su madre, susurró que se daría de golpes por lo sucedido. Cogió la bolsita de cuero y salió a comprar.

Aquella tarde festiva que vio a la esposa reinar verdaderamente sobre el círculo familiar, y los días siguientes, el ánimo de Wadzek se mantuvo: una oscura alegría y una contrición en grado sumo de expresión inagotable. Wadzek, que nunca había hablado de cosas técnicas o de negocios con su mujer, se explayaba ante ella durante horas. Por la mañana fue a buscarla a la cocina y esperó pacientemente a que terminara de pelar las patatas. Ella se sintió acosada: no le gustaba que hubiera hombres en la cocina, así que lo siguió hasta el salón dando un resoplido. La señora Wadzek tenía pocas luces, eso ya lo había comprobado hacía tiempo burlándose de ella. Pero ahora, cuando su mujer no lo entendía, él se negaba a aceptarlo. Se echaba la culpa; si se esforzase más en aclararle las cosas, lo entendería todo a la primera. Es que a veces uno tiene la cabeza tan llena de cosas que se va embruteciendo. Las cosas estaban muy claras. Si lo escuchase tan solo una vez... Y entonces empezó a persuadirla con insistencia; se puso a perorar.

Ella asentía en silencio. Ya que tenía que sentarse, lo hizo cómodamente en su silla alta. La cabeza cayó sobre la hondonada del pecho de forma que el trozo de barbilla estofada mostró sus dos lorzas grasientas. Los brazos descansaban cómodamente sobre las bolsas pectorales, que subían y bajaban; de cuando en cuando la mujer guiñaba los ojos muy seria, se frotaba con fuerza la nariz y decía con gesto severo: «Sí». Ignoraba por qué tenía que escuchar todo aquello, pero no terminaba de decidirse a preguntar a Herta, ya no; debía reafirmar su hegemonía frente a la hija.

Wadzek recorrió el salón de arriba abajo cargado de planos y lapiceros; hubo que arrimar las sillas y la mesa a la pared. Hizo grandes esfuerzos, repitió los puntos más complejos disculpándose con una sonrisa si tenía que volver atrás. Mientras permanecía allí sentada, aborregada y medio dormida, la enorme señora Pauline no intuía siquiera que su marido estaba declarando ante un tribunal. Solía abrir mucho los ojos e inclinar la cabeza hacia el respaldo de la silla cuando él explicaba en voz alta que esto era un error de cálculo, aquello el inconveniente de ese diseño, y hacía una larga pausa. Entonces él la miraba con ojos tranquilos y brillantes. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón: era el inconveniente de ese diseño. Los fundamentos y las ideas se habían quedado obsoletos, había que reconocerlo. Para ella siguió siendo un misterio por qué su marido la miraba tan intensamente mientras hablaba de cosas tan serias y objetivas, y por qué le interesaba tanto obtener su aprobación. Tanta responsabilidad la asustaba, pero él sonreía y se alegraba al escuchar sus palabras inquietas; el asunto estaba resuelto. Parecía mentira cuánto se podía equivocar uno. Uno se aparta de su camino, eso clamaba la voz en el desierto o algo parecido.

En una ocasión en la que ella omitió el «sí» porque no reparó en la mirada interrogante de su marido, él la apremió, se mostró preocupado, le preguntó si le pasaba algo; no debía callarse nada. No debía quedar ni un ápice de sombra, por el

amor de Dios. Ella murmuró que estaba de acuerdo en todo, ante lo cual él preguntó que con qué parte en concreto, si la última o la penúltima, pues no había que descuidar ninguna, todas eran igual de importantes.

Durante aquellos días Wadzek fue sin duda feliz. También solía hacer partícipe de sus argumentaciones a Herta, que lo escuchaba expectante, pero parecía molestarse cuando ella lo interrumpía con preguntas concretas. En realidad, Wadzek no solía llevar sus deducciones hasta el final. En modo alguno recompensaba a su hija, la llamaba «señorito» y le decía que ya lo entendería cuando fuese mayor.

Wadzek idolatraba a la señora Pauline. Le rendía pleitesía ayudándola en la cocina de vez en cuando o preparando el fuego. Un hombre que se preciase de serlo, decía, no debía amilanarse ante nada, tenía que saber hacer de todo. Acompañaba a su esposa al mercado, que estaba cerca, y una vez en casa contaba a la hija lo bien que su madre había comprado la coliflor y la lombarda. Una a una, por supuesto en la medida de lo posible, había dado la vuelta a cada hoja, sin permitir que la impaciencia de la tendera le impidiese encontrar el gusano. Ése también era uno de sus principios: cuidar los detalles, cultivar la paciencia.

Herta miró perpleja a su madre; cómo lo habría conseguido. Ella le dijo que ya lo entendería cuando fuese mayor. Y lo cierto era que tanto extrañaban los acontecimientos a la joven que consideró la posibilidad de que hubiese determinadas cosas que se le escaparan a su edad, aunque se resistía a aceptar una idea tan desconcertante. Con frecuencia abrazaba a su madre, la observaba detenidamente; le mostraba un cariño repentino y exagerado sin que lograra resolver el misterio.

La madre le había tomado la delantera, relegándola a un segundo plano. Herta ardía en deseos de intervenir. Mientras rehuía a su padre, vigilaba a su madre y buscaba a menudo el conflicto. Una mañana en la que la mujer la había despertado demasiado tarde —en realidad la joven estaba despierta, esperando a su madre con rabiosa expectación—, se suscitó un agitado debate en el dormitorio. Herta se encendió, Wadzek se sumó a la discusión en zapatillas y con la toalla en la mano. El fabricante defendió a su mujer y reprendió a Herta, que lo miró fijamente, se volvió de golpe hacia la pared y, bajo el edredón, respondió que esa mañana se quedaría en la cama.

Ese día los tres entablaron una conversación después del almuerzo. Mientras se encendía un puro sentado en el sofá junto a su mujer, Wadzek explicó cuáles eran sus planes y lo que podría hacer una vez aclarada la situación. Fueron comentarios erráticos; empezó diciendo que la señora Pauline debía contratar de inmediato una criada, ya al día siguiente, para no madrugar tanto. No soportaba ver cómo se torturaba su esposa. Además, el tener que estar siempre recogiendo y poniendo la mesa, sumado a todo el trajín de la cocina, les impedía estar juntos a gusto. La mujer asintió. Además, hacía tiempo que había que quitar las cortinas, y las cacerolas de

cobre de la cocina no se podían ni ver.

Cuando su madre empezó a hablar de ese modo, Herta, que como siempre estaba de pie junto a la estufa, meneó la cabeza con un gesto de perplejidad.

Wadzek expuso sus planes a su esposa mientras fumaba con deleite y se mecía en el sofá. Quería servir a la humanidad con sentido crítico. Los últimos acontecimientos le habían hecho entender muchas cosas; había aprendido. Daba igual en qué punto de la evolución se encontrase uno, si más adelante o más atrás. El timonel es importante, el fogonero es importante, el pasajero es importante, el barco es importante, el armador es importante. Lo dicho, no había que descuidar ningún detalle. El desprecio se paga caro. Eso es indiscutible. Los delirios de grandeza... ya el nombre lo dice todo. Pero para el individuo es importante ser ágil, trepar rápidamente hasta su puesto.

Herta lo interrumpió: entonces, el limpiabotas del barco también era importante. No solo él, enfatizó Wadzek, sino también su esposa, que ni siquiera viaja en el barco, sino que se queda en casa preparando lentejas con tocino, bañando a los niños, secándolos y demás.

Y el mendigo que llama a su puerta, constató Herta obcecada.

Eso si alguien fuese a pedir a una casa tan pobre como ésta. Pero si así fuera, entonces habría que decir que sí, que también ese pedigüeño era importante para el barco; había que entenderlo así.

Herta volvió la cabeza hacia los azulejos en actitud desafiante; intuía dónde quería ir a parar; entonces también ella era importante para el barco, ella, la que estaba junto a la estufa, y su madre también y, no... Volvió a comportarse como antes, con un tono tan sarcástico que asustó a su madre.

Wadzek siguió fumando en silencio. Sin mudar el gesto explicó que lo fundamental era el contexto. También el agua sobre la que navega es importante para el barco, el viento. Era un razonamiento difícil, aún no había llegado hasta el final.

En cualquier caso, el error fundamental consistía en empeñarse en ser solo fogonero y perder de vista el conjunto. La tozudez, las ideas propias y la terquedad, la obcecación. Eso era de necios. ¡Había que navegar en zigzag! ¡A la derecha, a la izquierda!

Como si hubiera olvidado la presencia de su hija, Wadzek se dirigió hacia la señora Pauline y, apoyando el brazo en el hombro de su mujer y sintiendo una dolorosa excitación, le preguntó entre susurros si acaso él no había sabido manejar bien el barco. Tras veintidós años de matrimonio su barquito cambiaba de rumbo, la barquilla volvía a puerto.

—¿Recuerdas cuando nació Herta? Pesó cuatro kilos, fue un bebé regordete. Tu madre venía siempre con un embudo y se hacía el café ella sola. Una vez trajo un ombligüero de color azul...

Los sollozos se apoderaron de la mujer.

—Mi madre. Jamás volví a verla.

—Bueno, es que Fráncfort del Oder quedaba demasiado lejos. A un día... una apoplejía rara vez lo resiste; ahora los trenes han mejorado. Tendría que haberte alquilado una calesa.

—Eso es lo que siempre he querido, un coche de caballos.

—Pues lo tendrás, Pauline, con un caballo bien enganchado. Yo guiaré el coche sentado en el pescante y mi Pauline irá dentro, calentita. ¿De acuerdo?

—¡Qué cosas dices!

—Por tierra o por mar. —Wadzek se levantó y agarró de los hombros a su mujer, que se había caído hacia delante—. De una forma o de otra. Mírame, Pauline. ¿Sabes qué voy a ser?

—¿Franz?

—Profesor de instituto, uno privado. Ya tengo uno en mente. —Wadzek se puso a deambular—. Me prepararé las ideas de otros, criticaré las viejas teorías, insistiré, no daré tregua. Seré como un práctico del puerto. Ésa es mi misión: ser un guía. Y tú, Pauline, eres parte de todo eso, de mi existencia. Veo todo claro y transparente desde que te he incluido en mis cálculos, Pauline. Mira... —Wadzek se plantó ante su mujer con gesto perspicaz—. Con los números puede que me equivoque, pero con las personas... ¿Tú qué opinas? Pauline, cuando digo que lo haremos así, tú y yo, ¿qué piensas?

La señora, sintiéndose atacada, le acarició tímidamente la manga.

—¿A qué te refieres, Franz? Herta, al menos podrías venir.

Tenía miedo, se avergonzaba frente a la joven.

—Deja a la niña. Esto es instructivo. Uno nunca deja de aprender. Yo ya soy un viejo y confieso no haber sabido muchas cosas. La clave está en trabajar no por trabajar, sino para vivir. Para las personas.

—Tú siempre te has matado a trabajar por gente desconocida, Franz.

—Desconocidos y ni siquiera eso. Lo que importa es lo último. No me he deslomado por nadie. Por nada. Fue algo hecho al tuntún, una actividad idealista.

—Siempre me has sorprendido, Franz.

Wadzek se puso rígido y la miró desde el otro lado del sofá.

—Hay que ser un hombre. Tener una meta. La fábrica no es ninguna meta. Vencer a Rommel no es ninguna meta.

—Los ingleses dicen: «*My home my country*» —dijo una voz neutra procedente de la estufa.

—Y en cuanto a ti, Herta, aunque en todos tus años de colegio no hubieras aprendido más que esa frase, bien lo habría valido. Te lo agradezco, hija. Mi patria *my country. My country. Country.* —Lo dijo con voz firme por encima de la mesa—.

Seré profesor. Tengo los conocimientos técnicos y experiencia en general. La experiencia moral que se desprende de la vida. La técnica no puede ejecutarse sin ayuda de la moral, sobre todo la técnica. Detrás de todo técnico debe haber un hombre íntegro, estoy convencido. Un hombre que trabaje para su mujer y sus hijos.

—¿Y dónde vas a enseñar, Franz?

—Buscaré un instituto. Hay de sobra. Y si es necesario, habrá que fundar uno. ¿Qué opináis? Un instituto que compita con la escuela técnica. En pleno campo. Les pisaré los talones. Pero eso es indigno. Les enseñaré, les demostraré que soy un profesional de la técnica según el método Wadzek. Esos profesores son unos tarugos; los compases, los alambres, las máquinas que manejan son herramientas inútiles. Todo lo que cae en sus manos se convierte en material. La técnica se ha vuelto irrespetuosa y deslumbrante. Ya apenas tiene sentido. Las turbinas ya no son como los cilindros de alta presión. Hay que admitirla, domarla, llevarla a nuestro terreno. Ya lo dijo Schiller del poder del fuego: el hombre lo vigila y lo contiene, pero «¡ay, cuando creciendo va sin resistencia y pavoroso arrolla el fuego bullendo de gentío las callejas!»^[13].

Su rostro resplandeció mientras permanecía ensimismado en la esquina, junto al reloj de pie.

—Para los chinos no es nada nuevo. Hay que remitirse a los chinos, puede que también a los rusos. Un día una laboriosa nación europea construyó líneas de ferrocarril en China. No sé qué país fue, todos son iguales. La misma tecnomanía. Se construyó el ferrocarril, locomotoras, vías; los chinos lo pagaron todo. Hasta que llegó otro día en el que expulsaron a esa nación de China con motivo de una revolución, y transformaron la locomotora en un pequeño templo para algún falso ídolo; ¿no es sugerente? Tengo entendido que el sacerdote y los demás vivían en los vagones.

—Por Dios, Franz, ¿de verdad crees que aquí va a haber una revolución como ésa? ¿Qué tienes en contra del ferrocarril? Los chinos, ¿tú qué opinas, Herta? Ésos, con sus ídolos, mejor no tener que vérselas con ellos.

—Hay que amar la técnica, dominarla, no dejar que crezca demasiado. De lo contrario, se convierte en un azote. De lo que se trata en realidad es de evitar los abusos que cometen los hombres viejos y resecos con la técnica; un enamoramiento estéril. ¡Una criatura salvaje y floreciente entre castrados! ¡Conozco la técnica!

—Eso ya lo dijiste una vez, padre.

—¿El qué?

—Lo de los castrados. Sé lo que significa. Pero no sé qué pretendes con la técnica. Ni cómo vas a fabricar máquinas éticas.

—Tú déjame a mí, muchachita. —Wadzek la miró ensimismado—. ¿Puedo acercarme a la estufa yo también? Máquinas éticas, eso son palabras mayores. Tu

mamá tendrá su coche. Y tú... a ti te traeré un hombre guapo y distinguido, un auténtico príncipe. Entonces entenderás lo que significa la moral aplicada a la técnica.

Herta seguía junto a la estufa, acorralada por Wadzek; le pidió que la dejara pasar. En la mesa, apoyó la cabeza en el brazo: no quería ningún príncipe. Wadzek no debía preocuparse por ella. Pero mamá, mamá tampoco debía tener un coche. También se encargaría de impedir eso. Mejor dicho —se corrigió—, eso no quedaría en nada.

Wadzek dijo con voz aflautada:

—Tú déjame a mí. No te avergüences.

—¿Y de dónde vas a sacar al príncipe?

—¿Lo ves?

Los ojos de Herta centelleaban. Algo dentro de sí cogió carrerilla, ella cedió a ese impulso y corrió hacia Wadzek, que se dejó abrazar mientras sonreía; Herta susurró:

—Quiero un príncipe, sí, lo quiero. ¡Tráemelo, por favor! —dijo llorando desconsoladamente.

—Bueno —respondió Wadzek afectuoso—, tan rápido no será. Tendrás tu principito. Sí, no has pasado muy buenos días conmigo. En mi *country*. Todo irá bien, Herta.

—Tráeme a mi príncipe —sollozó la joven—. Tráemelo, pronto. ¿A qué debo esperar? Si no me lo traes...

—¿Entonces qué, Hertita?

—Venga, tráemelo. Anda. La revolución china se quedará en nada. Yo me marcharé con el príncipe en un coche de caballos.

—Sí, con tu madre. ¿Lo ves, Pauline?, ella también va.

—No, con el príncipe y contigo.

—¿Y tu madre?

—Contigo. —Mientras bajaba los brazos y volvía el rostro hacia la puerta, como si algo la hubiese cegado, Herta dijo en voz baja—: Nunca iremos en coche de caballos. No hay dinero. ¿Qué va a pasar? —Se echó a temblar—. ¡Qué vergüenza!

Se fue corriendo de la habitación.

Cuando la madre salió con gesto alegre del salón, trasladando el olor a humo hasta el pasillo, Herta la increpó junto al perchero.

—Ya sabes lo que hay.

Pauline se disponía a regresar a la habitación donde estaba Wadzek, pero Herta le quitó la mano del picaporte.

—Ya sabes, madre, vayamos a mi habitación, que yo no puedo callarme. Sobre lo de la criada y lo demás.

—¿A qué te refieres?

—Eres tú la que le provoca, la que le anima. No le llevas la contraria. Eres igual

que Schneemann.

La mujer dejó que la puerta del cuarto de Herta se cerrase tras ella, y allí se quedó.

—Es tan bueno, ¡tiene un gran corazón! ¿Y quieres que yo le contradiga? De eso nada. Además, es tan inteligente.

—Es tan inteligente.

—Y lo del coche. En aquella época, cuando murió mi madre, se rio cuando le dije que quería alquilar un carruaje porque no había trenes. No le pasará nada por hacer algo por nosotras. Tiene toda la razón cuando dice que la construcción de maquinaria está acabada. Se está volviendo loco.

—Que coja el coche y lo...

La mujer balanceó la cabeza en lo alto.

—Iremos en coche. Puedes aprender a manejarlo. Dicen que Gaby también sabe.

—¿Así que eso es lo que debe hacer?

A Herta se le paró el corazón.

—No eres más que una niña, Herta. Tu padre tiene razón cuando dice que hay que tener un buen objetivo. Qué más da. Si quiere hacer algo por ti y por mí... No hemos disfrutado mucho de la vida. Tú todavía te aferras a la antigua fábrica. Él por fin se da cuenta de que también hay que pensar en la familia. Ser un padre de familia. Es un hombre bueno.

La joven se retiró el pelo de la frente y dijo muy despacio:

—Jamás creí que fuese posible.

—¿Lamentas que renuncie a la fábrica? Pues yo no puedo decir lo mismo. A mí el nombre me da igual, nunca me ha importado. No hay que ser vanidoso. Si fuese una fábrica como la de Rommel... No fue posible; esto es lo mejor. Lo que importa sobre todo es el corazón, hay que tener buen corazón. Y él lo tiene. Sí, señor.

Herta se había dejado caer lentamente en la tumbona.

—¿De verdad le quieres?

—¿A tu padre? Herta, eres una descarada. Otra de tus preguntas impertinentes.

—Pero respóndeme.

—Claro que le quiero. ¡Es mi marido, señorita respondona! Se lo pienso decir.

—No te concederé ni el más mínimo triunfo. Dile eso también.

—Claro que se lo diré.

—Y tampoco te mereces el coche, la criada ni lo que venga. Nada de eso te mereces, díselo. Tampoco muchas otras cosas, pero no hace falta pelearse por eso, porque no tendrás nada.

Mientras hablaba, la joven se echó a llorar a lágrima viva.

La mujer se acercó con cuidado.

—¿Te encuentras bien, niña? ¿Estás enferma?

—En su revolución, en eso crees tú.

—Vamos, pequeña. ¿Cómo se llama tu príncipe?

—¡Déjalo! —gritó Herta—. ¿Acaso padre es un cachivache? ¿Es que lo quieres subastar? ¿Y cuánto se sacará? ¡Todo para ti!

Tras esta conversación, Herta llamó varias veces a Gaby por teléfono; también le escribió, sin esperar respuesta, dos cartas seguidas destinadas al Blumeshof; un galimatías de amenazas, mentiras y ruegos. Casi morían de hambre. Wadzek quería ser profesor de Religión, estaba convencido de que así ganaría para un coche; era insoportable tener que escucharle. Qué iba a pasar, qué opinaba Gaby. Había llamado diez veces a su puerta, pero ella nunca estaba en casa. Herta le mandaría al otrora dueño de la fábrica para que viese en qué se había convertido: un admirador de la divina Pauline, es decir, de la señora de Wadzek, madre de la abajo firmante.

Ése fue el estilo mordaz en el que se expresó Herta, que perseguía a su padre con sigilo. Él se alegraba del apego mostrado por esa «muestra visible de su unión conyugal».

La señora Pauline, por el contrario, disfrutaba. Al final de una de las discusiones con Herta dijo que lamentaba estar tan lejos de Reinickendorf. Le habría gustado contarle a la señora Litgau cómo había transcurrido todo. El hecho de que Pauline dijese esto a su hija tenía por objeto obtener de la segunda una especie de permiso para ir a Reinickendorf. Es más, ya la dama había anunciado su visita como algo seguro. Herta se dio por informada, y la madre no interpretó su murmullo como una negativa. La joven se alegraba de que su progenitora quisiese frecuentar esas amistades.

Así, durante las siguientes semanas la mujer se volvió más y más suelta. En casa la idolatrabán, Herta la rehuía, y empinaba el codo con la señora Litgau y la joven tabernera. Llevaba una nueva vida. Las tres mujeres trabaron amistad. Al principio, la señora Pauline hablaba mucho de su triunfo sobre Wadzek, se dejaba envidiar con fervor. Los encuentros siempre tenían lugar en el cuarto trasero de la taberna de Reinickendorf. De vez en cuando la dama hacía fluir el dinero, mantenía a sus dos amigas llevada por la exaltación de sus sentimientos; por lo demás, cada una pagaba lo suyo. Se encontraban alrededor de las seis y a las nueve se despedían; la señora Pauline guardaba las apariencias de una visita familiar. Una vez que llegó a casa achispada, se fue de la lengua con Wadzek mientras éste la ayudaba a dejar sus cosas y se extrañaba del olor a tabaco. Él se quedó satisfecho cuando ella le confesó una «visita esporádica» a la señora Litgau: si a ella le sentaba bien... Vaya, y con lo lejos que estaba. Le preguntó si no le cansaba el viaje en el tranvía; si quería salir más a menudo, la idea de que tuviese que darse una paliza no le gustaba. A lo mejor podría invitar a esa mujer a su casa alguna vez. Estarían a sus anchas: él también había sido joven. Ella rechazó la oferta algo avergonzada; si solo era dos años más joven que él.

Pero él, embelesado, apretó el brazo de la mujer contra su propio rostro: no, ella era una niña, y eso le hacía feliz.

Wadzek vivía en un estado de particular ofuscación. Por las mañanas fumaba, escribía notitas, comentarios breves, sustantivos con signos de exclamación. Guardaba los papelitos desordenadamente en el bolsillo y luego no los encontraba nunca, aunque rara vez los buscara. Tres veces al día se acercaba al buzón de la entrada con una calma piadosa. A pesar de que el buzón estaba en su propia puerta, como es habitual, para cada uno de estos paseos se ponía su sombrero bien cepillado, siempre el mismo, de color negro, el que solo llevaba en ocasiones especiales. Se miraba en el espejo del perchero y se ajustaba la pajarita. A veces también cogía el paraguas y abría la puerta despacio y sin hacer ruido. Después la cerraba sin llave. Tras mirar expectante por la pequeña ranura de debajo del buzón, sacaba una llavecita del bolsillo del chaleco. Alguno de los papelitos solía salir volando del bolsillo. Leía tranquilamente las direcciones, observaba los sellos, guardaba las cartas en el bolsillo interior, cerraba el buzón y, pensativo, buscaba el llavero en el bolsillo trasero del pantalón. El proceso de salir de casa, leer las cartas y volver a entrar requería entre diez minutos y un cuarto de hora. Una vez dentro, Wadzek se desvestía con dignidad y sin prisa. Sentado en el sofá del salón o al escritorio, leía las cartas que, casi siempre por error, aún iban destinadas a su persona y trataban asuntos relacionados con la fábrica. A la mañana siguiente volvía a ensobrar todo el correo y escribía la dirección con trazos grandes y enérgicos: Fábrica de Locomóviles etc. Heinersdorf (Wadzek). En una ocasión mostró uno de esos enormes sobres a su mujer, señaló la dirección con aires de misterio y, riéndose, le dio un ligero codazo: «Es la fábrica de Hahn. Les estoy mandando la correspondencia».

El tiempo que su mujer se ausentaba por las tardes Wadzek lo dedicaba a pasearse por el dormitorio a marchas forzadas. Una vez dentro cerraba con llave aunque no hubiera nadie en casa. Entonces iba de la mesilla de noche a la cama y rodeaba la *chaise-longue* hasta llegar al armario. De la parte delantera del mueble colgaba un gran mantón a cuadros grises que pertenecía la señora Pauline; estaba sujeto por arriba con dos clavos, y los flecos colgaban sin llegar a cubrir del todo la desnudez del armario malherido.

En ocasiones Wadzek se preguntaba desconcertado y meditabundo cómo ese amor prácticamente irrefrenable y casi nupcial que sentía por su mujer había podido renacer en él sin motivo. No llegaba a ninguna conclusión. Paseaba humildemente con su amor mientras brotaban en él todo tipo de pensamientos. Se decía que eran pensamientos amorosos, y brotaban; eran como pajarillos y jardines, a veces también como truenos y la amenaza de un fuerte granizo. Avanzaba en paz, protegido por ellos. Le pareció que había comenzado a descubrir muchas cosas relacionadas entre sí. Pero no sabía qué había descubierto exactamente; tenía la sensación latente de

haber hecho un descubrimiento, pero una vez constatada esa sensación, ya no se preocupaba por el descubrimiento. Esto era lo que le provocaba ese estado de bendición. Como dijo una vez: «El que logra ver más allá de los acontecimientos se siente ungido». Esperaba grandes cosas. Acudía a reuniones sociales en las que no hablaba.

No lograba acabar con el espejo. No terminaba de decidirse a sacar los trozos rotos del último cajón. Tenía la oscura y remota impresión —que recorrió su rostro con un frescor repentino, irradió a las palmas de las manos y le hizo alzar los párpados por un instante— de que algo le aguardaba; algo muy distinto de lo que pensaba. Sintió que lo llevaba consigo por las habitaciones, por las calles. Y por breve que fuese el contacto con esa impresión, no la pudo olvidar; por eso recorría el dormitorio de arriba abajo, ora en silencio, ora con un ruido atronador.

Mientras él desfilaba, Herta abría la puerta de su habitación, que daba al pasillo, se tumbaba en la cama y vigilaba.

—La solución, la solución —murmuraba Wadzek en su cuarto.

No sabía qué significaba exactamente. El trayecto hasta el buzón ponía fin al desfile. Por la tarde llegaba el saludo alegre y abrazador de la señora Pauline.

Tras la visita de Wadzek, Gaby eludió varias veces sus encuentros con Rommel. En una ocasión, Rommel pasó por su casa a última hora de la tarde. Gaby acababa de salir por la cocina y bajaba la escalera de servicio mientras él arrastraba su poderoso cuerpo por la escalera principal peldaño a peldaño, jadeando pesadamente. En la mano derecha llevaba un diminuto ramo de violetas, cuyo tallo aplastaba con la vara de un bastón macizo, reforzado con una contera de goma. Cuando golpeó el entrepaño con el puño izquierdo y la sirvienta arrugada contestó en tono vivo y lisonjero que lo sentía mucho, pero la señorita Gabriele había salido, Rommel le tendió el ramito junto con el bastón: «Tenga, dele esto». Ella extrajo cuidadosamente las flores de la rendija formada por el guante de piel y el bastón, pero no pudo sacar todos los trozos de papel de plata, pues aunque Rommel sujetaba el ramo con paciencia, no abría el puño aferrado al bastón. La sirvienta hizo una reverencia ante sus gruñidos de «Está bien», dando repetidas gracias. Daría recado de todo. Él alzó dos dedos de la mano izquierda a modo de despedida, y bajó lentamente. Entretanto, Gaby había cruzado el patio. A través del cristal del portón reconoció las ruedas rojas del coche de Rommel, tirado por dos caballos, y retrocedió con el corazón palpitante. Dejaría que él se marchase primero. Pero después, un particular impulso la llevó a interrumpir su paso uniforme por el patio cuadrado, angosto, oscuro y asfaltado. Se remangó la falda lila y corrió ligera hasta el portón que separaba el patio del zaguán. Sobre los cristales esmerilados se dibujaban las figuras de dos angelotes, enmarcados por pequeños trocitos de vidrio rojo, verde y azul claro. Pegó el rostro a uno de los

cristales verdes y miró hacia el interior del zaguán, justo cuando Rommel tomaba la pequeña curva de la escalera. Iba especialmente despacio; llevaba el brazo derecho en alto, el bastón se balanceaba; miraba el puño que estaba utilizando. Una vez alcanzó el zaguán y atareado como iba, de repente se equivocó y giró hacia la derecha en lugar de a la izquierda, dando cinco o seis pasos. Entonces alzó la mirada y vio la extraña imagen de los angelotes, los cristales de colores; tras ellos, una sombra; es más, hasta creyó ver unos ojos. Rommel, que se esforzaba en vano por quitarse unas briznas de papel de plata del guante derecho, quiso conminar a la persona allí presente a que le quitase aquello de la mano y del bastón. Sacudió el picaporte y gritó. Gaby sabía lo que le pasaba; sabía que había que ponerle y quitarle los guantes de sus dedos torpes y gordos, y que él no soltaba el bastón. La sombra que había tras los cristalitos de colores desapareció; se abrió una pequeña puerta lateral por la que entró una dama con una falda lila remangada, la cabeza escondida bajo un pequeño canotier, y un colgante de amatista por debajo el escote; se acercó al hombre que golpeaba la puerta.

Él se giró y echó la cabeza hacia atrás. Gaby olía a lilas; blusa rosa pálido con escote recto y grandes estampados en negro, guirnaldas, cuadrados, mariposas cuyas alas se extendían más allá de los costados. Ella se ruborizó muchísimo cuando se disponía a sonreírle. Él miró los zapatos de charol negro, y las numerosas verruguitas y cicatrices de su rostro se tiñeron inmediatamente de un color rojizo, luego violeta. Rommel estalló. Su voz atronó el pasillo sin ningún reparo. Tras soltar la falda, ella le abrió el puño derecho y le quitó los restos de papel. Él se dejó hacer mientras despotricaba. Gaby le dijo tranquilamente que no merecía la pena que se alterara de ese modo. La criada le había dado el recado correctamente; no podía saber que había ido a visitar a la señora Sauer, la parturienta del edificio de atrás, para luego salir a tomar el aire. Pero qué significaba eso de ponerse a mirar por la ventana y espiar lo que ocurría en el zaguán. Gaby se sorprendió ante este comentario y le preguntó si quería subir o prefería que saliesen a dar un paseo: no era consciente de haber espiado a través de los cristales, sobre todo porque eran opacos. Lo dijo con frialdad, mirando fijamente la ventana. Él guiñó un ojo y, tras agacharse y mirar parpadeando por uno de los cristales, dijo escamado que, en caso necesario, algo sí que se podía ver, al menos siluetas, contornos; tal vez mejor si se miraba desde el patio hacia el zaguán que al revés.

Rommel avanzó junto a Gaby apoyándose en el bastón y, ya en la calle, señaló una brizna plateada que había ido a parar a la parte más baja del paleta. Ella se la quitó mientras él le daba unos golpecitos en el hombro. Las violetas estaban arriba, las tenía la criada.

En el coche volvió a enfurecerse y preguntó por el nombre de la parturienta. Rommel gruñía desde lo más profundo y hacía oídos sordos a las respuestas: una

eventual falta de respeto le parecía algo intolerable.

Durante aquel breve paseo, Gaby apenas habló. No se le ocurrió pensar que Rommel pudiese tener motivos para gruñir, ni fue consciente de que ella le estaba mintiendo. Todo lo que dijo lo dijo con tanta suavidad y delicadeza como si se estuviese arrancando un cabello suelto. Cuando trastabilló y habló del tercer hijo de aquella mujer, frunció el ceño y se quedó pensando de qué niño se trataba; en verdad tuvo la sensación de que lo había olvidado.

El coche de Rommel era un cupé anticuado, negro brillante, limpio y reluciente, estrecho y con mala suspensión. En el asiento acolchado, raído y de color rojo —sólo se podía utilizar la parte trasera; de la pared de enfrente colgaban tres ceniceros de latón barnizado—, viajaba Rommel, rabioso y con el cuerpo echado hacia delante, apoyándose en el bastón clavado en el suelo, con un bombín gris claro, ribeteado de negro y una cinta del mismo color. Alrededor de la boca le crecía una espesa barba gris; la mandíbula inferior estaba muy poblada y desaparecía por completo bajo una exuberante mata de pelo que ascendía por los lados y en línea recta hacia las mejillas, cubriendo los maxilares hasta llegar a las orejas, tapadas con algodón. El corte perpetrado a la altura del mentón hacía que la barba del labio inferior colgase en forma de mechones hirsutos y luego se ondulase hasta llegar a la barbilla; de no haber sido cortada, habría inundado el pecho en forma de grandes olas, inamovibles. Los pelos largos y crespos del bigote se enroscaban como cuernos por encima de la boca; nunca se cortaban, no se recortaban ni se retorcían alrededor de las comisuras de los labios, tampoco se afeitaban; crecían silvestres y verdosos, y junto con el vello de las mejillas y del mentón formaban una densa espesura alrededor de los labios. Pasada la línea mandibular, el pelo cerdoso iba reptando hacia el cuello y rodeando el maxilar inferior bajo la base de la boca, donde de repente se volvía más corto y puntiagudo; eran como pequeñas púas que rozaban el cuello duro de la camisa, un cuello de pajarita.

Tras mirar con insistencia a Gaby, que permanecía en silencio, Rommel se quitó el bombín y lo colgó de uno de los ceniceros, dejando la frente y la cabeza al descubierto. Al momento su cabeza se volvió más poderosa. La frente era ancha y maciza. Por la parte en la que se curvaba hacia las sienes, en esa esquina, salía desde abajo, desde el techo de la órbita ocular, una gran protuberancia ósea que se inclinaba hacia arriba acentuando el cierre lateral de la frente, como si fuera el marco de un cuadro. Una fachada pétreo cubierta por una piel tensa a cada lado las sienes, que disminuían en ángulo recto, llenas de masa muscular. La barba de Rommel temblaba mucho, y él tomaba aire con frecuencia y chascaba la lengua sin hablar, sobre todo cuando estaba malhumorado; las fibras musculares de las sienes se hinchaban bajo la piel, en paralelo a los fuertes huesos, y solo entonces la frente se convertía en una prueba definitiva de dureza y solidez, flanqueada por dos pilares musculosos y

amenazantes que se movían de arriba abajo. El cabello parduco estaba alisado sobre la superficie del cráneo; la frente asomaba desnuda por la izquierda, donde comenzaba la raya del pelo, de trazo inseguro, oculta a ambos lados por mechones pegajosos. Una nariz hermosa y lisa prolongaba la inclinación de la frente; su suavidad y armonía eran un hecho aislado, y los elegantes orificios nasales resultaban admirables; bello y encantador tenía que ser quien poseyera una boca y unas mejillas a juego con aquella nariz. Pero la boca de Rommel estaba oculta entre la espesura; las mejillas granujentas y punteadas vibraban flácidamente; unas arrugas grises y rojizas cruzaban en paralelo los mofletes desde los ollares y el interior del rabillo del ojo.

Ese hombre, que miraba con ojos grandes y desapasionados, estaba sentado junto a Gaby, dispuesto a reprimir y castigar cualquier signo de resistencia. Ella lo observaba reclinada en un rincón del cupé; conocía a ese monstruo sediento de justicia que, con su séquito de ingenieros y visitantes, rebosante de amor propio, cargaba consigo mismo por las anchas calles de la fábrica, se acercaba a un martillo pilón o disolvía a un grupo de trabajadores. Las viejas amistades agitanadas de Gaby temían a seres insensibles como Rommel. En la primera etapa de su convivencia, a fin de deleitarse, ella trataba de verlo con los ojos de sus antiguos compinches, pero no aprendió a temerlo. Muchas veces había deseado contárselo a sus compañeros; una parte nada despreciable del placer que le producía Rommel respondía al hecho de poder reírse del señor Nieser y sus secuaces. Nunca pensaba en su propia belleza ni en sus enormes y rubios encantos. Y era entonces cuando, en ocasiones, había algo de él que saltaba hacia ella, algo que la hacía retroceder. Rommel nunca hablaba de negocios, no le gustaba que fuese a la fábrica. Si le permitía entrar, era para mostrarle hermosos prototipos y tomos relucientes. No le dejaba observar a los trabajadores: «Están ocupados», decía apremiante. Tiraba de ella suavemente, con cariño e impaciencia; para su sorpresa, Gaby se dio cuenta de que allí era una carga. Rommel le permitía curiosear en las dependencias de la fábrica, pero en cuanto le resultaba excesivo, la sacaba de allí bruscamente. Y ella obedecía con un sentimiento desconocido desde hacía infinidad de años.

Se acordaba de cómo una vez el director del colegio la tomó de la mano, la llevó hasta el pasillo y tuvo unas palabras con ella. Entonces tenía trece años. Aquello le había causado una fuerte impresión, de modo que era incapaz de enfadarse o de sentir dolor; ni siquiera llegó a contar nada a sus fieles amigas y, mofándose del director, describió lo ocurrido como un intento frustrado por su parte de arrogarse autoridad ante ella. Sin embargo, cuando aquel hombre mudo y sigiloso la agarró de la muñeca izquierda, la arrastró hasta el oscuro pasillo y la puso delante de una ventana abierta —era una ventana redonda, bajo la cual se oían las órdenes del profesor de gimnasia y se veían los cables telegráficos de cobre que brillaban al sol sobre los tejados vecinos—, todo eso la estremeció y la penetró como una cuña. El grave ataque quedó

atestiguado durante meses por los espacios en blanco de su diario, la menor rudeza que mostraba como parte del elenco y la veneración que profesaba al director y a algunos profesores para divertimento de sus compañeras. Y en último lugar, por lo tranquila que estaba. Tras lo sucedido, Gaby se volvió más libre; a los diecisiete años su autosuficiencia resultaba insultante. Cedía ante todos, era dulce y excesivamente buena, inocente y supersticiosa... en eso era incorregible. Se mantenía al margen de las habladorías, aunque primero la criticaron las de su clase y luego sus «amigas». Ya las profesoras de primer curso se dieron cuenta de que era «débil de carácter» y fácilmente influenciable. La mitad de su escasa paga la donaba a la protectora de animales para alimentar a *teckels* extraviados, pero solo a este tipo de perros salchicha, el resto de razas y animales en general le daban miedo. La otra mitad la invertía en cintas, ribetes y bordados; también solía dar limosnas a los mendigos — casi siempre por miedo—; mucho lo gastaba en golosinas. Nadie en su círculo vestía con tanto gusto como ella; era la modistilla de sus conocidas. Una vez, ante un pequeño grupo de invitadas a su cumpleaños que se habían confabulado para darle una lección, demostró literalmente que podían desnudarla de los pies a la cabeza. Exceptuando la combinación blanca y la camisilla interior, a sus dieciocho años Gaby acabó sin medias frente a las invitadas en el dormitorio cerrado con llave; a una le había regalado la blusa, a otra le había prestado la falda, los zapatos, etcétera. Pero el efecto que aquello produjo en dos muchachas fue distinto al esperado. Primero le ordenaron a carcajadas que leyese en voz alta un papelito que habían escrito y escondido previamente en la cómoda, y que decía así: «Lo he regalado todo, pronto estaré tumbada en la cama sin más vestido que mi piel. Firmado: Gaby, el angelito que cumple años». Ella se rio y forcejeó con las invitadas, a quienes quería despojar de sus ropas. Pero dos de ellas fueron derrotadas: se avergonzaron de la situación y manifestaron su envidia sin participar del juego; esas criaturas malvadas y retorcidas no tardaron en abandonar a Gaby, revelar su primer «incidente» y proclamarlo a los cuatro vientos.

Recostada en un rincón del cupé, Gaby observaba a Rommel, el profesor que la había cogido de la mano. El rostro del empresario, que asomaba por encima del bastón, aún se mostraba tenso por la ira y no admitía conversación alguna. Gaby suspiró sin querer, se encogió y se alegró de que Rommel permaneciese inmóvil. Pensó en Wadzek, a quien ese profesor había ultrajado. Wadzek no podía defenderse. Ella sí lo haría. Con ojos encendidos miró de soslayo a aquel hombre descomunal que movía la mandíbula inferior y castañeteaba los dientes. Aquello era su esperanza, su destino, su futuro. Le vino a la mente la voz de su madre: «Es duro comer el pan de un extraño». Un sentimiento desbordante hirvió en su interior, quemándole el pecho, los brazos y el cuello; al instante desapareció, dejándola transida de dolor. Como si hubiese notado algo, Rommel giró la cabeza hacia ella. Incapaz de dominar sus

sentimientos, harta de su terrible malestar, Gaby no pudo contenerse. Lo agarró por el brazo y se acercó a él.

—Jakob —dijo con decisión mientras sus ojos desesperados buscaban los de él—, estás siendo injusto conmigo en cuanto al desencuentro de hoy. Pero... yo... tengo que... hablar contigo.

Aquello fue un terrible golpe para el hombretón. Había captado el tono. No podía prescindir de Gaby. Estaba dispuesto a someterse a la mayor de las humillaciones; aquél no era su terreno. Tuvo miedo de que algo grave se estuviese erigiendo en su contra.

—¿Qué ocurre? —gimió rápidamente mientras se le caía el bastón y apretaba el brazo izquierdo de Gaby con las dos manos—. Dime, Gaby. Dilo enseguida. He sido injusto contigo; eso ya lo sé. Bueno, ¿y...? ¿Qué sucede? ¿Qué te pasa? ¿Te he hecho mucho daño? ¿Qué ocurre?

—No, no —respondió ella. No soportaba verlo sufrir; él se lo había contado todo, sabía lo mucho que había sufrido. Ésa era su forma de desarmarla. Mientras apretaba compulsivamente la mano de Rommel contra su rostro y la besaba, le pidió que no siguiera preguntando, era una tontería, un malentendido. Esa misma tarde iría a visitarlo. Pero Rommel se mantuvo en la duda y trató de mirarla a la cara, hinchada y encendida.

—Por el amor de Dios, Gaby —gimió—. ¡La que me espera si no me lo cuentas! Ya me estoy poniendo nervioso. Tómame el pulso, seguro que ya se ha disparado. Seguro que es irregular. Ya sabes que me altero fácilmente.

—Iré a verte esta tarde, Jakob, a las ocho.

—Pero, pero... —suplicó él—. ¿Y por qué no vienes antes? El pulso. Estoy sudando. Tócame la frente. Está caliente, ¿verdad?, caliente. Debo llamar a un médico. Vamos a pasar por una farmacia.

Rommel jadeaba. Ya no pensaba en Gaby, soltó su brazo y miró inseguro por la ventanilla. Se agachó a recoger el bastón, Gaby se lo acercó, él golpeó fuertemente la pared delantera del coche y, cuando el cochero se dio la vuelta, gritó:

—Pase por una farmacia. Rápido, rápido.

Estaba cambiado, sus gestos eran inertes y convulsivos. Fue apremiando al cochero y cuando finalmente llegaron a la puerta de su casa, tuvo que bajar solo y asustado después de que Gaby le prometiese llamar al doctor y regresar pronto, muy pronto.

Pálida y abatida, Gaby pasó por casa del doctor, un hombre caballeroso, alto y calvo que le abrió personalmente y, asustado, le pidió que se acercara, pues iba en mangas de camisa; solo había entreabierto porque creía que le traían el diario vespertino. Ella le dio el recado muy agradecida y le pidió que acudiese pronto a la llamada. Él la

miró sonriente.

—¿Es grave esta vez, querida?

Gaby balanceó el bolso con el brazo izquierdo.

—Ah, no, en absoluto. No lo creo, doctor. Pero él quiere que vaya.

Estaba confundida, pues no sabía cómo justificar su inquietud ante el doctor, así que bajó la escalera rápidamente. Una vez en la calle ordenó al criado que la llevase a casa dando un rodeo. Pero ese rodeo en particular pasaba cerca del domicilio de Rommel; se preguntó si no sería mejor ir a verlo directamente. Por fin llegó a su casa.

Nada más entrar en el edificio se estremeció al mirar de pasada la puerta del patio: los dos angelotes de vidrio esmerilado, el contorno de cristallitos de colores. Tras liberarse de aquella imagen subió las escaleras paso a paso. Después de que la criada le quitase el sombrero y de dar algunas vueltas por la casa salió del comedor y, atravesando un largo pasillo, se dirigió a una habitación que daba al patio, un cuarto de huéspedes que siempre estaba cerrado. La luz entraba por un ventanal tapado por dos cortinas amarilleadas. Habían cubierto el suelo pintado de marrón con una alfombra de motivos chillones y descoloridos, y del techo colgaba una enorme araña de bronce. Representaba una enredadera sujeta al techo por las raíces. Sus numerosos zarcillos y brotes ramificados se enroscaban al principio formando un tronco y después se desenroscaban; primero se soltaba un zarcillo aislado cuyo extremo, como si pesara demasiado, sostenía vacilante un candelero de cristal con una delgada vela roja; luego le seguían otros zarcillos que se iban alejando del tronco con más decisión y la fuerza necesaria para sujetar velas de mayor tamaño. Toda esta maraña terminaba por soltarse. Repletas de hojas pinadas, las ramas torcidas se extendían radialmente, fluyendo en forma de ondas hasta llegar a la punta, que se estrechaba para mantener en equilibrio las gruesas velas rojas, como si reposaran sobre la yema de un dedo. Pegada a la pared había una sencilla cama de madera de pino con una colcha verde y polvorienta. Y, además, toda la pared de la puerta estaba llena de cajones y maletas, cajas de cartón de varios tamaños repartidas alrededor de la mesa extensible, cuadrada y negra que había en el centro. Algunas cajas estaban apiladas a media altura. En una de ellas había no menos de cinco bolsos, dos de loneta y tres de piel. En todos los bultos había restos de papelitos. Las cajas estaban marcadas con gruesas iniciales, G. W., y números romanos. Gaby recorrió el cuarto, desempolvó un cajón, se detuvo ante una caja y la destapó. Dentro había una blusa roja envuelta en papel de seda; observó entre sus dedos la cenefa blanca bordada en el cuello. Pensó en gente desconocida, se sentó encima de la colcha, a los pies de la cama, y juntó las manos. Estuvo un buen rato sentada. A menudo sonreía con cierto aturdimiento cuando miraba a su alrededor y se veía entre aquellos objetos desaparecidos. Se sintió destrozada. Pensó en acudir a la gitana. Al fin y al cabo estaba entre el sueño y la duermevela. Hasta que se bajó de la cama, se sacudió la ropa y se miró durante un

buen rato en un espejo redondo que colgaba sobre una pila de cajas. Quedarse allí sentada, mirando, no le había servido para nada, pensó, no había llegado a ninguna conclusión. Quería tomar una decisión —¿qué decisión era?—, pero se había quedado dormida, nada más. Sonrió satisfecha a su imagen reflejada; aprobaba su comportamiento, pero en cierto modo se sentía limitada, así que se estiró para superar aquel obstáculo.

La criada bajó a la calle y llamó a un coche de punto. Gaby pidió que bajasen la capota. Dio largos rodeos. De camino compró un gran ramo de rododendro que balanceó entre las manos, meditabunda. No pensaba mucho en él, más bien en las flores y en ese día cálido y luminoso; notaba una agradable calma en las articulaciones y la espalda algo hundida. Se apeó con un sentimiento de gratitud incipiente hacia Rommel.

Cuando Gaby entró, el hombretón estaba tumbado en el sofá, a la izquierda, con la mirada puesta en la estufa de cerámica decorada con querubines. Alrededor de su cuerpo, una pesada bata gris azulado con un grueso cinturón de borlas; en la parte izquierda del pecho, encima de la bata, una bolsita de hielo.

—Déjalas ahí —dijo Rommel con un gesto de rechazo cuando Gaby se inclinó con las flores—, en la mesa. Ponías en la mesa o junto a la ventana. ¿Está esto bien ventilado? Ha venido el doctor. Tengo que llevar una bolsa de hielo. El corazón, el pulso. Cuenta. Pero si tienes las manos frías. —Rommel jadeaba y resoplaba sin cesar; además, chascaba mucho la lengua—. He olvidado preguntarle si no me vendría bien ponerme un paño alrededor de la cabeza, una compresa y de qué. ¿Tú qué crees? A lo mejor deberíamos preguntarle.

Gaby se puso a recoger la mesa; el sombrero de Rommel, los guantes que reposaban entre pilas de periódicos.

—¡No, no! —gritó él de repente—. ¡Espera! ¡Esos papeles son importantes! Dame las gafas. —Rommel se incorporó; la bolsa de hielo se cayó y él se acercó a tientas hasta la mesa—. Así, sí. Así. Están debajo. En la carpeta. Sí.

Tenía el pelo pegado a la frente como si fuese un flequillo. Se arrastró hasta el sofá y se sentó. Gaby recogió la bolsa de hielo. Él dio un resoplido y se recostó.

«¿Y qué hago yo ahora?», se le pasó a Gaby por la cabeza cuando estuvo detrás de él, ligeramente hacia la derecha. Tenía tendencia a moverse hacia un lado e inclinar la cabeza hacia delante; parecía mirar de soslayo su medallón. Aquella sensación desconocida la asustó un poco. Así que empezó a toquetear la bolsa de hielo, que ya solo tenía agua, y aprovechó esa observación para ponerse en marcha y sujetar el picaporte con la mano derecha. Cuando Rommel volvió la cabeza, gritó:

—¡Quédate, Gaby! No te irás a marchar... ¿Qué llevas ahí? La bolsa.

—Voy a buscar hielo.

—No, quédate. Coge una silla. Puedes llamar a Martha.

Dubitativa y angustiada, Gaby dejó caer la mano.

—Pregunta a Martha... Ay, me cuesta hablar... mm, mm, si hay bastante hielo para la noche. Es un poco despistada. Mm. Hablar.

Gaby apretó el botón del timbre que estaba encima de la mesa. Un cable verde y largo trepaba por la araña del comedor; bajo la lámpara había un mono marrón enganchado bocabajo, un muñeco viejo y deshilachado.

—Martha —dijo Gaby—, tome, rellene la bolsa. El señor necesita hielo. ¿Cómo vamos de reservas para esta noche? Vaya a comprar.

El viejo gruñó.

—Nada de ir a comprar. Que se quede aquí. A estas horas tiene mucho que hacer en la cocina, muchísimo. Para eso está el teléfono. Deja la puerta abierta.

Las dos mujeres salieron sigilosamente al pasillo; al viejo le gustaba que fuesen de puntillas y hablaran entre susurros. La criada agarró del brazo a la señorita, que ya se disponía a coger el auricular, y la llevó hasta la cocina gesticulando sin hacer ruido.

—Déjelo con sus chifladuras, señorita, ¿para qué va a llamar? No está enfermo. Se ha zampado medio filete nada más irse el médico.

—No podemos estar sin hielo, Martha.

—Yo iré a por él, señorita, enseguida lo traeré. Pero ¿cómo voy a sentarme con él rodo el día? ¡Que contrate a una enfermera! Se reirá de él. Acérquese al aparador, verá como ha dejado la puerta de abajo abierta. Es entonces cuando se pone las botas, porque nadie lo ve.

—¡Pero qué cosas tiene, Martha!

—No se altere, señorita. Ya tiene muy mal aspecto; conozco al señor, de eso puede estar segura, querida. —La mujer acarició la mejilla de la dama cabizbaja.

Gaby entró sigilosamente en el salón. Estaba más apesadumbrada que antes, pero no se dio cuenta hasta ese momento.

—No estoy preparado para grandes sobresaltos, Gaby —oyó ella desde el umbral; Rommel adoptó un tono conciliador—. Los reproches no son lo mío. Uno ya es mayor, aunque aún me siento fuerte. Pero los sobresaltos, cuanto más lejos, mejor.

Todo lo superfluo. Mi entorno ha de velar por ello. Martha me conoce a la perfección. Siempre suave, delicada. Mejor si es temerosa y apocada, más vale que sobre. Lo importante es no ser brusco conmigo; la verdad es que esa mujer tan vulgar tiene una forma de...

A Gaby, esa criatura delicada, se le saltaban las lágrimas. Rommel era así siempre. La amargura le salió de dentro; colmó su debilidad de dolor. Mientras se sentaba en la que era su silla, a la derecha de él y de espaldas a la pared, ligeramente por detrás del sofá, dijo resignada:

—Yo siempre me he esforzado, Jakob. Martha te conoce bien. Lo sé. Quiero

seguir aprendiendo de ella.

—Sí, es fantástica. Algo extraordinario para ser una criada.

Un plato tintineó, un tenedor cayó al suelo. Gaby se había puesto en pie y se acercó al sofá con las manos en la cabeza mientras se toqueteaba el cabello. Mostró una sonrisa salvaje y grotesca.

—¿Qué te ocurre? —preguntó él moviendo ligeramente la cabeza, molesto porque ella se hubiese levantado.

—Nada —ella siguió sonriendo sin que la viera—, solo quería colocarte el cojín. Así... —dijo Gaby—. Así.

Y, tras colocarle el cojín bordado por ella misma, de pronto lo retiró, de modo que él se quedó esperando en vano, con la cabeza bien en alto. Ella, mientras tanto, fue incapaz de soltar el cojín. Eran los mismos movimientos compulsivos e inconscientes de una mano asesina que clava enfurecida el cuchillo.

Él resopló.

—Me estás haciendo esperar.

—Quería hablar contigo —le espetó ella. Estaba descontrolada—. No quería colocarte el cojín y ya está. Ya me has oído cuando íbamos en el coche.

—¡Santo Dios, no quiero saber nada! —gritó Rommel. Bajó la pierna a la velocidad del rayo—. Dame el cojín; tengo que tumbarme. ¿Qué es esto? Son órdenes del doctor.

Gaby se apartó, el cojín flotaba ante sus rodillas. Antes de que él lo cogiera, lo lanzó al sofá con un gesto de repugnancia.

—Ahí lo tienes.

Él se aferró al borde del asiento y empezó a jadear de verdad.

—¿Qué es lo que quieres?

—He subido a verte por lo de Wadzek.

Gaby volvió a tocarse el pelo. Era un gesto realmente extraño que le daba un aire desenvuelto, casi insolente. Adoptaba esa postura de forma inconsciente. No sabía que era la misma que la otra vez, hacía siete años, cuando uno de sus amantes la golpeó y entonces ella, sin saber cómo defenderse, se llevó las manos a la cabeza para protegerse y adelantó mucho sus poderosos senos, que siempre causaban efecto en él. La blusa se estiró y poco habría faltado para que empezase a bailar una danza voluptuosa; aquel peligroso suceso no acabó de manera muy distinta. Cuando Rommel la miró con ojos centelleantes, notó sus brazos levantados, las manos presionándole la cabeza, las axilas tensas bajo el tejido de la blusa; dejó caer los brazos muy lentamente, sin avergonzarse, con cierto placer y satisfacción.

—Wadzek vino a verme —prosiguió mirando fijamente a Rommel, cuyo rostro se llenaba de sangre violeta—. No me pidió que lo ayudara. Simplemente me contó cómo le iba. Está perdido, tirado en la calle.

Un tono gutural y desconocido que incluso ella desoyó atravesó su voz; Rommel percibió la rebeldía y el amotinamiento que encerraba aquel sonido. En circunstancias normales, la suave vibración de ese tono le habría hecho arrodillarse, pero en ese momento se quedó clavado en el nombre de Wadzek y le hincó el diente.

—Siempre estás hablándome de tus amistades. Estoy enfermo, eso lo ve cualquiera, pero vamos, cuéntame lo que desees.

El tono de sus palabras era el de «¡Asesina!».

Gaby estaba sentada justo frente a él, separados por la mesa, en una silla extraña, con los dedos helados de la mano izquierda puestos en la cadena del medallón. Sentía ese collar alrededor de todas las articulaciones importantes, en la punta de los codos, exactamente, a la altura de las rodillas, redondo y anillado alrededor del escote. Acababa de sentir pequeñas placas de hielo bajo las suelas, placas que le refrescaban los pies de abajo arriba. Su nariz se había afilado, y en conjunto parecía más corta y puntiaguda. Temblaba a ráfagas; con la mirada puesta en el mantel de terciopelo azul, dijo en voz baja, pero firme:

—Wadzek ha pasado unas semanas fuera de Berlín. Su familia se fue con él; han estado viviendo en Reinickendorf. Tiene una casita allí. Ahora ya han vuelto a Berlín. Entretanto...

—¿Y qué se le había perdido en Reinickendorf? En su casita.

Las pestañas de Gaby se elevaron.

—¿Es que no lo sabes?

—No, no sé qué se le había perdido en su casita.

—Pero sí sabes por qué se marchó.

—Y él mejor que yo.

—No quería esconderse de ti, de eso puedes estar seguro. Al contrario...

Rommel estalló en una burda carcajada.

—Al contrario, quería que lo encontraran a la primera. Por eso se marchó a Reinickendorf sin dejar una dirección.

—¿Ah, no dejó dirección? Eso no lo sabía. Al contrario, lo que quería era... gritar... contra ti. Sí, eso es lo que quería. Así lo entendí yo y así es. Quería llevarte a juicio a su manera.

—¿Eso te ha dicho? ¡Gritar contra mí! ¡Uf, me dan ganas de escupir!

—Pues aquí me tienes, Jakob, escúpeme.

—A ver... a ti te ha convencido, eso ya me lo imagino. Pero a mí no me va a camelar. Ese falsificador de valores y de documentos. Si yo no hubiese pensado en ti, ése ya estaría en la cárcel.

Gaby torció el gesto y lo miró perpleja; los ojos, desorbitados.

—¿Que tú has pensado en mí?

—En él seguro que no, ¡menudo embustero, va y se esconde entre unas faldas!

Ella lo miró atónita.

—Así que yo tengo la culpa. ¡Dios santo, es el destino! Yo tengo la culpa. Por esos derroteros van las cosas. ¿Sabes cómo iba a protestar Wadzek, Jakob? Él no me lo dijo, pero creo a Herta. Iba a acusarte de un delito, de varios, de delitos que él carga sobre tu conciencia, para que lo escucharan de una vez. No tenía otra forma de hacerse oír.

—Eso es ridículo. No son más que frases hechas.

—La presa quiso chillar antes de morir. No se le puede negar el derecho a mover la lengua mientras no se la arranquen.

—¿Delitos de los que yo soy responsable?

—¿Sabes de lo que Wadzek es capaz? Pero, Jakob, no te alteres, cuida tu corazón. La cosa no fue a más. Los caminos del Señor fueron en una dirección distinta a la prevista. Y tú no le denunciaste... porque pensaste en mí. Eso ya fue el remate.

Rommel blandió el bastón desde el sofá.

—¡Gaby, ese hombre no pretendía más que ponerme en la picota! Es un sinvergüenza, un empresario nefasto que fracasa en todo lo que hace. No se atreve siquiera a verme. Prefiere acudir a ti. Mi adversario, el señor Wadzek, se esconde bajo unas faldas. ¿Y por qué no me lo trajiste? Tráemelo. ¡Ya verás cómo habla y cómo se pone a saltar! Seguro que lo intenta de otra forma.

—Eso creo —musitó Gaby con voz ausente. Luego estiró los brazos en paralelo encima de la mesa, meneó la cabeza pensativa y dijo—: Si supieras en qué estado vino a verme. Y lo que Herta me ha contado. Apenas se le reconoce. Alguien le golpeó en la cara. No sé quién ha sido, pero está completamente desfigurado. No lo dice. Ha destrozado el espejo.

Rommel gritó:

—¡Ese hombre está loco! Ya verás cuando venga.

—Deberías haberlo visto. No puedo siquiera pensar en ello. Tenía que hablar contigo. ¿Qué va a ser de él? ¿Cómo puedes cargarme con esa responsabilidad y decir que no lo has denunciado por mí?

Rommel jadeó. Su expresión era de auténtica furia. Aplastó el cojín que estaba a un lado.

—Debería haber hecho que lo encerraran. Iré a verlo, mañana. Es un... un monstruo cruel que se inmiscuye en mi vida familiar con asuntos de negocios. No merece siquiera el aire que respiro mientras hablo de él.

—Tendrías que haberlo visto. Aunque fuese un extraño... ¿Qué va a ser de Wadzek? Y yo tengo la culpa.

El voluminoso hombre sentado en el sofá había comenzado a inclinar el cuerpo para levantarse, luego los pies lanzaron las zapatillas al frente y el enérgico tronco se hundió en el fondo del sofá; aquel movimiento resultaba demasiado difícil. Estaba

ofuscado por la ira. Un hilillo de saliva le caía por la barba desde el centro del labio inferior.

—Atraparé a ese canalla. Cobarde. En qué estado fue a verte. Pues tal y como es, hecho una piltrafa. ¿Y sudaba, no? ¿A que estaba sudando? ¿Se le mojó el cuello? Se le mojó el cuello, de miedo; ¿le miraste el cuello? Seguro que lo tenía blando.

Ella lo interrumpió y musitó:

—¡Pero qué estás diciendo!

Estaba horrorizada. Oyó:

—Tanto miedo me tenía. Ni siquiera se atrevió a hablar. No hacía más que estar en medio; empezó a fumar el puro más fuerte y luego no lo quiso. ¡Ja! «¿Conoce el cementerio de la Potsdamer Platz?». Con ésas me vino. Y luego el tal Wadzek va a verte a ti. «También el cementerio de la Potsdamer Platz tiene su razón de ser». Brrr —gruñó—. Esto es una verdadera afrenta. He sido demasiado bueno con él.

—Jakob —gimió Gaby fuera de sí, con lágrimas en los ojos, las manos en las sienes—. ¡Déjalo ya, por el amor de Dios!

—¿Y qué va a ser de mí? Eso no lo preguntas. ¡Cómo me pones! Por alguien así. ¿Qué me estás haciendo? —Rommel torció el gesto a lo ancho, la barba se elevó, vacilante—. ¿Qué me están haciendo? ¡Qué me están haciendo! ¡Que venga Martha!

Berreaba medio sentado mientras se resbalaba hacia delante. Pisoteaba el suelo con los talones descalzos, aporreándolo.

—¡Martha, que venga Martha!

La puerta se abrió y por una rendija asomó una cabeza temerosa que se dirigió primero hacia la dama, que permanecía sentada, inmóvil, con los dos brazos en alto, y luego hacia el hombre, que pataleaba y seguía gritando sin cesar. La figura delgada se deslizó a través de la rendija y cerró la puerta.

—Señor —dijo, y volvió a mirar a la dama, aguardando una respuesta.

—Pase, Martha. Venga. Póngase aquí, siéntese. Coja esa silla. La necesito.

La criada se puso a dar vueltas entre la mesa y el sofá, se alisó el delantal, no era capaz de decidirse, parecía asustada.

—Estaba picando hielo, señor; se me va a derretir encima de la mesa. Le traeré la bolsa.

—No, no quiero ninguna bolsa, siéntese, coja una silla.

—Ahora mismo, tengo el delantal empapado.

—Déjelo. Me cuesta hablar. Van a acabar conmigo. Déjese el delantal puesto, a mí no me hará daño y a la silla tampoco. Gaby le dará uno nuevo.

Gaby dirigió a la criada una mirada severa y lívida.

—No sé dónde guarda Martha los delantales.

—Ya voy yo, señor, yo me encargo de todo. Ya voy.

Mientras la criada cerraba la puerta, él se puso a gritar:

—¡Martha tiene que quedarse! ¡Martha tiene...! ¡Ay, me han dejado tirado! No puedo hacer nada. Moriré como un perro. Todos salen corriendo en cuanto les necesito. Les he dado todo lo que tengo, han vivido bien, mejor que nadie, pero no sirve de nada. Salen corriendo. Corriendo. Como para envejecer a su lado...

Rommel estiró el cuello y se desabrochó la bata. Se oyó el tictac del pequeño reloj de cuco colgado del panel que revestía la pared del recibidor: clac, clac, se oía sin cesar en mitad del silencio. Rommel se revolvió en el sofá, se agachó a recoger el bastón con una exhalación silbante. Clavó la mirada en Gaby lleno de pesadumbre y acaloramiento. Fue arrastrándose hacia la silla que estaba frente a la dama y mientras caminaba trataba de pescar las zapatillas. Gimió.

—Ya lo ves. Ahora estás ahí sentada. Menuda ayuda. Así me tratáis.

Gaby puso las manos en el borde de la mesa y, al levantarse, empujó la silla hacia atrás. Apoyándose en su bastón, él se acercó a tientos hasta la tarima de la ventana, donde había un sillón más cómodo. Gaby lo agarró del brazo derecho y lo guio por la habitación.

—No me fío de Martha, Gaby; tienes que pasar la noche aquí y vigilar. Sí, la noche, la noche me asusta. Cuando se abre el portón y los coches empiezan a circular, entonces me siento mejor y logro dormir un poco.

—Jakob, Jakob, hazme un favor.

Él era feliz. La miró con ojos tiernos, aún llorosos, como rociados por una cálida lluvia.

—Entonces, paloma mía, ¿no estás enfadada conmigo? Te regalaré lo que desees. ¿Qué quieres, paloma mía? ¿Un caballo, un coche, un velero, quiere mi hermosa y elegante Gaby unas perlas nuevas? Un collar de Markus.

Ella estaba de pie, junto al borde lateral de la tarima. Se había inclinado sobre el reposabrazos derecho. El pesado brazo de Rommel descansaba sobre su espalda.

—¿Qué me dirías si te pido un bebé?

De pronto, como si estuviese avergonzada, Gaby se inclinó sobre el regazo de Rommel hasta quedarse casi horizontal. No era más que una reacción de espanto ante lo que se le acababa de ocurrir.

Rommel se sobresaltó. Ronroneó, tarareó con fervor:

—¡Anda! Así que vas a casarte con él, con el viejo, gordo y holgazán de Jakob. Al final has entrado en razón, ¿lo ves? Con ese escarabajo pelotero, ese campesino. ¿Lo quieres para ti? La bella y dulce Gaby hará algo bueno de él, lo convertirá en un hombre de provecho. Para que ya no necesite bastón cuando marchemos juntos. Pues al lado de Gaby hay que pasear con elegancia, suavemente. Oye, me encantará pasear a tu lado. Iremos a Opatija, tú no lo conoces, a Helwan, a... más lejos aún.

Rommel hablaba con voracidad, acariciando pegajosamente la espalda de Gaby; había puesto ambos brazos sobre esa espalda viva y paciente, como si fuera un

púlpito. Su rostro de fauno dibujaba una amplia y tierna sonrisa. Sus ojos, cerrados ante tanta dulzura; los párpados, batientes. Notó cómo el púlpito se movía. Los ojos brillantes e inquisitivos de aquel enorme animalillo hembra se alzaron hasta encontrarse con los suyos. Un aliento cálido, procedente de dos ollares, golpeaba rítmicamente el borde superior de su barba. Entonces, un vaho más caliente salió de aquella boca.

—No, no quiero ningún bebé... Quiero viajar. ¡Pero antes quiero un regalo! Quiero que me regales... la fábrica de Wadzek.

—La fábrica de Wadzek...

—Y yo se la volveré a regalar a él.

Rommel revivía al sentir su ardiente proximidad.

—Así lo haremos, Gaby. Entonces viajaremos. Mi hijo lo tendrá todo. Y tú, paloma mía, tú eres...

—No quiero ir a Opatija. Y en Helwan ya he estado. Quiero ir al valle de Hölltal. Donde las montañas parecen cortadas a cuchillo. Recorrer las serpentinas que suben hasta el Feldberg. Los acantilados sobre el lago azul. Eso es lo que quiero ver.

—Al Hölltal —gruñó él por lo bajo. Ella siguió alejándose. Él le acariciaba el brazo con un movimiento automático, pero a veces se olvidaba de la mano sin darse cuenta y enseguida la volvía a poner en marcha, sobresaltado.

—Entonces, ¿me regalas la fábrica de Wadzek? —Gaby lo preguntó en serio y con voz baja, apremiante.

Rommel ya no estaba pendiente de ella, en la voz de la mujer resonaba la expresión insólita de un tierno asombro, de alguien que se derrite y se entrega a oleadas. Rommel intuyó esa expresión y la esquivó. Toda la mano se quedó colgando inerte sobre el brazo de Gaby, como un pájaro muerto y, aparentemente sin querer, resbaló hasta el reposabrazos. Él murmuró algo con el rostro empalidecido mientras se llevaba la mano izquierda al corazón, su cabeza giró lentamente hacia la ventana oscura que tenía al lado.

—El recorrido del sofá a la silla me ha agotado. Hmm... La verdad es que estoy delicado.

Rommel contuvo la respiración y trató de quitar la mano del reposabrazos disimuladamente. Sin embargo, al ver que ella seguía todos sus movimientos le entraron las dudas. Parecía dispuesto a suplicar o a actuar. Por un instante se atrevió a dirigir la mirada hacia ella, pero nada más sumergirse en aquella ternura expectante, la mirada fue repelida. Resopló afligido, enarcó las cejas y trató de encontrar algo en la ventana mientras la recorría con ojos erráticos. De pronto, dio una sacudida atrapado por un ruido. En ese momento sus gestos inquietos se paralizaron. Golpeó fuertemente el respaldo de la silla con ambas manos, sin darse cuenta de que estaba pillando los dedos de Gaby. Elevó el cuerpo y la bata se acampanó alrededor de sus

colosales caderas.

Sacudió el picaporte de la ventana. Al abrirla tiró varios periódicos y un pequeño tiesto, y las borlas de la bata salieron volando hacia atrás. Abajo se oían crujidos y ruido de coches. Entró una brisa húmeda que soplaba sobre los tejados negros del cielo estrellado.

—¡Portero, portero! —Rommel solo pudo trompetear la primera palabra hasta el final, en la segunda se ahogó, como si le hubieran metido un puño en la trompeta—. ¡Psst, psst!

Una voz resonó amortiguada. El crujido cesó. La voz volvió a resonar. Rommel chilló:

—¡Ese coche! ¿Quién es? ¡Pregunte al cochero! ¡Pídale los papeles!

Una pausa, ruido de pasos, el eco de las herraduras a la entrada del portón. Una vocecilla:

—Los papeles están en orden.

—Cierre el portón. ¡Detenga a ese hombre! ¡Deténgalo!

Después un gran alboroto, otra vez el crujido, fuertes insultos distorsionados por el eco.

Rommel cerró la ventana. Puesto en pie, tapaba gran parte del cielo y los tejados. Corrió la cortina de golpe. Tenía el rostro encendido. Colocó el bastón junto a los restos terrosos del tiesto y bajó de la tarima arrastrando la pierna tiesa. Con voz ronca, logró articular:

—¡Esto es una estafa! Dos caballos aparejados a prisa y corriendo y el material al aire. Una persona en el pescante y nadie más.

Gaby lo siguió hasta la mesa y preguntó con voz sofocada:

—¿Lo has visto desde arriba?

—El tipo no llevaba gorra. Tenía un sombrero de paja. Esperemos. Enseguida nos subirán los papeles. ¡A ver qué papeles son! —Rommel hablaba asfixiado por la ira; carraspeó y, sin dedicar una sola mirada a Gaby, se dejó caer en la silla y dijo envenenado—: Ahora vamos a cenar. Siéntate. Que Martha ponga la mesa. Que traiga Fachinger y todo lo demás. —Con semblante oscuro agarró el mantel de terciopelo y lo alejó de sí formando grandes pliegues. Gruñó—: Llévate el mantel, anda. No soporto el mantel de terciopelo. Ya se lo he dicho cien veces a la criada. Que ponga la mesa.

Gaby, que se había refugiado en la oscuridad del aparador, se le acercó soltándose del mueble casi a la fuerza. Pulsó el timbre que estaba bajo la cabeza del mono escalador, y acto seguido fue a por el mantel arrugado, lo cogió con los brazos abiertos y tiró de él hacia su cuello. Tranquila y cansada, dijo:

—La criada vendrá enseguida.

Cogió el mantel por el centro y lo sujetó entre el mentón y el pecho. Desde el otro

lado de la mesa, Rommel preguntó en tono mordaz:

—¿Por qué no te sientas? De eso puede encargarse la chica.

—No pasa nada. Lo hago con gusto.

—No tengo la fábrica encima. No la llevo en el bolsillo. Mira, aquí. Puedes rebuscar en todos.

Rommel retiró la silla, se abrió la bata y vació los bolsillos esparciendo por la alfombra llaves, cerillas, un pañuelo y polvo. Taladraba a Gaby con miradas casi llenas de odio. Ella se echó el mantel sobre el brazo.

—No la quiero.

—Pues bien.

—Ya veo que te cuesta demasiado.

—Eso. Es mejor que no me mezcles con esa gente. Con tus Wadzeks y toda esa chusma en lugar de provocarme. Deberías hacerlo por simple gratitud. Habrías acabado en el fango con toda esa gente.

—¿Yo?

—Sí, tú, mezclada con toda esa chusma si te pegas a ellos y te empeñas en ayudarles. Seré implacable con él, lo meteré en la cárcel, que es donde se merece estar, y pondremos las cosas claras, eso para que sepas dónde está tu sitio, si conmigo o con el presidiario. ¡Qué asco de gente! El que se mezcla con la chusma acaba ensuciándose.

Gaby se echó a temblar, y gritó mientras el mantel, doblado en cuatro, se le caía del brazo a la mesa desnuda.

—¡Pero qué dices! ¡Qué dices!

—¡Que los críos no deben inmiscuirse en los negocios! Te advertí que no te metieras.

Como si un rayo hubiese pasado volando, los ojos vacíos de Gaby vagaron por la habitación hacia la ventana cerrada.

Tras buscar durante unos momentos, dijo con voz átona:

—¿Y qué vas a hacer?

Entonces llamaron a la puerta. Cuando Rommel giró la cabeza, ésta ya estaba abriéndose. Martha cerró suavemente tras de sí.

—Disculpe, señor, no encontraba el delantal. Ahora ya lo tengo. Y también la bolsa de hielo.

—¡A mí qué me importa su delantal! Ponga la mesa.

—Bueno, sin delantal. Pero usted dijo que...

Rommel gritó:

—¡Le he dicho que ponga la mesa!

Furioso y jadeante pasó junto a la criada y se dirigió pesadamente a la tarima para asomar su cuello de toro y mirar al patio.

—Baje al patio. Usted, Martha. Pregunte al portero dónde están los papeles del cochero. Que me suba el pase. Dígaselo de mi parte.

La criada puso la mesa a gran velocidad, haciendo ruido con los cuchillos y los tenedores y sin contestar; iba de una esquina a otra de la habitación moviendo las sillas.

Rommel se giró, la observó y, con la cabeza baja, gritó amenazante:

—¡Eh, Martha!

Ella se detuvo de inmediato, le dirigió una mirada amable mientras distribuía los platos por la mesa y dijo:

—¿Señor?

—¿Es que no me ha oído?

—¿A qué se refiere, señor?

Rommel la aplastaba con ojos siniestros. Al ir a coger una servilleta de la mesa, tropezó y se limpió la boca mientras le lanzaba una última mirada. Con la servilleta en la mano derecha y apoyándose en el bastón, se dirigió pesadamente hacia la cocina. Las borlas marrones del cinturón le arrastraban por el lado izquierdo. Se oyó cómo golpeaba algo de madera, la porcelana tintineó. Luego crujió la puerta. Un correteo irregular.

Gaby seguía sentada a la mesa. La criada estaba poniendo los cubiertos.

—Ahora verá, señorita Gaby. Encima se dejará la puerta abierta. Disculpe. —Desapareció medio minuto—. ¡Hay que ver! ¡No piensa en nada! Ni siquiera cierra la puerta de la cocina. Ése sí que es listo; cuando me he zampado medio filete, bien que dejo esperar a los demás por la cena. Coma usted tranquila, señorita. No merece la pena que eso le quite el apetito.

Pero Gaby quería esconderse. Tenía el pecho y el corazón destrozados. Ya no pensaba en Wadzek, solo sentía el daño que le habían hecho. Siguió sentada; él tardaría en volver. Pero su miedo interno aumentaba, podría subir cojeando por la escalera de servicio y entonces ella no podría escapar, no podría levantarse. Cedió a un movimiento inseguro que se propagaba por los músculos de los brazos y por la nuca, y dejó caer el pecho lentamente sobre el reposacubiertos que estaba junto al plato.

—¡Señorita! —Martha lanzó un gritito y corrió a su lado—. ¿Qué sucede? ¿Se encuentra mal? ¡Ay, Dios mío!

Tiró de Gaby agarrándola por los hombros desde atrás. Ella apenas se movió. Tenía los labios azules y una sonrisa bobalicona vagaba por su pálido rostro. Miraba a la criada con una expresión amable e infantil, incapaz de reaccionar.

—Beba un poco de vino, señorita, Médoc. Qué cosas.

Cuando tuvo delante una copa rubí sobre un posavasos de plata, Gaby enderezó la espalda inerte, su rostro pálido se liberó, dio un ligero sorbo y, al coger la copa por el

extremo y no sujetarla bien, derramó un par de gotas sobre el mantel blanco y reluciente. Desvió la mirada de la sirvienta hacia la mancha. El reloj de cuco hizo tictac.

—Échele sal, Martha.

—Ya voy, ya voy, usted beba.

Una vez de pie y vuelta hacia el aparador, un espanto tal se apoderó de Gaby que le hizo estrechar rápidamente y con ambas manos la izquierda de Martha, que sostenía el salero en la derecha. Corriendo por la alfombra del pasillo, poniéndose el sombrero, dejándose olvidados los guantes y el bolsito en el perchero, se precipitó hacia la puerta. Estaba cerrada.

—¡Abra, abra! —gritó temblorosa a Martha.

—¿Pero qué le ocurre, señorita? ¡Ay, Dios!, si la llave está puesta.

—La cadena, no veo nada.

Ya en la escalera, tras salir apresuradamente sin decir palabra, Gaby gritó a la criada, que tapaba el hueco de la puerta con el delantal en los ojos:

—Adiós, Martha.

Y, mientras bajaba las escaleras, siguió clavándose los alfileres del sombrero en el pelo.

LIBRO CUARTO

UNO SE RECOMPONE Y VUELVE A SU CASA

La señora Wadzek no podía olvidar a la señora Litgau ni a la ronca tabernera Kochanski. La hilaridad de aquel encuentro se había aposentado en su espíritu como un bálsamo perfecto o como un cebo que intentaba morder vivamente. El inesperado papel que desempeñaba en la familia después de que su marido «por fin hubiese entrado en razón» la henchía enormemente. Pronto se acostumbró a ser el centro de atención familiar y a gozar de mayores derechos y libertades. Como no necesitaba pedir permiso a Wadzek y por parte de Herta no encontraba oposición, cada cuatro días tomaba un autobús atronador hacia Reinickendorf. A Wadzek la palabra «Reinickendorf» le daba escalofríos; su sola mención despertaba en él un sentimiento de completo desastre. Herta pensaba en ese lugar con vergüenza y dolor; solo para la dama de hombros altos manaba allí la fuente de la vida. Y no solo en sentido metafórico. Como buena mujer de alterne, la Kochanski acostumbraba a empinar el codo. Los vasos llenos de ron y coñac no hacían mella en su persona: simplemente parloteaba aún más de lo habitual, maldecía con facilidad y se jactaba de historias inventadas sobre su oscuro pasado. Los efectos del alcohol, según explicaba, solo los notaba en las pantorrillas. Y no porque se le durmieran, todo lo contrario: se le calentaba primero una, poco después la otra, y notaba una agradable sensación de ardor líquido. Una vez, en el hospital, tuvo que usar un cojín de agua a consecuencia de un parto prematuro. Y lo mismo le ocurría en las pantorrillas; era como si flotasen sobre un cojín de agua caliente. Luego se sumaban las plantas de los pies. Era delicioso, muy placentero, indescriptible. No era un cosquilleo, pues eso no se podía aguantar, ella al menos, no; que le hicieran cosquillas en los pies era peor que clavarle un cuchillo, devolvía el golpe inmediatamente. Pero aquello se asemejaba al algodón, o a lo que uno siente antes de que le hagan cosquillas, no siempre en el mismo sitio, sino unas veces bajo los dedos del pie y otras más hacia el talón, siempre con tanta dulzura y suavidad que, de hecho, ella no se decidía a andar, como si la hubiesen anestesiado desde las plantas de los pies hacia arriba. Y por último, explicaba, venía el clímax, consistente en la embriaguez de las piernas. Éste se producía cuando aquello «empezaba a subirle por las espinillas y las rodillas». No sabría describir con exactitud cómo ni de qué manera empezaba, seguramente porque era el clímax, el éxtasis absoluto. Solo podía decir que los huesos, las espinillas y las rodillas le dolían de un modo extraño, como si en cualquier momento fuesen a romperse o a crujir; después, un dolor o como quiera que se le llamase, un desgarró, susurro, aturdimiento salía disparado de una rodilla a otra, aunque estuviesen muy separadas y las faldas en medio, y desde las rodillas el ruido se propagaba hasta el dedo gordo... allí era muy ensordecedor, ese zumbido, ese zumbido. Pero todo aquello era agradable, no tranquilizador, sino estimulante, incitaba a la risa. Cuando empezaba a sentirlo en las piernas se olvidaba por completo del presente, pero recordaba el pasado con gran nitidez, cada detalle con gran precisión, la infancia,

cuando vivió en Prusia Occidental de muy niña. A veces sentía que recordaba incluso cómo mamaba del pecho de su madre. Eso de las espinillas era lo más maravilloso que había, mejor que la obra de teatro más hermosa; podía volverse directamente loca de placer y tenía que morderse la lengua. Por lo demás, en el resto del cuerpo, en la cabeza y otros sitios, el alcohol no le hacía efecto; era allí abajo donde estaba el director de orquesta actuando en solitario. Si alguna vez la atropellaran y le amputasen las piernas o éstas enfermaran, sería incapaz de emborracharse; todo se le subiría a la cabeza y entonces se cogería una curda como todo el mundo.

Para ella lo más importante era llevar las medias siempre bien apretadas, unas ligas elásticas para que no le saliesen varices y no dejar las piernas colgando, sino mucho tiempo en alto para favorecer el retorno venoso; por eso nunca se cansaba de levantarlas y, al más mínimo indicio de achispamiento, se iba de cabeza a la cama. Lavarse mucho los pies y las piernas tampoco era bueno, solo servía para que el vello creciese. Había que lucir siempre una belleza natural y cuidar la circulación.

Sus ideas opacaban lógicamente las de la señora Litgau, patrona de una casa de huéspedes. Esta mujer fuerte y nada elegante era, en efecto, una mera aficionada en ese terreno, por más que también prefería ir al cuarto trasero de la taberna antes que a la piscina. Solía decir que a ella el alcohol, o «al menos el coñac y un vinito» enseguida se le subían «a la napia». Parecería raro, pero a ella se le subía «a la napia». El órgano en cuestión no tenía ninguna forma en especial ni había tomado medidas expresas para alcanzar un estado de embriaguez similar al de las piernas de la Kochanski. Aunque saliese disparada del rostro, ninguna mirada tropezaba con la nariz, que era vulgar y chata; dos orificios incluso delicados servían de entrada a dos oscuras fosas rojas. Sin embargo, era fácil darse cuenta de que allí se producían fenómenos extraordinarios cuando bebía. No cabía duda de que el órgano pronto empezaba a picarle a la señora Litgau; ella se rascaba, como un niño pequeño al que le entra el sueño, cada vez más y más; a medida que pasaba el tiempo, los dedos y el dorso de la mano se movían con mayor ímpetu y despreocupación; el órgano, ya de por sí propenso a enrojecerse bajo los efectos de los caldos ingeridos, se encendía rápidamente con tanto frotamiento. La señora Litgau explicaba que ella jamás en la vida había tenido un catarro; solo una vez, a los catorce años, se resfrió mientras limpiaba los cristales en pleno invierno. Desde entonces el catarro no había vuelto a repetirse, pero en cuanto se tomaba un par de aguardientes, la nariz se ponía en marcha, goteaba y goteaba. Podía bastar con limpiarse una sola vez, pero antes de ir a visitar a la señora Kochanski se tenía que planchar cinco pañuelos. Y cuando eso ocurría toda la nariz, «de la cara hacia abajo», se volvía gorda y pesada; si cerraba los ojos y se ponía a soñar, creía que la nariz se le hinchaba, formando una bola incandescente que flotaba ante sus ojos, como una pera o una manzana asada que hubiese estallado y rezumara líquido. A veces se empeñaba en que tenía una botella

de vino caliente colgando del entrecejo. Pero lo que más le interesaba era el catarro. Nadie podría creer que una enfermedad pudiese durar tanto. Entre medias había tenido a los niños, varios embarazos y pérdidas, se había mudado, pero el catarro traicionero permanecía. En el caso de la patrona ya no era solo «a la napia» donde le subía el alcohol, sino que también se asentaba a los lados, como ella misma confesaba abochornada, bajo las axilas y más hacia delante, por debajo del pecho, y a veces creía sostener un bebé que mamaba «sin parar del pecho rebosante, ¿sabe, Konchansquita?; y una se queda ahí, traspuesta, sin pensar en nada». Y, en efecto, lo primero que despertaba bajo los efluvios del alcohol era su instinto maternal. No se cansaba de ensalzar a su hijo ni de explayarse contando su vida, desde la cuna hasta la escuela, entre «¡Ohs!», «¡Ahs!» y «¡Dios míos!». Luego acababa rodeada de niños, los dedos de los pies se convertían en niñitos con los que bromeaba. Parecía la estatua clásica que representa al Nilo como un padre coronado y tendido, con los muslos, las manos, la cabeza y la espalda asediados por pequeñas criaturas escaladoras. Cuando se encontraba en ese estado le gustaba dar consejos y no reprimía ningún gesto furtivo. Sabía mucho, soltaba pequeñas risitas y se contradecía, pero la melodía iba acompañada del bajo continuo que marca un momento trascendental, su dignidad iba *in crescendo*. Aspiraba incluso a la decencia: «Lo importante es no volverse un animal». Después se subía a una silla de un brinco, estiraba el cuello, hinchaba la cabeza, cacareaba «¡Quiquiriquí, quiquiriquí!» y ahuecaba las plumas: «¡Niños, niños, la lluvia en el campo, ni hablar!». Esa expresión enigmática, pronunciada con verdadero agrado, era su particular «Amén».

La señora Wadzek se sentía atraída por estas dos damas. Al principio su esposo se mostraba solidario cuando ella regresaba acalorada de Reinickendorf; le aconsejaba que tomase un coche de punto y calificaba al autobús de aborto técnico. En otra ocasión salió al pasillo a recibirla suavemente, con voz aflautada dijo: «Corderito, corderito», y no fue fácil convencerlo de que desvelase su secreto. Finalmente, abrió de par en par las puertas del salón. El cuarto estaba completamente a oscuras; la señora Wadzek no veía nada. Entonces él encendió una pequeña cerilla, guio a su mujer por el salón, iluminó la araña de cristal y destellos coloridos corrieron por el dorso negro de los sillones. Una isla de luz flotaba en todo momento sobre la caja, alumbrando su rostro chivudo y sonriente; la dama que estaba a su lado fluía tenebrosa, sumergiéndose en la oscuridad. Mientras remaba hasta el umbral de luz, Wadzek hizo un amplio gesto de invitación y una graciosa reverencia.

—*Voilà*, querida mía, *voilà*; he aquí el secreto, el misterio y su significado.

Como no lo entendía, ella se sintió retrotraída a los tiempos en los que respetaba a Wadzek. Mientras viraba hacia la alfombra del pasillo adoptó la actitud ofendida y pensativa de un bolo decapitado y calló empecinadamente. Él continuó con la persecución. Corrió hacia ella imitando el movimiento de las olas.

—He aquí la habitación, el aposento cerrado con llave, querida. El cielo y sus puertas; tantas veces como vengas, estará abierto para ti^[14].

Los brazos de Wadzek buscaban las caderas ocultas de su mujer mientras ella lo miraba desde arriba, recelosa y de soslayo, y cuando el brazo que la rodeaba por detrás encontró una sujeción en la parte delantera de la capa, Wadzek comenzó a soñar.

—Un lugar para recibir a las visitas, Pauline, aquí lo tienes, tus amigas, el paisaje, un escenario idílico. Acógelas, invítalas. Seguro que vienen. Tendrás intimidad y comodidad. Yo me encargaré de todo. Estarás a gusto. ¡Invítalas, seguro que vienen!

La dama, conmovida y resplandeciente, permitió que la ayudara a quitarse el sombrero y la capa antes de abrazarlo con inusitada emoción. Wadzek, rodeado, se olvidó del mundo junto a su palpitante pecho. Cuando ella lo soltó, volvió rápidamente al lugar de antes. La mujer lo escuchó recitar ensimismado:

—Y azules centauras en ellas tejed^[15].

Cuando la señora Wadzek se dispuso a invitar a sus amigas se vio obligada a consultar a Herta. No podía eludirla. Se acercó sigilosamente a la joven como quien se aproxima a una tormenta con un gancho de hierro para atraer el rayo.

Justo después de comer, cuando Wadzek se hubo marchado, su mujer suspiró mientras se llenaba la boca de trozos de manzana. Herta, haciendo lo propio, le dijo bruscamente que debería desabrocharse el botón trasero de la cintura. La dama, en modo alguno indignada, respondió que no se trataba de eso: era el viaje que le esperaba, hasta Reinickendorf, lo que la agotaba. Iba a invitar a sus amigas, y luego le preguntó qué podrían organizar para entretenerlas y divertir las. ¿Querría Herta quizás sumarse a ellas? Tal vez podría recitar un poema. Ay, la sola idea de aburrir a las damas y no saber corresponderías... Solía hablar entusiasmada de las charlas tan interesantes e ingeniosas que mantenían en Reinickendorf, de los placeres musicales; por lo general estos consistían en el suave tintineo de dos cencerros que la señora Litgau se ataba a los pendientes para imitar a un macho cabrío y comerse las flores de edelweiss labradas en las paredes de madera. Herta clavó los codos en la mesa y, en tono altivo, dijo que primero habría que preguntar a su padre qué le parecía. Él estaba totalmente de acuerdo, masculló la señora Wadzek; es más, había sido él mismo quien se lo había propuesto. Solo se preguntaba si sería capaz de atender a la visita como se merecía.

Una punzada atravesó el pecho de Herta. La joven dejó media manzana mordida en el plato. De repente se le había ido el apetito. Tuvo que tragar rápidamente, de pronto la comida le repugnaba.

Preguntó cuándo lo había autorizado su padre.

Ay, por Dios, hacía ya un par de días de aquello, qué más daba. Autorizar tampoco era la palabra correcta; en realidad, si lo pensabas, le estaba haciendo un

favor.

—Quiere tenerme cerca todo el tiempo, ya lo sabes. Apenas puedo salir de casa.

Durante un minuto, Herta fue incapaz de articular palabra. Lo que su madre decía era sin duda cierto, pero a ella le entraban ganas de llorar y asfixiarse. Mientras torcía la boca con amargura cogió el trozo de manzana mordida y, balanceando la muñeca, lo lanzó hacia su madre, justo contra la curvatura del pecho. Enseguida volvió a cruzar las manos convulsivamente y las metió debajo de la mesa para no coger una cuchara sopera de brillo tentador. Así, encogida, aguantó la respiración medio minuto hasta que la cara se le puso morada, y luego dejó que el aire entrase de golpe en la boca. Respiró profundamente y entonces devoró a su madre con la mirada.

—¿Te ha dado?

La mujer, inquieta, apenas dejó entrever su enfado. Con aire de reproche trató de alcanzar la mitad de manzana aplastada que había rebotado hacia su hija.

—Eres muy infantil, Herta, déjalo ya. Tú siempre con tus bromas. Las manzanas no se lanzan, no están ahí para eso. —Y con actitud ejemplarizante limpió el trozo de manzana con la servilleta y se lo comió, subrayando y exhibiendo cada mordisco y cada dentellada.

Herta volvió a ponerse morada. Con ojos fijos y desorbitados gruñó desde el subsuelo como un ventrílocuo.

—No... no he podido... comérmela.

—Vamos, mujer, no te hagas la importante. Uf, vaya pinta. Entonces coges y la das, no se lanza.

—Disculpa —dijo Herta dejándose marcas rojas en las muñecas de tanto apretarlas. Después estiró los brazos por encima de la cabeza para que la sangre volviese a circular—. ¿Y quiénes son tus amigas? —preguntó tranquilamente mirándose los dedos.

—Una es la señora Litgau, que tiene más o menos mi edad, y otra la señora Kochanski. Esta sufre de la garganta, está ronca. Ya la verás. Pero baja los brazos de una vez.

—Entonces, ¿la Kochanski bebe?

La señora Wadzek se ruborizó y levantó la cabeza rápidamente, como una perdiz a la que acaban de disparar en su propio nido.

—¿Cómo se te ocurre decir eso?

—He oído que si uno bebe mucho se queda afónico.

—Herta, imagínate qué pasaría si te comportases así delante de la gente. Primero lo de la manzana, luego los brazos en alto y ahora esto.

—Por cierto, quiero otra manzana. ¿Ya no hay más?

—Sí, en el aparador. Pero no te daré ni una. Solo las quieres para hacer tonterías.

—¿Por qué dices eso? ¡Si estoy lanzándotelas!

—Ya está bien. Nada de manzanas ahora; las tomaremos de cena.

—Pero la cuchara me la quedo, ¿no? Ésa no me la vas a quitar...

—La cuchara... la cuchara sopera no te la quito. Pero ¿a qué te refieres? Si la tienes ahí, justo delante.

Herta sonrió maliciosamente.

—Ah, sí. Disculpa. No la había visto. A veces uno pasa por alto justo los objetos más grandes. Nos lo explicaron en clase de Literatura.

—Pues eso. Sí, ésas son las cosas que puedes contar a las señoras, y tal vez recitar un poema, aunque sea en francés.

—¿Lo de los objetos más grandes?

—Ese u otros refranes. Poesías de esas que se aprenden ahora; hace tiempo que nosotras dejamos el colegio. Nos gusta oír cosas así. Eso rejuvenece.

Herta clavó sus astutos ojos marrones en aquella dama. Con tono apagado y exento de burla susurró:

—Me encantará conocer a tu visita.

—Y entretenerlas.

—Y entretenerlas... ¿Entonces mi padre lo ha autorizado?

—Herta, ¡ya está bien!

Con un ligero temblor triste en la voz, la joven habló lentamente mientras acariciaba la curva de la cuchara.

—Padre es especial. ¿Sabes, madre? Es difícil entenderle. Yo no sé si lograría imponerme.

La madre asintió, comprensiva.

—Para mí tampoco está siendo fácil.

Cuando llegó la visita, Wadzek y Herta habían salido. Wadzek estaba con un antiguo compañero de estudios y director de una escuela técnica, privada y mediocre de la Bernburger Strasse. Intentaba convencerlo de que le confiara la asignatura de «Fundamentos tecnológicos», así que pasaría la tarde en su casa. Lo hacía como muestra de cariño, no quería molestar ni cohibir en modo alguno a su mujer. A las nueve de la noche, cuando la cosa dentro ya estaba en marcha, Herta abrió por sí misma la puerta del pasillo. Recorrió sigilosamente la alfombra, dejó sus cosas y entró. La amedrentaron enseguida. No aguantó ni diez minutos y, sintiéndose ofuscada, se escabulló hasta su habitación, que cerró con llave. Luego volvió a abrir para apagar la luz de gas del pasillo. Un fino aroma a tabaco penetró en su pequeña habitación. Allí lloró descompuesta, sentada ante la cómoda, y pasó una noche llena de angustia. Los días siguientes mostró un comportamiento radicalmente distinto hacia su progenitora; se comunicaba con monosílabos. A veces su madre la sorprendía mirándola de lado o por detrás con ojos grandes y serios, con una

gravedad completamente desconocida; ella bajaba rápidamente la mirada, como si hubiese hecho algo malo, y la esquivaba sin ocultar su asombro, como si fuese una extraña aparición. Ya no había bromas ni sarcasmos. También observaba a su padre con esas largas miradas atónitas; nunca hablaba abiertamente. Wadzek no se dio cuenta. Su madre se alegró y la felicitó por haber puesto fin a sus gamberradas.

El cinco de agosto, un jueves, justo tres semanas después de volver de Reinickendorf, la Kochanski cumplió treinta y cuatro años. Como el aniversario caía precisamente en jueves, que era cuando solían reunirse, decidieron celebrarlo en casa de la señora Wadzek. Ésta flotaba en el séptimo cielo, aunque le daba vergüenza contar a su familia que iba a organizar el cumpleaños de una desconocida. Sin embargo, como habían quedado en verse, la señora Wadzek las había invitado sin pensar, llevada por una alegría desbordante, así que no le quedó más remedio que poner en práctica la decisión. Tenía que ser perfecto. Lamentaba no poder invitar a Herta, pues últimamente andaba tan abatida que descartaba mencionarle una fiesta de cumpleaños, por no hablar de animarla a disfrazarse y recitar un poema de felicitación.

La señora Wadzek pasó la tarde anterior en el salón con la señora Litgau. Se pusieron manos a la obra e impidieron el acceso. Durante todo el día del festejo las tres puertas permanecieron cerradas; solo una vez, a mediodía, antes de que el señor Wadzek se presentase a comer, llegó un chico alto en un carro tirado por un perro. Le acompañaba otro muchacho más bajo que iba a pie. Los dos arrastraron por la escalera varios objetos amorfos que venían envueltos y los metieron en casa de los Wadzek. El contenido de los sacos que cargaban retumbó, tableteó y tintineó; ellos se rieron y depositaron todo cuidadosamente en el suelo del salón.

Cuando dieron las ocho —a Herta la habían mandado a ver un concierto y Wadzek estaba en la Bernburger Strasse con el director de la escuela técnica—, la señora Kochanski, protagonista del cumpleaños, se presentó pálida y gris en la puerta principal. El más alto de los dos chicos, que entonces llevaba puestas unas botas, le abrió en su papel de lacayo. Al ver que nadie salía a recibirla, sonrió desconcertada. Despidió un nubarrón de almizcle mientras se quitaba la chaqueta de verano, de color gris claro, y se desprendía del sombrero de paja, profusamente adornado con peonías, y lo colgaba del perchero. El chico, con la mano izquierda en la puerta del salón, hizo una mueca irónica, sonrió pícaramente y esperó. Toqueteando todos los dijes de su fina cadena de oro —dos medallones, dos cruces labradas en plata, un diente diminuto, una minúscula pipa de plomo, un portaminas dorado, todo ello unido a la cadena, que colgaba a la altura de un apretado cinturón, sobre una blusa ceñida de seda verde—, la señora Kochanski se aproximó al umbral con paso muy firme y un dulce meneo de faldas.

Gritos, enorme alboroto, extraños golpes metálicos. El chico que estaba tras ella

levantó una pierna en señal de alegría.

El salón burgués de Wadzek apenas era reconocible bajo la pálida luz de gas. La vivienda de la señora Litgau había cedido sus tesoros y, como invadida por los bárbaros, la casa de Wadzek y sus habitantes se habían convertido en algo africano o indio. La araña de cristal seguía colgada donde siempre y sus cientos de prismas proyectaban un reflejo oscilante y multicolor bajo las cuatro llamas de gas. La ostentosa mesa del centro del salón, el álbum de piel y los portarretratos habían quedado arrinconados junto a la puerta que daba al cuarto de estar, y en su lugar estaban los cuatro sillones colocados de espaldas bajo la araña, formando un corro de camaradas mudos, apáticos y de color rojo pálido que no se prestaban atención. Desde el dorso de los sillones una extraña masa de color amarillo claro subía hacia la lámpara. Era una maraña rebelde y exótica que parecía salida de un establo, un montón de paja atado y fuertemente sujeto a los brazos de la araña con cintas verdes. Desde el centro de esta lámpara, nuevos cúmulos de paja retorcida flotaban por toda la habitación. Junto a cada esquina había un perchero cuyos ganchos soportaban unas sogas, gruesas cuerdas de tender de las que colgaban a su aire pequeños haces de paja, como cardos de la boca de un asno. Aquella cosa amarilla y crespa se tambaleaba susurrante hacia las cuatro esquinas y esparcía briznas astilladas por la alfombra: estaban en un pajar. Cuando la puerta se abrió ante la señora Kochanski, una figura espeluznante con trazas de ser humano fue acercándose desde el rincón de la mesa. Los cuatro sillones comenzaron a crujir y a separarse y de la cueva que había entre ellos surgió un ser cabeceante, un monstruo descomunal. Los dos, uno desde el rincón y otro entre los sillones, lanzaron el grito africano; la figura venida desde la esquina oscura de la mesa golpeó con una enorme maza un tronco de árbol que se extendía cual cocodrilo por una pared de la habitación.

El chico de la pierna levantada cerró la puerta rápidamente tras la señora Kochanski. Aquel ruido atronador la envolvió durante medio minuto mientras se sacudía briznas de paja del pelo y de los hombros. Entonces, los monstruos se arrastraron a cuatro patas hacia la joven prusiana, balaron y se le arrimaron como perros.

Eran la señora Wadzek, que habitaba el almiar central, y la Litgau, que había hecho retumbar el árbol. Ambas felicitaron a la Kochanski, se pusieron de pie, la besaron y la condujeron hasta una mesa lujosamente vestida, preparada para el banquete y orientada al dormitorio. Una de las esquinas estaba reservada para los grandes ramos de flores, tres pares de guantes amarillos, uno de ellos forrado para el invierno, y cuatro frascos verdes de perfume adornados con cintas color lila. También había un vaporizador con una pera desenroscable y, dentro de una caja, una muñeca que cerraba los ojos. Al cabo de media hora solía fracasar en su intento de abrirlos, pero bastaba con levantarle un ojo y mantenerlo apretado para que el otro lo siguiera

voluntariamente. Por último, había una linterna eléctrica. La señora Kochanski daba vueltas sin salir de su asombro. Dio unos grititos y encendió la linterna. Las dos damas iluminadas levantaron los brazos mostrando las axilas y tragaron saliva.

Tanto la Litgau como la señora Wadzek llevaban pintada de negro toda la carne visible: destacaba el intenso carmín de los labios. En las mejillas, tatuajes en forma de espiral, llevaban manchas de color bermellón. Los ojos sobresalían monstruosos bajo un contorno blanco. La patrona blandió un bastón de tambor mayor, parecido a una maza. Su rostro huesudo y balador resaltaba sobre un ajustado marco de piel; un enorme amazón que se extendía de oreja a oreja como un abanico perforado rodeaba la barbilla y cubría parte de la cabeza; en la periferia despuntaban largas plumas, grises y azules. Bebió a morro una Patzenhofer tostada, chascando la lengua y haciendo ruido al tragar. Mientras tanto, el trozo de piel largo y remendado que le caía sobre los hombros se desbocaba y se le subía, dejando al descubierto las rodillas y la mitad de los muslos. Era una piel hecha con pellejos de conejo que su hijo Philipp^[16] había cosido con gran precisión; se había cuidado de proteger los rabos peludos que, puestos en movimiento, sobresalían del plano y oscilaban muy vivos y amenazantes. De rodillas para abajo no llevaba nada: esa parte se veía negra y desnuda. Tampoco lucía adornos en los dedos de los pies —por lo general objeto de tantas atenciones—, entre los que asomaba el blanco de nacimiento. A media pantorrilla solo tenía que llevar dos ligas de piel negra, pero le picaban y se le caían porque se rascaba todo el rato, apoyando ya el pie derecho en la pierna izquierda, ya el izquierdo en la derecha.

Tras el saludo, la enorme figura de la señora Wadzek volvió a esconderse entre los sillones dando balidos. Su nariz era lo bastante chata para una negra; sus ojos no podían lucir más blancos. Mientras se agachaba entre los sillones se oyó el crujido de las largas briznas de paja retorcida que se desprendían de su intrépido peinado alto y le colgaban alrededor de la cabeza, sobre el pecho y los hombros formando un voladizo de paja. Bajo la faldita de algodón rojo se movían sus colosales piernas, y el pecho subía y bajaba impetuosamente. Sus pies iban enfundados en unas zapatillas verdes estilo occidental, normales y corrientes, pues el propio disfraz explicaba que tampoco en el desierto se podía andar descalzo, sobre todo cuando había cosas en medio.

Cuando se hubo amadrigado bajo su techo, entre los cuatro muebles rojos, la india negra que ondeaba la maza llamó al timbre. El chico se presentó al instante.

El banquete comenzó, no sin dificultades. La señora Wadzek no quiso levantarse bajo ningún concepto y dijo que solo comería en el suelo, propósito que no pudo llevarse a cabo, primero por la estrecha falda tendente al desgarramiento de la Kochanski, que debía acompañarla allí abajo, y segundo porque el maquillaje negro se corría al rozar con la alfombra. Además tenían que comerse la paja que llovía del tocado de la

señora Wadzek. Entonces sentaron a la negra sola en el lugar que habían ocupado los regalos y allí se quedó, bien colocadita y ajena a todo, mientras pescaba sin descanso los brotes amarillos que flotaban en la sopa. En lo alto de su tocado de piel había una figura diabólica con cuernos. En la frente llevaba pegado un trozo de cartón con el busto pintado de una mujer negra que enseñaba los dientes y aparentaba lamerse los dedos. El conjunto parecía simbolizar una hambruna africana.

Comieron y disfrutaron como caníbales. En la cocina, el chico debía estar pendiente de que los platos ya listos no se enfriaran. Era un compañero de clase de Philipp, el vástago de la Litgau, ese Philipp que se había quedado colgando de la valla frente a la casa de Wadzek, en Reinickendorf, y que, tras dejar maltrecho al señor, había sido el causante de la terrible demora en el disfrute cervecero de Schneemann. Ese muchacho vejado coleccionaba armas y herramientas indias y africanas, y aunque solo tenía una punta de flecha hecha con una aleta de pez supuestamente auténtica, que escondía en el sofá y jamás enseñaba a los desconocidos, se fabricaba numerosos disfraces y objetos inspirados en dibujos.

Las mujeres charlaron, intercambiaron miradas radiantes y se exhibieron; en las tres palpitaba la expectativa de lo que debía ocurrir en aquellas circunstancias. Se dedicaron brindis mutuos entre sonrisas de enamoradas. La Kochanski se puso a dar pisotones para que sus pies disfrutasen de la libertad de pensamiento necesaria, pero se fue al suelo con un plátano y una copa de licor en la mano y la falda definitivamente rasgada; fue entonces cuando las otras dos se acercaron para investirla como miembro de la tribu. Comenzaron de forma discreta, no sin deleite; la señora Litgau dirigía la toma del hábito en calidad de experta. Primero, tras quitarle todo excepto la camisilla y las bragas, la novicia se escondió tras la cortina. La señora Wadzek estaba agazapada en su choza; cantaba en voz baja, sus ojos brillaban, se ponían en blanco, la vida era maravillosa. Sin embargo, la prusiana occidental se negó en redondo a que la pintaran de negro, y mucho menos las piernas. Por lo que respectaba a la cara, simplemente se asustaría a sí misma si lo hacían. Tampoco quiso desprenderse de las bragas ni de la camisilla a pesar de la cortina; mientras llevase ambas prendas al menos parecería humana. No, era incapaz. Después se soltó el pelo, cogió una toalla del dormitorio, se la puso alrededor del cuello y, mientras fisgoneaba con picardía, explicó que era de Reinickendorf y que había venido a Camerún a bañarse, a tomar las aguas; además sufría alopecia. Finalmente aceptó el trozo de piel más corta que la señora Litgau le echó por encima, pues estaba helada; se sentó al piano y tocó canciones populares mientras las negras admiraban su cabello.

Entretanto, la señora Wadzek fue animándose. La anfitriona mostraba una variedad de embriaguez totalmente distinta a la de sus dos amigas. Era una ebriedad del todo espiritual; a ella la nariz no le goteaba y los pies no desempeñaban ninguna función en su embriaguez. De pronto cayó en un estado de hundimiento. Masticó

intensamente con la boca cerrada y sus músculos mandibulares se hincharon y engordaron bajo la piel. Entonces alzó la vista, indecisa; buscó la mirada de una de sus amigas y, con aire serio y penetrante, le preguntó si sabía mover las orejas. Era un recuerdo de juventud que aparecía siempre como primer síntoma de su estado de sublimación. Comenzaron a escrutarse mutuamente, fruncieron el ceño y de pronto gritaron: «¡Yo sí sé!», «¡Ahora!». No era más que una ilusión, pero tras varios minutos de infructuosos intentos repitieron que una o dos veces lo habían conseguido, así que se dispusieron a interrogar a la tercera amiga. Cuando le tocó a la señora Litgau ella dijo que no, que no era una oveja. Ante la pregunta desconcertada de «¿Cómo que una oveja?» se corrigió rápidamente: quería decir asno, no era un asno capaz de mover las orejas. La señora Wadzek, siempre inmersa en los ejercicios, siguió contando que lo había visto por primera vez de muy pequeña, durante una excursión a Berlín. Era un caballito blanco que tiraba de un trineo infantil en el Tiergarten. Al golpear las campanillas con la mano o con un paraguas, ¡zas!, las orejas del animal se levantaban de golpe y se quedaban tiasas como dos tulipanes.

—¡Como cucuruchos! —gritó la señora Litgau—. Quiero ir en trineo. ¿Quién me lleva a caballito?

Desde el piano y sin volverse, la Kochanski susurró con su ronquera característica:

—Venga aquí, gordinflona. Pst, venga. Deme sus zapatillas. Una al menos, el pedal está frío.

La señora Wadzek, que seguía practicando con las orejas, se agachó entre sollozos, se quitó una zapatilla y se la llevó a la joven tabernera. Su gruesa capa de maquillaje se hinchó bajo el efecto de las lágrimas. Dos churretes grasientos y anchos como un pulgar le cayeron desde los ojos hasta ambos lados de la barbilla. Por debajo asomaba el brillo de una piel enrojecida. Era una sopa de chocolate con talco mezclado por error; cuando se enfriaba se formaban grumos petrificados.

—Qué bien toca usted, Kochanski. No se vaya a resfriar. Aún es joven.

La otra repuso:

—Hay que chupar del frasco todo el rato, así no se enfría uno. ¡Pauline! ¡Pauline está llorando! ¡Pauline está llorando! —Revolviéndose sobre la banqueta del piano, la Kochanski chillaba y golpeaba con la zapatilla el encaje azul de sus braguitas—. Así berreaba mi primer bebé cuando no le daban su biberón. Paulinita, le daremos una tetilla enganchada a una botella, una botella de champán. ¡Deja que te abrace, mujer!

La señora Kochanski se abalanzó sobre la dama acolchada, rodeó una de sus poderosas piernas con las suyas propias, más delgadas, fue escalando y se hundió en el fango.

—Déjate achuchar, Paulinita gordita. Sois unas cerdas. Todos somos cerdos en un establo. Tenemos que arrastrarnos por el suelo. No hay nada que comer.

Entonces se produjo el primer episodio de enajenación en la señora Wadzek: la indulgencia, la entrega incondicional. Esperaba órdenes. Sonrió con malicia, puso voz de falsete, se encogió hasta mitad de bolo, se erigió cual pirámide y preguntó dulcemente:

—¿Qué debo hacer?

La Litgau y la Kochanski rodearon a la heroína como si fuese su presa. De pronto la Litgau, que ya había empezado a reírse sospechosamente, atacó a la prusiana occidental de braguitas blancas.

—¡Tú no hables, mujer! Pero ¿qué pinta es ésta? ¿Y tú pretendes venir de Camerún, con esa nariz tan blanca?

—Yo no me maquillo, no me maquillo; os voy a tirar la linterna a la cabeza —gritó la otra.

—Pues ponte al menos un sombrero. Mi Philipp ha dicho que en Camerún todas las señoras se arreglan el pelo, querida Kochansquita —terció lasciva la patrona.

La exaltada tabernera miró indecisa a la mujer que, entre pieles bamboleantes, corrió hacia el piano, pescó un gorro del suelo y se lo encasquetó a la prusiana occidental. Era un gorro de Philipp: una sencilla caperuza de lino con cauris pegados con cola de carpintero, un adorno frágil y divertido. Las dos mujeres, Wadzek y Litgau, estaban embelesadas. En la frente llevaba un mondaorejas.

—¿Qué debo hacer? —La señora Wadzek esperaba avergonzada y temerosa; se había recogido en la nuca la paja que la envolvía.

—Echarte a rodar —gimió relajadamente la prusiana blanca, que se le acercó de un salto doblando las rodillas—. ¡Mujer, déjate besar!

Entonces la besó, escupió los restos de tinta negra pegados en la barbilla sobre la faldita de algodón rojo de la señora Wadzek y, como si fuera un luchador, intentó derribarla de un solo impulso.

Con gesto imperturbable pero timorato la anfitriona murmuró:

—Ya voy.

Mientras lo decía se tumbó a los pies de la tabernera, que apuntaba desafiante hacia el suelo. La señora Wadzek parecía un dromedario de carga. Después se arrastró para, finalmente, estirarse por completo bajo la araña de cristal y su brillo multicolor. La Kochanski lanzó un grito y se tendió rápidamente a su lado, como un perro de caza; la agarró por la cintura y empezó a darle vueltas; la otra cedió plácidamente.

La Litgau había desaparecido. Estaba acucillada junto al tronco hueco, que golpeaba y golpeaba una y otra vez con la maza del tambor.

Entonces, en mitad de aquel cuarto lleno de ruido se oyó un grito agudo y estridente, una voz totalmente desconocida, una voz infantil. Y, cosa extraña: ninguna de las tres mujeres se sorprendió ni se asustó; siguieron gritando y alborotando aún

más, tan tranquilas. Mientras daba vueltas a su asado con falda de algodón, la Kochanski preguntó rebotante de placer:

—¿Qué es eso? ¡Litgau, Litgau, vaya a ver qué es!

Sentada junto a su árbol, la Litgau se frotaba la nariz y se partía de risa mientras hablaba hacia el interior del tronco:

—Pero ¿tú qué haces ahí dentro? ¡Serás pillín!

Era Philipp, Philipp, el autor e inventor de todas aquellas cosas tan bonitas quien, aún en su casa y desafiando a la muerte, se había escondido en el hueco del tronco. Su madre le había golpeado en el hombro sin querer mientras tocaba el tambor. El dolor no le afligía tanto como el maltrato dispensado a la madera. Cuando sacó la mano del tronco, en la que su madre había reparado también sin extrañeza, ella le sacudió, así que no le había quedado más remedio que salir avergonzado de su escondite. Tuvo que arreglárselas por sí solo; su madre no paraba de reírse.

Llevaba un traje de baño azul y sucio. Nada más situarse junto al tambor, es decir, el árbol, y a punto de llorar a lágrima viva, exclamó:

—¡Ay, ay! —Señaló con el dedo el trato espantoso que estaba recibiendo aquel trozo de piel que hacían rodar por el suelo, bajo la araña. Suplicó a su madre—: ¡Se va a romper, solo está sujeto con grapas!

Pero la situación pronto le fascinó. Aquello era pura selva virgen.

—¡Soy un bosquimano! —gritó sin que le oyeran—. Soy bajito. —Se quitó el blusón, se acercó rápidamente a las mujeres rodantes y empezó a patalear—. ¡Eh, usted, no, así no!

Cuando la Kochanski giró la cabeza y le sonrió confundida, él se echó a llorar y dijo que una mujer no podía ver aquello. Se refería al tocado de la señora Wadzek, que estaba terminantemente prohibido en todas las tribus por tratarse de un fetiche masculino: las mujeres tenían prohibido mirarlo bajo pena de muerte. En realidad representaba al demonio, y lo que se estaba chupando de los dedos era su mujer. Ellas respondieron con gritos y chillidos. Su madre le dio un plátano y él se lo enganchó en la oreja. Cuando la prusiana occidental se levantó, encendida y sucia, y golpeó el tambor con una flecha que andaba por allí, él se puso a gritar como loco. Se volvió tan salvaje que rompió la flecha y lanzó alaridos junto al piano mientras todos se desternillaban. La señora Wadzek estaba agotada de tanto rodar y se levantó con gran esfuerzo. La Kochanski rompió un frasco de perfume golpeando el cuello contra el borde de la mesa y empezó a salpicarles. Philipp, con la flecha partida en una mano y sujetándose el plátano con la otra, señaló desconsolado los jirones de piel.

—Mirad, ahí están. Y además —refunfuñó—, las negras no se ponen esas pieles todos los días; normalmente solo llevan un triangulito de rafia atado con un cordón —dijo apuntando al pubis de la todavía joven Kochanski.

Ésta resopló. Las mujeres se sentaron juntas y sus risas burlonas se fueron

solapando. Él apenas les prestó atención, corrió agitadamente a su alrededor, miró al techo y se sentó en la choza. Se tapó uno de los agujeros de la nariz y en el otro metió un trocito de madera perforada, su flauta nasal.

—Tenéis que cantar. *Fimbe, fimbe, miam au barum.*

Ellas respondieron regocijadas:

—¿Cómo? ¿Cómo?

Y él se corrigió tras tocar sin éxito:

—No, tenéis que cantar así: *ica etamoyapu mamema.*

Las tres lo entendieron al instante.

—Sí —dijo Philipp—, significa: ¡esta danza tribal es solo para mujeres!

La prusiana occidental graznó. En sus piernas se mecía aquella sensación tan placentera. Miró a su alrededor buscando un sitio donde descansar. Bebieron vino enganchadas del brazo.

El muchacho estaba sentado en la choza, y sujetaba un gran puro de madera clavado en un enorme tenedor. Soplaba y fumaba sin echar humo. De cuando en cuando se lamía la mano izquierda que su mamá había golpeado con el bastón. Con gesto adusto e inaccesible meneó el tronco y gruñó en tono festivo.

—¡*Fimbe, fimbe, miamam, bam!*

Miró al frente y al techo y, como hombre que era, no reaccionó ante las preguntas de las mujeres. Se quedó dormido.

Poco antes de las diez llamaron a la puerta. Herta miró al chico que le abrió sonriente. Por un instante se detuvo en el pasillo, oyó el griterío y, sin dejar sus cosas, se dirigió a su habitación, que cerró con llave. Una vez dentro encendió una vela y permaneció un rato sentada en una silla que había arrimado a la puerta, escuchando atentamente. Se oyó: «¡*Fimbe, fimbe...!*», ruidos, eructos. Tenía la mirada sombría y tensa; esperó.

La señora Wadzek entró en una nueva fase de enajenación. Ya habían abierto la puerta del dormitorio, pues la Kochanski se tiraba de cabeza a la cama de vez en cuando. La Litgau se había quitado la capota de piel, y también se había sacado el alambre del pelo. Con una voz que temblaba de emoción y los brazos estirados con desgana, la señora Wadzek dijo que amaba a todos, a todas las personas, y eso a pesar de su dolor. Trató de entonar una melodía fúnebre. Enseguida sintió una dulce melancolía y dominó a las otras dos. A partir de ese momento hubo que compadecer a la anfitriona, que se había puesto una falda de lana marrón sobre el vestidito de algodón rojo, y lamentarse profundamente. Sentía amor y lloraba una muerte, deseaba que compartiesen su dolor. Las demás tuvieron que entonar canciones melancólicas y alabarla. Ella reinaba en solitario, junto a la mesa inundada de cerveza, como a orillas del río Leteo, que debía cruzar a nado. Gritaba monótonamente: «Está muerto, muerto, muerto», y hundía la cabeza en el charco de

cerveza. Al fondo la Kochanski, cada vez más despierta, se ponía las medias; la Litgau fracasaba al intentar arrancar la nube de paja de la araña y lanzarla sobre su hijo Philipp, que seguía dormido.

Por fin oyeron los lamentos de la señora de la casa.

—Sí, corazón —gruñó la patrona mientras seguía a lo suyo—, está muerto. Muerto y remuerto. *Kaputt*.

La anfitriona sacó los brazos de su ciénaga etílica y gritó:

—¡Era tan bueno! ¿A dónde se me ha ido? ¿Dónde lo habéis llevado?

En ese momento, Wadzek abrió la puerta de la casa. Y mientras las dos invitadas seguían inmersas en sus labores, la mujer aguzó el oído. Cuando la puerta del salón se abrió y Wadzek entró precipitadamente, asustado por el llanto de su esposa, ésta se levantó tras la mesa, con los brazos apoyados en el borde y el rostro terriblemente pintarrajeado bajo el sombrero de paja camerunés. Eran unos brazos marrones y desnudos, cubiertos de cerveza y estrías de color rojo; ella miró boquiabierta, embobada y, profiriendo un grito estridente, se desplomó en la silla que tenía detrás.

—¡Ahí está!

Wadzek, atronado en el umbral —llevaba unos guantes grises de verano y un sombrero de fieltro negro encajado en la cabeza—, dejó caer las llaves tintineantes. Se echó el sombrero hacia atrás, lanzó miradas confusas a diestro y siniestro y, entre continuas parálisis, rodeó la mesa y se acercó a la mujer desmoronada. Al ver que se resbalaba de la silla, él intentó levantarla agarrándola de los hombros por detrás. Murmuró:

—¡Pauline, no! ¿Qué está ocurriendo? Vamos, ¿te encuentras bien? —Se esforzaba con gesto sombrío, sintiéndose impotente.

Entonces apareció la patrona gateando junto a la choza, y miró fijamente sus rodillas, como un perro a la luna.

—¡Dios santo, y ahora éste también!

Se arrastró a cuatro patas con intención de levantarse, pero pronto desechó la idea y se puso a chupar plácidamente los haces de paja. Un aluvión de líquido procedente de la boca tranquilizó a la señora Wadzek. Entonces abrió los ojos, lanzó otro grito estridente y le rodeó con sus brazos.

—¡Muerto, muerto! ¡Está muerto! ¡Me ha abandonado! ¡Estoy sola en el mundo!

En el cénit de su dolor, no permitía que le arrebatasen nada. Como lo apretaba desesperadamente, aquel hombre empujó su gigantesco tocado. La obra maestra de Philipp cayó encima del respaldo y se quedó colgando. El cabello despeinado de Pauline quedó al descubierto. Wadzek reconoció del todo a su esposa. Presa del dolor, no le importó su asquerosa suciedad y le puso el brazo izquierdo alrededor del cuello: sus gritos le partían el corazón. Lanzó el sombrero hacia una silla.

—Paulinita —suplicó confundido—, mírame. Mírame, ¿me ves? ¿Qué estás

diciendo? Estás indispuesta, algo te ha sentado mal. Ay, vas a ponerte enferma.

Ella gimió:

—Ha ocurrido. ¡Es increíble! Ya no le tengo conmigo; estoy perdida. ¡Está muerto!

Él suspiró y, repugnado, buscó su boca con los labios.

—¡Querida, mírame!

Tironeó de los guantes empapados y llenos de pedacitos de salchicha vomitada y pan triturado. Sin prestarle atención, ella logró alcanzar el suelo y mantenerse erguida no sin esfuerzo. Las mejillas le temblaban. Atribulada, buscó a las demás.

—Niñas, ¿dónde estáis? ¡Vamos a enterrarlo y a poner flores en la tumba! ¡Venid!

Berreaba como un ciervo en celo. La Litgau gruñó desde abajo como una marrana, se levantó dando tumbos y se puso al lado de Wadzek.

—¡Ay, mi corderilla, mi chotilla, mi cabrillaaa! ¡Aquí estoy, ya voy!

—Vamos a...

—Tú tranquila, que te lo tapamos a paladas.

Entonces, unos pasos ligeros se arrastraron por la oscura habitación. Una figura femenina arrugó los ojos al entrar en la zona iluminada y se situó junto a Wadzek. Era delgada, ligera, lucía un tocado de conchas con un mondaorejas en la frente, iba en camisilla y bragas blancas, enseñando las piernas y los pies. Mientras se rascaba la planta del pie, preguntó dando un bostezo:

—Niñas, ¿estáis bien? —Miró a Wadzek estirando la cabeza y dejó caer lentamente el pie rascado. Se metió un dedo en la boca y estalló en sonoras carcajadas, clavándose los puños en el estómago—. ¡Éste, éste! ¡Aquí está otra vez! Pero, hombre de Dios, ¿dónde ha estado todo este tiempo? ¿Dónde se había metido?

Wadzek llevaba un traje de lino azul con manchas en el pecho. Sus dedos desabrochaban la chaqueta sin querer, buscando el cinturón de tenis con hebilla plateada que asomaba por debajo. Alternando la mirada perpleja entre su mujer tambaleante y la dama de bragas blancas, se dirigió hacia el rincón donde estaban los regalos y una servilleta con esquiras de vidrio y susurró:

—¿Quién es usted?

La mujer caracoleó tras él.

—¡Pero si es el delincuente forestal! El de los sellos... no, el delincuente forestal.

—¿Y ése quién es?

Al reconocerla, Wadzek sintió un rechazo asfixiante, repugnancia. Ella se burló como un gato de un ratón.

—¡Oiga, que usted ande todavía suelto es el colmo! Y eso solo me lo debe a mí. A ver, buena mujer, ¿tengo o no razón? Dígame. ¿Y a qué se dedica ahora que está en libertad? ¡Es el colmo!

Con voz ronca y las piernas abiertas encima de la servilleta, Wadzek le espetó:

—¡Márchese de aquí! ¡Vístase!

La Kochanski brincaba en su cara de una pierna a otra sin prestarle atención.

—Con la prisa que tenía la otra vez... ¿Y qué cartel era ése de Gesundbrunnen? El de la colección de sellos o algo así... —resopló, disfrutaba lo indecible, lo devoraba con la mirada—, buscan a esos dos hombres. ¿Cómo era esa dichosa palabra? Destornillador, desatascador; no. ¡Ya podíais haber elegido otra cosa! ¡Traiga al otro, hombre, que suba!

Wadzek la embistió con fiereza. La parte izquierda de su rostro ardía; sus ojos llameaban aún más violentos si cabe. Casi sin resuello, recorrió la pared en busca de algo. Al abrirse paso entre los sillones, donde dormía apoyado el pequeño Philipp con el puro metido en la boca, se topó con un charco. Por unos instantes sacudió ambas manos a la altura de los hombros sin decir palabra, y luego balbució como si se alegrara:

—¡Así que ése también ha venido! ¡Mírale!

Wadzek permaneció enraizado. Sintió como si su cabeza resbalara en línea recta por el techo blanco, atravesara el suelo y cayera en las plantas inferiores.

Mientras acariciaba a la señora Wadzek, la Litgau opinó enronquecida:

—Deje que mi niño duerma. Está cansado y no ha comido nada.

Alternando sus voces, la gorda prosiguió con los ojos cerrados y sin aire:

—Querida, querida. Está muerto. Tiene que sacarlo de aquí. Necesito un velo negro, un vestido negro.

—Debe morir —sollozó la patrona—. ¿Por qué se niega?

La Kochanski, en camisilla, lo cogió por la cintura.

—Muerto —dijo la señora Wadzek furibunda, con ojos vidriosos—. Me lo han arrebatado. Junto con la niña. Estoy sola en este mundo.

De pronto, Wadzek fue derribado por un golpe lateral de la robusta Kochanski y se vio tumbado de espaldas entre la mesa y la choza de paja.

—Tenía una fábrica de tornillos —cantó la señora Wadzek.

—Tornillo, destornillador, eso era —dijo con entusiasmo y voz aflautada la mujer descalza que se había arrodillado junto a él.

—Las flores —suspiró la heroína desesperada—, el velo.

La joven tabernera lo soltó y corrió al dormitorio. Wadzek se incorporó a medias y miró absorto a su mujer. Entonces se dio cuenta de que lo inundaba un miedo pavoroso, de que estaba enredado en un pensamiento tan espeluznante que se había tumbado en el suelo casi aposta. Una idea flotaba en su cabeza, como en sueños: «Estos pueden ser los espías, la policía, ya están aquí. Y ahora Schneemann se ha ido y soy yo, soy yo el cobarde».

En el cuarto de al lado se oyó un tintineo. El llanto de las dos mujeres fue interrumpido por la Kochanski, que las cubrió desde atrás con un velo largo y negro.

Luego esparció paja sobre Wadzek, que estaba agachado. Incrédulo, notó que le echaban algo encima. La Kochanski arrojó trozos de espejo sobre la mesa, delante de las mujeres. La señora Wadzek se levantó entre lágrimas, enganchada del brazo de la señora Litgau, cubiertas por el mismo velo. Tambaleándose, rodearon la mesa con dos trozos de espejo y se dirigieron hacia Wadzek, que permanecía sentado y en silencio. La anfitriona gruñó:

—Muerto. ¡Está muerto! Tenía un destornillador. Abandonó a mi hija. —Dejó caer los trozos de vidrio sobre su regazo—. Todo irá a la tumba, mi ajuar, mi felicidad, mi todo.

Wadzek, acosado por el pasto, luchaba por mantenerse cuerdo; se balanceaba.

—Mi querida esposa —quiso gorgotear—, querida Pauline.

Todo se redujo a una mirada. Sentado en el suelo, recibió los dos trozos de espejo en las palmas de las manos, frunció el ceño y gimió con la boca muy abierta:

—¡Ay, ay, el espejo!

Miró a su alrededor como un condenado. Philipp se deleitaba fumando en sueños el puro de madera. Su mujer babeaba por el hocico.

Al instante recobró el entendimiento. Dio un grito y recuperó la razón. El asco que sentía era inmenso.

Una reunión de borrachas.

Su espejo. Ascuas en los dedos. Frío bajo el corazón, en los brazos, detrás de la espalda. Se levantó rápidamente.

Miró por encima de la mesa con avidez, recogió los otros tres trozos de espejo y los arrojó al dormitorio. La paja se le cayó de encima. Como si saltase sobre un resorte entró al dormitorio, dio un portazo y cerró con llave. Cruzó rápidamente el cuarto oscuro —ellas gritaban, se reían y gemían a sus espaldas— y, pisando esquirlas de vidrio, salió al pasillo.

El pasillo, oscuro. Mientras correteaba por la alfombra, un rostro tímidamente iluminado asomó por una rendija; un susurro:

—¿Qué les has hecho?

Un brazo delgado se estiró y lo arrastró hacia el interior. Herta, con el vestido arrugado, despeinada y una simple vela en la mano izquierda. Herta, con la barbilla iluminada, con la boca iluminada, con mejilla derecha iluminada, con el resto ensombrecido.

Wadzek enderezó la vela automáticamente.

—¿No estás durmiendo?

—¿Has echado a esos cerdos?

—¡Muerto, muerto! —se oyó a través del pasillo, entre llantos pavorosos.

La joven maldijo.

—Esos puercos, menudos bichos.

Al rostro sobreexcitado de Wadzek le entraron ganas de reír con una expresión de espanto.

—Tu madre... No está bien.

—Te han manchado la cara. Ven, te limpiaré.

Mientras le limpiaba la frente y la nariz con una toalla mojada —él sujetaba la vela—, la miró encendido y preguntó medio enajenado:

—¿Qué vas a pensar de nosotros, Herta? ¡Dios mío!, ¿nos perdonarás?

Ella le secó las orejas. Necesitó un momento hasta que dijo con dureza:

—Qué vergüenza. No puedes dormir ahí. Te prepararé aquí mi cama; yo dormiré en el sofá. Mañana te podrás asear en condiciones, también las manos.

—No debes hablar así. Es tu madre.

—¿Por qué no quieres quedarte?

—Me he olvidado el sombrero. Lo estoy buscando.

—¿Qué tienes debajo de la chaqueta?

Wadzek, tembloroso y suplicante:

—Nada.

Herta se dio la vuelta. Junto a la cómoda vibró por pura sed de venganza. Él guardaba un trozo del maldito espejo y quería llevarlo consigo, como un criminal.

Wadzek la miró fijamente, lleno de dudas. Manos, miradas, gestos, todo pasaba a su lado a una velocidad pasmosa.

—Pon la vela en el candelabro, Herta. Aún he de salir a la calle. Vendré mañana, yo me encargo de todo, Herta.

Ella manoteó.

—Sabía que no te quedarías. Qué vergüenza.

Estaba horrorizada, profundamente avergonzada. Sin hacer ruido, salió disparada hacia el pasillo y le trajo un canotier.

—Vendré mañana, pequeña. Tápate bien con el edredón.

—¿Mañana cuándo? ¿Mañana al mediodía, mañana por la tarde? Te estaré esperando, padre.

—Vendré.

Ella lo abrazó. Sus mejillas ardían, sus ojos brillaban. Sollozó amargamente junto a su cuello sin decir nada. De pronto recordó que se llevaría los trozos de espejo. Le abrió la puerta del pasillo y, al ritmo de los pasos que avanzaban titubeantes por la oscura escalera, susurró:

—¿Vas a volver, padre? Adiós, mi querido padre.

En el hotel de Askanischer Platz se levantó de la cama en plena noche y se dirigió a la ventana vestido apenas con una camisa y los calcetines. La ventana daba a la Schöneberger Strasse. Si se ponía muy a la izquierda, podía ver la parada de coches y

el grupo de árboles que había en mitad de la plaza.

«Los cocheros son ya mayores», pensó. «Deben estar contentos con sus caballitos. En esos cacharros hay mucho que limpiar, y siempre el pienso, avena y más avena. Los caballos están comiendo todo el tiempo. Y las herraduras, que todavía haya herraduras... Datan de la Edad Media. Encontrárselas trae suerte».

Algo trinoó en su interior, bajo tierra.

Saltó varias veces para contemplar la plaza desde el mismo ángulo, como un observador. La sombra arrojada por dos coches, su estructura superior y las patas de los caballos tenía siempre la misma orientación. Él esperaba que girase o al menos avanzara, miraba meditabundo el cielo negro. La luz procedía de un farol de gas. Vaya. Así que era eso. Nadie toma un coche de punto, pasan pocos. Los cocheros tampoco están sentados en el pescante. Dormirán en el coche.

Caminó lentamente de vuelta a la cama. Se preguntó si había dejado las botas en el pasillo. Al mismo tiempo, algo trinoó y gritó en su interior: «*Fimbe, fimbe, miambam*». Él se encogió, se abrazó a la almohada y aguzó el oído para comprobar si alguien andaba por el pasillo y le robaba las botas.

«Había que tocar un instrumento y cantar, como hacían los demás», pensó sin entender lo que pensaba. «Herta es una niña llena de vida».

Mientras arqueaba una ceja abrazado a la almohada, murmuró inconsciente: «*Fimbe*» y, tras un pliegue del cojín, vio claramente a su mujer con el casco de paja. La oyó gruñir: «¡Está muerto!». La nitidez de esta percepción lo sorprendió, lo torturó, se empeñó en que se repitiera para transformarla en secreto. Pero no llegó. Allí estaba, tumbado, haciendo como que dormía. Al cabo de un rato recordó la sombra del farol y la imagen lo sacó de la cama a la fuerza. Estudió la apariencia de la sombra apostado junto a la ventana, intentó calcular el ángulo que había entre una de las patas del caballo y el borde de la acera. Deambuló por la habitación de brazos cruzados. «Caminante, si vas a Esparta, cuéntalo allí.»^[17] De Schneemann hay poco que contar. Es un tipo gordo y desleal. Come como un cerdo y no tiene ideales. Sabe jugar al billar y se puede conversar con él. Suele llegar tarde. Quién dispone de tanto tiempo.

Cómo me golpea en los oídos. Como si alguien estuviese tocando unas campanillas bajo tierra o detrás de mí. ¡Ding dong ding, ding dong ding!

¿Qué decir de Schneemann? Ya no existe. Esta noche no puede ser eterna.

Habría que ir a Unter den Linden para ver el desfile de la guardia. ¡Hurra, hurra!

Wadzek se dirigió a la cama desde ese lado, el lado de la puerta. La cama estaba descentrada en mitad de la habitación.

Se acurrucó. Durante el golpeteo acababa de sorprenderse pensando que podía vivir estados tan espantosos como los de entonces, antes de marcharse a Reinickendorf. La idea le resultaba espantosa, pues sentía como si ese estado ya se

aproximara. Se tapó con decisión; la noche no podía ser eterna.

En primer lugar, por lo que respecta a los cocheros, los caballos casi siempre están desnutridos. Los pobres ciudadanos no pueden sacar mucha carne de esos jamelgos. Además, dicen que la carne de caballo sabe dulce. Habría que probarla alguna vez. Y eso lleva directamente a cuestiones alimenticias.

Más abajo, algo gritaba y alborotaba: «*Fimbe, fimbe, miambamam*». Nada de eso merece atención (se refería a «fimbe»), también se puede vivir solo de pan. Los faquires pasan hambre. Es increíble lo que el cuerpo humano es capaz de soportar. Puede soportar mucho y hacer mucho daño. Tiene mucha fuerza, mejor no enfrentarse a él. Hace cosas tremendas; es un gigante. Agarra al animal por los hombros, lo lanza contra las piedras y lo hace puré. Papilla, nada más. Así que dicho queda. Con las fuerzas del hado no es posible trabar eterna alianza^[18].

Esta reflexión airada tranquilizó mucho a Wadzek; estaba armado.

Durmió solo unos minutos y se le ocurrió hacerse el muerto. Para eso uno se hincha y se pone un poco tieso.

Entonces algo le golpeó: «¡Rommel! ¡Rommel!». Rompió en un sollozo. Ese algo le hizo contraer el tronco. Esos canallas se comportaban como asesinos; le restregaban en sus narices que Rommel lo hubiera derribado de un soplo, que no lo considerase digno de una orden de busca y captura, ni de una denuncia siquiera. ¡Muerde el polvo, Wadzek, directamente al suelo, muerde el polvo! Te convertirás en bazofia, Wadzek.

El dolor furioso.

Al ir a girarse más lentamente, con la espalda agarrotada, Wadzek enseguida se ofuscó. Sonó un «Fimbe» extrañamente amortiguado; no llegó a ascender. Era un eco. ¿Tal vez una ilusión que sonase de ese modo?

Durante dos horas no logró conciliar el sueño. Rommel: la palabra mágica. Se aferró a él. Le chuparía hasta la última gota. Los negros no se lo echarían en cara. Lo habían sacado a relucir como un viejo chal, a sus espaldas; le sorprendió haberse olvidado de él durante tanto tiempo, de ese hombre grande y cojo. Las mujeres palidecieron, cantos, golpes; podía pensar más allá de «fimbe, fimbe».

Las fábricas hermosas y atronadoras. Cómo cambian las cosas con el paso del tiempo.

Se tumbó de espaldas, adormilado. Un círculo giraba sin cesar ante sus ojos, un círculo con radios. Una rueda. Una rueda de turbina. Fuertes chorros de vapor silbaban al salir por las boquillas. Imposible detenerlos. Tal vez se pudiera combinar con un pistón.

Wadzek construía en sueños. Ese hombre no es tan terrible. Tenía el nombre de Rommel en la boca, como una cerradura bien encajada.

Y las mujeres, ¿qué pasa con las mujeres? Están obsesionadas con los tocados.

Sonrió en sueños. Tocotoc, tocotoc, pasó un caballo.

Por la mañana se marchó sigilosamente del hotel, muerto de frío con su traje ligero. Ahuecado, ciego, insensible. Fue al cementerio, a elegir su tumba.

Esperó a que abrieran acurrucado ante la pequeña verja de hierro. Luego avanzó sorteando las filas de lápidas. Todas estaban selladas. Llevaban mucho tiempo muertos. Llenas de cruces, llenas de piedras. Pasó envarado junto a ellas. No era ninguna de éstas. Estaban muertos. Los bancos estaban ocupados. ¿Dónde habría un hueco para él? Tras la capilla, un terreno yermo; dos filas empezadas, rastrilladas muy juntas. También estas ocupadas, parece mentira. Se sentó en una de ellas y contempló la superficie vacía. El suelo que tenía debajo cedió, se deslizó. Wadzek fue detrás. Una tumba abierta; junto a ella, la pala. Entonces cerró los ojos, su gesto no se inmutó. Allí permaneció durante un buen rato. Quiso agacharse para coger un puñado de tierra marrón y húmeda. No se agachó. Se alejó muy rígido, arrastrando el paso.

La capilla.

La verja.

La calle.

Muchas calles.

El Blumeshof.

Unos pasos vacilantes bajaron por la escalera de la casa. Era Gaby, con un impermeable amarillo. Se asustó tanto que pegó la cintura a la barandilla. En su rostro delgado, ni un solo parpadeo. Wadzek tensó los músculos e intentó torcer el gesto.

Ella dijo desde arriba con voz entrecortada:

—No, Wadzek, nada. Pensaba en mis cosas. Iba a hacer un recado. —Separó los pies, que se le habían vuelto hacia dentro, y esquivó un rayo de sol dorado. Después respiró y, recuperado el color, se acercó a Wadzek y le cogió de la mano derecha. Subieron juntos la escalera, él un peldaño por detrás.

Gaby lo dejó solo en el salón. Estaba sentado en el sofá. Se preguntó insistentemente cuánto tiempo necesitarían los gusanos para entrar en un ataúd. Mientras tanto se apoyó en el respaldo, tal vez para pensar mejor. De pronto, todavía en esa postura envarada, se quedó dormido. El sueño se apoderó de él por completo.

Cerca de las once se movió. Cuando Gaby miró por la rendija de la puerta él seguía embobado. Estaba hecho un cuatro. Le sonrió; una voz chirriante, tan grave que sonó átona.

—Me he quedado dormido, ¿sabe? Le pido disculpas.

—Estaba muy cansado, señor Wadzek.

Cuando levantó la cabeza del pecho para responder, las marcas de sueño que tenía encima de los ojos y en el moflete, empalidecidas hacía tiempo, ya estaban

encendidas e hinchadas como listones. La miró fijamente.

—¿No me lo tomará a mal?

—Pues claro que no. Pediré que le traigan agua por si quiere refrescarse un poco.

—Tendré la nariz sucia. Herta me limpió, pero lo hizo a toda prisa.

—¿Eso ha sido antes?

—¿Cómo antes? —respondió él. Tenía el pelo alborotado y de punta. Los labios se esforzaban en vano por encontrar un orden. Sus ojos estaban azules y sin brillo, de un azul mucho más claro de lo habitual, cubierto de jarabe, de aceite de ballena—. Eso fue anoche, cuando volví a casa después de estar con Plischak. Una fiesta de disfraces. Celebraban un cumpleaños.

—Entonces cuénteme. —Gaby acercó una silla al sofá, hablaba en un tono suave e interesado. Animada, le dio un golpecito en la rodilla—. Se divirtió usted mucho, ¿no? Se ve que se acostó muy tarde. ¿Qué tal estuvo la fiesta?

Wadzek puso sus dedos cortos de mecánico sobre los pantalones de lino arrugados; era un obrero falto de sueño que manchaba el sofá.

—Me divertí mucho.

—¡Y que lo diga! Todavía está dormido, querido Wadzek.

Él permaneció en silencio. Por el rabillo del ojo izquierdo asomó una lágrima que se hizo cada vez más gruesa, hasta que resbaló y alcanzó el surco de la nariz.

—Ya se me ha olvidado. ¿Y a que no sabe de quién era el cumpleaños? De la dama del almizcle —asintió apesadumbrado.

—La dama del almizcle —repitió ella. Intentó sonreír y se reclinó. Le avergonzaba mirarlo.

—Puede que también de la otra. Mi portera. Siempre está diciendo que he robado un destornillador. O que he hecho descarrilar un tren. Cosas así. Ya me lo dijo cuando estuvimos fuera.

—En Reinickendorf.

—Es amiga de mi mujer. Y después se desnudaron, haciendo de negras. Querían tumbarme en el suelo. No se lo va a creer. Se divertían de lo lindo en esa casa.

—Y usted se tumbó.

—Muerto, muerto, está muerto. Me pusieron algo en la mano. Aún lo recuerdo, Gaby.

—¡Dios santo! ¿Y todo eso para qué?

Wadzek levantó un dedo.

—Solo Dios lo sabe, señorita Gaby.

Ella suplicó:

—¡Wadzek!

Él susurró, ausente:

—Herta se quedó arriba.

—¿No quiere asearse? Llamaré a la criada. Debe refrescarse.

Restregando la nuca contra la tapicería del respaldo, Wadzek respondió:

—Sí, me falta frescura. Se me nota.

Después se aseó en el salón. Intentaba escabullirse como un chiquillo mientras ella le secaba la cara. Murmuró:

—Ya es suficiente.

Entonces Gaby inició una conversación durante la cual él se rascó la frente varias veces, pues no tenía la conciencia tranquila respecto a los gusanos. Ella le preguntó por Plischak, quiso saber quién era. Él lo elogió mucho, habló de las escuelas técnicas y, aunque iba muy despacio, se interrumpió para abrir la mano y moviendo los dedos dijo:

—Entonces se coge un puñado de tierra y...

Ella lo animó a continuar, pero él perdió el hilo de la conversación, seguía pendiente de los gusanos, no sabía qué hacer con ellos, se le escapaban. Hubo un momento en el que movió la mano y pensó que habría que poner la tierra al rojo vivo, como la arena del fondo del mar. Algo lo intranquilizó. Quería hacer otra cosa, pero ¿qué? Al final notó un remolino impreciso en los dedos, como si desmigajara un bizcocho. Más tarde, su mente chascó el pulgar con gravedad.

Hablaba en tono apático, expulsando las palabras. Sonaban como si salieran de un artefacto interno. Después de atarse el cuello postizo y ajustarse la pajarita se aferró al sofá de piel con la mano izquierda, levantó el pie como si hubiese pisado algo indebido, lo echó hacia atrás y, girándose, se deslizó cómodamente sobre el asiento tembloroso. De pronto, empezó a hablar.

—¿Le he hablado ya del viento? Es una de mis nuevas ideas. Al verlo balancear una pierna, ella dijo:

—Camine un poco. El movimiento le sentará bien.

—Es una cosa muy importante. El viento es en cierta manera un modelo, un ejemplo a seguir. Un objeto al que no se le presta atención. Podría decirse que se le denigra. Hay que guiarse por él.

—¿Por el viento?

—Fíjese, no sonría. Ése es el error. El que sabe un poco de botánica se orienta de otra manera. Amor fiel hasta la tumba^[19]: ahí está el error.

Wadzek explicó las propiedades de las plantas y las flores mientras se acercaba a la silla de Gaby. De nuevo, rechazo.

Crecían en un suelo firme, en eso consistía su limitación.

—Piense en un pez, en un pájaro. Puede volar.

Las plantas debían guiarse por el viento, adaptarse a cualquier influencia meteorológica. Como no podían hacerlo, como no podían correr, en invierno morían de frío; las hojas se caen y las flores lo hacen incluso antes.

—¿Ha visto alguna vez que a un hombre se le caigan los brazos en invierno? ¿O las alas a un pájaro? Simplemente vuelan hacia el sur. Hay que saber orientarse. Estar arraigado es un falso elogio. Si fuese un noble incluiría la veleta en mi escudo de armas. Lo más importante es el principio de adaptación; hay que renovarse. Hay que saber hacerlo. Hay que tener el valor necesario. La capacidad de adaptarse al momento, a los acontecimientos y a las personas, como una veleta, una pluma o cualquier otro objeto más ligero aún.

Wadzek guiñó los ojos en actitud desafiante.

—No le digo que no —repuso ella—. No lo entiendo del todo.

A pesar de la conversación, su rostro estaba exento de vida. Ella no sabía si debía alegrarse o sentir miedo.

—Eso es lo que me gustaría explicar en mis clases.

—¿Así que quiere impartir clases?

—Donde Plischak, en la escuela técnica. Moral, Técnica y demás. Sobre esa técnica que se ha vuelto extraordinaria, etcétera, llamémosla técnica sin contenido, no dirigida. El gobierno debe velar por las patentes; tiene que limitar el derecho a hacer descubrimientos. Plischak tuvo una opinión muy clara al respecto. Alabó mis ideas. En principio nos hemos puesto de acuerdo sobre mi actividad docente. Le sorprendió mi forma de aplicar el concepto de adaptación. Eso fue lo que dijo: sorprende la firmeza de sus ideas.

Wadzek se detuvo junto al aparador. Gaby parecía triste. Él dijo mientras paseaba:

—¿Conoce *Macbeth*? De Shakespeare. Hace poco le dije a Herta que fuese a verla. Tiene que verla. Lo siento. No precisamente por la obra en sí, sino en general. Ver tragedias es una ridiculez. Es de mal gusto. ¿Se puede saber quién gana, más allá de los actores y el encargado del guardarropa? Al público no hay que acostumbrarlo a ver cosas tristes y negativas. El público debería reconocer que no es de buen gusto ver cómo una o varias personas son incapaces de hacer algo. Sí, incapaces. El héroe nunca consigue nada. Siempre hay algo que no puede lograr sin, como suele decirse, partirse el alma, presuntamente. Y eso a quién le importa. De esas cosas no se habla. Es un defecto, una falta, un vicio. También yo tengo los dedos de los pies deformes y no los voy enseñando por ahí. Usted también tiene...

—Los dedos de los pies deformes —contestó ella, riéndose con picardía.

—Es probable. Les ocurre a muchos. Pero no los enseñan. Y menos a los niños: ¿qué van a pensar? ¿Qué puede aprender de *Macbeth* una niña como Herta? Ya no me acuerdo exactamente de la obra, pero estoy seguro de que acabará convencida de que es bueno ser como él. O de que uno no debe desviarse de su propósito. Siempre por el medio y hacia delante. Y luego vienen las lágrimas. Aplausos para el personaje trágico. Es mucho más importante saber vadearse. Yo mostraría, por ejemplo, a un hombre fuerte, con unos músculos así de gordos, un verdadero atleta que apenas

podiera moverse de lo fuerte que es. Entonces vendría por detrás un alfeñique del tamaño de un dedo, un Pulgarcito, y rápidamente le cortaría un tendón, como si fuese un caballo. Ya verían para lo que sirve ese excelso heroísmo.

—¿Una especie de jiu-jitsu?

—O que el Pulgarcito le hiciese cosquillas de algún modo interesante hasta matarlo. Ése podría ser el argumento de una bonita obra. Instructiva para grandes y pequeños. Ulises es más importante que Aquiles o que Hércules. Si Aquiles no hubiese caído en Troya, habría muerto más adelante: ese hombre no habría encontrado el camino de regreso, como hizo Ulises. ¿De qué sirve el heroísmo? Jiu-jitsu, sí, señor. Me gustaría saber si los japoneses tienen alguna tragedia.

Ensimismado, golpeó dos veces con el pulgar.

La miró con recelo cuando ella bajó el rostro sin dejar de sonreír.

—¿Y qué si lo supiera, Wadzek?

—Eso confirmaría mi teoría.

—La que quiere explicar en la escuela de Plischak. Sigue hablando como siempre.

Wadzek frunció el ceño; pasó a su lado y advirtió:

—Me gustaría explicarla en la escuela de Plischak. Me gustaría. No sé si lo haré.

—Sí que lo hará.

Él meneó la cabeza mientras caminaba lentamente. Gaby dijo en voz baja:

—En cualquier caso, yo no iré a escucharle.

Al ver que no respondía, prosiguió:

—Pronto me iré de viaje.

Él se detuvo junto a la enorme caja negra del reloj, donde un péndulo redondo oscilaba acompasadamente. Mientras se levantaba y hacía un gesto con la mano, Gaby dijo:

—Acompáñeme, crucemos el pasillo.

Iba ligeramente adelantada. Fue hacia el cuarto de las maletas.

Sentada sobre una cesta, Gaby dijo en voz baja:

—El viaje vuelve a empezar.

—¿Y a dónde va?

—A tomar el tren.

—¿Y hacia dónde?

—En tren. Donde se pare, allí me bajaré.

Wadzek se sacudió apoyándose en el alféizar, que estaba cubierto por una cortina.

—Así que se marcha. Lo que faltaba —resopló fuertemente; era el primer sonido que podía provenir de su interior.

—He discutido con Rommel. Nos hemos separado.

—No.

—Hace una semana.

—No.

—Llevo esperándole todo este tiempo. Hoy me habría marchado en cualquier caso.

La perilla rubia de Wadzek colgaba del mentón como un sacacorchos. Su rostro estaba muy deformado por la presión que sentía bajo el esternón y que le hacía jadear.

—Lo que faltaba. —Miró al frente con grandes esfuerzos—. ¿Quiere que la acompañe al tren?

—Sí, Wadzek. Si usted quiere.

—¿Cuándo se marcha?

—Por la tarde, no antes de las siete.

—¿Desde la estación de Zoologischer Garten?

—Si usted quiere, sí.

—Si yo quiero. Así que encima debo alegrarme de que no haya desaparecido sin decir ni mu.

—Le habría dicho adiós en cualquier caso, Wadzek. Ya ha visto lo que ha ocurrido antes en la escalera.

—¿Cómo?

—Cómo me he asustado, quiero decir. Soy supersticiosa, ya lo sabe. Quise dejarlo en manos del destino y marcharme disimuladamente. Quise ponerme a prueba. Probablemente no sea ésa la expresión correcta, pero para mí no es ninguna broma. Otros lo verán de otra manera. Eso pensé al cerrar la puerta del pasillo, y pensé con miedo, con auténtico miedo, en la pesada carga que me estaba echando encima.

—Así que no quería despedirse.

—No, quería huir. Luego intenté dar los primeros pasos en la escalera, empezando por nuestro rellano, deliberadamente despacio, siempre dos o tres pasos en un mismo sitio, como una niña que espera una mala nota. Sentía nerviosa cada movimiento de mis pies. Detenerse tampoco tenía sentido. Estaba tan alterada que usted se reiría, Wadzek. Tuve pánico, directamente; uno se obsesiona con esos pensamientos. Tras los primeros cinco escalones hubiese preferido retroceder.

—Es cierto, le costaba avanzar. Me llamó la atención lo despacio que bajaba.

—No me decidía a ir más rápido. Hasta que...

—¿Hasta que...?

—Hasta que lo hice. De pronto ya no estaba nerviosa y pensé en mi recado. Dos bobinas de hilo negro que, dicho sea de paso, nunca suelo comprar en persona. Esta mañana se me antojó ir a por hilo de coser. No me atreví a decírselo a la criada; lo que quería era huir. Seguro que ya entonces fui más rápido, hasta quise darme prisa.

—Eso no lo noté.

—Quise hacerlo. Pero luego, ¡ay, Dios!, allí estaba usted con su canotier. A plena

luz del día. En mitad de la escalera. ¡Cuánto tiempo hacía que no venía! ¿Se hace usted una idea? Me entraron ganas de llorar.

Ambos callaron.

—¿Ya ha hecho el equipaje, señorita Gaby?

—Sí. Me alegro de que me acompañe al tren.

—¿Y no cree que haya vuelta atrás?

—¿A qué se refiere?

—A lo de Rommel.

Ella miró al frente y dijo impasible:

—Me he separado de él.

Wadzek se apartó del alféizar y buscó primero en su chaqueta. Como no encontraba el bolsillo, metió las manos en los del pantalón. Con la mirada fija en la peculiar araña, avanzó lentamente hacia el centro de la habitación y suspiró.

—¡Ay, qué cosas tiene usted! No se debe condenar a las personas. En la vida todo puede ir a peor.

Ella lo escuchó atentamente.

—Todos tenemos nuestras limitaciones. Yo he sido injusto con él. Tal vez no valgo nada en realidad.

Con los ojos todavía clavados en las ramificaciones de la araña, Wadzek sacó la mano izquierda del bolsillo. Sujetaba un trozo de espejo picudo. Dejó caer el brazo sin mirar el cristal, como si pesara. Al verlo mirar a su alrededor, junto a la alfombra, Gaby pensó que buscaba algo y, levantándose de la cesta rechinante, dijo en voz muy baja:

—La papelera está detrás, junto a la ventana.

Solo entonces Wadzek fue consciente de lo que hacía y, doblando el brazo derecho, sostuvo el trozo de espejo ante su rostro.

—No.

Ella se acercó.

—¿Qué le ocurre?

Por encima de su hombro, muy pegada a él, Gaby se miró también en el espejo. Aquella superficie blanca registraba las heridas inflamadas del fabricante, su mirada de resignación bajo un párpado arrugado y muy caído. Ella puso el brazo derecho en el hombro derecho de Wadzek y apoyó la cabeza y la boca en el izquierdo. Su peinado alto le rozó el moflete. Wadzek se encogió y retiró la cabeza. Susurró:

—No, por favor, no.

—¿Qué ocurre?

—Señorita Gaby, soy un hombre casado.

—Lo sé.

Pero ella no se movió mientras él encogía el hombro cada vez más. Gaby dijo —

ceceando, porque se había pillado el labio inferior—:

—Yo me despido. Vuelva a mostrarme el espejo. Quiero verme en él.

Wadzek alzó el trozo de cristal y lo movió bruscamente hacia la izquierda.

—Usted también puede verse, Wadzek. Mírese; quiero ver nuestros dos rostros juntos.

Él giró la cabeza hacia su hombro izquierdo con una expresión sombría y pensativa, trastornada incluso; ella se abrazó fuertemente al fabricante, que tenía el tronco desviado hacia la derecha y doblaba el costado.

—Todavía no le veo, Wadzek —advirtió con voz tranquila—. Busque.

Él obedeció a regañadientes. Cuando fue acercando lentamente la cabeza, ella, que seguía mirándose en el espejo con gesto calmado, dijo:

—Antes, cuando bajé la escalera, fui más rápida que usted.

Allí estaba el moflete izquierdo de Wadzek, que vibraba salvajemente pegado a la cara de Gaby; en ese instante, mientras su aliento femenino acariciaba la nuca de Wadzek, apareció en medio del espejo la mitad inferior de aquel rostro masculino. La punta de una nariz pálida, una boca rígida y una perilla rubia y machacada le taparon la parte derecha de la frente.

—Qué pena, Wadzek. No podemos vernos enteros. El espejo es demasiado pequeño. Está bien. Me doy por satisfecha. Adiós, Wadzek. Ahí. Ahí. Wadzek.

Gaby bajó el brazo, alzó el rostro y se situó ante él. Sin mirarlo, susurró:

—El espejo me lo regala de recuerdo.

Cuando le hubo quitado el trozo de cristal girando su mano caliente, ambos se movieron durante un rato por la habitación sin decir nada. Él se paseaba tímidamente por la alfombra mirando la araña; ella se acercó a una maleta de mano que estaba en el suelo y se puso a manipularla.

Después la cerró y, al levantarse, dijo con su voz habitual:

—Tengo que irme, he de comprar algunas cosas. Si le parece, me marcho ya, acompañeme.

Salió al pasillo sin obtener respuesta. Él la siguió con la cabeza gacha y descolgó su canotier del perchero. En la puerta, le lanzó una mirada hostil.

—¿Qué pretende hacer conmigo?

Atravesaron el Blumeshof hacia la Lützowstrasse. El tiempo estaba revuelto, el aire era cálido y el viento soplaba a ráfagas. El polvo seco golpeaba en la ropa y la cara.

—Es que mi neceser aún no está completo —dijo Gaby.

Él siguió callado, carraspeando de vez en cuando. Era obvio que estaba muy excitado. Entraron en una tienda de maletas y Gaby tuvo que darse prisa, pues Wadzek, que iba despistado y no se había quitado el sombrero, tampoco había cerrado la puerta. Carraspeaba cada vez más. Volvió a enterrar las manos en los

bolsillos del pantalón y se paseó por delante del mostrador entre murmullos.

Fuera arreciaba un vendaval. Se sujetaron bien los sombreros y tuvieron que pararse para darle la espalda al viento. Pasó un coche de punto. Gaby le hizo una seña; Wadzek la imitó, muy agitado.

—¡Sí, sí!

Sentados juntos en el coche, ella dijo suavemente:

—Va usted muy poco abrigado.

Él respondió entre dientes:

—No suelo permitir que se rían de mí.

Ella enmudeció ante su expresión cambiante, que oscilaba entre la soberbia y la ira. Sintió que el fabricante pronto estallaría y ella sería el objeto elegido. Wadzek tenía los ojos brillantes, pero saltones. Esperó y sopló hacia los cristales. Ella se rascó con las uñas de la mano izquierda el labio inferior fruncido. A medida que avanzaban, él fue resbalándose cada vez más hacia el fondo y acabó estirado. El ala del canotier se le había enganchado en la nariz. Gaby tenía las manos plegadas sobre un paquetito marrón que llevaba en el regazo, al que miraba; mostraba una expresión meditabunda y reservada. La boca, fruncida, grande y voluptuosa; las mejillas, succionadas por la hilera de dientes; la piel de la nariz, estirada sobre el cartílago delantero; las fosas nasales, pegadas e inmóviles.

Cuando el coche traqueteó lentamente sobre un tramo de adoquines, la incomodidad que sintió en el centro de su mejilla izquierda la urgió a volverse hacia su compañero de asiento. Él llevaba tiempo observándola con el canotier en las rodillas, mientras se pellizcaba los pelos de la barba. A la hora de bajar la ayudó torpemente y sin prestar mucha atención, pues estaba encogiendo la pierna para colocarse el dobladillo sobre la caña de la bota.

Las gotas mojadas les caían en la cara. Entraron en el edificio. El cochero se quedó esperando. Avanzaron hasta el pasillo y, solo entonces, Wadzek gritó mientras la seguía:

—Oiga, ¿qué es esto? ¿Dónde estamos?

—Venga conmigo.

Era el patio embaldosado de un enorme bloque de viviendas de alquiler. Se refugiaron de la lluvia a lo largo del edificio lateral mientras les salpicaba el chorro de un canalón. Al doblar hacia el edificio de enfrente se toparon con una reja que protegía la escalera del sótano. Gaby bajó. Wadzek miró a su alrededor, escurrió el sombrero y la siguió lentamente.

—Wadzek, estoy esperando.

Gaby gritó desde un pasillo subterráneo, angosto y completamente oscuro, al que él accedió agachado, como si entrase en una mina. Ella llamó a una puerta invisible. Ambos se secaron las manos y las orejas con un pañuelo.

—Pues sí que echamos humo —suspiró Gaby.

De pronto, una claridad tenue; crujido de puertas, gritos. Wadzek entró en casa de la gitana después de Gaby. La mujer achaparrada y de rostro moreno desempolvó dos sillas bajo el vano de la ventana, entre fuertes gritos de alegría. Gaby, sonriente y con gesto abismado, la dejó hacer; luego, sin tomar asiento, dijo que deseaba hacerle un pequeño regalo. La mujer, que brincaba a su alrededor vestida con unas enaguas y una blusa roja y sucia, gritando alborozada «¡Alabado sea Dios, nuestro Señor!», señaló la cunita metálica que brillaba en mitad de la habitación; la había comprado con el dinero de Gaby. Ésta sacó de su portamonedas primero un billete; cuando la gitana indomable le hubo soltado la mano, la dama acercó la cabeza al monedero y, tras abrir otro compartimento, sacó un cordón con un diente muy largo. El amuleto ya había cumplido su función, así que se lo devolvía; cuando la gitana quisiese ayudar de nuevo a una señora, bastaba con que le diera ese colgante. La mujer, halagada, insistió entre suspiros y lamentos en que Gaby se quedase con aquella pieza, pues su poder iría en aumento. La dama le dio unas vueltas más en la mano, pero finalmente dijo que no, ya había cumplido su función y quería devolverlo. Mientras cerraba el monedero se lo entregó con decisión a la gitana, que retiró la mano, y luego se volvió hacia Wadzek, que observaba a aquella mujer, próximo a la puerta. La mujerzuela le preguntó en voz baja si tenía un amuleto nuevo. En realidad ya habían terminado allí, dijo Gaby a Wadzek algo dubitativa, sin acercarse a él y con los brazos colgando inertes; el paquete oscilaba por lo bajo, delante de la falda. El amuleto había cumplido su función, ella era supersticiosa. La gitana miró muy seria y asintió enérgicamente ante Wadzek. Ahora tocaba enfrentarse al oleaje, al mundo, y para eso Gaby quería estar totalmente... sola otra vez. De pronto se despidió de la mujer estrechándole la mano con cariño. La habitación que había reservado ya no la necesitaba, pues se iba de viaje. Cuando la gitana le susurró algo, Gaby aseguró en voz alta que de ninguna manera. Ahora no quería ningún amuleto ni nada a distancia; tenía que partir así, sin nada. Ya en la puerta, mientras se colocaba bien un pendiente, la mujer de piel morena y pelo negro dijo triste y serena que lo que hacía era muy osado; pero Gaby era tan buena, tan buena. ¡Alabado sea Dios! La lluvia había cesado. Era mediodía. Las sirenas de la fábrica chirriaban por doquier. El coche de punto traqueteó, alejándose de allí con ellos dentro. Gaby llevaba el sombrero mojado en el regazo; se retiró de las sienes los mechones rubios y tupidos y los sujetó con horquillas detrás de la cabeza. Una vez resuelto el encargo se miró las rodillas tranquilamente, cuidándose de que el sombrero no se cayera con las sacudidas del coche. Muy calmada, preguntó la hora a Wadzek y, como si él no estuviera, se limpió con el pañuelo una salpicadura de la falda y restregó las botas contra el suelo del coche. Se notaba que iba pensando en cosas lejanas, en su plan de viaje, el número de maletas, etcétera. Tras contemplar su sombrero con ojo crítico, se lo puso en la

cabeza, lo sujetó y se vio reflejada en la ventanilla.

Vieron pasar el parque de exposiciones, con las verdes copas oscuras de los árboles empapadas, la estación Lehrter Stadtbahnhof, la Invalidenstrasse. El coche giró a la derecha para entrar en la Chausseestrasse, luego cruzó la Oranienburger Tor y enfiló la Friedrichstrasse. Bajaron las ventanillas. Ráfagas de aire fresco, húmedo y cálido. A sus pies, el asfalto empapado y reluciente; el reflejo negro, deforme y ensanchado comenzaba justo bajo las ruedas del coche; navegaban sin hundirse por la superficie de un lago.

Entre las moles de piedra de los edificios, entre las fachadas de la Friedrichstrasse, con sus ventanas abiertas de par en par. Hundida entre los muros empinados, la extensa Friedrichstrasse. Las placas de granito de la acera presionan los bordes entre sí, impermeables a la lluvia. Coladas de asfalto negruzco de las minas de Ragusa y Caserta vertidas sobre la calzada, esparcidas por el suelo de cemento gris, apisonadas con rodillos calientes. Las herraduras de los caballos resuenan al pasar por encima. Personas entre los edificios, sobre las placas de granito, personas junto a las ruedas de los coches, personas en las isletas de seguridad. Sobre las espaldas mojadas del asfalto, la rampa gigantesca, ruedan los carruajes. Las carrocerías de los automóviles ligeros, que se aproximan como una invasión, se balancean sobre neumáticos a punto de reventar; tubos de escape invisibles exhalan tras de sí nubes gris azulado; despiden gases tóxicos, óxido de carbono sofocante, pestilente acroleína. Las torres atronadoras de los autobuses se acercan tambaleantes; alrededor de las galerías se extienden letreros visibles a lo lejos: Cigarrillos Manoli, Detergente Luhn, Crema Nivea, La mejor bombilla de A.E.G. El aire vibra alrededor de estos edificios pataleantes; su peso de cientos de toneladas, los cristales, los marcos de madera, las chapas perforadas tiemblan; inclinados sobre el asfalto, lo apisonan con ruedas de un brazo de grosor. Sobre las cabezas del hervidero de animales y personas, sobre los cráneos agitados, los pañuelos al viento, el revoltijo de susurros, gritos, voces de vendedores de periódicos e insultos, silbatos de policía: esferas de luz alabastrina bajo diminutos sombreros negros. Un abismo entre los edificios cubierto por cables metálicos, lámpara de arco tras lámpara de arco, el peso infinito de llamas flotantes. En las esquinas de las calles, candelabros de forja montados sobre bloques de piedra; riadas de gente chocan contra ellos y se bifurcan.

El valle que forma la calzada se llena del murmullo de estas personas, de su plácido deambular brazo con brazo, hombro con hombro. Miran los cristales empañados a derecha e izquierda, sonrían, aprietan el paso. Las fachadas desgarradas, transparentes por las placas de vidrio; los edificios vacían su contenido entre los pilares. Sobre los escasos restos de muro parpadean anuncios chillones.

Dispuestos en los escaparates: trenzas rubio claro para mayor lucimiento de las señoras, tocados rojos y verdes, flequillos morenos y picantes. Botecitos para teñirse

el pelo, peines, cepillos para cuidarlo, aceites, pomadas para suavizarlo. Para los pies, zapatos de seda, de loneta, de piel. Ligeros zapatos dorados para jóvenes en plena pubertad, botas militares cubiertas de esporas, altas para una pierna masculina; pegadas a los flancos sudorosos de un caballo. Botellas barrigudas, verdes, amarillas, rojas, pequeños frascos de cristal sellado con coñacs, licores. Suministran combustible y calor a los conductos sinuosos de las calderas corporales, a las tripas. Tejidos de seda, pajaritas, muebles de mimbre, guantes confeccionados con fina piel de cabrito, abatanada durante días, sumergida en salvado y curtida con corteza de roble, huevos y aceite. Edificios y estanterías repletos hasta arriba. Tras los escaparates las cosas, lanzadas contra las personas. A su lado se abren camino criaturas despiertas, atadas, se sueltan, se escabullen por las calles laterales.

Gaby sacó el brazo izquierdo por la ventanilla para disfrutar del aire. Wadzek se inclinó sobre las rodillas, miró hacia fuera, se encorvó. El sombrero estaba pisoteado bajo sus pies. Sobre su cabeza se sucedía un estruendo que lo empujaba hacia abajo. Logró incorporarse con esfuerzo. Su rostro estaba terriblemente desfigurado; los párpados, separados por tenazas; la boca, ligeramente abierta por un calambre; los labios incoloros vueltos hacia dentro. De un cuello reacio que soportaba todo su peso salió la cabeza, como un demonio expulsado de su cueva a latigazos.

—Gaby —jadeó—, dígame que nos bajamos aquí.

No la miró. Por una sonora rendija expulsaba con dificultad el aire procedente de la garganta asfixiada.

—¿Por qué? —dijo dándose la vuelta—. ¿Por qué me traen aquí, aquí? El cochero no mira por dónde va. Ese sinvergüenza de ahí arriba quiere llevarme a la fábrica. Quítele la fusta.

Gaby soltó un grito silencioso y tamborileó contra el cristal delantero. Wadzek siguió sus movimientos, presa de un letal nerviosismo.

—¡Que me dé la fusta! ¡Quiere atarme a la cola de su jamelgo! ¿Lo he dicho o no lo he dicho?

Manoteaba delante del rostro mientras miraba fijamente la espalda arrugada y cubierta de azul del cochero, que guiaba a su caballo a toda prisa entre el barullo de coches.

—Carroña —gimió el hombre bajito sentado tras él.

Gaby le agarró de las muñecas. El coche avanzaba a toda velocidad. El estrecho habitáculo tronaba. Se deslizaban por el oscuro espejo de asfalto. El cochero cruzó la parte baja de la Friedrichstrasse, dobló bruscamente hacia la Zimmerstrasse, más silenciosa, y entró traqueteando y tintineando en la Markgrafenstrasse. En medio de tanto ruido y sacudiéndole el brazo izquierdo, Gaby gritó a Wadzek:

—Ya es hora de que se marche.

Él amenazó entre risas:

—No permitiré que me echen.

Y al momento se puso de pie, se golpeó la cabeza con el techo y se inclinó sobre Gaby, que miraba su rostro desesperado con ojos muy abiertos.

—Debo irme. No puedo quedarme ni un instante, ni una hora más. Estoy acabado.

—Pero ¿qué hace? —gritó ella al ver que le pasaba por encima y se disponía a agarrar el picaporte.

—Querrá decir a dónde voy. Fuera. Me iré a...

Como no podía soltarle los dedos de la puerta, Gaby le tiró de la chaqueta hasta que retrocedió tambaleándose y cayó en el asiento de enfrente.

—Quédese aquí. Iremos a mi casa. Esto no tiene sentido. ¡Wadzek!

—Lléveme con usted.

—Quédese ahí sentado.

—Vamos a su casa. Está dando un rodeo. Gaby, ¿me llevará con usted?

—Pero Wadzek...

Él se puso a suplicar como un perro, deshecho, absolutamente descompuesto, aún de pie, con las manos heladas clavadas en el regazo de ella.

—¿Me llevará con usted, Gaby? No me dejará aquí, ¿verdad? ¿Me lo promete, lo hará?

—Vendrá conmigo.

Entonces él rodeó su cuello con ambos brazos.

—Prométamelo. —Ojos inquietos.

Ella le apretó el brazo.

—¿De qué tiene miedo?

Él giró el tronco.

—No se lo imagina. Usted es una mujer. Deme la mano.

—¿A dónde?

—A América. Si mantiene su palabra. Sí, América. Yo también la ayudé una vez.

Gaby sollozó, totalmente empapada. Levantó el brazo a la altura de la cabeza. La sangre se le disparó al rostro. Casi chilló:

—¡A América!

Él volvió a buscar en su rostro y se dejó caer hacia atrás.

—Esto es el final —gimoteó—: Esto es el final. Para esto he trabajado durante décadas. Hm, hm —canturreó mientras se balanceaba, enterrando la cabeza en la tapicería del respaldo y moviendo el rostro de izquierda a derecha.

Ella sollozó y se embadurnó la cara con lágrimas de felicidad.

Pasaron la tarde en casa de Gaby. No hablaron más de lo necesario. Wadzek se dedicó a deambular a solas por el salón. Salieron media hora a comprar ropa de viaje para él y un juego de lencería. Wadzek volvió a subir, indiferente. Cerca de las seis, Gaby entró de puntillas con una bandeja, fruta y vino. Preguntó:

—¿No tiene que escribir todavía algunas cartas?

Él mascó en silencio con los labios.

Ella dijo:

—Haré que le traigan tinta y papel.

A las siete, cuando Gaby le ayudó a ponerse el abrigo, Wadzek estaba medio muerto; le temblaba todo el cuerpo, así que ella empezó mirando para otro lado, pero luego tuvo que apartarse totalmente. De camino al tren —con su gorra de viaje y el cuerpo envuelto en un nuevo y amplio ulster—, Wadzek sufrió un desmayo. Gaby, de por sí cansada y pusilánime, le roció con unas gotas de agua de colonia, y ya se disponía a llamar al cochero tras bajar la ventanilla tintineante cuando él tembló y, con una sonrisa insegura, dijo:

—¿Qué va a pensar de mí? Estoy empapado. Ay, usted.

A media hora de Hamburgo, mientras el tren flotaba en la oscuridad —viajaban solos en un compartimento semioscuro, sentados frente a frente—, Wadzek la miró, mostrándose más partícipe y confiado. Ella habló con cautela. Él frotó entre sus manos los dedos que Gaby tenía extendidos sobre la rodilla.

—Es usted tan divertida. Me lo paso bien con usted, Gaby. ¿Qué es lo que pretendía esta mañana donde esa gitana? Era un lugar terrible.

—Devolver un amuleto. Me lo había prestado.

—Prestado. Tan valioso era.

—Así es.

—¿Ha empaquetado el espejo?

—Está en mi bolso. Envuelto en papel negro.

—Papel negro; en su día también yo quise envolverlo en papel negro, pero justo no lo tenía a mano. Es una historia curiosa ésta del espejo. Tiene que ver con Schneemann. Con Schneemann. —Su boca volvió a deformarse y dibujó una tímida sonrisa—. ¿Me parezco a Schneemann? ¿Lo conoce usted?

—De lejos. Está muy gordo.

—Ésa era la historia. Antes lo estaba aún más. Ahora ha adelgazado un poco. Sus curas eran absurdas, solo pretendía aparentar. ¿De verdad nos vamos a América?

Lo preguntó en un tono simplón, casi presuntuoso, como un niño que se lame el azúcar de los labios. Las mejillas de Gaby liberaron las arrugas aprisionadas junto a la nariz, su rostro resplandeció abiertamente.

—¡Qué maravilla! ¡Usted no es consciente aún!

—Es solo cuestión de tiempo. Yo soy más lento. Pero que viajemos juntos, esa coincidencia me gusta. De eso sí me doy cuenta. Yo soy muy torpe para viajar, estoy algo apolillado. Me equivoco en las cosas más pequeñas. Por cierto, tenga en cuenta que nos tomarán por un matrimonio. Puede resultar muy extraño, pero es imposible evitarlo.

—No tiene importancia.

—Se darán situaciones extrañas. Pero si a usted no le molesta...

—Menudencias.

Tras reflexionar un poco, Wadzek se inclinó hacia ella y susurró:

—Gaby.

—¿Sí?

—Le vaticino que volverá con Rommel.

Ella se reclinó y arrugó los ojos.

—Wadzek, creo que usted nació para ser esclavo.

—Rommel y yo somos aliados; estamos al mismo nivel. Nos tenemos gran estima. No permitimos que al otro le pase nada, Gaby.

Ella apoyó la cabeza en el reposabrazos, el tren pasó por encima de una aguja. Gaby se puso a canturrear, se interrumpió y le sonrió alegremente.

—Nos vamos a América.

Desaparecidos de Berlín.

Herta, que había recibido la carta por la mañana, corrió al Blumeshof. Le había mordido un dedo a su madre, que quería pegarle; había abierto de par en par las ventanas del salón y gritado a su progenitora de tal modo que la vecindad acudió en masa.

Con el rostro hinchado y los ojos ciegos subió la escalera de Gaby. Se abalanzó sobre la criada llorosa.

—¿Dónde está la señora?

—Por favor, señorita, se ha marchado.

Chilló:

—¡Lo sabía! —Y cayó al suelo. Después, sollozos sobre la mesa, acusaciones—. ¡Usted lo sabía! ¿Por qué no me lo dijo? ¡Es culpa suya! ¡Sí, de usted! —Pellizcó furiosa el brazo de la criada. Le preguntó qué aspecto tenía Wadzek, qué había hecho—. ¿Qué quería ella de él? Lo ha seducido. Ha sido su carta.

Herta se puso a dar vueltas víctima del patatús. En el dormitorio arrojó las fotos de Gaby contra el parqué sin que la criada pudiese evitarlo. No hizo caso de las fotos de Rommel. Antes de bajar abrazó a la criada, que lloraba en silencio, y se aferró convulsivamente a su pecho durante varios minutos.

Al regresar encontró la casa totalmente vacía.

Ya a mediodía, la madre mordida y maltratada alardeaba junto al restaurante de Rehberge, en Reinickendorf. Primero fueron tres plañideras resacosas; después, un coro vengador. La joven tabernera Kochanski se tumbó en la cama y dijo pensativa que Wadzek había tenido que huir pues, tal y como Pauline les había contado, habían recibido hacía poco una citación judicial. Por la tarde, la Wadzek se plantó con dicho

apercibimiento ante su hija, que estaba sentada en la cocina, junto al fogón, calentándose las manos con la llama de gas, aunque estaban en verano. Mientras se quitaba la gabardina, Paulinita dejó caer un comentario kochansquino en el mismo tono en el que más adelante afirmó: «Yo me desentiendo; no pude, no pude detener al destino» y «No hubo manera de ayudar a ese hombre; hice todo lo que pude. Cada uno tiene que cargar con lo suyo».

Herta taladraba a su madre con la mirada. No malgastó ni una palabra en aquella mujer. Solo una vez levantó los brazos con un gesto de terrible amenaza y maldijo cuando su madre fue a apartarle las manos de la llama; Herta no se daba cuenta de que se estaba chamuscando los dedos. Esa noche, antes de irse a la cama, la joven se paseó por la casa dando los últimos chasquidos con la lengua, sonoros y particulares; también encogió un moflete sin querer.

Al cabo de tres días tuvo que ser ingresada en un sanatorio cercano a Dresde, lo cual hizo que su madre derramara algunas lágrimas, si bien en su fuero interno reconocía que aquello era, en cierto modo, un acto de justicia. La joven había pecado contra ella. A Herta le había ocurrido lo mismo que a Wadzek: ambos estaban recibiendo su merecido. Así que la dama, tras reunir una pequeña fortuna, se dedicó a organizar su vida de viuda con ayuda de sus dos amigas. Pauline aceptaba con dignidad, es más, con cierto rigor los designios que Dios le había deparado no ya a ella, sino a sus dos personas más cercanas.

Tal y como explicaron dos acaudalados médicos del sanatorio en la carta que escribieron a la madre preocupada, lo que Herta padecía era un tic facial común; encoge la boca, chasquea la lengua, emite una risita burlona, se pone en un rincón y no permite que se le acerquen; pero todo eso remitirá. Al menos en un caso como el de la señorita Wadzek; le darán baños de ácido carbónico, masajes, descargas eléctricas y le suministrarán bromo y purgantes. Y de hecho así fue: tras pasar un tiempo brincando y moviendo las manos como si cazase moscas todo el rato, Herta fue olvidándolo todo poco a poco. Y tras la breve correspondencia mantenida por uno de los médicos con la señora Pauline, ésta accedió a que se cumpliese el deseo de Herta, que consistía en quedarse en Dresde. Allí vivía una hermana de Franz Wadzek, Stanislava Wadzek, una rica solterona de avanzada edad e involucrada en causas sociales y humanitarias, que andaba en pleitos con sus inquilinos. Herta acabó en su casa.

Rachas de viento sobre el océano.

Una masa lenta, líquida, de un gris verduzco, negruzco, pesada como el hierro, millas de profundidad. Alumbrada por el sol, iluminada por la luna, intacta, siempre fluyendo, girando, flotando, ruidos, gruñidos y rugidos.

El barco araña la superficie. El mar lame la madera alquitranada, echa el agua por

la borda, se esconde, murmura, espera en silencio.

Srrrrrr. El tornillo, molibdeno, el acero taladra, modela, lamina.

Los pies de Wadzek acariciaban el suelo reforzado con hierro mientras paseaba por la cubierta. La cabeza destapada, el cabello gris oscuro y repeinado que se levantaba por detrás, los pulgares clavados en el cinturón del chaquetón. La tensión del rostro tenía su epicentro en la boca fruncida. La punta de la nariz parecía caída. Sin girar el cuello, inclinado hacia delante, miraba a izquierda y derecha por las diminutas rendijas de los párpados. Mientras tanto las piernas caminaban como de costumbre, a la derecha la pierna móvil, a la izquierda la pierna rígida. La pierna izquierda, dentro del pantalón planchado, no se estiraba; el cuerpo se balanceaba tercamente sobre la rodilla flexionada, caía sobre la pierna derecha, que tenía un carácter enérgico. Se alzaba con un fuerte impulso, pero casi rígido, estirando la rodilla y, como no podía acortarse, tan solo obtenía la libertad para impulsarse inclinando el tronco excesivamente hacia la izquierda, con lo que la cadera derecha se elevaba y la pierna quedaba colgando. Una vez plantada en el suelo, la pelvis caía sobre ella, despegaba la pierna izquierda flexionada, sobre la que volcaba todo el peso. Así el cuerpo se mecía sobre el eje derecho, cojeaba, se hinchaba y se deshinchaba. Caminaba complacido, flexionando con fuerza la rodilla izquierda, se encogía por ese lado, jugaba con las caderas; después, un suave balanceo, una fuerza eruptiva que lanzaba la pierna derecha.

Un maquinista con chaqueta de lino bajó por la estrecha galería y se limpió las manos grasientas y aceitosas restregando las palmas contra la baranda de la escalerilla. Era un hombre joven, con un bigotito negro y una expresión suave en su rostro gris pálido. El fabricante se acercó a este empleado.

Primero hubo días cuya turbación se vio acrecentada por el mareo. Gaby tenía que tranquilizarlo a cada hora. Él pronunciaba frases mordaces del tipo: «Napoleón se dirige a Santa Elena» y, si ella le replicaba, respondía: «Ah, bueno, le acompaña su señora. Entonces será un verdadero placer. No estoy acusando a nadie, Dios me libre, sería impropio de mí. Simplemente digo que será un verdadero placer. ¿Sabe si las gaviotas también van a Santa Elena? Fíjese, señorita Gaby. Ojalá tuviese unas cuantas piedras para demostrarles lo que es bueno». Ni una palabra sobre Herta ni sobre su mujer; o las había olvidado, o ya no le interesaban. Una vez, a mediodía, después del almuerzo, se dirigió al camarote de Gaby y le dijo sin ambages:

—Ya que viaja conmigo, Gaby, al menos debería darme algo a cambio. En su día quiso que fuésemos a un bar. Así que ¿éste es el bar y usted mi dama, *mademoiselle*?

Gaby recordaba ese tono que tantos otros habían adoptado con ella y que casi siempre había percibido con agrado.

Apoyada en la curvatura del ojo de buey, dijo sonriendo:

—Señor mío, estoy lista.

—¡Rápido, rápido! —exclamó él sin cerrar la puerta—. Ya está de pie. Vamos, dese prisa. Uno no está acostumbrado a estas cosas. Agradece que se lo pongan fácil.

—¿El señor no quiere cerrar la puerta?

—Puede hacerlo. ¿Y?

—Un señor alto acaba de cerrar la puerta.

—¡Desnúdese, señorita!

Ella siguió sonriendo, retiró los codos de su imagen recortada en la ventana y se puso a manipular el cierre trasero de la cintura.

—No hay bromas que valgan. Cada oveja con su pareja. A mi querido Schneemann no le fue mejor. Dios guarde al gordinflón.

Wadzek tenía el rostro sombrío. Seguía cada movimiento para asegurarse de que ella le obedecía y ponía interés.

—Parece usted peligroso —dijo ella riéndose mientras se daba la vuelta y se esmeraba—; pero —mordiéndose la uña rota del pulgar— ¿le importa ayudarme? La falda no se desabrocha; debe de estar enganchada.

—No soy su criada, hágalo usted, usted.

—Pero, Wadzek, ¿qué va a pensar la criada si la llamo?

Él pataleó burlón; el espacio le oprimía, nunca había podido pasar mucho rato en un camarote.

—Una criada pensante, Clever Hans^[20], vaya poses, qué modales.

Wadzek rodeó la mesita de un salto y se situó detrás de Gaby. Una vez tuvo la falda en la mano, tiró de la prenda. Entonces Gaby se giró rápidamente y se agachó delante de él, que permanecía encorvado. Antes de que pudiese darse cuenta de que la falda le había desaparecido de las manos, que sostenía vacías en lo alto, apoyó la cabeza en el hombro de Gaby y restregó la mejilla izquierda y el vello de la sien contra la mejilla derecha de ella. Una vez incorporado, con la frente a rayas rojas, el fabricante la regañó.

—Levántese. No haga tonterías conmigo. Ya se lo dije una vez. Me tomo la molestia de ayudarla con la falda y usted va y se aleja.

Gaby obedeció y se puso de espaldas.

Él tiró ligeramente de la falda y gruñó.

—¿A qué viene tanto alboroto? ¿Y por qué ese comportamiento tan infantil? Creía que era una persona adulta.

Dio una sacudida y se apartó, mientras ella permanecía con la falda desabrochada, a punto de caer.

—Es ridículo. Usted se burla de todos mis deseos. No estoy dispuesto a que me tome el pelo.

Gaby seguía despreocupada, divertida. Dejó caer la falda, pasó por encima de la prenda e, inclinándose hacia Wadzek sobre la mesita redonda, preguntó:

—A ver, ¿qué más necesita? Aquí me tiene, bueno, casi.

—Se trata de sus bromas —repuso él muy alterado—. Soy demasiado viejo, no me gustan. Ya digo: cada oveja con su pareja, ésa es mi filosofía. Ya lo sabe. Desnúdese. Renuncio a su misericordia.

Con unas enaguas de seda roja, medias amarillo claro y zapatos del mismo color, Gaby corrió a su lado, entre la silla y la mesa. Él se apartó.

—¿Qué es lo que quiere?

—¡Nada!

—¿Otra vez con lo mismo?

—Solo quería reírme con usted, reírme. ¿Acaso no le he obedecido, Wadzek? —preguntó apesadumbrada y zalamera—. He estado a punto de quedarme en cueros.

—Con qué sacrificio para mí —susurró Wadzek plantado ante ella—. Dese la vuelta, recoja la falda, cerraré con llave. —Gaby todavía pudo ver que sus ojos rezumaban ira, ira contra algo que estaba ausente—. No quiero nada de usted. No crea que me peleo por nadie. Sofocaré cualquier intento de resistencia, aniquilaré su resistencia. ¿Me ha entendido?

—Perfectamente. ¿Ha terminado ya?

—Enseguida. Lo ha retorcido todo. No quiero amor, renuncio al cariño. Quiero obediencia. No soy ningún ladrón de almas, yo no; haga lo que quiera, pero hay que ser sumiso. Doblegarse.

—¿Y no puedo... tutearle?

Apostado tras una silla del camarote, Wadzek levantó la mano derecha a modo de advertencia.

—Le aconsejo que no lo haga. —Soltó una risa ronca y, mirando hacia abajo, murmuró—: Mi destino es vérmelas con niños y con delincuentes.

Gaby sintió lástima por él y algo similar a un profundo respeto. Le parecía lógico que ella se lo debiese todo y que él pudiera servirse de su cuerpo si así lo deseaba. No pensó en impedirselo; estaba acostumbrada a comportarse con ligereza en lo que se refería a sus encantos frente a amigos y benefactores. Le habría parecido ridículo privar de algo a quien mostraba buenas intenciones. Deseaba calma y suavidad a su alrededor; le molestaba tener que contemplar un deseo lascivo. Para ella fue un motivo inesperado de dicha que Wadzek ansiase su cuerpo; se echaba en cara haber vacilado, tan solo un poco, y se prometió ser más hábil la próxima vez.

Surcaba el mar junto a Wadzek, con un botín felizmente rescatado. Tomó aliento en cubierta. Su indiferencia y su frivolidad se despertaron y se puso a bailar sin pensar en mañana. Se movió maternalmente alrededor de Wadzek. En América llegarían las aventuras y la diversión. No envejecer demasiado rápido, ésa era su única preocupación. Ah, Rommel.

Cómo le iría a ese tipo allá atrás, muy a lo lejos, al viejo. Seguro que se arrastra

hasta la cocina, junto al ama de llaves, entre lamentos y reproches y, en bata, se sienta en un taburete junto a los fogones. Ella deja correr el grifo y lo salpica hasta que él levanta los brazos, manotea, le dice que pare y le pregunta qué le ocurre. Apesadumbrado, berrea: «Así nos va». La mujer no se digna mirarlo; sumido en su pesar, él no se da cuenta. En zuecos y con delantal, ella le da la espalda mientras friega la pila con esparto; de pronto afirma mordaz: «Seguro que la señorita Gaby vuelve. ¡Oiga, usted! Se le está mojando la bata». Él se levanta y se remanga la gruesa prenda alrededor de las caderas: «¿Usted cree? Seguro que el abandono no me sienta bien, no debo alterarme. Qué poco le importo». Observa su mano izquierda, hinchada: «Cuando vuelva se lo diré». Tras esperar en vano una reacción, sale sigilosamente de la cocina mirando enmudecido a la mujer frotante. Dando un suspiro cierra la puerta tras de sí, muy despacio.

Mientras paseaba por la sala de máquinas apareció el joven mecánico, y Wadzek le preguntó si estaba de servicio. El otro respondió que no, la tripulación estaba de fiesta, algún pasajero espléndido había donado trescientos marcos. Una vez abajo, el mecánico se rascó la oreja. A él no le gustaban esas cosas a su edad. La gente siempre hacía lo mismo. Wadzek reaccionó sorprendido: le preguntó si no le gustaba beber de vez en cuando licor de cerezas caliente o cerveza Schultheiss Versand, según la ocasión. El licor que servían en aquel barco era un brebaje, ja, ja, que no estaba nada mal. Sin darle la razón el joven se puso a rebuscar en los bolsillos de la chaqueta, a los que dio la vuelta para sacar tabaco de liar y trozos de papel; el otro le ofreció una funda de puros. El joven miró el estuche desde arriba, cogió un puro y lo chupó; arrugando una mejilla y cerrando el ojo derecho, opinó que una funda de cuero era poco práctica, porque la hierba se deshojaba, una lástima. Luego se puso a fumar en silencio al pie de la escalera; Wadzek permaneció junto a él de brazos cruzados y con la mirada baja. El suelo hacía pequeñas y curiosas excursiones; la pared frontal de la amplia sala se elevaba poco a poco, de modo que había que inclinarse y uno se quedaba en diagonal respecto al suelo. Pero cuando el movimiento ascendente había alcanzado su punto culminante se producía un ligero vuelco lateral, un mínimo desplazamiento hacia la derecha, y al mismo tiempo la pared frontal descendía más rápido entre zumbidos, la inclinación lateral aumentaba y, cuando el suelo se ponía horizontal, sus paredes laterales subían y bajaban, la derecha hacia abajo, la izquierda hacia arriba, y había que doblar mucho la pierna izquierda y estirar la punta del pie derecho. El suelo ondulaba perceptiblemente en dirección contraria. Entonces parecía plano, pero en cuanto se miraba todo el espacio, la pared frontal volvía a encabritarse sin que se notara, el cuerpo empujaba hacia delante, la fuerza lo arrastraba hacia atrás.

La timonería tintineaba acompasadamente. Sus dos compañeros, dijo el mecánico con gravedad y deleite, estaban arriba, compartiendo mesa con la tripulación; a él no

le apetecía, pues hacía año y medio que el carguero en el que viajaba había sido alcanzado por un rayo cerca de Shanghái; dos hombres muertos en mitad del mejor trago; un marinero debía ser abstemio.

El fabricante consideró aquello sorprendente y lo rechazó de plano; uno no debía darse por vencido, de ninguna manera, en absoluto; de eso él también sabía un rato; había visto de todo.

Mientras componía una expresión insolente y retadora, el marinero permaneció frío, observando el giro tembloroso de un manómetro pegado a su hombro izquierdo. Por un lado sí y por otro no, opinó; en todo caso no había que arriesgarse así porque sí. Uno viaja porque es su profesión. Por lo demás siempre piensa en su familia; si se quiere divertir, tiene a la familia, en una palabra... Meneó fugazmente la cabeza redonda. Tenía varias calvas circulares, cinco, seis, con piel blanca debajo, como si se hubiese afeitado; escupió en el suelo y puso el brazo izquierdo sobre la barandilla de hierro.

Siguiendo el balanceo con las rodillas y las caderas, Wadzek le sonrió amablemente, con aire de superioridad. Presionó la barbilla contra el pecho, entre las vueltas del cuello, y se encorvó cómodamente, de modo que, con los brazos siempre cruzados y sin tomar plena conciencia de ello, adoptó la posición de la lejana Donna Pauline. En ese punto sí que tenía algo que ofrecer; él... tampoco había nacido en Arcadia, pero estaba casado, por completo, casado del todo y normalmente. Su mujer y su hija estaban en Berlín, Berlín.

Ajá, dijo tranquilamente el mecánico, entonces ya lo sabía.

No, respondió Wadzek soltando una risita, ¿qué, qué era lo que ya sabía? ¿Que el licor de cerezas no estaba bueno, la cerveza Bötzwow, la Versand? Al contrario, en el barco le sabían mucho mejor que en tierra, o le sabrían mucho mejor si diera importancia a esas cosas. Pero su mujer... sí, a ésa había que verla; ella sí que era algo, algo extraordinario. Wadzek abrió mucho los ojos, levantó una pierna con elegancia e hizo una especie de flexión de rodillas mientras imitaba con los brazos el movimiento de un barco al navegar. Era bailarina, susurró llenó de misterio, una criatura fantástica, una..., como suele decirse, mestiza, mezcla de negro y blanca, algo malaya, bailaba en Berlín, con sus dos amigas: formaban un trébol de tres hojas. Aunque fuese de tres hojas daba suerte, o al menos ella era afortunada. Recibía premios por doquier, órdenes, diplomas. Así era su mujer. Hablaba alegremente.

Al mecánico, que había visto muchas cosas, no le pareció tan extraño como le habría resultado a otro. Se limitó a preguntar, dubitativo: ¿danza del vientre? Pues eso rara vez se daba entre los mestizos, era algo muy excepcional.

Oh, el vientre, dijo Wadzek, era precisamente el punto clave; gracias a él causaba impresión, en él residía su dulzura, su temperamento, pues en el rostro sufría una parálisis terrible, por qué no decirlo, era repugnante. Era ahí donde se traslucía lo

negroide. Por eso prefería dejarla bailando en Berlín, aunque era muy cariñosa con él, inusual, inusualmente afectuosa para ser mestiza. Lo defendería ante cualquiera que hubiese tenido otras experiencias en ese terreno.

Mientras se apoyaba con la espalda en la barandilla, el joven lo miró atentamente. Tomaba a su interlocutor por un americano-alemán de los Estados del Sur; de buena gana reconoció todas las virtudes de la mujer del fabricante, pero —echaba fuertes bocanadas y se adentraba en la humareda— la vida familiar seguía siendo difícil; sobre todo si el entorno se fijaba demasiado en las diferencias, más aún que los dos cónyuges, la felicidad nunca era completa.

El mecánico empezó a dar rodeos y Wadzek tomó la palabra encantado, hundiéndose en los bolsillos del pantalón; negro y blanco, ¿verdad?, a eso se refería, siempre serían... negro y blanco. Pero blanco y blanco, ¿cuáles serían entonces las diferencias? Había un tono sarcástico en su voz amoldada al espacio, apenas audible. La voz de Wadzek no doblaba ningún entorno, no chocaba con nada, no llegaba a ninguna pared, no producía ningún eco, era tan suave y estaba tan modulada que enseguida adquiría instintivamente el color de cualquier entorno. Preguntó al mecánico si le interesaba conocer su opinión sobre estas cuestiones. Una mujer, por tanto —no esperó a obtener respuesta—, era algo idealizado, ideal, es decir, algo especial, extraordinario, agradable. Indudablemente. La experiencia lo demuestra todos los días. La mujer era de lo más fino en general, y también cada una en particular; todas tenían ese algo. Pero eso no se correspondía con la deferencia masculina, la permisividad de los hombres, su reverencia. Pongamos que se tratase a la mujer como un vulgar caballo de carga, como un arenque en salmuera, en otras palabras, como a un semejante. Sería injusto. Completamente injusto. El hombre ideal... preguntó al mecánico si le estaba entendiendo.

Absolutamente, respondió el otro manteniendo ladeada su atenta cabeza.

—El hombre ideal, mejor dicho, el que no es duro de mollera, mantiene alejada a la mujer. Mírelo así. Lejos, a distancia. Por permisividad y entrega. No la expone a las cosas vulgares. Se le paga, se la mantiene y se la deja hacer lo que guste. ¿Que se quiere emancipar? Adelante. La mujer es algo único, especial, y por eso se la deja a su aire. No hay que preocuparse por ella.

Al maquinista le sorprendió escuchar lo que se pensaba de las mujeres en los círculos cultivados de los Estados del Sur; preguntó si, en ese caso, uno no debería ser bueno con ellas; al fin y al cabo era una mujer, y ella así lo exigía.

El índice de Wadzek se aproximó a su pecho como una lanza victoriosa y perforó con decisión un ojal abierto en el mono de faena. Pero no hay que agobiarlas, de eso se trata; ella va dando sus vueltas, describe sus órbitas, es planetaria. Mírelo así. Se le da lo que se merece y más, y más, pues es colosal, hoy en día aún no sabemos qué es una mujer. Pero precisamente por eso se la abandona y se la deja hacer. Que haga

ruido, que alborote, que evolucione, que toque un instrumento, que cierre el pico, ¡todo! Lo que desee. Su mujer, por ejemplo, en Berlín, donde se dedica a bailar. Para él, una idea extraordinaria. Él se alejaba de ella, digamos que bailaban a distancia. A ella no le faltaba de nada. No conocía mejor forma de hacerle justicia. O bien se dedicaba a sus labores, como la mayoría de las mujeres, entre niños, muebles y alimentos de todo tipo. Jamás se le ocurriría molestarla en ese ámbito. Había que contemplar lo que hacía con total admiración; quien no lo hubiese visto alguna vez no sabría valorarlo. Era un milagro. Él admiraba a las mujeres; los demás hombres habían perdido ese sentimiento. Les faltaba la perspectiva femenina. ¿Sabía qué era lo más importante para tratar con una mujer? Unos anteojos. Uno miraba a través de ellos y, una vez calculada la distancia a la que la mujer se veía bien, hermosa y digna, hacía una marca en el suelo con tiza o carbón y allí se quedaba, quieto. No se movía del sitio ni un solo centímetro. Ay, cuánto se tardaba en reconocer el valor de nuestros inventos.

Wadzek gesticulaba con astucia.

El otro sonrió irónicamente, más aún, y dijo que el señor parecía un experto en la materia: pero eso no era lo más importante. Cambió el cruce de piernas y sopesó el estuche de puros en la palma izquierda hasta que se lo metió en el bolsillo. Mientras soplabla la lumbre del puro, afirmó que había que dejar que los ricos pensasen así. Bonito no era. Rio alegremente con bruscos silbidos. Wadzek se balanceaba con el barco sorteando sus propias piernas, como una cigüeña. Pensativo, dirigió la mirada hacia la timonería reluciente de la máquina. La máquina, mira tú por dónde, era lo único humano, o masculino. No era extraordinaria. Hablaba despacio, perceptiblemente, con gran entrega. Era sangre de nuestra sangre. La máquina... redimía. El día que se construyó la primera máquina nació la libertad. Y es que el milagro de la antigua fe no traía la libertad. Al contrario, esclavizaba al hombre. Wadzek rio suavemente, pero para sí, inmerso en su monólogo, sobrepasado por ese pensamiento. La máquina había traído al mundo una religión humana; ella suavizaba y apagaba las pasiones. Un pequeño juego de bolsillo era mejor arma de evangelización que un devocionario. No os volváis como esos que... Pero no terminó la frase, no supo qué más decir, tuvo un sentimiento de seguridad plena y autosuficiente.

La escalera de caracol que estaba a la izquierda conducía a la sala de máquinas. Desde allí, casi sofocadas por el ruido del hierro, llegaron varias voces. Una, masculina y respetuosa:

—Por aquí abajo, señora; es una escalera de caracol.

—Ah, se lo agradezco mucho. Pero no, por favor, ¿sería tan amable de bajar y decirle que estoy en el camarote? Para mí es demasiado...

—No tenga miedo, señora. Es una escalera de hierro, está un poco oscuro.

—Usted dele el recado.

Y, de pronto, mientras unos pasos masculinos se acercaban firmemente por la escalera, tap, tap, los ojos de Wadzek abandonaron la timonería y subieron por el techo. De repente, sin saber de dónde venía, más allá de la seguridad que lo inundaba, se notó agujereado por dentro, sintió un punto blanco, vacío y ancho como dos enormes puños que lo perforaba, como una pantalla de cine rasgada. Le atravesaba el pecho en diagonal.

Notó en su interior que le habían arrebatado algo de fuerza; era una persona distinta a la de siempre.

No pensó en nadie; y eso, eso cayó del cielo, durante un segundo escaso, y lo atravesó.

Wadzek se quedó paralizado en el sitio, recuperó la mirada y la clavó en una biela; se encogió de hombros de modo que la cabeza quedó atrincherada.

Y mientras seguía con su parloteo automático observó que no le asaltaba ningún dolor, ningún calambre, ninguna tempestad. El aire soplaba tranquilamente a través de su cuerpo. Echó a correr para provocarlo; todo permaneció en calma.

Entonces es esto lo que uno siente, pensó a escondidas, muy abajo, muy atrás, cuando le operan. Se pasa tanto miedo. Pero no duele nada.

No notó que el barco se moviera, las paredes no se elevaban y la timonería no tintineaba, aunque la nave seguía meciéndose de un lado a otro. De pronto se notó cansado, perplejo, falto de sueño. Paralizado desde los hombros hasta los brazos. Con apatía le dio la mano inerte al maquinista, que ya estaba chupando el segundo puro. El joven se rascó la barbilla con el índice izquierdo. Tenía una mancha blanca en la cabeza, vio cómo se alejaba.

Ya en cubierta, el bajito recordó que el camarero le había dicho que Gaby lo buscaba.

En la mesita reluciente había unas flores que alguien le había regalado. Gaby estaba sentada, tranquila y alegre, como era habitual, con las manos plegadas. Llevaba un vestido de sport completamente blanco con un lazo negro a la altura del pecho. El cabello leonado estaba recogido en un moño enorme que le rozaba la nuca, pues tenía la cabeza echada hacia atrás para esquivar un gran rayo de sol impregnado de motas de polvo. El rayo avanzó por encima de la mesa, al compás de los movimientos del barco, acercándose cada vez más a los hombros de la dama.

Wadzek le tendió ambas manos rápidamente y sacudió sus brazos. Ella le habló de su vecino de camarote, un divertido sobrecargo de la marina italiana. Él se mostró interesado y ronco. Tenía la voz irritada; buscó sonoridad y encontró un cierto graznido masculino.

—Vamos a conquistar América.

Retiró las flores y se sentó a la mesita, frente a Gaby, varias veces irritado por el

rayo de sol oscilante.

—Míreme, Gaby. Estoy tranquilo. Soy consciente de mi fuerza. No exagero si le prometo que la llevo a un país donde mana leche y miel. Lo conocerá de mi mano.

La mujer se sorprendió de la gravedad de su expresión; exclamó jubilosa:

—¿De verdad? —Y atrajo las flores hacia sí, pues tenía que abrazarse a algo, así que aplastó los tallos de los claveles. La mirada de Wadzek la hechizó, deseó que siguiera hablando así.

También él disfrutaba de los movimientos de Gaby; se admiró al ver como todo iba fluyendo desde su interior.

—América no ha sido descubierta en absoluto. Solo así, grosso modo. Tengo buenos contactos allí, estoy perfectamente informado. Hay que tener los codos libres y derecho a emplear la violencia contra la violencia, derribar y destruir cualquier obstáculo. Eso nos lo encontraremos en cantidad.

A Gaby, esa persona suave, juguete de aventureros, héroes jactanciosos, bribones taciturnos y buscavidas de corto aliento, le fascinaba ver cómo él se crecía. Pensó ofuscada: quiero guiarlo, retenerlo. Se convertirá en un bribón y yo seré su musa.

Ella mostraba una mirada joven, flotante, ligeramente ladeada bajo la frente, las cejas elevadas. Sus ojos estaban fascinados con aquella barba, con aquellos párpados completamente cerrados; no encontraban sostén, estaban demasiado alegres para ser dirigidos. Sus juguetones dedos le lanzaban tallos de claveles arrancados: lo hacía débilmente, sin un verdadero objetivo.

—¡Estoy tan convencida —dijo en voz baja— de que América es un país maravilloso! Todo le saldrá mejor de lo que cree, Wadzek. ¿Qué le parece Europa?

Él escuchó sus palabras sentado y pareció preguntarse a sí mismo: «A ver, ¿qué me parece Europa?». Después se agachó, buscó bajo la mesa los copos de flores y enseguida pensó en su mutilación, en el inquietante agujero que nadie había visto. Con una sonrisa amarga se levantó y esparció trozos de pétalos sobre la mesa mientras susurraba:

—¿Sabe cómo llegaré a América? ¿Cómo? Como un perro sucio, manchado, que necesita un baño inmediatamente. Salido de la cloaca europea.

—No, no. —Ella rió alegremente, resoplando sobre la mesa—. No vuelva a guardar toda esa suciedad. Y la otra déjela en... Europa. Ya estamos de camino, Wadzek. ¿No se da cuenta?

—Estoy deseando llegar para demostrárselo a todos, a todos.

Guiñó los ojos y trató en vano de mirar más allá del rayo móvil que el sol derramaba sobre su frente, la parte alta de la nariz y las sienes; sopló las claras motas de polvo, las ahuyentó de su vista. La turbina propulsaba el barco sobre el océano aunque estuviese sujeta a un punto, encajada entre tacos de madera y postes de metal. Era como un pensamiento agazapado en un trocito de cerebro que atraía un remolino

de países enteros.

—Dígame usted misma —fanfarroneó Wadzek cuando todo se detuvo en su interior— si valgo para héroe trágico. A Rommel le habría gustado que así fuera. ¿Qué me dice? La llevo conmigo como un estandarte conquistado, viajo en un barco con el modelo de turbina de Rommel y me dirijo a mi país. Mi país. ¿Lo ve? Eso no lo tuvo en cuenta. No hace falta cambiar de carácter, también se puede cambiar de país. Eso no se lo habría imaginado ni en sueños, el buen hombre. No me convertirá en su Macbeth.

En respuesta a un movimiento rodeó la mesa discretamente y se acercó mucho a Gaby. Sintió que desde ese punto emanaban unas fuerzas creyentes, sustentadoras. Su brazo derecho tardó menos de lo previsto en aproximarse por detrás al hombro derecho de Gaby. Ella ya estaba acomodándose, acurrucándose y revolviéndose desde abajo. Notó que quería algo de ella, más que antes; desmesuradamente conmovida por haber llegado a su destino, se giró sobre la silla y, tras soltarse, corrió hacia la ventana mientras múltiples flores caían de su regazo y eran pisoteadas por sus zapatos amarillos.

Se acordó del Blumeshof, vio a Wadzek subir la escalera tiritando con su traje de lino sucio, para rendirle su última visita mañanera... él estaba sentado, dormido en su sofá, lloraba con un ojo, sin darse cuenta.

Lo vio ante sí. Qué le habían hecho.

¡Y todo aquello había terminado!

¡Allí estaba ese hombre! Estaba tranquilo. ¡Y quería estar con ella!

Wadzek se sintió a gusto; le acarició la espalda.

—Tenga paciencia, Gaby. El fénix siempre renace de sus cenizas. Su momento también llegará. Ya lo verá. Ahora sí que puede tutearme.

Wadzek rió tras ella, se sintió satisfecho y halagado cuando Gaby, rendida bajo su pecho, susurró:

—Cuánto me alegro. Siempre has sido bueno conmigo. —Y mientras sus ojos brillaban entre lágrimas—: Te irá bien allí; lo sé. Estoy segura.

Sus rostros ajenos se acercaron por primera vez.

Él probó su frente orgulloso, a sorbitos, mientras ella se deslizaba sin más hacia su boca, que al instante dijo:

—¿Lo ve? Todo funciona.

FIN



ALFRED DÖBLIN (1878-1957). Nació en Stettin (Szczecin), ciudad portuaria situada en lo que por entonces constituía la provincia prusiana de Pomerania, en el seno de una familia de comerciantes judíos asimilados. Estudió Medicina en Berlín y en Friburgo, y se especializó en enfermedades nerviosas.

Encontró su inspiración en la obra de Hölderlin, Schopenhauer, Freud y Nietzsche, antes de unirse al expresionismo, y publicó sus primeros poemas en la revista literaria *Der Sturm*. En 1915 obtuvo su primer éxito literario con la novela *Los tres saltos de Wang-lun*, que supuso una ruptura decisiva con la tradición de la novela burguesa alemana. Siguió con *Wadzek contra la turbina de vapor* (1918), una ácida sátira del capitalismo previo a Weimar, en donde Döblin aborda uno de los temas centrales de su narrativa posterior: la violencia de la técnica, único e implacable sujeto de la vida moderna; *Wallenstein* (1920), situada en la guerra de los Treinta Años, *Berge Meere und Giganten* (1924), curiosa novela de ciencia ficción, y, sobre todo, *Berlin Alexanderplatz* (1930), una obra panorámica, total, influida fuertemente por la del estadounidense John Dos Passos, que narra la vida de un antiguo convicto en la capital alemana.

Inmediatamente después del incendio del Reichstag y la toma del poder por los nazis en 1933, huyó a Suiza y luego a París, donde coincidirá con Claire e Yvan Goll, Hermann Kesten, Arthur Koestler, Joseph Roth, Hans Sahl, y donde verá por última vez a Robert Musil. Obtuvo la nacionalidad francesa, y después, en 1940, se marchó a Estados Unidos, donde llegó a trabajar brevemente para la Metro Goldwyn Mayer

escribiendo guiones por cien dólares a la semana. Tras convertirse al catolicismo, regresó en 1945 a Alemania, donde desempeñó labores de funcionario del gobierno militar francés como representante de la oficina de instrucción pública. Entre sus atribuciones estaba la de aprobar la publicación de los manuscritos que se sometían a las editoriales de la época, lo que le llevó a rechazar textos de autores que habían simpatizado con el régimen nazi, como Ernst Jünger o Gottfried Benn. Aquejado de la enfermedad de Parkinson, falleció en Emmendingen, el 26 de junio de 1957.

Notas

[1] Citas extraídas de Grass, Günter (2004/1967): «Sobre mi maestro Döblin». En: *Günter Grass. Artículos y opiniones (1955-1971). Obra ensayística completa I*. Trad. de Carlos Fortea. Galaxia Gutenberg. <<

[2] Referencia al pintor historicista polaco Wojciech Gerson (1831-1901). (*Todas las notas son de la traductora.*) <<

[3] Alusión al poema *Serenidad del caminante* (1819), de J. W. von Goethe. <<

[4] Cita extraída de *Guillermo Tell* (1804), de Friedrich Schiller. <<

[5] Referencia al ingeniero Franz Reuleaux (1829-1905), autor de un conocido manual de cinética. <<

[6] Referencia a una célebre actriz danesa (1881-1972), estrella del cine mudo. <<

[7] Referencia a Bruno Erhard Abegg (1803-1848), político prusiano. <<

[8] Referencia a la *mezuzá*, un receptáculo adherido originalmente a la jamba derecha de los pórticos de las casas judías que alberga un pergamino enrollado con versículos de la Torá. <<

[9] Alusión a la *Canción de Lorelei* (1823), de Heinrich Heine. <<

[10] Alusión a un poema de *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* (1795), de J. W. von Goethe. <<

[11] Referencia a Alphonse Bertillon (1853-1914), policía francés responsable de un método para identificar personas basado en la antropometría, que luego sería desbancado por la dactiloscopia. <<

[12] Alusión al poema *A los amigos* (1808), de Friedrich Schiller. <<

[13] Alusión al poema *La canción de la campana* (1799), de Friedrich Schiller. <<

[14] Alusión al poema *La repartición de la tierra* (1796), de Friedrich Schiller. <<

[15] Alusión al poema *La fiesta Eleusina* (1798), de Friedrich Schiller. <<

[16] Döblin cambia el nombre del personaje por error. Se refiere a Albert, el hijo de la señora Litgau. <<

[17] Alusión al poema *El paseo* (1795), de Friedrich Schiller. <<

[18] Alusión al poema *La canción de la campana* (1799), de F. Schiller. <<

[19] Cita extraída del poema *Mi patria* (1839), de A. H. Hoffmann von Fallersleben.

<<

[20] Caballo famoso en Alemania a principios del siglo xx por su supuesta capacidad para hacer operaciones matemáticas. <<